BIBLIOTECA DE «LA NACION»

HISTORIA
DE
SAN MARTÍN
Y DE LA
EMANCIPACIÓN SUDAMERICANA

POR

BARTOLOMÉ MITRE

TERCERA EDICIÓN

TOMO SEGUNDO



BUENOS AIRES

VOLUMEN 85

HISTORIA DE SAN MARTÍN

Y DE LA

EMANCIPACIÓN SUDAMERICANA

BIBLIOTECA DE «LA NACION»

HISTORIA

DE

SAN MARTÍN

Y DE LA

EMANCIPACIÓN SUDAMERICANA

POR

BARTOLOMÉ MITRE

TERCERA EDICIÓN

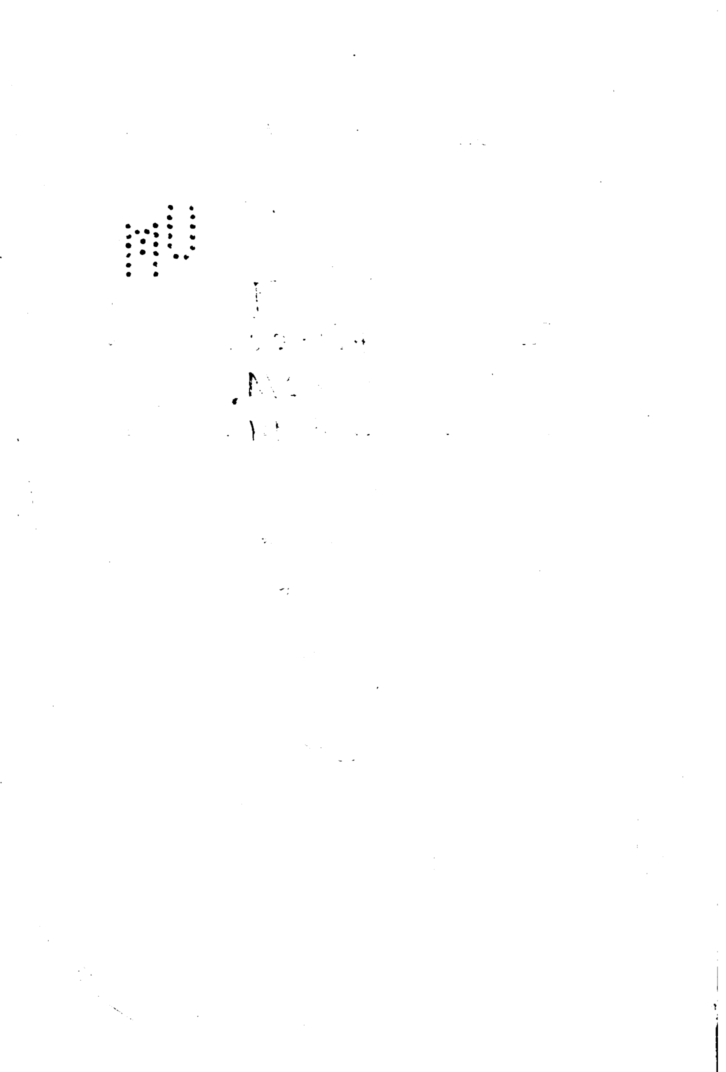
Serás lo que debes ser, y si no, no serás nada.

Máxima de San Martín

TOMO SEGUNDO



BUENOS AIRES



CAPITULO IX

Cuyo

1814-1815

La región de Cuyo.—Mendoza, San Luis y San Juan.—La sociabilidad cuyana.—Sus antecedentes políticos.—Primeras relaciones entre San Martín y el pueblo cuyano.—Relaciones de San Martín con Chile.—Los emigrados chilenos.—Diferencias entre San Martín y Carrera.—Disolución de los emigrados chilenos.—Alvear y Carrera.—Destitución de San Martín por Alvear.—Revolución municipal de Cuyo.—Caída de Alvear.—Papel complejo de San Martín en esta ocasión.—Explicación de su genio concreto.—Exalta el espíritu militar de Cuyo.—Crea un ejército y recursos para sostenerlo.—Originalidad de su plan cooperativo financiero-militar.—Sacrificios que impone á Cuyo.—Anuncio de la expedición de Morillo.—Vida de San Martín en Mendoza.—Explicación filosófica de su genio.—Un día de trabajo de San Martín.—Anécdotas características en Cuyo.—Enfermedades de San Martín.—La derrota de Sipe-Sipe.—San Martín revela por primera vez su plan de reconquistar á Chile.—Brindis famoso.

I

La región que en la historia se conoce bajo la denominación genérica de Cuyo, teatro de los sucesos que vamos á narrar, es el territorio que se extiende á la falda oriental de la cordillera entre los 31 y 35 grados de latitud austral, limitado al este por los últimos relieves orográficos que diseñan los contornos en su conjunción con las llanuras argentinas á los 66 grados de longitud de Greenwich, marcando con trazos volcánicos los primitivos estremecimientos de su suelo. Den-

tro de este perímetro, se encierra el rasgo que la caracteriza y le da su unidad geográfica, como cuenca de todas las aguas que en diversos rumbos se desprenden de las montañas que la circundan y convergen hacia su parte baja, donde se estancan en lagos ó abren sus cauces en ríos perezosos, formando un sistema hidrográfico mediterráneo. Históricamente, esta región constituye desde los primeros tiempos del descubrimiento, el nudo de la colonización argentino-chilena en sus enlaces interoceánicos, que en la época en que hemos llegado se aprieta para dar origen á una vinculación político-militar por esa vía que atará los destinos de todos los países del mar Pacífico.

En 1814 formaban el grupo administrativo conocido con el nombre de Provincia de Cuyo, las jurisdicciones de Mendoza, San Juan y San Luis, cuyas fundaciones y desarrollo social participaban del carácter internacional chileno-argentino que les imprimió su doble sello étnico. Las ciudades de San Juan y Mendoza, núcleos de esta sociabilidad, fueron fundadas (año de 1561), por los primeros conquistadores chilenos, que atravesaron la gran cordillera atraídos por la fama de ser una tierra en que «se hallaba qué comer,» que ha conservado merced al trabajo perseverante de sus pobladores. San Luis, fundada más tarde (año de 1596), fué una colonia de Mendoza, que en su origen tuvo por objeto explotar los lavaderos de oro que allí se encuentran. Asentada á la extremidad de la sierra destacada de su nombre en sus declives occidentales (por lo cual se denomina San Luis de la Punta y sus moradores, puntanos) sus picos se levantan como atalayas azules en los confines monocrónomos de la pampa y de la región montañosa secundaria á que pertenece. Su población encerrada en un valle longitudinal, á que se penetra por una infracturación de su sistema monta-

ñoso, es un oasis en medio del desierto, que ligó en un tiempo las comunicaciones del litoral del Plata con las ciudades andinas mencionadas, y en la época á que hemos llegado ligaba las operaciones militares que van á desenvolverse. Desprendidas del reino de Chile en 1776 al tiempo de fundarse el virreinato del Río de la Plata, fueron adscriptas á las provincias de Córdoba y del Tucumán, formando tres subtenencias de gobierno, y en esta condición subalterna las encontró la revolución de 1810.

Mendoza fué una de las primeras ciudades del virreinato que respondió al grito revolucionario lanzado en Buenos Aires el 25 de mayo de 1810, con una espontaneidad y un espíritu cívico que acusaba un organismo político. Un mes después de este acontecimiento inicial (el 25 de junio de 1810) su pacífico vecindario era convocado á son de campana por su cuerpo municipal. Congregado el pueblo en Cabildo abierto, proclamó la revolución y juró obediencia al nuevo gobierno nacional, haciendo rendir sus armas á las autoridades coloniales que pretendieron oponerse al movimiento, en circunstancias que Liniers levantaba el estandarte de la reacción en Córdoba en nombre del rey. San Luis y San Juan respondieron unánimemente al pronunciamiento patriótico. En 1813 volvieron á recuperar su rango de provincia con su antigua denominación y Mendoza por capital. Este era el gobierno que San Martín desempeñaba en 1814. El rumbo general de sus designios le había conducido allí como camino y punto de partida de futuras combinaciones estratégicas, pero ni él ni nadie podía sospechar toda la potencia que encerraba en su seno aquella obscura y pobre localidad, destinada á ser el nervio de la fuerza expansiva de la revolución argentina americanizada. El general que tenía esta idea en su cabeza encontró en

Cuyo la masa animada que necesitaba, á que supo dar forma y dirección con su genio organizador y paciente, para «hacer ver, como él mismo lo dijo después, has»ta qué grado puede apurarse la economía para llevar »á cabo grandes empresas.»

Al estallar la revolución, las provincias de Cuyo, contarían apenas 40.000 habitantes, pero eran robustos, avezados á la fatiga, industriosos y ahorrativos, que por la naturaleza de sus ocupaciones y sus tendencias sociales constituían una población compacta y morigerada, que se prestaba á ser civil y militarmente disciplinada. Las poblaciones de San Juan y Mendoza eran entonces los dos últimos centros agrícolas del territorio, y á esto debían ser relativamente más civilizadas que las del resto del país. Su propiedad territorial estaba regularmente dividida en lotes, como las casillas de un tablero de ajedrez, abrazando un área poblada sin solución de continuidad, de manera que su pintoresca campaña era la continuación de la ciudad, y formaban ambas un conjunto articulado. Cultivábase allí la viña y el olivo, los cereales y todos los árboles de la región templada. Sus productos alimentaban un comercio activo con Chile, y el litoral argentino, en vinos, aguardientes, frutas secas, tejidos, conservas, dulces, salazones y harinas, en cuyo transporte se empleaban numerosas carretas de bueyes y árreas de mulas, que cruzaban la pampa y la cordillera en busca de sus mercados. Esto, á la vez que difundía el bienestar local, dilataba los horizontes de los cuyanos, que en sus frecuentes y lejanos viajes adquirían nuevas nociones de la vida exterior, que despertaban su inteligencia avisada. Dueños de un suelo al parecer ingrato, lo habían fecundado con las corrientes que bajan de las montañas, estableciendo un bien entendido sistema de irrigación, que por medio de

represas, canales y acequias distribuían el agua en todos los predios rústicos y urbanos, á la manera de la sangre en el cuerpo humano, y esto contribuía á dar una unidad más armónica al conjunto vital. El riego artificial facilitaba la formación de prados artificiales de alfalfa para alimentar las bestias de transporte y engordar ganados, los que convertidos en charquis ó cecinas, sebos, jabones y artefactos de pieles, constituían otra fuente de riqueza rural. Tenían operarios hábiles en todas las artes mecánicas, desde el herrero que forjaba sus arados y herraba sus mulas y caballos, y el talabartero que preparaba los aparejos de sus arreos ó las petacas en que envasaban sus mercancías, hasta el mecánico que montaba las ruedas de los molinos de agua y el ingeniero práctico que nivelaba las aguas de regadío y reglaba su curso por derivación, no faltándole mineros que tenían nociones de metalurgia, servidos por una raza de zapadores, completada por otra de arrieros, conductores expertos de cargas en las montañas. Sus mujeres eran industriosas y económicas : hilaban tejidos de lana y algodón, preparaban las pastas y dulces, que eran una especialidad cuyana, y concurrían á la labor común de aquella colmena sanjuanino-mendocina. San Luis, aun cuando no participaba del mismo carácter agrícola, tenía también su industria, que consistía principalmente en tejidos de lana ordinarios, y completaba el sistema económico cuyano, suministrando ganados para el consumo, pieles curtidas para la exportación, lana para los tejidos, maderas para la construcción y jinetes vigorosos de hermosa raza diestros en el manejo de las armas blancas por sus frecuentes guerras con los indios de su frontera.

El gobierno de Cuyo era esencialmente municipal. Cada una de las tres ciudades tenía un Cabildo que la

regía en lo administrativo, judicial y policial, y los cuarteles en que se subdividía cada municipio estaban á cargo de funcionarios llamados decuriones, que eran sus jueces de paz. Así las poblaciones aglomeradas en reducidos espacios, se hallaban bajo la inmediata vigilancia de una autoridad paternal, que conocía el carácter y el haber de cada habitante, de modo que podía establecer su filiación moral y el inventario de todas las fortunas en veinticuatro horas.

Sin este estudio analítico sobre la sociabilidad cuyana, descompuesta en sus elementos constitutivos, no se comprendería cómo San Martín pudo emprender y llevar á término, con organización tan rudimentaria, tan pobres recursos y tan corto número de habitantes, la ardua y hasta entonces imposible empresa de crear un ejército invencible, alimentarlo por el espacio de tres años con la substancia de una sola provincia, tomar por la primera vez la ofensiva en la guerra sudamericana, y libertar dos repúblicas, dando expansión continental á la revolución argentina. El hombre había encontrado en su camino el país que necesitaba para su empresa, pero el país supo responder á ella, dando con abnegación todo cuanto tenía, desde su trabajo personal y sus bienes hasta la sangre de sus hijos. Fué esta la Macedonia del nuevo Alejandro libertador, que iba á cortar el nudo del yugo colonial.

II

El primer contacto entre el gobernador intendente y la Municipalidad de Mendoza, diseñó las respectivas posiciones en sus relaciones con el pueblo cuyano. El Cabildo, al saber el nombramiento de San Martín, le anunció invocando el voto del vecindario, que «conforme á la costumbre y en cumplimiento de sus deberes, le había preparado casa en que alojarse.» El intendente contestó: «que en el curso de su vida no había experimentado sentimiento igual al rehusar la primera prueba de afecto de una corporación y de un pueblo á que estaba dispuesto á consagrar su existencia, al no aceptar su generoso ofrecimiento.» El Cabildo insistió en su oferta. San Martín tranzó la cuestión, replicando, que «para que no se atribuyese á desaire su negativa, aceptaría el alojamiento preparado, por el tiempo necesario para dejar á uno y otro en el lugar que les correspondía, sacrificio de conciencia que sólo hacía en beneficio y honor de los habitantes de Cuyo.» Este proceder que obedecía á la regla de rechazar honores y favores que se había impuesto, respondía á la vez al propósito de emanciparse de toda dependencia y obligación personal, respecto de una corporación que iba á ser el instrumento de opresión para exprimir sin compasión la substancia de un pueblo que con tanto cariño le abría sus brazos.

Otro incidente del mismo género, que aunque en el orden cronológico es posterior (año 1815), muestra que este proceder respondía á un propósito deliberado. Habiéndose divulgado la voz, de que iba á separarse de su esposa, que á la sazón le acompañaba en Mendoza,

«por la escasez de su sueldo, del cual había donado la »mitad mensual á la Nación, y que para costear su viaje á Buenos Aires había tenido que vender un mueble »de su uso,» el Cabildo le ofició, que «por honor del »pueblo, y en reconocimiento á sus desvelos, que habían dado otro ser á la provincia de Cuyo, engrandeciéndola, creía deber arbitrar los medios para su »decorosa subsistencia, ofreciéndole abonar de sus recursos municipales el sueldo íntegro que le correspondía.» La contestación de San Martín fué más explícita que la anterior: «Desde el momento de la pérdida de Chile, me resolví á separarme de mi pequeña »familia. La interposición del Cabildo me lo hace suspender por segunda vez, para que no se atribuya á »temor de los enemigos. Mis necesidades están suficientemente llenadas con la mitad del sueldo que gozo. En retribución á mi deferencia espero se suspenda todo procedimiento en materia de aumento de »sueldo; en la inteligencia que no será admitido por »cuanto existe en la tierra.» ¡Precisamente cuando así procedía respecto de su persona, empezaba á estrujar metódicamente á los pueblos de Cuyo, para sacarles los últimos pesos de su bolsillo y hacerlos servir á sus designios de orden público, declarando en cierto modo la comunidad de los bienes de los particulares y del Estado, como se verá después.

Por ese mismo tiempo (enero de 1815) le fué extendido el despacho de coronel mayor (general de brigada). Al dar las gracias por esta distinción, ofició al gobierno: «Debo protestar, como lo hago, que jamás recibiré otra graduación mayor, y que asegurado el »Estado de la dominación española, haré dejación de »mi empleo, para retirarme á pasar mis enfermos días »en el retiro. Esta protesta hará un documento eterno »de mis deseos.» Esta protesta, que fué renovada pú-

blicamente después, explica algunos incidentes de la vida de San Martín, en el curso de su carrera militar.

Algunos historiadores han creído descubrir en esta ostentación sistemática de olvido de sí mismo, que rechazaba de antemano hasta honores y recompensas, un desprecio aparente por las cosas externas, que cubría intenciones ocultas, á imitación del astuto cardenal que se inclinaba humildemente apoyado en sus muletas para que le entregasen las llaves de San Pedro. Como hemos dicho antes, cualesquiera que hayan sido sus ambiciones secretas, que bien pudo abrigar legítimamente, el hecho es, que no se le conocen otras que las de sus designios en pro de la comunidad, á las cuales se consagró con un desinterés personal, que fué la regla de su vida pública, hasta comprobarla con el sacrificio voluntario del mando supremo y el ostracismo decretado por él mismo. Así, aun considerados estos actos bajo su aspecto más obscuro ó como meras exterioridades de moderación, son ejemplos dignos de recordarse y de imitarse, y antecedentes necesarios que explicarán otros análogos en el curso de su carrera.

Apenas instalado en su gobierno, su atención fué preferentemente llamada hacia Chile, su objetivo inmediato y lejano, y que según él, «era la ciudadela de »la América, que debía defenderse y salvarse, y caso »de perderse, ser reconquistada á toda costa.» Empero, no conocía al país ni sus hombres, y las noticias vagas que acerca de él obtenía, no lo habilitaban para formar un juicio cabal al respecto. Las primeras informaciones que del Estado de su revolución tuvo, le fueron transmitidas por el coronel Balcarce, actor en ella, y desde entonces empezó á fijar sus ideas. Posteriormente llegaron desterrados á Mendoza, Irizarri y Mackenna, á quienes oyó con atención. Todos ellos

eran enemigos de Carrera, y le pintaron á este caudillo como un joven díscolo, sin moral, sin talento político ni militar, en cuyas ineptas manos debía perderse irremediablemente la revolución chilena. Estos juicios le fueron confirmados por el sesudo doctor Passo, quien le agregó, que Carrera era un enemigo de la influencia argentina, que abrigaba odios contra su pueblo y su gobierno, como había tenido ocasión de palparlo. Todos ellos le decían, que O'Higgins era el único en «quien Chile debía fundar sus esperanzas, por»que era un hombre modesto, amigo de los argentinos, »alma buena y generosa y espíritu esforzado.» Desde entonces, Carrera quedó condenado ante su conciencia, y O'Higgins fué su hombre en perspectiva.

Un mes después del arribo de los desterrados por Carrera (septiembre de 1814), llegaba á Mendoza un emisario de la Junta de Chile con pliegos para el gobernador de Cuyo, en que le anunciaba la invasión de Osorio y le pedía con insistencia un cuerpo de tropas para engrosar su ejército, previniéndole que la situación del país era muy angustiosa. San Martín no tenía fuerzas de que disponer, y después de remitir los auxilios que estaban á su alcance, despachó un propio al gobierno, instando por el pronto envío de una expedición de 1.500 hombres á fin de socorrer á Chile, ó al menos una cantidad igual de fusiles. El Director le contestó confidencialmente en el tono jocoso-burlesco que le era habitual: «Y de los amigos chilenos, ¿qué »quiere que hagamos? Estando como estamos empeña»dos en la campaña del Perú, no podemos divertir una »considerable parte de nuestra fuerza como la de 1.500 »hombres hacia el Estado de Chile. Por lo que hace á »fusiles, pólvora, etc., etc., ninguno mejor que usted »sabe los sanfrancia que hay acerca de estos artículos. »Si hay algunos, deben existir en la sala de armas y

»en nuestra famosa fábrica de fusiles. Vengan, pues, »todos los chilenos, y tómense los que encuentren. Yo »no extraño que los chilenos pidan: lo que no puedo »dejar de extrañar es, que ustedes que saben de esta »farándula de las armas, me vengan pidiendo cosas á »centenares y millares, cuando yo todavía no he visto »un fusil trabajado completamente en Buenos Aires, »ni en la sala de armas he visto jamás archivado un »fusil ni de Montevideo, ni de Jerusalén, ni bueno »ni descompuesto. Ustedes son los que guardan los »fusiles, los sables, los cartuchos, las piedras, etc., »y de consiguiente el jefe del Estado es un fundido pa»ra disponer de estos artículos. Ustedes, como compa»ñeros, socórranse unos á otros con los sobrantes que »tengan. Con que, por ahora, lo que importa es, dar »á Chile la esperanza, prestarse Las Heras á auxiliar»los con su corta división, darles los fusiles sobran»tes, y arreglar en esa ciudad y provincia lo que se »pueda, ínterin acá me peleo por mandar tercerolas, »sables viejos, ó demonios coronados, para que se pon»ga la cosa en pie de defensa.» Pocos días después, la revolución chilena sucumbía, y sus emigrados buscaban un asilo en Mendoza con Carrera y O'Higgins á la cabeza.

III

El 9 de octubre llegó á Mendoza la noticia del desastre de Rancagua. Dos días después recibía San Martín un oficio de Carrera, datado en Santa Rosa de los Andes (octubre 5), en que solicitaba nuevamente auxilio de tropas para continuar la guerra; pero antes de esperar la contestación, el general chileno desistía de su vano empeño, y evacuaba el territorio patrio, ex-

pulsado por el enemigo, según queda relatado. El gobernador de Cuyo ensayó entonces por la primera vez el sistema de prestaciones de auxilios que se proponía implantar en su provincia, estimulando los sentimientos de humanidad del vecindario, como más adelante estimularía su patriotismo para exigirle el sacrificio de sus bienes y de sus personas para el servicio del Estado. El pueblo respondió generosamente á su llamamiento, remitiendo más de mil cargas con víveres en abundancia y gran número de mulas de silla para auxiliar á los emigrados, á la vez que en la ciudad se disponían alojamientos para recibirlos.

San Martín se puso en marcha hacia la cordillera con el objeto de cumplir personalmente los deberes de la hospitalidad. Al llegar al valle de Uspallata, encontróse con una soldadesca dispersa, que salteaba las cargas, inutilizaba los víveres y cometía todo género de depredaciones; mientras que otros grupos de hombres y mujeres vociferaban contra los Carrera, á quienes culpaban de todas sus desgracias, acusándolos de traer entre sus cargas un millón de pesos extraídos del tesoro público de Chile. A poco trecho, hallóse con O'Higgins, á quien saludó afectuosamente, recomendándole interpusiera su autoridad á fin de contener tan deplorables excesos. En seguida mandó publicar un bando para que toda la tropa desbandada se reuniese en piquetes, á las órdenes de sus jefes y oficiales, bajo pena de la vida, encomendando su cumplimiento al coronel Alcázar y al capitán Freyre, quienes consiguieron reunir un escuadrón de 100 dragones chilenos. No bien restablecido aún el orden, difundióse en el campo el alarmante rumor de que la retaguardia, que cubrían Carrera con el resto de sus fuerzas y Las Heras con los Auxiliares, había sido destrozada por el enemigo. San Martín, para infundir confianza,

se adelantó hasta el desfiladero de Picheuta, donde recibió parte de Las Heras de que la retirada se continuaba sin novedad. Con esta noticia, regresó á Uspallata. En la noche llegó Carrera al mismo punto, y envió á su hermano don Juan José á saludar al gobernador en nombre del «supremo gobierno de Chile,» anunciándole que en una choza inmediata se hallaban los miembros que lo componían, por si deseaba ir á verlos. San Martín envió á su vez un ayudante á darle la bienvenida, sin darse por entendido de la insinuación, aun cuando, como él lo dice, «le chocó vivamente la pre»tensión de conservar en territorio extraño la represen»tación ambulante de una autoridad sin pueblo y sin »súbditos, como si el gobierno fuese una gratificación »honorífica inherente á sus personas.»

Comprendiendo el gobernador, que se pretendía menoscabar su autoridad en el territorio de su jurisdicción y erigir una entidad extraña, independiente de él, dió crédito á la denuncia de los emigrados, de que Carrera ocultaba los caudales públicos entre las cargas que conducía, dispuso que todas ellas fuesen registradas en el resguardo de la cordillera, de conformidad á los reglamentos de la aduana terrestre de Cuyo. «Yo no debía creer,» dice él, «estas denuncias, »ni tampoco debía despreciarlas, aun cuando fuera una »fortuna encontrar esos fondos para organizar desde »luego un ejército con que vindicara á Chile, y fuera »un inconveniente el registro de las cargas si en ellas »no se encontraba lo que se inquiría, porque afectaría »la noble hospitalidad con miras sombrías, dando mo»tivo de queja á los afligidos que merecían la con»fianza más sincera. Este era un miramiento de mi »delicadeza, pero la conveniencia pública demandaba »una providencia de precaución.» La razón de Estado prevaleció como siempre sobre sus sentimientos, y en

consecuencia dictó la providencia del registro, resuelto á hacer respetar la autoridad que se pretendía desconocer por un aparato de gobierno supremo que había dejado de existir, después de perder á su país. En seguida retornó á Mendoza.

Notificado Carrera, de que todas las cargas debían ser sometidas á un registro, declaró que antes de consentir en ello entregaría su equipaje á las llamas, y como su protesta era apoyada por la fuerza que lo acompañaba, el guarda de cordillera hubo de dejarlas pasar. San Martín creyó que era llegado el caso de hacerse respetar, y en el acto pasó una nota á Carrera, previniéndole «que no dejaría impune tal atentado con»tra las leyes del país y la autoridad de su gobierno, »y que en consecuencia, el ayudante mayor de plaza »estaba encargado de ejecutar el registro prevenido.» Carrera quedó confundido ante esta manifestación de una voluntad decidida, y contestó con dignidad, á la vez que con aparente indiferencia mezclada con sarcasmo «que no era la amenaza, sino el deseo de con»servar su opinión, acallando la indigna voz de ocul»tar caudales públicos, ligeramente acogida, lo que lo »hacía someterse á la extraña providencia del registro »de su equipaje, que de otro modo habría quemado,» agregando por conclusión: «No se ha reservado una »sola cinta del ajuar de las señoras de esta comitiva, »y así han principiado á descansar de las fatigas de »un camino penoso y á recibir el premio de sus vir»tudes.»

El gobernador quedaba así humillado y burlado, porque si bien se cumplió su orden, no se encontraron los caudales denunciados, que efectivamente se perdieron en casi su totalidad en la retirada de la cordillera, y además, la hospitalidad perdía mucho de su mérito por un celo tan intempestivo contra la desgra-

cia, que sólo el propósito de contener pretensiones avanzadas podía explicar y justificar. Pero Carrera, con su intemperancia habitual, perdió la ventaja moral adquirida dirigiendo casi simultáneamente al gobernador un oficio lleno de recriminaciones, en que le decía que, «al pisar el territorio argentino había cono»cido que su autoridad y su empleo eran atropellados; »pidiendo que se le dijese cómo era recibido, para »arreglar en consecuencia su conducta, como jefe que »era de los restos de las tropas chilenas; que creía »no debía entenderse sino con el gobierno supremo de »las Provincias Unidas, carácter que nadie estaba fa»cultado para alterar en lo menor.» San Martín contestó refutando punto por punto las acusaciones de Carrera, diciéndole que, «nadie sino el gobernador in»tendente había impartido órdenes á sus subalternos »para contener una caterva de soldados dispersos que »cometían los mayores excesos en su jurisdicción, »cuando él (Carrera) no se hallaba presente: que to»dos los emigrados habín sido recibidos y tratados con »la consideración de hermanos desgraciados: que lo »reconocía como jefe de las tropas chilenas que con»ducía, pero bajo la autoridad de la Provincia, con »sujeción á sus leyes, sin permitir que nadie se atre»viese á recomendarle sus deberes.» Carrera á su vez quedó humillado ante este tono firme y moderado, y San Martín se confirmó más en su resolución de apartar de su camino á un hombre que no podía ser sino un obstáculo para sus planes ulteriores.

Carrera continuó titulándose, juntamente con sus colegas «Excelentísimo supremo gobierno de Chile,» y dictaba órdenes en el recinto del cuartel, que se le había asignado como asilo, cual si se hallase al frente de un Estado independiente, afectando desconocer la autoridad del gobernador de la Provincia. Este, por

su parte, sin la fuerza material necesaria para imponerse, hubo de prudenciar por el momento.

La emigración chilena había introducido en Mendoza un elemento de perturbación, que ponía en peligro la tranquilidad pública. El campamento de Carrera era un aduar, emancipado de la ley del territorio, que tenía de su parte la preponderancia militar. Los conflictos entre la policía y la tropa que no reconocía más autoridad que la de su caudillo eran frecuentes. Agréguese á esto la profunda división que estalló en el seno de la misma emigración, recrudeciendo los antiguos odios entre o'higginistas y carrerinos, á quienes la común desgracia exaltaba en vez de calmar, y se tendrá una idea de la crisis por que atravesaba aquella población hasta entonces tan pacífica. Los bandos se dirigieron alternativamente á San Martín, en demanda de justicia y castigo el uno contra el otro, acusándose recíprocamente de traidores á su patria. San Martín, aconsejado del doctor Passo y el coronel Balcarce, dirigió un oficio á Carrera, manifestándole que «aun su seguridad personal y la tranquilidad pública »hacía necesario su alejamiento á la ciudad de San »Luis, á la espera de las órdenes del gobierno.» Carrera contestó: «Como general del ejército de Chile, y en»cargado de su representación en el empleo de vocal de »gobierno, que dura mientras se reconozcan los pa»triotas libres que me acompañan, y mientras haga»mos al Directorio de estas provincias la abdicación »de armas y personas, sólo puedo contestar, que pri»mero será descuartizarme que dejar yo de sostener »los derechos de mi patria.» San Martín replicó sencillamente, refiriéndose á la ulterior resolución definitiva de gobierno, á que quedaría sujeto, y le previno por última vez, que en el territorio de Cuyo no existía

ni podía existir más autoridad que la que él representaba.

Esta actitud tranquila del astuto gobernador de Cuyo ocultaba la ejecución de un plan que debía dar el golpe mortal á Carrera. Ayudado por O'Higgins, Mackenna, Alcázar, Freyre y otros oficiales desafectos á Carrera, llamó á su lado como á una mitad de los emigrados chilenos, con cuya cooperación pudo desde luego contar. Reconcentró en Mendoza á los Auxiliares de Las Heras, y sigilosamente reunió las milicias de los alrededores. Cuando se sintió fuerte, mandó publicar un bando por el cual se permitía á los soldados chilenos alistarse voluntariamente en el ejército argentino, dejándolos en libertad para retirarse á la vida privada. Simultáneamente, circunvaló el cuartel de Carrera, abocando dos piezas de artillería á su puerta, y le intimó, que: «Todos los emigrados quedaban bajo »la protección del gobierno de las Provincias Unidas, »como habían debido estarlo desde que pisaron su te»rritorio, quedando libres de toda obligación respecto »de una autoridad extraña que había caducado, y que »por lo tanto, no debiendo existir ningún otro mando »sino el de la Nación, le prevenía, que en el perento»rio término de diez minutos entregase las tropas que »se hallaban bajo sus órdenes, en la inteligencia, que »la menor contravención, demora ó pretexto, lo haría »considerar, no como á un enemigo, pero sí como á un »infractor de las supremas leyes del país.» (30 octubre 1814). Carrera hubo de resignarse á su suerte. Extrañado á la ciudad de San Luis, de donde pasó poco después á Buenos Aires, fué seguido inmediatamente por el resto de sus tropas desarmadas, diciendo de ellas San Martín, «no quería emplear soldados que servían mejor á su caudillo que á su patria.» En seguida, le asestó el golpe final, mandando recoger por me-

dio de una comisión de chilenos los dineros públicos que se habían salvado en su retirada, con la declaración de que «los caudales sacados de Chile por don »José Miguel Carrera, no podían ser propiedad suya ó »de su familia, y que al depositarlos en las arcas de »la Provincia era con el objeto de hacerlos servir más »tarde en beneficio de aquel país.» Desde entonces quedó roto el destino de Carrera en su primer choque con el hombre férreo, que tan fatalmente debía pesar sobre él, proscribiéndolo por siempre de la vida pública de su país.

IV

Por un momento pareció que la fortuna volvía á sonreir á Carrera. Poco después de su arribo á Buenos Aires (10 de enero 1815), era nombrado Director Supremo el general Carlos María de Alvear. Coronado con los laureles de la rendición de Montevideo, aspiraba á ceñirse los de la campaña del Alto Perú, según queda dicho. Al efecto, habíase hecho nombrar por su tío el Director Posadas, general en jefe del ejército del norte, el cual se negó á reconocerlo, confirmando en el mando al general don José Rondeau que se hallaba á su frente. Posadas renunció el puesto, y fué substituído por Alvear, que no contaba con más apoyo que el de la Logia de Lautaro. Elevado así al poder supremo por el influjo de una camarilla más que por el de la opinión, creyóse en aptitud de dominar la situación, dándole por base un partido militar y un ejército disciplinado. Carrera y Alvear eran dos héroes de la misma talla, poseídos de la misma ambición sensual, y que estaban destinados á representar el mis-

mo papel en la revolución americana. Habían militado juntos en España, y allí habían soñado con llegar á ser los dominadores en sus respectivos países. Al encontrarse en Buenos Aires, ambos tenían de común otra pasión que los acercaba, y era el odio del primero y la prevención del segundo contra el general San Martín. Desde ese momento la ruina del gobernador de Cuyo quedó decretada, y Carrera pudo halagarse con la esperanza de ser eficazmente auxiliado para reconquistar su poder perdido en Chile.

San Martín, ya fuera para prevenir una destitución, ya para definir las respectivas posiciones, solicitó licencia para separarse de su gobierno, dando por causa el mal estado de su salud (enero 20). Alvear se apresuró á concederla, y nombró inmediatamente para sucederle al coronel don Gregorio Perdriel, oficial de mérito, que había servido con distinción en los ejércitos de la revolución, pero que no reunía las condiciones necesarias para desempeñar tan delicado encargo. Esta noticia, transmitida por una carta confidencial, estalló como una bomba en Mendoza. Inmediatamente toda la ciudad se puso en conmoción, y en la mañana del 15 de febrero (1815) se veían fijados en los pasajes públicos carteles manuscritos, convocando al pueblo á sostenerse, sin indicar el objeto. El gobernador mandó arrancarlos por manos de un alguacil, solicitando por medio de un ayudante, de los ciudadanos reunidos en la plaza, que se retirasen. Estos contestaron que tenían que representar contra el nombramiento de intendente que se había hecho en la capital, y que no se retirarían antes de verificarlo. Intimidados por el gobernador de que se dispersasen y no lo pusieran en el caso de hacer uso de la fuerza, obedecieron, y el pueblo volvió á entrar en aparente tranquilidad.

En la mañana del 16, se presentaron nuevamente en la plaza más de quinientos vecinos, entre los cuales se contaban los más notables, exigiendo del alcalde de primer voto, que convocase inmediatamente el Cabildo. San Martín, en la imposibilidad moral de proceder violentamente contra una reunión tan respetable, que usaba pacíficamente de un derecho municipal, renovó por medio de su secretario la súplica del día anterior, declarándoles que no había sido destituído, y que el nombramiento de Perdriel tenía por origen la renuncia que de su puesto había hecho, haciéndoles dar lectura de ella. Nada bastó á calmar la agitación, y, reunido el Cabildo pleno con los diputados populares, entró en deliberación, comunicándolo de oficio al gobernador. Este se trasladó inmediatamente á la sala capitular, y advertido de que tuviese á bien retirarse por cuanto se trataban asuntos que le afectaban, obedeció á su vez. Antes de hacerlo, dirigió la palabra al pueblo, para que recibiesen al gobernador nombrado, prometiéndole, que para corresponder á su confianza no haría uso de su licencia hasta que con la clausura de la cordillera se desvaneciera el riesgo de un ataque del enemigo. El Cabildo formuló una representación al Director, suplicando que se conservase en el gobierno de Cuyo al general San Martín.

La intempestiva llegada de Perdriel á Mendoza, á quien San Martín había pedido suspendiese su marcha, vino á reavivar la agitación que parecía calmada á la espera prudente de la resolución del gobierno. Apenas circuló la noticia, la población en masa se agolpó á los portales del Cabildo, protestando que se dejaría sacrificar antes que renunciar al uso del derecho de representación que tenía, por conducto del síndico procurador y de los diputados que al efecto había nombrado. El Cabildo, de conformidad, pasó un ofi-

cio á Perdriel, incitándolo á esperar la resolución superior «por convenir así á la tranquilidad del Estado »y á la seguridad del país, protestando acatar aquélla »cualquiera que fuese.» El nuevo intendente nombrado, insistió tercamente en ser reconocido en el acto, calificando á la vez de criminal la agitación en comunicación que simultáneamente dirigió á San Martín. El Cabildo, haciendo acto de sumisión en cuanto á la forma, en presencia de la declaración de San Martín de que estaba resuelto á entregar el mando, le replicó, que no podía desatender las representaciones del pueblo. Este, reunido en mayor número, y reforzado con un escuadrón de milicias de los alrededores, sin armas, acudió á renovar sus votos y sostener la decidida actitud del ayuntamiento, gritando que morirían antes de desistir de su empeño. Era una revolución municipal, con formas legales y pacíficas, que necesariamente debía tener repercusión política.

Llamado nuevamente San Martín al salón de sesiones consistoriales, asumió la presidencia del Cabildo. En su presencia, los diputados populares reiteraron sus votos, declarando que era necesidad pública su continuación en el mando. El gobernador, al tomar á su vez la palabra insistió en la conveniencia de recibir al nuevo intendente, á fin de no debilitar la fuerza del Estado, fomentando rivalidad de partidos, y declaró por su parte, que como militar, no reconocía más regla que la obediencia. «A cuyas palabras, dice el acta capitular, el pueblo todo, las comunidades religiosas, »los padres de la república, los ancianos, los oficiales »de milicias y demás gente, repusieron que no era »compatible tal resolución con el orden y la defensa del »país.» Ofreció entonces no desamparar personalmente al pueblo de Cuyo, y permanecer á su lado mientras existiese una sombra de peligro, constituyéndose en

garantía de la buena comportación de su sucesor. Por toda contestación el Congreso popular se declaró en permanencia, y resolvió acreditar un apoderado ante el Director Supremo, para que esforzase su solicitud, reteniendo mientras tanto en el mando al general San Martín. Este propuso por transacción, delegar su mando político en el Cabildo, depositando el militar en el coronel Balcarce; Pero todos á una protestaron y se negaron á aceptar otro temperamento que no fuese su continuación en el Gobierno. San Martín guardó un silencio que fué interpretado como asentimiento al voto público, y en seguida firmó el acta en medio de grandes aclamaciones.

El Directorio, asustado de las consecuencias de su imprudente paso, al procurar una ruptura con el poderoso Gobernador de Cuyo, accedió á la petición del Cabildo y ordenó el retiro de Perdriel, manifestándole oficialmente que: «quedaba en libertad de continuar »ó dejar su gobernación, según se lo aconsejase su es»tado de salud y en las circunstancias que pudiera »hallarse la Provincia, en la inteligencia de que el »Gobierno superior estaba satisfecho de los pasos por »él dados para tranquilizar los ánimos del vecindario »de Mendoza.» Era ya tarde para enmendar el error: la revolución municipal de Cuyo, á que había precedido la desobediencia del ejército del Perú, fué un golpe mortal para el Director Alvear, que desconocido luego por todo el país, cayó depuesto antes de cumplirse los tres meses de su exaltación por una sublevación militar del mismo ejército en que había pretendido cimentar su efímero poder (abril 3). La ciudad de Buenos Aires respondió en masa al movimiento bajo la dirección de su Cabildo, que presidía el suegro de San Martín, don Manuel Antonio Escalada. El general Rondeau, á la sazón comandante en jefe del ejército

del Perú, fué nombrado Director en substitución de Alvear, designándose interinamente para desempeñar sus funciones durante su ausencia, al coronel don Ignacio Alvarez Thomas, que había encabezado la sublevación militar. En las ruinas del directorio de Alvear, cayó envuelta la gran Asamblea del año XIII, á cuya formación San Martín había contribuído al tomar parte en una revolución, y el Cabildo de Buenos Aires, haciéndose el órgano de la opinión del país, puso por condición al nuevo Gobierno (18 de abril), que convocase inmediatamente un Congreso Nacional sobre la base del sufragio universal. Esta era una reacción contra la representación popular de los Cabildos, que hasta entonces prevaleciera como teoría política deducida de las tradiciones coloniales, lo que daba á la revolución del año XV, un carácter orgánico como el que había tenido la del año XII, tomando en ambas San Martín una participación directa é indirecta.

El coronel Alvarez Thomas, al tiempo de pronunciarse, dirigió á las provincias un manifiesto (abril 11), explicando las causas que habían movido al ejército á levantarse en armas, y les pidió su apoyo para sostener su causa. San Martín reunió una junta de guerra para resolver lo que le correspondía en el orden militar, la cual por unánime consentimiento declaró tiránico el gobierno de Alvear, negándole obediencia, hasta que el pueblo en libertad nombrase la autoridad suprema que debía regirlo. Una vez lanzado en esta corriente revolucionaria, y obedeciendo al impulso democrático que lo había arrastrado hasta este punto, sometió á la deliberación del Cabildo la resolución que le correspondía en el orden político. Congregado el vecindario por citación de los decuriones, constituyóse en Cabildo, y adhiriéndose al movimiento militar y municipal de la capital, declaró que no se

obedeciese otro gobierno sino aquel que fuese instalado por la voluntad de los pueblos, y que rotos los vínculos que ligaban al pueblo de Cuyo, se diese por nulo el nombramiento de su actual intendente emanado de él, aclamándose en consecuencia como gobernante electo por el pueblo al general San Martín, por cuanto así convenía á la salud pública. Los Cabildos de San Luis y San Juan confirmaron estas declaraciones y el nuevo gobierno regularizó por su parte el nombramiento.

Este es un momento psicológico en la vida del general de los Andes, y por eso hemos procurado bosquejarlo con sus rasgos característicos, dejando que los hechos y las palabras de los mismos actores diseñen sus respectivas figuras y posiciones. Difícil es discernir claramente, en tan complicado drama municipal, que tan trascendentales consecuencias políticas tuvo, hasta qué punto San Martín representó un papel convencional ú obedeció sinceramente á un propósito serio y deliberado. Es evidente, que si bien él no provocó directamente la agitación cuyana promovida por sus amigos, ella le fué simpática, así como la revolución que estalló inmediatamente y derribó al émulo y antiguo amigo que pretendía interrumpir la realización de sus planes. Así se le ve, en equilibrio instable, guardar los mayores miramientos con el pueblo y explicar por qué no usaba para él de su autoridad, haciéndose notar, en contradicción con sus máximas disciplinarias, que las milicias concurrieron á la plaza desarmadas, cuando se hallaban bajo su mando militar. En sus comunicaciones oficiales con el gobierno, á la vez de protestar sumisión, no sólo disculpa, sino que justifica la resistencia condicional del Cabildo de Mendoza, aduciendo, que «aún con arre»glo á las despóticas leyes españolas, aun las mismas

»reales órdenes podían suspenderse siempre que de »su cumplimiento resultase escándalo, como sucedía »en el caso en cuestión». En su corespondencia confidencial con su substituto, le manifiesta, que «su en»trada no producirá sino males, pero que sin embar»go, está dispuesto á entregarle el mando, advirtién»dole que como amante de su patria era de su deber »concurrir aun con sacrificios á la tranquilidad y »unión de los pueblos, lo que se conseguiría más bien »con la prudencia que con medidas extraordinarias y »violentas». Por otra parte, mientras daba cuenta de haber reunido en junta de guerra á los jefes de la guarnición, comprometiéndolos á la más ciega obediencia, aceptaba en definitiva el gobierno que le entregaba en depósito el Cabildo en nombre del pueblo. Por último, cuando la agitación municipal se convierte en alzamiento militar y revolución política, se embandera en el primero, y comparte la responsabilidad de la segunda; se adhiere á la teoría de la reasunción provisoria de la autonomía de la provincia de Cuyo, y autoriza la desobediencia con el voto de sus jefes militares.

Si todo esto fuera una mera comedia, sería necesario reconocer que era un gran actor, pues en escena tan limitada y con tal simplicidad de elementos, no es posible combinar un drama más hábil, con más unidad de acción y corrección de procederes apropiados, sin comprometer el orden ni el decoro público, haciendo intervenir puramente la fuerza moral de la opinión por el intermedio de sus órganos naturales, dentro de la órbita legal. La verdad es, que si bien San Martín representó en estas circunstancias un papel complejo y doble, procedió con la seriedad propia de su carácter, en obediencia á un instinto secreto que lo impulsaba, y arrastrado por una corriente, que

al principio quiso dirigir y por la cual se dejó llevar al fin, procurando salvar, empero, su dignidad personal. Lo demás lo hizo la espontaneidad del pueblo de Cuyo, hasta identificarse con sus destinos. Desde este momento, empezó á ser una entidad, con la que todo poder tenía que contar para sostenerse, y se hizo el gobernador inamovible de Cuyo, asegurando sobre esta base la realización de sus futuros designios.

V

¿Cómo en tan breve espacio de tiempo, el general San Martín, en el más pobre y obscuro rincón del país, sin fuerzas militares poderosas, sin hazaña ruidosa que lo señalara, sin tesoro, y guiado por sus solas inspiraciones había conquistado este predominio y este gran ascendiente moral? Es un punto que debe históricamente establecerse, para comparar el hombre á sí mismo, cuando en más vasta escena, con más grandes recursos y el auxilio de mayor cúmulo de luces, le veamos relativamente empequeñecerse como administrador y como político. Es, que era un fenómeno que estaba en la naturaleza de su genio concreto, como lo hemos definido, que su potencia individual se desenvolviese espontáneamente con más amplitud y eficacia en un medio análogo, en esfera circunscripta, con un objetivo determinado, para llegar á resultados precisos, previstos en la medida de sus facultades. Considerado bajo este aspecto, San Martín en Cuyo, manejando hombres y cosas y ordenándolo todo según un plan, es un verdadero creador, es, como con verdad se ha dicho, el Hermes trimegistc

de los antiguos. Administrador, guerrero, diplomático, político, que hace brotar legiones y tesoros del suelo que pisa, coordina elementos contados, disciplina voluntades, él realiza prácticamente y por instinto, una utopía de cooperación económico-militar que la ciencia no había explicado aún, cual es la de desarrollar el máximum de potencia de una sociedad, para hacer dar á los hombres y á las cosas todo lo que podían dar de sí, á fin de llevar á cabo un propósito preconcebido, produciendo resultados eficientes, y esto, sin agotar las fuentes productivas, sin desperdicio de fuerzas, con la concurrencia de todos á su obra, de buena voluntad ó con medida violenta, inoculándoles su convicción é identificándose con ellos. De este modo, conquistó moralmente á Cuyo, antes de reconquistar á Chile, organizando un pueblo de trabajadores y combatientes, como una república de hormigas, para hacerlo servir á su empresa por medio de una metódica acción cooperativa.

Para realizar este plan cooperativo, graduó sus trabajos, á la manera de un problema á resolver, según se deduce de los documentos originales que nos sirven de guía. Empezó por exaltar el espíritu bélico de las poblaciones, organizando sus milicias y regimentó hasta á los niños de las escuelas á los que sujetó á ejercicios doctrinales con armas y banderas apropiadas. Estimuló á los extranjeros neutrales á alistarse, y los residentes ingleses fueron los primeros en responder á este llamamiento, quienes solicitaron formar á su costa una compañía franca de cazadores con la facultad de nombrar sus oficiales, declarando que «gratos á la buena hospitalidad y llenos de entusiasmo por los derechos del hombre, no »podían mirar con indiferencia los riesgos que amenazaban al país, y estaban dispuestos á tomar las

»armas y derramar hasta la última gota de su san»gre, si era preciso, en su defensa». Esto era la parte decorativa de su ejército en embrión, que concurría como elemento pintoresco y moral; pero él era bastante práctico para no darle por nervio un núcleo sólido de tropas disciplinadas, que aumentó por los medios que se indicarán más adelante cuando se trate de la formación del ejército de los Andes. El espíritu militar que esta organización mixta despertaba, se mantenía en tensión por el amago de un peligro inminente y aparente de alarma. Pública y oficialmente manifestaba, que estas medidas puramente defensivas, tenían en vista precaverse contra una invasión del enemigo que ocupaba á Chile, cuyas fuerzas exageraba, con el doble objeto de obtener más recursos de sus gobernados y más refuerzos de tropa y elementos de guerra de parte del gobierno general. Así llegó á organizar un numeroso ejército de las tres armas, como se verá después.

Este ejército tenía que ser alimentado, vestido y pagado: no existían recursos para ello, y era necesario crearlos, pesando sobre la Provincia. Al efecto, empezó á ensayar su sistema de auxilios patrióticos ó cooperativos. Una vez solicitaba un número determinado de arreos de montura de que encargaba se tomase cuenta para devolverlos á sus dueños luego que no fuesen necesarios, y lo cumplía puntualmente. En otra ocasión pedía un número determinado de cabalgaduras para una expedición, que mantenía en los alfalfares de los particulares, y luego volvían también á sus dueños. Para transportar las cargas de artículos de guerra, se valía de los servicios gratuitos de los carreteros y arrieros. Otra vez necesitaba 10 barriles para agua para un destacamento, y en razón de que el Estado no tenía fondos para comprarlos, los pedía

á los vecinos. Llegó el caso de exigir como donativo una fanega de maíz para sembrar una chacra destinada al sostén del ejército. Los vecinos concurrían de buena voluntad á estos servicios, halagados por los elogios que individualmente dispensaba á los que se mostraban generosos, y asentaba la mano con multas á los tibios ó indiferentes. Todo delito leve, era redimido mediante una donación, y sucedió una vez, mandar sobreseer en el proceso de una chacarera, en cambio de una docena de zapallos de que el ejército necesitaba para su rancho. En seguida, empezó á organizar la renta sobre la base de las contribuciones ordinarias y extraordinarias. Desde este momento Cuyo empezó á sudar dinero para la redención de la América Meridional.

«La idea de agravar á los pueblos de su mando con »fuertísimas contribuciones, dice un historiador chi»leno, no arredró á San Martín; pero meditaba ma»duramente los medios prudentes de hacer efectivos »estos impuestos sin descontentar á sus gobernados, y »así obtuvo por bien lo que no hubiera podido conse»guir ni aun con el apoyo de la fuerza.» Para dar á sus exacciones el carácter de contribuciones legales, autorizadas ó consentidas por la voluntad popular, constituyó á los Cabildos en agentes de ellas, y los puso á su servicio, á la manera de parlamento local, que daba al impuesto el carácter de consentido y lo sometía al contralor de la cuenta y razón pública. Como no bastase esto, uniformó la acción ejecutiva de sus tenientes para que obrasen como tornillos de presión, exprimiendo hasta la última gota de substancia del pueblo cuyano, en nombre de la salud pública, apoyados por la autoridad moral de los Cabildos. Encontró los hombres que necesitaba en el teniente gobernador de San Luis, el comandante don Vicente Du-

puy, hombre duro en el ejercicio de su autoridad, á quien sus subordinados temían y respetaban, y para quien no había dificultades en el cumplimiento de las órdenes de su superior, y en el doctor don José Ignacio de la Rosa en San Juan, hombre culto, muy estimado en su localidad, pero igualmente inflexible y sin escrúpulos tratándose de arbitrar recursos para el servicio público. Dado este temple á los resortes de la máquina administrativa, el gobernador entró de lleno en la ejecución de su plan económico, basado en la idea instintiva de la cooperación de trabajadores y combatientes, que se sostuvieran mutuamente.

Cuando San Martín se recibió del mando de la intendencia de Cuyo (1814), la renta general de la Provincia alcanzaba próximamente á 180.000 pesos, provenientes principalmente de sus aduanas terrestres é impuestos municipales. Después de la reconquista de Chile por los españoles, quedó reducida á menos de la tercera parte, á causa de la interrupción del comercio transandino, de manera que, en 1815 faltaban recursos aún para proveer las necesidades ordinarias del servicio público. El 1.° de enero de 1815, hubo que apelar á una subscripción voluntaria entre los gremios para cubrir el déficit, la que produjo 6.206 pesos en dinero y especies. Quince días después no existía un real en las cajas públicas, y se impuso una contribución forzosa por 7.000 pesos, que se repartió entre los que merecían la indignación pública, según la expresión de la época, por contrarios al sistema de la libertad. Con tal motivo decía San Martín: «Me veo »en la necesidad de tocar medios tal vez violentos, sin »los trámites debidos. La absoluta escasez de nume»rario compromete la suerte de esta provincia. Ape»nas puedo contar con 3.500 pesos mal pagados de la »contribución extraordinaria. Empeños contraídos con

»los propios y donativos recolectados por el Cabildo, »multas arrancadas con informal substanciación, prés»tamos de particulares, todo se ha tocado. Mientras »tanto, el gasto universal, por ahora, pasa de 11.000 »pesos.» Y poco después dando cuenta de otros donativos arrancados á San Luis y San Juan, decretaba un nuevo empréstito forzoso de 18.000 pesos sobre los residentes españoles, esta vez, con el compromiso de «satisfacerlo en mejores circunstancias,» agregando por conclusión: «No he tocado aún el recurso de los »indiferentes, porque los exceptúo para el último apuro.» Pero todo esto no constituía un sistema rentístico: eran meros expedientes. Necesario era no matar la gallina de los huevos de oro, á fin de aumentar y regularizar los impuestos sin agotar las fuerzas productivas, y contar además de un fondo de reserva, con recursos fijos por el espacio de uno, dos ó más años, por todo el tiempo que durase la incubación del pensamiento que aún permanecía en estado de crisálida.

Aquí es donde se revela el genio observador y previsor de San Martín, servido por una voluntad incontrastable que no retrocedía ante la imposición de ningún sacrificio en pro de su causa, y un instinto conservador, que constituye la originalidad de su plan financiero. Secuestráronse los bienes de los prófugos; pusiéronse en almoneda las tierras públicas; creóse una contribución extraordinaria de guerra pagadera por cuotas mensuales; se recogieron los capitales á censo pertenecientes á manos muertas, usando de sus intereses; se dispuso del fondo de redención de cautivos; de los frailes mercenarios para redimir otros cautivos; se organizaron las donaciones gratuitas en especie y dinero; realizáronse las propiedades de las temporalidades de la Provincia; se apropiaron los diezmos al servicio civil; se gravó con un peso cada barril de

vino y con dos cada uno de aguardiente que se extrajese del territorio, con el carácter de contribución voluntaria; el producto de los alcoholes se aplicó al servicio militar; se declararon de propiedad pública las herencias de los españoles que morían sin sucesión, todo lo que, unido á los impuestos de papel sellado, ramo de pulperías, multas y otros arbitrios, regularizó la percepción de la renta, acrecentando el fondo común. No bastando esto, se estableció un impuesto general y uniforme sobre todos los habitantes, basado en el capital de cada individuo, previo catastro levantado por el Cabildo, y todos se prestaron gustosos á declarar de buena fe sus bienes bajo del juramento y oblando cuatro reales por cada mil pesos de capital, sin que fuese necesario rectificar sus leales declaraciones. Por excepción, solía hacerse uso del arbitrio de empréstitos forzosos, pero siempre con intervención del Cabildo, y con arreglo á una repartición equitativa, que pesaba sobre los españoles y portugueses desafectos. Además, cuando era necesario, se usaba de las cabalgaduras y de las carretas gratuitamente, se confiscaban temporalmente los alfalfares para las caballadas del ejército y se disponía sin retribución de las personas para los trabajos públicos, y como todo esto se hacía con orden, por igual y alternativamente, la oferta por lo general se anticipaba á la exigencia. Los artesanos se prestaban á servir en los talleres militares á ración y sin sueldo; las mujeres contribuían con sus labores, cosiendo gratuitamente los uniformes de los soldados, y para que no quedase nadie sin contribuir al sostén del erario, hasta los muertos fueron cotizados. Existía indivisa en Mendoza la testamentaría del gran patriota argentino-chileno don Juan Martínez de Rozas, á quien tan señalado papel hemos visto representar en esta historia, y San Martín, inter-

pretando su voluntad póstuma, manifestó á su albacea por medio del fiscal, que si Rozas viviera, contribuiría con parte de su fortuna á la reconquista de Chile, y de buena ó mala gana le hizo oblar en tesorería la cantidad de 12.000 pesos á título de donativo patriótico.

Por este tiempo anuncióse, que una expedición de 10.000 hombres al mando del general Morillo, se dirigía desde las costas de España contra el Río de la Plata, para someterlo al dominio del rey, restituído á su trono después de su cautiverio. Con tal motivo, reunió al pueblo en Cabildo abierto, y abrió la sesión diciendo: que había cumplido con su deber como soldado para sostener la causa de la libertad, y que para no volver á la esclavitud y al vasallaje, era necesario que todos concurriesen á la obra con sus brazos, sus personas y cuanto esfuerzo fuese necesario para coronarla. Todos respondieron unánimemente que estaban prontos á sacrificarlo todo en defensa de la patria amenazada. En seguida expidió un bando abriendo una subscripción voluntaria para auxiliar al gobierno general, cuyos considerandos, no obstante su estilo declamatorio, que desdice del carácter del personaje, son dignos de registrarse en las páginas de la historia, así por las cláusulas dispositivas, cuanto como corolario del plan de contribuciones patrióticas á que respondía. «Es llegada la hora de los verdaderos patriotas. »Se acerca al Río de la Plata una expedición de 10.000 »españoles. Ya no se trata de encarecer y exaltar las »virtudes republicanas, ni es tiempo de exhortar á la »conservación de las fortunas ó de las comodidades »familiares. El primer interés del día es el de la vi»da: este es el único bien de los mortales. Sin ella, »también perece con nosotros la patria. Basta de ser »egoístas para empeñar el último esfuerzo en este mo-

»mento único que para siempre fijará nuestra suerte. »A la idea del bien común y á nuestra existencia, to»do debe sacrificarse. Desde este instante el lujo y las »comodidades deben avergonzarnos. La pobreza de las »cajas de esta provincia no alcanza á las primeras aten»ciones, al paso que ellas se multiplican. Desde hoy »quedan nuestros sueldos reducidos á la mitad. El »empleado que no quiera donar lo que deja de perci»bir, recibirá un boleto para su abono en mejores cir»cunstancias. Yo graduaré el patriotismo de los habi»tantes de esta provincia por la generosidad, mejor »diré, por el cumplimiento de la obligación de sus »sacrificios. Al indolente se lo arrancaré imperiosa»mente á la fuerza, estrechando á servir la ley de se»guridad individual y general. Cada uno es centinela »de su vida.» Dando cuenta al gobierno de esta disposición, le decía: «La necesidad de existir es la pri»mera ley de los gobiernos. Si esta proposición pre»sentase un semblante de violencia, desaparecerá al »punto se vuelvan los ojos á la dura alternativa en »que nos hallamos. Los remedios se adoptan según el »carácter de los males, y cuando peligra la salvación »todo es justo menos dejarla perecer.» Para estimular los sentimientos patrióticos, hizo concurrir á los donativos voluntarios á las damas de Mendoza, las que encabezadas por su esposa doña María de los Remedios Escalada de San Martín, fueron recibidas por el Cabildo en audiencia, y en presencia del pueblo se despojaron de todas sus alhajas, diciendo: «Los dia»mantes y las perlas sentarían mal en la angustiosa »situación de la patria, que exige sacrificios de todos »sus hijos, y antes de arrastrar las cadenas de un nue»vo cautiverio, oblamos nuestras joyas en su altar.» El peligro se disipó; pero quedó subsistente en su parte económica. La expedición que habría podido cam-

biar quizá los destinos de la revolución, ó retardar por lo menos su triunfo, varió de rumbo, á consecuencia de la caída de Montevideo, que era su base de operaciones. Dirigióse á Costa Firme, donde Bolívar daría cuenta de la mayor parte de ella, y del resto darían cuenta los gauchos de Güemes en la frontera norte y los soldados que á la sazón se formaban al pie de los Andes.

VI

No todo era presión y expoliación metódica en esta Salento económico-militar, en que todo estaba clasificado en el orden de los combatientes y los contribuyentes. Una serie no interrumpida de actos de gobierno, revelaba la existencia de una autoridad tutelar que velaba por el progreso moral y material del pueblo. La instrucción pública se fomentaba con anhelo, se propagaba por la primera vez la vacuna, embellecíanse sus paseos públicos, se mejoraban sus canales de regadío estimulando la producción agrícola, el orden y la más estricta economía presidía á la distribución de los caudales, y de este modo San Martín se identificaba con la vida civil de la sociedad, que veía en él un padre á quien amaba y un mandatario á quien respetaba con cierto temor. Esto explica cómo en el espacio de tan pocos meses el gobernador de Cuyo había conquistado tanto predominio político y tanto ascendiente moral sobre sus gobernados. La severa contracción á sus deberes oficiales y su conducta y maneras en el trato social, contribuían á aumentar su autoridad y la popularidad que le granjeaban sus actos. Su figura austera se destacaba en medio de

aquel cuadro de gobierno autoritario y casi despótico á la vez que paternal, rodeado por cierto prestigio misterioso que provenía de una reserva sostenida sin afectación, pero imponente, que dulcificaba una grave afabilidad. Solo, con muchos amigos pero sin ningún confidente, ni aun consejero, él lo hacía todo y todo lo vigilaba, sin más brazos auxiliares que un secretario y un par de amanuenses. Era como una entidad abstracta y una fuerza latente moderada por sí misma, que se imponía por su poderosa gravitación, sin violencia ostensible.

Un historiador universal (Gervinus) que extraviado por malos ó incompletos documentos ha desconocido el carácter moral de San Martín, refiriéndose precisamente á esta época de su vida, dice de él: «Era un »hombre envuelto en el misterio y en lo equívoco. Na»die tenía una idea neta de sus verdaderos talentos, »de su carácter ni de sus proyectos. Los extranjeros »que se le acercaban personalmente, encontraban en »él un hombre de alta estatura, de una conversación »animada, pero seria; de un lenguaje sencillo y claro, »exento de frialdad; con maneras elegantes y aun se»ductoras; con un rostro pálido y ojos vivos y pene»trantes que no dejaban adivinar lo que pasaba en su »alma impenetrable. Los unos experimentaban de tal »manera la superioridad de su inteligencia, que des»confiaban de él, y es la verdad, que con su sagacidad »y la rapidez para juzgar de todo, sabía exhibir há»bilmente todos los talentos que poseía. Al lado de »esto, otros encontraban que tenía poca instrucción, »que sus nociones en el arte de gobernar no eran sa»nas, y que carecía de las luces con que se gobierna á »los hombres, y se gana su estimación.» El retrato es »correcto en sus contornos, y representa en conjunto el bosquejo de un hombre superior; pero le falta co-

mo complemento la explicación de su potencia, en medio de sus deficiencias nativas y su poca cultura (ni ortografía tenía) y esto es lo que interesa á la historia en el momento en que va á llamar la atención del mundo como verdadero grande hombre, por hechos que son la emanación de su naturaleza y el resultado de sus trabajos y previsiones. Los grandes hombres que han merecido bien de la humanidad, como Guillermo de Orange y como Wáshington, no han brillado por su inteligencia ni por su ciencia, sino por sus hechos conscientemente ejecutados y por el conjunto de cualidades que determinaba en ellos una fuerza superior, que constituye el fondo de su carácter histórico. Como lo observa Macaulay, Cromwell decía tonteras y hacía grandes cosas. Este es otro fenómeno que la ciencia moderna ha explicado, destronando la teoría que hacía de la inteligencia el atributo esencial, con olvido de las profundas palabras de Pascal «que el corazón tiene sus razones que la razón no conoce.» El secreto de la potencia de San Martín, como hombre de acción y de pensamiento relativo, consistía en la voluntad, que constituía la substancia y la esencia de su ser. Ella era la cualidad predominante, que más que su inteligencia ó su escasa instrucción le daba el conocimiento seguro de los hombres y de las cosas y la certidumbre que lo guiaba. No obraba por inspiración, sino por cálculo, cuando quería una cosa, sabía cómo la quería, y por eso se ha dicho que no era un hombre sino una misión; no una persona sino un sistema. Todo era en él huesos y músculos, revestidos de poca carne, de que se desprendían más pasiones que ideales; y cuyo gobierno residía en su temperamento más que en su cerebro. El mismo había formulado por instinto en los considerandos de su bando antes citado, la teoría que la fi-

losofía moderna ha consagrado como una verdad moral demostrada que «el primer interés de la vida, es »vivir—individual ó colectivamente,—y que este es el »único bien de los mortales, y á él debe sacrificarse todo porque sin ella todo perece y sólo así se triunfa »de la muerte.»

Era en aquella época San Martín un modelo de orden y disciplina que daba el ejemplo de la labor perseverante y de moral en acción. Llevaba una vida más que modesta, austera, sin ningún boato exterior ni ostentación, aun cundo no carecía de recursos charlatanescos, como se verá después, pero que empleaba sólo en circunstancias excepcionales. Vestía el sencillo uniforme obscuro de los Granaderos á caballo, apenas realzado por un vivo encarnado, con botas de montar y el típico sombrero de hule con la escarapela argentina tomada por una presilla de oro, que sus estatuas han reproducido en bronce.

Era madrugador, y se desayunaba ligeramente. Empleaba toda la mañana en su despacho, recibiendo partes, dando audiencia, expidiendo órdenes, ó trabajando solo ó con su secretario, que lo era á la sazón un joven oficial de su ejército. Infatigable en el trabajo, era avaro del tiempo, y contaba los minutos, consultando siempre su cronómetro. Llevaba personalmente su correspondencia, y dictaba ó redactaba los despachos oficiales, que escribía él mismo cuando era reservada, atendiendo á la vez á un cúmulo de pequeños detalles, que asustan cuando se compulsan sus papeles, y explican, como en la vida de todos los grandes capitanes, el éxito de sus empresas.

En su mesa era muy parco y sobrio. A mediodía, dirigíase á la cocina y elegía dos platos—generalmente puchero ó asado,—que á veces despachaba de pie, y por postre dulce mendocino, tomando dos copas

de vino. En seguida daba un corto paseo fumando un cigarrillo de tabaco negro, si era invierno, y volvía luego á la tarea. En verano, dormía una siesta de dos horas sobre un cuero tendido en el corredor de su casa. En ambas estaciones, su bebida habitual era el café, que él mismo preparaba. Después volvía al trabajo, y por la tarde inspeccionaba los establecimientos públicos. Por la noche, recibía las visitas con que tertuliaba en variada conversación, de la cual estaba excluída la política, ó echaba una partida de ajedrez, juego en que era fuerte, y á las 10 en punto las despedía. A esa hora tomaba una ligera colación, y descansaba ó continuaba su trabajo interrumpido, pasándose muchas noches en vela y sin acostarse por efecto de las dolencias que le aquejaban. Formal en todas sus acciones y palabras, guardaba siempre compostura, y no hacía promesa que no cumpliera, aun cuando alguna vez se dejase llevar de sus propensiones epigramáticas, prorrumpiendo en chistes ó redactando decretos humorísticos que revelaban su equilibrio moral.

VII

El gobierno de San Martín en Cuyo se parece un poco al de Sancho Panza en la ínsula Barataria, que sentenciaba con su buen sentido, ó al de la leyenda del rey Zafadola, que se entraba á pie de puertas adentro de los contribuyentes haciéndoles presente, que si no le pagaban las contribuciones ¿cómo querían que los pudiese gobernar? Bajo esta faz las anécdotas que con su administración de Mendoza se ligan, darán una idea más cabal que largas disertaciones filosóficas y exposiciones históricas.

Un oficial le hizo presente que el sueldo no le alcanzaba para sostenerse, y pedía un surplus de ración á cuenta de él: el general decretó al pie: «Extráñase el desahogo con que aspira el suplicante á »gravar al Estado en medio de las más graves y apu»radas urgencias públicas, cuando todos los jefes y »oficiales del ejército sufren iguales privaciones». Un soldado reclutado en San Juan y juramentado en Chile por los españoles, representó, que en conciencia se hallaba impedido para servir, y que, aunque adicto á la causa americana, se hallaba con las manos atadas. El decreto es terrible: «El gobernador contrae la »responsabilidad que alega el suplicante: quedan sus »manos libres para atacar al enemigo: mas si una ri»dícula preocupación aun se las liga, se le desatarán »con el último suplicio». Un español europeo manifestó vivo deseo de ser contado entre los hijos de la patria, para ayudarle contra el despotismo. «Haga, fué »la contestación, una justificación por seis patriotas »muy conocidos por su patriotismo y se resolverá». La mujer de un sargento pidió gracia por una falta del servicio cometido por su marido. Al margen escribió de su puño y letra: «No me entiendo con mu»jeres sino con soldados sujetos á la disciplina mili»tar.» Un prisionero, en celebridad de la Virgen del Carmen, patrona del ejército, pidió por gracia de tan divina Señora, la libertad perdida. Decreto autógrafo: «No ha sido poca gracia que librase la vida». En el sumario de una chacarera encausada, «por haber hablado contra la patria», mandó sobreseer con la sentencia, de que la acusada «entregase al proveedor »diez docenas de zapallos que el ejército necesitaba »para su rancho». Para probar el temple de sus oficiales organizó una corrida de toros y los echó de lidiadores al circo, en celebración del aniversario del

25 de mayo. Al observar y aplaudir el temerario arrojo con que se portaron, dijo á O'Higgins, que estaba á su lado: «Estos locos son los que necesitamos para derrotar á los españoles».

Son numerosas las anécdotas geniales que de él se recuerdan. En una ocasión hizo ademán de entrar al laboratorio de mixtos, vestido con uniforme de general, con botas herradas como se usaban entonces y espuelas, contra sus propios reglamentos. El centinela le prohibió la entrada por dos veces. Sin decir palabra volvió atrás, se vistió un traje de brin y calzó un par de alpargatas, permitiéndosele entonces la entrada. Luego hizo relevar al centinela, y con ademán severo le regaló una onza de oro. En otra ocasión se le apersonó un oficial de su ejército, pidiéndole hablar con el ciudadano don José de San Martín, y no con el general, y le confió bajo la fe de caballero, que era habilitado de un cuerpo y había perdido al juego la cantidad destinada á su abono mensual, haciendo promesa de enmienda. El general sin decir palabra, se dirigió á una gaveta y le entregó en onzas de oro la suma perdida al juego, diciéndole al ponerla en su mano: Entregue usted ese dinero á la caja de »su cuerpo; y guarde el más profundo secreto, por»que si alguna vez el general San Martín llega á sa»ber que usted ha revelado algo de lo ocurrido, en el »acto lo manda fusilar.» A uno de sus ingenieros, mientras dibujaba bajo su vista un plano secreto en que le hacía consignar sus reconocimientos de la cordillera, le dijo en tono entre amistoso y amenazador: «Mucho pulso en el dibujo». Y agregó: «Si mi mano »derecha supiese lo que hace mi mano izquierda, me »la cortaba». Ultimo rasgo humorístico de pureza administrativa: dueño absoluto de la renta de Cuyo, se le ocurrió una vez hacerse sospechar de ladrón. Or-

denó que todo peso sellado que entrase en arcas con las armas españolas, le fuese entregado día por día. La orden se cumplía estrictamente, y algunos pensaban que él se apropiaba este dinero. En vísperas de emprender su campaña á Chile, llamó al tesorero, y le preguntó si había llevado cuenta exacta de los pesos entregados, como era su deber, y en vista de ella devolvió al tesoro público en la misma especie las monedas de que era depositario.

Su actividad, como la de los corredores de raza, se manifestaba con aparente lentitud, pero uniformemente, por movimientos rítmicos, cortos, seguidos y repetidos sin interrupción, así es que abrazaba todas las esferas de su reducido dominio. Era todo, hasta obispo y juez supremo por autoridad propia. A dos frailes franciscanos, que se habían mostrado según él, «contrarios á la regeneración política», los suspendió oficialmente de la facultad de confesar y predicar, manteniéndolos reclusos en los claustros de su convento hasta segunda orden. A los curas les recomendaba que en sus pláticas y sermones «hiciesen ver la justicia con que la América había adoptado el sistema de la libertad,» y notando que descuidaban esta prevención, les enderezó por vía de pastoral una circular «en la inteligencia que tomaría providencias más serias si no cumplían con tan sagrado deber.» Obligado á ser duro en el ejercicio de su autoridad en materia de delitos políticos, había impuesto pena de la vida á todo el que se comunicase con el enemigo. Sin embargo, sucedió que en una causa seguida contra unos espías de Osorio, conmutó la sentencia de muerte en trabajos forzados y en la pena moral de expectación pública de los reos con un letrero en la frente: «Infieles á la patria, indecentes amigos del tirano Osorio» y hacía publicar su fallo por bando «para escar-

»miento de los ignorantes paisanos y para que odia»sen tan feo delito.»

Hasta entonces, no obstante la relativa importancia que le habían dado los últimos sucesos, propiciándole la buena voluntad del nuevo gobierno, representaba un papel muy secundario en la política y en la guerra argentina. Su hazaña de San Lorenzo era la de un guerrillero atrevido y feliz. Su mando en el norte había sido muy obscuro, y no se conocía su labor secreta. Su prestigio en Cuyo era puramente local. Como soldado de la segunda hora, que no había asistido á las primeras campañas de la revolución, sus compañeros de armas, á excepción de Belgrano, afectaban mirarle en menos y aún llegaron á poner en duda su fidelidad á la causa americana, como se ha visto. Se le tenía por un buen táctico, un organizador hábil y sableador valiente, sin que faltase quien lo tildara de cobarde. En general se le juzgaba incapaz de llevar á cabo una gran empresa, y mucho menos la de la reconquista de Chile, que se consideraba no una temeridad, sino una locura. Apenas si alguno que otro de sus amigos íntimos esperaban algo de él, y á excepción de Rodríguez Peña, confidente de su secreto, de Belgrano que era su sincero admirador, de don Tomás Guido que lo amaba y estimaba en su valor, y de un corto número de los afiliados en la Logia de Lautaro, á la sazón dispersa con la caída de Alvear, se le consideraba como un hombre muy mediocre, como en realidad lo era mirado del punto de vista de su inteligencia y de la cultura. Era para todos un cuerpo opaco que no emitía ni reflejaba luz.

Sabía bien cómo era juzgado por la mayoría de sus compatriotas, y no se hacía ilusiones respecto de su crédito; pero apelaba al estoicismo que había adoptado como regla y confiaba en el tiempo y la paciencia.

«¡Con que están los cordobeses muy enfadados con»migo (escribía á un confidente suyo con su fantástica ortografía) paciencia! Ya había en ésta visto va»rias cartas en que manifestaban sus disgustos, y lo »particular que hallan sido escritas por sujetos de »juicio y de luces, pero en unos términos capaces de »exaltar otra conciencia menos tranquila que la mía »¡ay amigo! y cuanto cuesta á los hombres de bien la »livertad de su País. Baste decir á usted que no en »una, sino en tres quatro se dise lo siguiente. «Uste»des tienen en esa un Gefe que no lo conocen; él es »ambicioso; Cruel, Ladrón y poco seguro en la Cau»sa, pues hay fundadas sospechas de que haya sido »enviado por los Españoles; la fuerza que con tanta »rapidez está lebantando no tiene otro objeto que »oprimir á esa Provincia para después hacerlo con las »demás». Usted dirá que me habré incomodado: si »mi Amigo, un poco; pero después llamé la reflexión »en mi Ayuda, hize lo que Diógenes, sambullirme en »una tinaja de Filosofía, y decir: todo es necesario »que sufra el hombre Público para que esta Nabe lle»gue á Puerto».

El hombre que esto escribía, era ya un valetudinario á la edad de 37 años cumplidos. La contracción al trabajo había exacerbado su antigua enfermedad de Tucumán, y sólo podía dormir breves momentos sentado en una silla. Los facultativos que consultó, le dijeron, que si no cambiaba de temperatura y se resignaba á una vida tranquila, su existencia no podría prolongarse más de un año. Fué entonces cuando empezó á abusar del opio para conciliar el sueño, por consejo de su médico, el doctor P. Isidro Zapata, un empírico de Lima, hombre de color, que lo asistió en todas sus campañas. No obstante su vigorosa constitución, el sufrimiento físico fué el compañero de

su vida hasta que la sangre extravasada lo sofocó. Los dolores neurálgicos y reumáticos, complicados con una doble afección al pecho y al estómago, que le producían vómitos, dispepsias y abundantes esputos de sangre, habían afectado el pulmón y la medula vertebral, y por simpatía el cerebro. Los héroes necesitan tener salud robusta, para sobrellevar las fatigas y dar á sus soldados el ejemplo de la fortaleza en medio del peligro; pero hay héroes que con cuatro miembros menos, sujetos á enfermedades continuas ó con un físico endeble, se han sobrepuesto á sus miserias por la energía de su espíritu. A esta raza de los inválidos heroicos pertenecía San Martín. Y fué precisamente en tan tristes circunstancias cuando se desprendió de su ser enfermizo, el primer relámpago del genio, precursor del rayo que debía fulminar los ejércitos realistas al occidente de los Andes.

Precisamente por este tiempo la causa de la revolución sufría un espantoso contraste, y la causa de la independencia americana parecía perdida. El ejército del norte reforzado, en número de más de 4.000 hombres de las tres armas, con dos baterías de artillería, había invadido por tercera vez el Alto Perú á las órdenes del general Rondeau, y sido batido por el general Pezuela en Sipe-Sipe (29 de noviembre de 1815). Esta derrota fué la más desastrosa de la revolución; de ella apenas se salvaron 1.500 soldados. Esto sucedía, cuando la expedición de Morillo (antes destinada al Río de la Plata como se ha dicho) dominaba á lo que después se llamó Colombia, desde el Atlántico al Pacífico. Sojuzgado Chile, perdido irremisiblemente el Alto Perú, y domada la insurrección del Cuzco, de que hemos hecho mención antes, las Provincias Unidas quedaban solas y aisladas. Sipe-Sipe parecía ser el último esfuerzo de la revolución ame-

ricana, y por eso los realistas celebraron ruidosamente la victoria en Europa y América entonándose un Te-Deum en todas las catedrales de la monarquía española, hecho sin ejemplo después de la batalla de San Quintín. Fué entonces, cuando San Martín viendo por siempre cerrado el camino militar que había declarado de antemano imposible para llegar á Lima, dejó escapar su secreto y formuló el plan de la reconquista de Chile, determinando hasta el número de tropas con que podía y debía verificarse, según se verá después.

La noticia de la derrota de Sipe-Sipe, había producido un gran desaliento en el país, y principalmente en el pequeño ejército de Cuyo, único núcleo de fuerza á la sazón organizado. La idea general era destinarlo á engrosar el ejército del Alto Perú, para defender la frontera norte amenazada. En medio del pavor general que sobrecogía todos los ánimos, San Martín invitó á todos sus oficiales á un banquete. Nunca se le vió más franco ni más risueño que en aquella ocasión. A los postres, púsose de pie, y con voz entonada, en que vibraba la convicción, propuso un brindis general: «Por la primera bala que se dis»pare contra los opresores de Chile del otro lado de »los Andes.» Estas palabras encontraron eco en todos los corazones. La confianza volvió á renacer. Desde aquel momento el paso de los Andes y la reconquista de Chile dejó de ser una idea y empezó á ser un hecho visible. La revolución americana iba á tomar por la primera vez la ofensiva y la suerte de la guerra iba á cambiar.

CAPITULO X

La guerra de zapa de San Martín

1815-1816

Triple aspecto de la reconquista de Chile.—La restauración realista en Chile.—Exacciones, persecuciones y matanzas del gobierno de Osorio.—Los Talaveras.—Reacción nacional.—Situación militar de los realistas en Chile.—Originalidad de la idea del paso de los Andes.—Planes de Abascal y de Osorio.—Estado militar de Mendoza.—Diversión diplomática de San Martín.—Marcó releva á Osorio en el mando de Chile.—La guerra de zapa de San Martín.—Los emisarios secretos de San Martín en Chile.—Organización del espionaje en país enemigo.—Minas y contraminas en la guerra de zapa.—Golpes maestros de San Martín en la guerra de zapa.—Vastas proporciones que asume la guerra de zapa.—Insurrección latente de Chile.—Activos trabajos de los emisarios secretos en este sentido.—Los principales agentes de la guerra de zapa.—Enlace de la guerra de zapa con las combinaciones estratégicas.—Mártires de la guerra de zapa. —Tiranía de Marcó.—Levantamientos populares en consecuencia de la guerra de zapa.—Manuel Rodríguez.—Nuevas estratagemas de San Martín.

I

La reconquista de Chile por las armas argentinas, es un hecho múltiple y complejo, que para ser bien comprendido en su conjunto, requiere ser parcialmente estudiado en las distintas partes en que naturalmente se divide. Primeramente como idea, cuya filiación histórica ha dado motivo á largas discusiones,

y respecto de lo cual queda mucho por decir en presencia de nuevos documentos. Después, como preparación, del doble punto de vista, de los trabajos revolucionarios hechos en el país que debía ser reconquistado, y de los elementos con que había de verificarse la empresa. Por último, su ejecución, que da á los patriotas el dominio real de su territorio, y á la revolución sudamericana una base segura de operaciones. Bajo este triple aspecto vamos á considerarlo, empezando por presentar el cuadro del estado de Chile después de la derrota de Rancagua, y relacionarlo con los trabajos de San Martín desde Mendoza para emprender la reconquista.

La restauración realista en Chile, fué más bien que una reconquista militar, una verdadera conquista de la tierra y de sus moradores, con todos los excesos que acompañan al predominio de la fuerza extraña triunfante. El pueblo fué tratado como un pueblo conquistado á sangre y fuego, y provocó resistencias que estaban desarmadas. La gran mayoría del país se hallaba fatigada por la guerra, quebrantada por el despotismo y la anarquía revolucionaria, y aspiraba á la paz; así es que, unos por cansancio, otros por miedo ó tibieza, y los más obedeciendo al impulso casi general, recibieron al vencedor como á un libertador, á fin de aplacar sus iras. Una política moderada, habría tal vez consolidado por algún tiempo el dominio español en Chile; pero, como sucedió en la época de Carrasco, el exceso mismo de la reacción volvió á encender de nuevo el antiguo patriotismo que parecía apagado bajo las cenizas de Rancagua. Y sin embargo, el conquistador Osorio, aunque militar sin bríos, ni dotes para la guerra, y de entendimiento vulgar, era relativamente bueno é inclinado á la clemencia; pero reatado por las instrucciones del virrey,

Abascal que le ordenaba la represión como sistema de gobierno, y estimulado, sobre todo, por el círculo de españoles que le rodeó, fué el instrumento de la persecución sin misericordia de todos los habitantes de Chile, y el agente de la sorda insurrección que produjo en todos los ánimos.

Los empréstitos forzosos cobrados con crueldad, las contribuciones arbitrarias sobre los nativos, las exacciones de las tropas en toda la extensión del territorio, fueron las únicas rentas con que contó Osorio para el sostén de su administración. Al principio, los mismos expoliados se prestaban á todo, haciendo donativos cuantiosos á fin de propiciarse la benevolencia del vencedor; pero muy luego, agotado el numerario circulante y desiertos los campos, encarecida la vida hasta el último grado, empezó á hacerse sentir la miseria en todo el país, y hasta la misma fuente de recursos subsidiarios quedó agotada, y hubo de apelarse al sistema de confiscación de todos los bienes de todo género de los americanos que más ó menos directamente habían tomado parte en la revolución ó se hallaban ausentes, fuesen ó no culpables. Agréguese á esto, que restablecido el sistema colonial en toda su crudeza, el comercio quedó paralizado, y la industria nacional muerta. Todas las reformas civilizadoras de la época revolucionaria, fueron abolidas, aun aquellas que más directamente beneficiaban al pueblo, restableciéndose todas las desigualdades, tributos y monopolios del antiguo régimen. Las persecuciones sistemáticas, los encarcelamientos en masa, la confinación de los más señalados patriotas á la isla de Juan Fernández, la creación de un tribunal de purificación ó de infidencia que redujo á todos los criollos á la condición de sospechosos, y las bárbaras matanzas que por mano de la fuerza militar se come-

tieron en las prisiones públicas, acabaron por atraer sobre Osorio todos los odios de los oprimidos y esquilmados. De la miseria y de la desesperación surgió una nueva pasión popular, precursora de una insurrección, que sólo necesitaba un punto de apoyo, una simple esperanza para producirse.

El profundo malestar general se agravaba por las formas odiosas, brutales ó degradantes de que se revestía el sistema terrorista de los conquistadores, dividiendo á la sociedad en vencidos y vencedores, en amos y esclavos. Los americanos fueron reducidos á la clase de raza inferior sin derechos ni garantías. Los españoles europeos volvieron á constituir una clase privilegiada; sólo ellos ocupaban los empleos y eran los únicos que podían llevar armas, y su palabra la única que hacia fe en los juicios. Todos los habitantes fueron sometidos á un insoportable régimen claustral: nadie podía moverse de su domicilio seis leguas á la redonda, y esto con permiso de la autoridad que vendía licencias, y á las nueve de la noche todo vecino debía permanecer encerrado en su casa. Hasta las diversiones de la plebe fueron prohibidas «por ruidosas». Una lúgubre tristeza reinaba por todas partes, incubando pasiones rencorosas, que tenían sus estallidos intermitentes. Los conflictos entre la tropa y los rotos—que constituyen la masa del pueblo chileno,—eran frecuentes. El batallón de Talavera, primer cuerpo peninsular que había tomado parte en la guerra de Chile, reclutado entre la peor gente de la metrópoli, era el que más se señalaba por sus brutalidades, y el que concentraba todos los odios populares. Por su calidad de españoles, todos los excesos les eran permitidos, y robaban, mataban y violaban mujeres, seguros de la impunidad, y exigían de la plebe que le tributase sumiso acatamiento, usando

de un lenguaje insultante y soez. De aquí provenían riñas sangrientas y represalias entre los Talaveras y los rotos. Estos mataban sin piedad á todo Talavera que encontraban aislado, y cuando los peninsulares, para defenderse, adoptaron la táctica de no salir de su cuartel, sino en grupos armados, éstos mismos eran atacados por la multitud á los gritos de ¡Viva la Panchita!» con que designaban á la patria. Este era el grito de guerra de un robusto sentimiento plebeyo de nacionalidad que se despertaba en la masa de la población, y que la misma represión contribuía á fomentar.

Estas causas de descontento general se complicaban con las que trabajaban los elementos que constituían el nervio de la misma opresión. Los veteranos chilenos, que á las órdenes de Sánchez habían permanecido fieles á la causa del rey, sosteniendo á Chillán, y servido de núcleo y punto de apoyo á las invasiones de Pareja, de Gainza y de Osorio, eran á la vez mirados en menos. No sólo no habían sido confirmados los jefes y oficiales en sus grados bien adquiridos ni reconocídose las pensiones de sus viudas é inválidos, sino que ellos mismos estaban reducidos á la mezquina condición de tropas allegadizas hasta en las retribuciones pecuniarias, de manera que, un alférez peninsular ó del virreinato de Lima, gozaba de más consideración que ellos y percibía un sueldo igual al de un coronel de las tropas nativas. De este modo, se destemplaban á sí mismas las armas vencedoras de la revolución chilena.

II

Considerada bajo su aspecto puramente militar, la situación de los realistas en Chile era más ventajosa. A principios de 1815, Osorio se hallaba al frente de 5.000 hombres de tropas organizadas, bien armadas y equipadas, y ensoberbecidas por la victoria. Sus instrucciones le trazaban un atrevido plan de la campaña, cual era, atravesar los Andes con 2.000 infantes, 1.000 jinetes y 200 artilleros con piezas de montaña, franqueando los boquetes del sur tan luego como se hallase pacificado el país, á fin de hostilizar á Cuyo y Córdoba, é interceptar la comunicación mediterránea de los ejércitos argentinos, poniéndose al efecto de acuerdo con el general Pezuela que amenazaba la frontera norte de las Provincias Unidas por el Alto Perú. Estas mismas instrucciones había recibido Gainza al emprender la segunda invasión. Era una idea fija en el virrey Abascal, y él fué el primero que concibió en grande escala, la posibilidad militar del paso de los Andes en el sentido inverso en que lo ejecutó San Martín. La originalidad del pensamiento por parte del general argentino, consiste, precisamente, en esto como plan defensivo y ofensivo á la vez. Antes de él habían atravesado la cordillera, los primeros conquistadores chilenos, y posteriormente los voluntarios chilenos y argentinos que recíprocamente se prestaron el auxilio de sus armas; pero jamás había sido concebida é intentada como una gran operación de guerra defensiva, con proyecciones continentales. Por eso son memorables los pasos de los Andes realizados por San Martín y Bolívar, como en los Al-

pes lo son únicamente los de Aníbal y Napoleón. No es que el número de soldados ni la grandeza de los pueblos en lucha determinase su importancia, sino sus móviles y sus consecuencias. Las grandes ideas y los propósitos trascendentales, nacían en Sud América de la inmensa extensión territorial del teatro de la guerra, y no estaban en relación ni con la población ni con la fuerza armada. Era el desarrollo libre del genio espontáneo de nuevas nacionalidades en fermentación, una civilización en germen que se dilataba y se abría paso al través de los grandes obstáculos de la naturaleza, para llevar al través de vastos espacios, por medio de las armas, como la semilla en alas de los vientos tempestuosos, el germen fecundo que debía desparramarse por todo un mundo republicano. En esta pugna, debía prevalecer la ley de la vitalidad y triunfar el más apto y mejor preparado para la lucha.

No era Osorio el hombre indicado para llevar á cabo esta empresa por parte de los realistas, ni para luchar con San Martín, aun con fuerzas superiores, en astucia ó habilidad, táctica ó estratégica. Tímido en la guerra, sin ideas militares, inclinado al quietismo por temperamento, su acción estaba paralizada además por dificultades superiores á su débil voluntad. Ya al tiempo de realizar su invasión al territorio chileno, hubo de desistir de la empresa por órdenes terminantes del virrey del Perú que le prevenían retrogradar con sus tropas á fin de acudir en auxilio del ejército de Pezuela, á la sazón amagado á su espalda por la revolución del Cuzco, de que hemos hecho mencion antes, y por el ejército argentino del norte que amenazaba invadir de nuevo el Alto Perú. Una junta de guerra, tenida en vísperas de atravesar el Cachapoal, lo compelió á desobedecer la orden de Abascal, y á

esto debióse el éxito de Rancagua. Idénticas exigencias lo asediaban después de su victoria. La revolución del Cuzco se prolongaba, el ejército argentino á órdenes del general Rondeau, aún no había sido batido en Sipe-Sipe, y ocupaba tres de las provincias del país invadido. En tales circunstancias el virrey instaba con urgencia á Osorio, á fin de que se desprendiese de algunas de sus divisiones con destino al Alto Perú, quedándose con las tropas necesarias para mantener la quietud del país. Vese aquí cómo, en las revoluciones lo mismo que en la naturaleza, no hay fuerza perdida, y que, hasta las mismas insurrecciones que fueron sofocadas y las derrotas fatales, concurrían á debilitar y paralizar la acción reaccionaria, mientras se organizaban fuerzas más poderosas en otros puntos, señalando por la dolorosa experiencia el camino de la victoria final.

Mientras tanto, San Martín apenas había tenido tiempo de poner en estado de defensa á Cuyo. El batallón en esqueleto de los Auxiliares de Las Heras remontado con algunos reclutas y las milicias de la provincia, era toda la tropa con que contaba. Además, la primavera, al derretir las nieves de la cordillera, que eran sus trincheras en invierno (noviembre de 1814), iba á dejarlo á merced del enemigo. En tal apuro, se despojó de la piel del león vistiendo la del zorro, y con autorización del gobierno abrió comunicaciones pacíficas con el general español, para «tratar por medios prudentes de evitar la efusión de sangre y procurar el restablecimiento de las relaciones de comercio interrumpidas,» invitándolo á nombrar comisionados por una y otra parte. A esta abertura de paz circunspecta, iba adjunto un pliego del gobierno argentino en el mismo sentido. Osorio contestó entre irresoluto y altanero que «jefe de las armas victoriosas

»del soberano de ambos mundos, desearía poder ac»ceder á las proposiciones que se le hacían; pero que «el árbol y la gorra de la libertad» que sombreaba »el oficio que se le dirigía (aludía al sello de las »Provincias Unidas) le hacía dudar de los sentimientos »pacíficos que se le manifestaban, terminando por »establecer como condición preliminar á todo «el so»lemne nuevo reconocimiento y jura de Fernan»do VII». El general patriota, sin darse por entendido del tono ni de la intimación, contestó dando las gracias por el decoroso trato dado á su parlamentario, y refirióse en lo demás á la decisión de su gobierno, insinuando, que abrigaba «las más lisonjeras »esperanzas de que todo concluyera en armonía.» Esta diversión diplomática, surtió su efecto. Osorio, obedeciendo á su tendencia natural, dejóse adormecer con la perspectiva de la paz, perdió un tiempo precioso, y apremiado al fin por el virrey, hubo de desprenderse de 1.500 hombres que envió de refuerzo al ejército del Perú. Desde entonces sin medios ni resolución para invadir (abril de 1815), empezó á temer seriamente ser á su vez invadido, alarmado por las voces que mañosamente propalaba San Martín por medio de los agentes secretos que mantenía en el territorio chileno. Para precaverse de este peligro, ordenó un alistamiento general de las milicias del país, cubrió con guardias los pasos precisos de la cordillera, creó nuevos cuerpos de tropa y se redujo á una estricta defensiva. El astuto gobernador de Cuyo, á la vez que así engañaba á su competidor, exageraba ante su gobierno las fuerzas enemigas y sus temores de ser invadido, á fin de obtener refuerzos. Antes de finalizar el año, hablaba decididamente de invadir, y escribía confidencialmente: «Buenas noticias »de Chile: Osorio teme ser invadido, y en los pueblos

»y campañas se conoce una fermentación tremenda.»

Por este mismo tiempo (diciembre de 1815), el vencedor de Rancagua fué relevado en su mando de la capitanía general de Chile, que desempeñaba interinamente, por el mariscal de campo don Francisco Casimiro Marcó del Pont, general de papel, en cuya alma pusilánime San Martín inocularía el pavor, sugiriendo á su pobre espíritu todos los errores que debía cometer para realizar el plan de atravesar la cordillera y reconquistar el territorio chileno.

III

Los trabajos de San Martín no se habían limitado á meros aparatos bélicos y maniobras diplomáticas. Mientras formaba un verdadero pie de ejército regular, organizaba en vasta escala «la guerra de zapa», como él la llamaba, que supo combinar con sus trabajos políticos y militares preparatorios de la campaña que meditaba y con sus maniobras estratégicas ulteriores. Este es uno de los episodios secretos más interesantes de su vida, y que muestra hasta qué grado era inagotable su ingenio en todo género de estratagemas, y con qué consumada habilidad sabía manejar los resortes de la complicada máquina de un mando en jefe en el orden militar. Algunos escritores, guiándose por informaciones verbales, han dado noticia de los diversos medios de que en aquella época se valió para rodearse de misterio como en Tucumán, propalar voces falsas, establecer el espionaje en el campo enemigo y tener siempre un ardid pronto para conjurar un peligro ú obtener una ventaja; pero son los papeles de su archivo los que iluminan con pruebas escritas esta página curiosa, y hacen ver que era él

solo quien daba las instrucciones y mantenía la correspondencia reservada con sus agentes y con el gobierno; quien llevaba la contabilidad de los gastos secretos de que rendía estricta cuenta en la misma forma, forjaba las cartas destinadas á caer en poder del enemigo para engañarlo, valiéndose á veces de sus mismos agentes para hacerles creer lo que convenía que supiesen. Los documentos existentes en los archivos públicos, prueban el hecho extraordinario en la historia de que á esta «guerra de zapa» tan hábilmente conducida por un solo hombre, debióse la insurrección latente del pueblo chileno que precedió al paso de los Andes y aseguró de antemano el éxito de la reconquista de Chile. Difícilmente se encontrará en la vida de los grandes capitanes una lección más llena de enseñanza sobre este complicado y original género de hostilidades.

Su primer ensayo fué el de un maestro en el arte de engañar á su enemigo. Aprovechándose de sus ruidosas desavenencias con Carrera y sus parciales, se entendió con algunos emigrados chilenos á fin de que manifestasen deseos de regresar á su país, quejosos de la miseria y de las persecuciones de que eran víctimas. El gobernador, manifestándose muy irritado, los confinó á la ciudad de San Luis bajo la vigilancia de la policía. Entre las fingidas víctimas de la tiranía, contábase el oficial don Pedro Aldunate, cuyos padecimientos llegaron á oídos de Osorio, y encontraron eco en la misma «Gaceta» del rey, que era su órgano oficial. En seguida desterró «por perjudicial» al mayor chileno don Pedro A. de La Fuente. Pocos días después, este último fugaba, y pasaba la cordillera y era activamente perseguido por el camino opuesto al que había llevado, mientras presentaba al general español su orden de destierro como certificado que lo abona-

ba, lo que no impidió fuese reducido á prisión como sospechoso. A la fuga de La Fuente, siguióse la de Aldunate, quien recomendado por las aparentes persecuciones que había sufrido, fué benévolamente recibido, y obtuvo que se pusiese en libertad al compañero de infortunio que le había precedido. Fueron éstos los dos primeros agentes secretos de los patriotas que se introdujeron en Chile para preparar su reconquista. A ellos siguieron el mayor Diego Guzmán y el teniente Ramón Picarte bajo el mismo pretexto, con instrucciones, para «promover la insurrección en el país», y aun cuando fueron detenidos al principio, llenaron cumplidamente su comisión, dejando bien establecido el servicio de espionaje.

A este golpe tan hábilmente dirigido, siguióse otro más á fondo, constituyendo al mismo general enemigo en corresponsal suyo, como más tarde lo haría con Marcó con mejores resultados. «Deseoso de saber, dice »él mismo, el verdadero estado de Chile, medité enta»blar comunicaciones con el mismo general Osorio, »valiéndome para conseguirlo, participarle algunas »noticias relativas, bajo la firma de un europeo espa»ñol bien conocido por enemigo de la sagrada causa »de nuestra regeneración, que obtuve por la contesta»ción de un oficio que pasé á éste.» Osorio cayó en la trampa, y contestó al supuesto corresponsal una carta de su puño y letra, en que con palabras veladas hacía referencia á las proposiciones de arreglo con que San Martín lo había halagado, manifestándose esperanzado, aunque lleno de incertidumbre. San Martín, comentando esta respuesta, sin atribuirle mayor importancia, se dió por satisfecho, pues con su penetración comprendió por esta simple muestra, como él mismo lo dice, que su contendor «demostraba ó su ineptitud ó su impotencia», en lo que no se equivo-

caba. Del mismo conductor de la misiva de Osorio se sirvió más tarde para continuar la correspondencia por otros medios.

Osorio por su parte intentó establecer un sistema de espionaje, á fin de cerciorarse de lo que realmente pasaba en Mendoza, respecto de cuyo estado hallábase completamente á obscuras, sin más noticias que las que le transmitía su astuto contendor, las cuales eran insuficientes, aunque halagüeñas. Al efecto despachó como espía un fraile franciscano, llamado Fr. Bernardo García; pero antes de que se moviese de Santiago, ya San Martín tenía conocimiento de su venida por uno de sus agentes en Chile. Al llegar al fuerte de San Carlos sobre la frontera sur, fué aprehendido, y previa causa que se le siguió fué sentenciado á muerte con arreglo á los bandos vigentes respecto de todos los que sirviesen de intermediarios á comunicaciones con el enemigo. En vano el emisario de Osorio protestó que venía huyendo de las persecuciones de los realistas: el gobernador tenía la evidencia de lo contrario, y le dió el término de veinticuatro horas para prepararse á morir. No obstante estos terribles bandos—que nunca aplicó, «por política», según él,—repugnábanle los escarmientos innecesarios, y prefería utilizar á los delincuentes, que era lo que se proponía en estos casos. Ante la amenaza del suplicio el fraile espía entregó las comunicaciones de que era portador, y que traía cosidas en el forro de su capilla. Esto agregaba un hilo más á su complicada trama.

Las cartas de Osorio eran dirigidas á cuatro españoles, confinados en Cuyo, conocidos por la exaltación de sus opiniones realistas. San Martín los llamó uno por uno, y mostrándoles las cartas acusadoras, les notificó que su conductor iba á ser pasado por las ar-

mas, como lo serían ellos, si no guardaban el más profundo secreto. Los hombres salieron aterrados. En seguida se ocupó él mismo en redactar las contestaciones, comunicando á su enemigo todas las patrañas que le convenían en estilo apropiado, que hizo copiar por mano de un niño con letra contrahecha, las que fueron firmadas por los corresponsales señalados por el mismo Osorio, bajo la misma amenaza de inviolable sigilo. Estas misivas las llevaban espías dobles bien aleccionados, quienes las entregaban en Chile, eran bien recompensados y regresaban con las contestaciones del enemigo y las noticias de los amigos. De esto modo tenía San Martín un triple juego de espías, además de los numerosos agentes secretos que había esparcido al occidente de la cordillera, quienes le comunicaban las más minuciosas noticias de todo lo que pasaba en Chile y de las fuerzas y planes del enemigo, á la vez que propagaban por todo el país conquistado el descontento y el espíritu de insurrección.

Habiendo sido aprehendidos algunos espías más de Osorio—todos los cuales fueron perdonados de la pena de muerte, y utilizados como Fr. García,—San Martín discurrió en su fecunda inventiva que era indispensable una contramina, en su «guerra de zapa», y con la penetración que lo distinguía para discernir las cualiddes de cada hombre según sus planes, fióse en un vecino respetable de Mendoza, llamado don Pedro Vargas, hombre silencioso, á quien se tenía por indiferente, y le impuso hacerse godo acérrimo. Vargas aceptó el sacrificio. Encarcelado, engrillado, confinado sucesivamente á San Juan y San Luis, condenado á pagar fuertes contribuciones, pasó por una víctima de la causa realista entre los españoles. Así, por medio de Vargas, San Martín estaba seguro de sorprender toda comunicación directa, y valiéndose de

los datos que él le suministraba, arreglaba las noticias que en nombre de los supuestos partidarios dirigía al general de Chile. La fortaleza de alma de Vargas fué tan grande en su papel abnegado de doble espía que á nadie reveló su secreto, ni aun ante la amenaza de divorcio con su mujer, que era una patriota decidida.

Cuando Osorio fué reemplazado en el mando por Marcó del Pont, se preparaba San Martín á hacerse corresponsal del nuevo gobernante de Chile. Había conocido á éste en España en la guerra joco-seria de 1801 entre el Portugal y la España, de que hemos hecho mención antes, y sabía que era un carácter puerilmente irritable, que debía sus grados al favor cortesano, tan lleno de una necia suficiencia y tan desprovisto de inteligencia y de valor como de criterio. En consecuencia cambió su combinación. Al tiempo de la caída de la revolución chilena, hizo internar á San Luis á todos los españoles que se hallaban en Mendoza, á fin de que no pudiesen comunicar noticias. Entre éstos, contábase un español respetable y acaudalado, llamado Felipe Castillo Albo, conocido por su fidelidad al rey, que en la época de Carrera había sido desterrado á Cuyo. Por artimañas que puso en juego, lo mandó regresar á Mendoza, y allí hizo que se intimara con Vargas, y le hiciese confidencia de sus asuntos personales, estableciéndose con tal motivo entre ambos una correspondencia de esquelas, que venían á parar á manos de San Martín. Este recortaba cuidadosamente las firmas autógrafas de Castillo de Albo, y cuando hubo reunido unas cuantas, tuvo preparada su baraja para jugar la nueva partida de zapa, engañando á su enemigo con la verdad misma; mostrar los naipes que le convenía y sugerirle los que debía jugar en consecuencia. Al efecto, redáctó él mismo cartas

dirigidas á Marcó, comunicándole malas noticias que podían halagarle y datos más ó menos exactos, que despachaba por medio de un emisario suyo, provisto de una firma volante del supuesto corresponsal, previendo que se valía de esta precaución y no escribía de su puño y letra por temor de que cayeran en poder de los satélites de San Martín. Para colmo de burla, agregaba que «su triste situación y la de la señora en »cuya casa se alojaba no le permitían gratificar al »conductor, y rogaba se hiciese en Santiago de Chile», recomendando «no se le permitiera hablar con persona alguna, pues de lo contrario peligraba su vida.»

Grande fué el contento que experimentó Marcó al recibo de las fingidas comunicaciones de Castillo de Albo, cuya conocida fidelidad y respetable firma bastaron para que el nuevo presidente de Chile cayese en esta nueva trampa, más inocentemente aún que su antecesor. A los pocos días, San Martín sabía por sus corresponsales, que su doble espía había sido perfectamente recibido y gratificado, y que se paseaba en libertad por las calles de Santiago, lo que bastaba para comprender que sus epístolas habían producido el efecto calculado. Estos misiles al parecer perdidos, tenían un largo alcance. Ellos apuntaban á la reconquista futura de Chile, y tenían por objeto indirecto hacer creer á su competidor, que su objetivo de invasión era el sur de Chile. Así, entre las noticias que comunicaba, decía, que se habían despachado durante la noche en esa dirección, destacamentos á la cordillera y numerosas cargas de cajones cuyo contenido se ignoraba, y señalando hasta la época precisa en que realmente se verificó la invasión un año después, pero en rumbo opuesto. Son dignas de reproducirse las palabras con que trataba de engañar á la vez que traducían con verdad sus más recónditos pro-

pósitos. «La desesperación que acompaña á estas gen»tes, y por otra parte, el carácter arrojado de este »jefe, les hace hacer esfuerzos que no están en la es»fera de sus fuerzas. Invadidos por una formidable »expedición portuguesa, retirado el que llaman ejérci»to del Perú á Tucumán, no les queda, según ellos, »otro arbitrio que el de tentar la empresa de Chile, »y de hecho van á ella, no tanto confiados en sus tris»tes fuerzas cuanto en la disposición de los chilenos »á favor de la revolución.» Desde este día, Marcó fué un títere manejado por los hilos secretos de las variadas combinaciones de San Martín, que las adaptaba según las circunstancias, respondiendo á propósitos ulteriores. Pero estos trabajos subterráneos no eran sino simples ramales del gran trabajo de zapa que simultáneamente había extendido por todo el territorio chileno, minando los cimientos del poder español á fin de preparar una revolución que recibiese la invasión libertadora que meditaba.

IV

El servicio de emisarios secretos llegó á asumir las vastas proporciones de una conjuración, cuyo secreto era guardado por todos. Los emisarios patriotas recorrían el territorio y predisponían los ánimos contra los realistas, anunciando que un poderoso ejército se formaba al oriente de los Andes para libertar pronto á Chile; recogían datos sobre las fuerzas realistas, sus posiciones, sus movimientos, y hasta sobre los uniformes y divisas, de sus cuerpos para el caso de una batalla, con arreglo á instrucciones que respondían á un preconcebido plan ofensivo. Todo el país, moralmente insurreccionado, esperaba ver de un momento

á otro á sus libertadores transmontar la cordillera, pronto á unírseles con armas y caballos. El nombre de San Martín era popular en todo Chile, y bastaba sólo presentar su firma ó pronunciar su nombre para que los agentes obtuviesen todos los auxilios que necesitaban. El servicio estaba metódicamente organizado: tenía su estado mayor en la capital, donde había sobornado á un escribiente de la secretaría del mismo Marcó, y cada agente tenía su distrito señalado, entendiéndose todos directamente con San Martín. A toda hora de día y de la noche, los chasques encontraban caballos prontos en las postas establecidas, los que tenían su palabra de orden, sus itinerarios y sus escondites, y puntos de reunión de antemano determinados, vigilándose recíprocamente. Esta insurrección latente, llegó también á tener sus mártires y hasta su ejército irregular de operaciones.

Los principales emisarios, además de los ya nombrados, que desempeñaban el papel de verdaderos agentes de revolución y respondían con sus informes á la elaboración del plan de campaña de San Martín, auxiliados por los espías subalternos, eran patriotas chilenos probados y animosos, que cooperaban conscientemente á la idea de la reconquista de su país, afiliando numerosos voluntarios con quienes mantenín activas correspondencias en todas las provincias. Uno de los más inteligentes, era don Juan Pablo Ramírez, que residía en Santiago, el cual llegó hasta penetrar el plan de defensa de los realistas, sañalando de antemano la cuesta de Chacabuco, como punto estratégico. Don Antonio Merino era otro: hombre activo y resuelto, con extensas relaciones en todo el país. El principal de todos, era un joven abogado, que había sido secretario de Carrera, y que San Martín con su penetración de los hombres se atrajo. Llamábase Manuel Rodrí-

guez, joven de alma fogosa, valiente, enérgico, fecundo en recursos, y dotado de las cualidades de un caudillo popular. Recorrió las provincias centrales y las ciudades como mensajero de revuelta, comprometió en ella á los principales hacendados, organizó partidas de guerrilleros, atravesó varias veces los Andes, y á riesgo de su vida se mantuvo por más de un año en el país, burlando las activas persecuciones de Marcó, que lo sentía por todas partes, sin que nadie traicionase su presencia, no obstante ser conocido por casi todo el pueblo. Este fué jefe de la insurrección popular que precedió á la reconquista de Chile.

El general de los Andes tenía ya trazado el itinerario de sus marchas de invasión, no sólo en su cabeza, sino en planos que había hecho confeccionar secretamente, según los reconocimientos de los pasos de la cordillera; pero necesitaba organizar la insurrección iniciada en el punto preciso donde meditaba dar el golpe de muerte al enemigo, que era la provincia de Aconcagua, y donde, según uno de sus agentes, concentraba éste sus tropas con intento de defenderse (en Chacabuco). Al efecto, tomó informes de los emigrados chilenos residentes en Mendoza, y uno de ellos se ofreció á ser portador de las comunicaciones dirigidas á varios patriotas de aquel distrito, bien conceptuados en él. Llamábase Manuel Navarro, quien se abocó con el vecino de Putaendo José Salinas, el maestro de escuela de Quillota, y Juan José Traslaviña de San Felipe, los tres hombres capaces de tomar las armas y morir por su causa, como lo probaron. La credencial que presentó el comisionado fué una carta autógrafa de San Martín, en que decía: «El dador de ésta entererará á ustedes de mis deseos en la Viña del Señor. »Espero, y ustedes no lo duden, que recogeremos el »fruto; pero para esto se hace necesario tener buenos

»peones para la vendimia. No reparen en gastos para »tal cosecha». Los nuevos trabajadores no vacilaron un instante en ponerse á la obra. Asociáronse al efecto con un vecino de su temple, llamado Ramón Aréstegui, y un joven Ventura Lagunas, de 17 años, y dieron principio á sus trabajos contrayendo relaciones con un sargento de la guarnición de San Felipe, con el objeto de seducir algunos soldados que los ayudasen y proporcionarse armas de que carecían. Descubiertos desgraciadamente en sus manejos, Aréstegui fugó pero Traslaviña, Hernández, y Salinas fueron aprisionados, precipitadamente juzgados, sentenciados á muerte, y suspendidos en la horca (5 de diciembre de 1816), para escarmiento de rebeldes. Al joven Lagunas por sus pocos años le fué conmutada la pena en diez años de presidio, después de presenciar el suplicio de sus compañeros.

Esta ejecución no intimidó á los patriotas. En la misma noche uno de los agentes secretos ponía en el buzón del correo varios paquetes de proclamas de San Martín, que ya circulaban por todo el país, y que eran dirigidas á los allegados de Marcó. En ellas anunciaba el general de los Andes, que el ejército de su mando estaba en disposición de abrir la campaña para dar libertad á Chile, y pedía su concurso á los hombres de buena voluntad que gemían bajo el despotismo. Marcó, lleno de pavores al sentir la fermentación que se propagaba por todos los ámbitos del territorio, sin atinar con los medios de sofocarla, cometió la torpeza de publicar esas proclamas, que alentando las esperanzas de los oprimidos, dieron nuevos bríos á la insurrección que ya había estallado parcialmente.

El presidente de Chile, cruel como todos los tímidos con poder, había colmado el sufrimiento de los chilenos con su tiranía, y no contaba para sostenerla ni

con la opinión del pueblo ni con la confianza de sus propios subordinados, que lo reconocían incapaz para defender el reino. Los bandos por él expedidos, forman el código más bárbaro que haya regido á una sociedad civilizada. Las ciudades eran cárceles, y las casas eran calabozos: nadie podía moverse de ellas. Las menores contravenciones, tenían pena de azotes, y los jefes de partidas sueltas estaban autorizados hasta para fusilar á los transgresores sin más trámite que la formación de un sumario y dar cuenta. Era crimen reunirse dos personas ó embozarse en la manta ó capa. Un «Tribunal de vigilancia y seguridad», con facultades extraordinarias y formas inquisitoriales, funcionaba en permanencia, acogiendo en secreto todas las delaciones que se le dirigían, y verbalmente pronunciaba sus sentencias, con la sola limitación de consultar al presidente las penas de expatriación, pérdida de miembros ó muerte. El cerro de Santa Lucía había sido convertido en una Bastilla, con dos castillos artillados, que hizo levantar con el dinero y las manos de los mismos oprimidos, declarando públicamente que era para enfrenarlos. El ejecutor de todas estas iniquidades era un fraile apóstata llamado San Bruno, señalado por su valor en el sitio de Zaragoza, que había sido el perpetrador de las matanzas en las prisiones durante el gobierno de Osorio, y que poseído de un odio feroz contra los americanos, llevaba sus persecuciones hasta el fanatismo, con las formas más degradantes. Para colmo de humillación, los nativos reducidos á la condición de esclavos conquistados, eran obligados á asistir de gala y á caballo en las procesiones triunfales de los españoles, pero sin espada ó con las pistolas vacías, bajo pena de multa y destierro. La vida se había hecho insoportable á los chilenos, y la miseria, resultado del bárbaro

sistema financiero, de exacciones fiscales y pillaje de la soldadesca sin freno, colmaba la desesperación. Cualquiera que viniese sería el salvador. Así, Marcó, con su política torpe, exagerando el sistema de persecuciones de Osorio, llegó á hacerse más odioso y más despreciable que él, y contribuyó á despertar el patriotismo adormecido, por los mismos excesos con que pretendía matarlo.

V

El levantamiento parcial había mientras tanto estallado en las provincias centrales. Rodríguez, hombre de más corazón que cabeza, lo anticipó, y en su patriotismo exaltado, había asociado á su empresa á un famoso salteador de caminos llamado Neyra, que no podía sino deshonrarla, con poco provecho para ella. Con estos elementos heterogéneos, organizó tres fuertes partidas, que levantaron el estandarte de la insurrección entre el Maipo y el Maule, apoderándose de poblaciones importantes como Melipilla, San Fernando y Curicó, y adelantaron las correrías hasta inmediaciones de la capital. El capitán general, vióse obligado á distraer una parte respetable de sus tropas para perseguirlo; pero las guerrillas se le escapaban entre las manos, y no obstante las bárbaras ejecuciones de que eran víctimas los campesinos, ningún hombre del pueblo traicionaba el secreto de los insurrectos, á los que proporcionaban albergue y todo género de auxilios.

San Martín, que sabía aprovecharse hasta de los acontecimientos para hacerlos servir á sus planes según las circunstancias, escribió á Rodríguez cartas duplicadas, con el objeto de que unas cayeran en poder

del enemigo y las otras fueran directamente á llevar su desaprobación al caudillo de la insurrección chilena. Al despacharlo, reservó su verdadero plan, y le había persuadido de que su itinerario de invasión sería hacia el sur de Santiago, precisamente en las provincias en que el atrevido guerrillero operaba. Las cartas estaban concebidas en el sentido de engañar á su enemigo á la vez que á los emisarios, llamando la atención de uno y otro hacia el sur y distraerla del verdadero objetivo. En la primera decíale (2 de octubre de 1816), que inmediatamente de recibirla le reuniese mil caballos arreglados en tropillas èn las inmediaciones de Quechereguas, é hiciese una gran recogida de ganados para mediados de diciembre, y los tuviese metidos en las quebradas de la cordillera, previniendo á los amigos de San Fernando, Talca y Chillán, á fin de que se le reunieran luego que él invadiese por esta parte en la fecha indicada, y señalaba á Concepción como objetivo militar. En la segunda, (16 de diciembre de 1816), le decía: «Son ustedes, los »chilenos, unos hombres quc no sé á qué clase corres»ponden: el carácter de ustedes es el más incompren»sible que he conocido. Todo lo quieren saber y nada »alcanzan. ¡Porra que ya me tienen aburrido! ¿A qué »diablos y con qué objeto, han empezado ustedes á »poner el sur en movimiento? No les tengo dicho re»petidas veces que se mantengan en la concha hasta »mi arribo á qué empezar á despertar al hombre, y »con qué objeto? Yo no encuèntro otro objetivo que »transtornar todo. ¿Se han creído ustedes que Neyra »(que no puede hacer sino desopinar la causa y re»traer á los hombres de influencia), había de conquis»tar á Chile? Ningún hombre sensato deseará estar »bajo la férula de un salteador. Sí, mi amigo, si usted »y los demás no hubiesen promovido semejante dispara-

»te, el hombre no hubiera enviado fuerzas al sur. »¡Cómo se reune ahora la caballada de que tanto necesitamos en el sur? Vaya que son ustedes dignos de »que Marcó les ponga el pie en el pescuezo eternamente. En fin, vamos, si es posible, á remediar lo »hecho. Dígame qué fuerzas han salido para el sur, »qué puntos ocupan, qué fortificaciones han hecho, »qué caminos cubren, y si los han cortado: esto debe »venir muy especificado». Terminaba «Hasta la llegada del Mesías, cada uno debe meterse en su tinaja: »este es el único medio de tranquilizar al hombre y »que deje el campo libre. Siga la guerra de zapa; »ésta, y no los disparates que ustedes han hecho, »nos tienen de salvar». Los duplicados de estas cartas cayeron en manos de Marcó, á quien indirectamente iban dirigidas, y éste, no dudó desde aquel momento que la invasión se dirigía al sur; así, en vez de recoger las fuerzas que tenía sobre las guerrillas escurridizas de Rodríguez, las reforzó, debilitándose en su reserva y descuidó el norte. El objeto de San Martín estaba llenado. La guerra de zapa en Chile le aseguraba la victoria en el campo de batalla.

VI

A la vez que así se preparaba el terreno para la reconquista de Chile, promoviendo su insurrección latente, el mar Pacífico era teatro de extraordinarias operaciones navales que se ligan indirectamente con la guerra de zapa de San Martín, y que se relacionan con esta historia, por cuanto fueron precursoras de las que más tarde y en más vasta escala se desenvolvieron en sus aguas, con arreglo á los planes que en

aquellos momentos se elaboraban misteriosamente en Mendoza.

Al finalizar el año de 1815, el gobierno, que participaba hasta cierto punto de las ideas de San Martín, pero simplemente en el sentido de promover una insurrección en Chile y apoyarla según las circunstancias, en vista de las buenas disposiciones del país, pensó que una expedición naval llenaría este objeto, concurriendo al mismo tiempo á preparar la expedición definitiva que propiciaba, pero que no tenía por entonces medios de llevar á cabo. Con tal propósito, celebró un convenio con el comodoro Guillermo Brown —el vencedor de las escuadras españolas en el Plata, que había forzado en 1814 las puertas de Montevideo, —á fin de dirigir un crucero con alguna gente de desembarco, sobre las costas del Pacífico y especialmente sobre las del sur de Chile. Brown, cuya alma heroica se destemplaba en el ocio, viendo visiones que llegaban hasta perturbar su juicio, se puso con entusiasmo á la obra, anheloso de gloriosas aventuras á la vez que de ganancias. Habíale tocado en premio de sus recientes servicios, el bergantín Hércules, de 20 cañones, en cuyos mástiles enarbolara su enseña en los combates de aquella época que han inmortalizado su nombre. El gobierno le cedió el bergantín Trinidad, de 16 cañones, cuyo mando tomó su cuñado Walter Davis Chitty, montando el Hércules su hermano Miguel Brown, ambos arrojados marinos. Sobre esta base organizóse la escuadrilla expedicionaria, que fué armada y tripulada por el gobierno, á que se dió patente de corso, con la condición de que las presas que hiciera fuesen vendidas en Buenos Aires y sus productos líquidos divididos en nueve partes, de las cuales una para el Estado, dos para el comodoro y el resto para los oficiales y la tripulación.

A esta fuerza naval, adjuntóse una segunda división de dos buques, mandados por el capitán Hipólito Buchardo, el mismo que en San Lorenzo militando en Granaderos á caballo á órdenes de San Martín, había arrebatado la bandera española, trofeo de aquella jornada. Componíala el bergantín Halcón, que él montó en persona como segundo jefe de la expedición, y el queche Uribe, armado por el ardiente tribuno del mismo nombre, que había sido colega de Carrera en la última junta del gobierno revolucionario y buscaba el camino de la patria al través de los mares. La guarnición del Halcón era casi en su totalidad compuesta de chilenos emigrados y de argentinos voluntarios reclutados en los tercios cívicos de Buenos Aires, y el jefe de armas del buque era el entonces capitán Ramón Freyre, tan célebre después en la historia de su patria y á quien hemos visto figurar en las campañas de la primera revolución chilena. El Uribe era equipado por cuenta de su armador y tripulado exclusivamente por chilenos. El Hércules, la Trinidad y el Halcón izaron banderas argentinas, pero el queche enarboló bandera negra en señal de guerra á muerte como en Rancagua.

El 15 de octubre (1816) zarpó del puerto de Buenos Aires la primera división á órdenes de Brown, siguiéndole muy luego la de Buchardo, con instrucciones reservadas que sólo debían abrir al doblar el cabo de Santa María. En ella se les designaba el plan de señales para comunicarse entre sí y comunicar con las costas, caso de estar ocupadas éstas por fuerzas patriotas, y se les adjuntaba una proclama impresa en gran número de ejemplares por vía de credencial, en la que se estimulaba á los chilenos á sublevarse contra sus opresores en nombre de sus derechos, del ejemplo de Bruto y de las cenizas de Caupolicán y Lautaro, anun-

ciando á la vez la próxima invasión de un ejército argentino al través de las cordilleras. «Yo me dispongo también», decía el Director Alvarez que la firmaba, «á vengar ya vuestra patria. He remitido fuertes »destacamentos al sur de los Andes. Las tropas aguerridas del Río de la Plata se preparan á abrir la »campaña. El pabellón nacional tremola en vuestros »mares y la marina del Estado hará sentir á los tira»nos el poder de la libertad. Si á la vista de estos es»fuerzos os mostraseis poco sensibles, seréis justamente execrados por las generaciones venideras; pero si »trabajáis de acuerdo en salvar nuestra patria, la opre»sión actual del reino de Chile será considerada como »un golpe de las vicisitudes de la guerra, y el triunfo »de la independencia hará opulento y feliz vuestro »suelo.»

San Martín para distraer la atención de Marcó, de Mendoza durante el verano (diciembre 1815 y enero 1816), mientras él se reforzaba, hizo llegar á su noticia que una poderosa escuadra argentina con numerosas fuerzas iba á doblar el Cabo de Hornos en dirección á las costas de Chile. Al mismo tiempo, unos campesinos despachados por él, cruzaban los Andes por Putaendo y declaraban según sus instrucciones, que un ejército de cuatro á siete mil hombres se preparaba en Mendoza para invadir el oeste de la cordillera en el verano. El capitán general de Chile, lleno de temores á la idea de ser atacado por mar y por tierra, dictó las más desatinadas medidas en consecuencia, diseminando sus fuerzas y pidió auxilios navales al virrey del Perú, con lo que dió desde entonces la medida de su ineptitud militar. Pero la flotilla independiente no debía tocar en las costas que se le señalaban como principal objetivo.

Al doblar el Cabo de Hornos, el Hércules, sorpren-

dido por una tempestad frente á la isla Madre de Dios, tuvo que refugiarse en el Estrecho de Magallanes, donde fué arrojado sobre las rocas, salvando del naufragio con rumbo abierto. El Trinidad, que había sufrido mayores averías, siguió el mismo rumbo, y ambos un tanto reparados, llegaron á la árida isla de Mocha en el mar del sur, famosa en los anales de la navegación, donde se le reunió el Halcón. El queche Uribe había naufragado con toda su tripulación á la altura del Cabo, pereciendo su armador y comandante. Los dos jefes del crucero se dirigieron por distintos caminos con rumbo al Callao, y allí volvieron á reunirse, estableciendo el bloqueo del primer puerto militar de los españoles en el Pacífico. En esta ocasión apresaron y tomaron al abordaje dos fragatas con valiosos cargamentos, una de las cuales, La Consecuencia, procedente de la Península, llevaba á su bordo al gobernador de Guayaquil, el brigadier Juan Manuel Mendiburo, nombrado por el rey. La escuadrilla independiente, reforzada con La Consecuencia, armada inmediatamente en guerra, penetró resueltamente á la bahía (21 de enero 1816) con grandes banderas argentinas, que afirmaron con una salva, obligando á todos los buques españoles á refugiarse bajo los fuegos de los castillos, uno de los cuales echó á pique de un cañonazo; pero en tan desigual combate, hubo de desistir de la empresa de apoderarse de ellos. En la noche del 22 el intrépido comodoro atacó nuevamente con cinco botes armados la flotilla de cañoneras de los realistas bajo los fuegos de las baterías de tierra, y abordó una lancha encadenada á un buque de mayor porte guarnecido con infantería, que se defendió valientemente, siendo al fin rechazado. Aunque estas dos temerarias tentativas no tuvieron éxito, llenaron de asombro al enemigo, causándole al-

gunas pérdidas, y Brown sufrió por su parte la de treinta hombres entre muertos y heridos.

Los corsarios mantuvieron por tres semanas el bloqueo del Callao, haciendo patente la impotencia naval de la España en aquellos mares, y á mediados de febrero se presentaron ante Guayaquil, el primer astillero del Pacífico. Defendía la entrada del puerto en la boca de su ría, una fortaleza denominada la Punta de Piedras, con doce piezas de á 18 y 24, la que fué cañoneada desde el mar, mientras la guarnición de argentinos del Halcón, bajo el mando de Freyre, efectuaba un desembarco y la tomaba por asalto á la bayoneta; en cuya ocasión, el cabo del primer tercio de Patricios, natural de Buenos Aires, Juan Lafaye, fué el primero que escaló la muralla y se apoderó de la bandera que flotaba en lo alto de ella. En seguida, el comodoro penetró resueltamente á la ría con el Trinidad, donde izó su gallardete, acompañado de una goleta apresada que guarneció con gente de desembarco, y apagó los fuegos de la primera batería de la ciudad, artillada con cuatro cañones de bronce, de los que se apoderó la tropa de la goleta. No satisfecho con esto, siguió ría adentro, hasta enfrentar el castillo de San Carlos, que defendía la aduana con cuatro piezas de á 24, empeñando un nuevo combate á medio tiro de fusil. Desgraciadamente, una recia ráfaga del norte que coincidió con la bajante de la marea, arrebató al Trinidad, que fué á varar cerca de la playa, con su puente cubierto de muertos y heridos. Abordado por una columna de infantería hubo de arriar su bandera para salvar la vida de sus últimos tripulantes. El comodoro, que se había echado al agua, para ganar á nado la goleta, viendo que la matanza de los rendidos continuaba, subió desnudo por babor, mientras los españoles abordaban por es-

tribor, tomó una espada en una mano y una mecha encendida en la otra, y descendiendo á la santa bárbara, amenazó hacer volar á todos si no se respetaban las leyes de la güerra. Esta actitud heroica impuso á los vencedores, y Brown, desnudo como estaba, como un Neptuno, envuelto por la bandera argentina, la bandera de su bergantín, fué conducido á tierra prisionero, después de dar á él y sus compañeros todas las garantías que exigió.

Malogrado el ataque de Brown, el capitán Buchardo con el resto de los buques del crucero, intentó apoderarse de una batería situada 800 metros abajo del fuerte de San Carlos, con el objeto de rescatar al comodoro y los prisioneros del Trinidad, pero hubo de desistir de su intento por la resistencia que encontró. Empero, el pavor que habían producido estos sucesivos ataques en la población era tal, que el gobernador de la plaza propuso un canje de prisioneros, lo que fué aceptado, entregándose recíprocamente los del Trinidad y de La Consecuencia, incluso el comodoro Brown y el gobernador de Guayaquil Mendiburo. La escuadrilla expedicionaria compuesta del Hércules, el Halcón y La Consecuencia, á la que se había agregado la goleta apresada, dió la vuelta ría afuera con el propósito de continuar su campaña; pero una vez en alta mar, estalló la enemistad latente entre Brown y Buchardo. Estos dos héroes aventureros, que no obstante juzgar el uno al otro dignos de ser ahorcados en una verga, se admiraban como guerreros, se apoyaban en el peligro y se auxiliaban en los contrastes, convinieron por fin en separarse de común acuerdo, repartiéndose el botín del corso, que era el motivo de la división. Así se efectuó, tocando en suerte á Brown el Halcón y á Buchardo La Consecuencia, con la que regresó este último á Buenos Aires. El

comodoro por su parte continuó en crucero, y se dirigió al puerto de Buenaventura en la costa de Nueva Granada, á donde llegó en circunstancias que su capital, la ciudad de Santa Fe y la inmediata provincia de Chocó era ocupada por los realistas, lo que le obligó á darse nuevamente á la vela, y doblar de regreso el Cabo de Hornos.

Así terminó este memorable crucero, que en medio de sus triunfos y reveses, mantuvo bien puesto el honor de la bandera argentina, á cuya sombra debían fundirse más tarde tres repúblicas independientes en las costas del Pacífico que recorrió, contribuyendo indirectamente á preparar la reconquista de Chile, por cuanto alarmó á las autoridades realistas de Chile, Perú y Nueva Granada, las obligó á emplear estérilmente sus recursos en el equipo de naves de guerra, y distrajo la atención de Marcó del punto que no debía perder de vista, que era Mendoza, ganándose el verano que se necesitaba para llevar á buen término la gran empresa del paso de los Andes, según los cálculos del general que la preparaba. El gobierno se había exagerado la importancia militar y política del crucero, llegando á pensar, que él por sí solo y sobre la base de la guerra de zapa organizada, bastaría para promover una insurrección popular en Chile, según se ha visto por la proclama de que era portador, y así, al tiempo de zarpar la expedición del puerto de Buenos Aires (9 de octubre 1815), escribía á San Martín: «Si los cuatro corsarios que deben »dar la vela hacia el mar del sur, descubriesen un flan»co en el país, para abrir otras operaciones de mayor »importancia, debe aprovecharse el momento favora»ble.» A la que el general replicaba, que «para que »una fuerza marítima produjese su efecto en una in»vasión, debía componerse de buques de guerra del

»Estado, bajo la inmediata dirección del jefe que la »mandase, y no de corsarios, cuyo objeto es sólo apre»sar buques, como lo probaba el hecho de no haber »aparecido los de la expedición en las costas de Chi»le». Empero, si este crucero se hubiese emprendido simultáneamente con una expedición terrestre, habría producido otros resultados, supliendo la falta de una escuadra de guerra como complemento necesario del plan; pero anticipada y desligada como fué, no dió, aparte de sus ventajas indirectas apuntadas, sino un laurel estéril y el desperdicio de fuerzas que pudieron en su oportunidad utilizarse mejor.

CAPITULO XI

La idea del paso de los Andes

1815-1816

Filiación histórica del plan de la reconquista de Chile y de sus consecuencias.—Antecedentes sobre el particular.—Plan de Carrera para rescatar á Chile.—Notable informe de San Martín en 1815 sobre la reconquista de Chile.—Plan de invasión de O'Higgins.—Desconfianzas de San Martín.—Renuncia el mando militar.—Se conviene en general en la idea de la reconquista de Chile.—San Martín pide instrucciones políticas y militares para el caso eventual de apoderarse de Chile. —Plan político y militar acordado en consecuencia.—Derrota de Sipe-Sipe.—Los Cabildos de Cuyo representan sobre la conveniencia y necesidad de la reconquista de Chile.—Negativa del gobierno.—San Martín provoca al enemigo á invadir á Cuyo para reconquistar á Chile.—Plan inconsistente del gobierno para invadir parcialmente á Chile.—Can Martín desenvuelve su plan de una invasión general.—El gobierno coincide en ideas con él. —Sorpresa de Huncalito.—Balcarce sucede en el Directorio á Alvarez.—El nuevo gobierno favorece el plan de San Martín.—Refuerzos á Cuyo y pedidos de San Martín.—Se reorganiza la logia de Lautaro que concurre al plan de San Martín.—Correspondencia confidencial de San Martín con Guido y Godoy Cruz sobre la idea del paso de los Andes.—San Martín rehusa el mando del ejécito del Perú.—Ideas militares de San Martín en esta época.—La necesidad impone la idea de San Martín.—Memoria de don Tomás Guido sobre la reconquista de Chile y noticias sobre su autor.—Valor histórico de este documento.—San Martín formula su plan militar ofensivo-defensivo de invasión.—El gobierno lo aprueba.

I

Simultáneamente con los trabajos subterráneos relatados en el capítulo anterior, seguía San Martín otros igualmente misteriosos, que se relacionaban con su guerra de zapa, pero que tenían por objetivo la

verdadera guerra á que más ó menos directamente concurrían aquéllos. Nos referimos á la concepción del plan de reconquista de Chile como itinerario militar de la revolución argentina americanizada, cuya filiación histórica y desarrollo general puede comprobarse con documentos auténticos así oficiales como confidenciales, que nos dan el génesis de la idea.

Es un hecho establecido con pruebas irrecusables, que desde 1814, San Martín había comprendido que los Andes y el Pacífico eran el camino de la guerra argentina y de la revolución americana, y que esta idea, que en él era una visión clara y una convicción profunda, lo llevó á Cuyo con el propósito preconcebido de formar allí un ejército para sostener ó rescatar á Chile, á fin de dominar el mar del sur y libertar al Bajo Perú (véase capítulo VI). Después de la caída de la revolución chilena, los emigrados de ultracordillera refugiados en Mendoza, abrigaban el natural anhelo de libertar su patria de la esclavitud, y sus principales caudillos buscaban los medios para realizar esta empresa, pero vagamente, sin plan fijo, sin horizonte dilatado, y con objetivos puramente chilenos. San Martín tenía una idea clara y consciente, tenía un plan producto de la observación; pero lo guardaba como un secreto en su cabeza, comprendiendo que iba contra la corriente general de los sucesos y de la opinión militar, y que no sería aceptado por el gobierno mientras estuviese empeñado en la campaña del Alto Perú, que tan desastrosamente terminó en Sipe-Sipe. Sin embargo, á veces lo dejaba escapar. Así, al depositar en las arcas públicas de Mendoza los valores fiscales traídos por Carrera de Chile (octubre de 1814), declaraba oficialmente, que era con el objeto de hacerlos servir más tarde en beneficios de ese país. Poco después, consultado por las autoridades

chilenas que habían quedado en el Huasco sin plegarse á los realistas (noviembre de 1814), contestóles: «Las tropas existen en esta provincia, para tratar, »con los auxilios que han salido de la capital de »Buenos Aires, de la reconquista de esa preciosa par»te de la América, con los emigrados chilenos y res»petable guarnición de ese pueblo. Ahora, conviene, »que hasta tanto se les dé el competente aviso, no »hagan más guerra que la defensiva. Pero si llegase »el caso que no puedan contener al enemigo, será su »primer objeto el tomar y asegurar algunos de los bo»quetes de esa parte de los Andes, fortificándose en él, »y retirando á este lado armas, municiones, dinero y »cuanto pueda ser útil á la reconquista ya expre»sada». Respondiendo siempre á su plan, organizó la provincia de Cuyo como queda relatado, en el sentido de prepararla para sostener un ejército, que empezó á formar desde entonces, y simultáneamente fomentó la guerra que él llamaba de zapa en el mismo Chile, á fin de promover la insurrección que debía preceder á la invasión. Después de la caída de Alvear, sintiéndose apoyado por el nuevo gobierno, abrióse con el Director Alvarez Thomas; pero el estado anárquico en que el país se encontraba, no permitió atender su proyecto, sin embargo de que fué bien acogido, y aun llegó á formularse un plan de campaña.

Don José Miguel Carrera, que soñaba siempre con la idea de recuperar el poder perdido, á la vez que de libertar á su patria, presentó por este tiempo al Director Alvarez un memorial sobre la reconquista de Chile, que más que un plan militar era el bosquejo de una aventura descabellada. Partiendo de la base moral de que el pueblo chileno estaba exasperado por el odio á sus opresores, y que era fácil introducir el

espíritu de oposición en el país, solicitaba protección para armar 500 soldados chilenos, y un auxilio de 1.000 fusiles, á fin de apoderarse de Coquimbo durante el invierno, y levantar allí un ejército, contando con que la mayor parte de las fuerzas de Osorio se pasarían á sus banderas. Sometida esta idea á San Martín, manifestó que estaba habilitado para responder con perfecto conocimiento. «Apenas encargado del mando de »la provinvia de Cuyo», dice, «cuando sucedió la pér»dida de Chile, y desde entonces una de mis continuas »meditaciones ha sido este país». Después de analizar el plan inconsistente de Carrera, demostrar que era irrealizable, y que aun realizado, tal esfuerzo parcial no daría por resultado sino gastos inútiles que «debían emplearse en la expedición efectiva que se hiciera para la total reconquista de Chile», concluía formulando categóricamente y en términos concretos, el problema militar de la revolución argentina: «Chi»le», decía, «debe ser reconquistado: limítrofe á nos»otros, no debe vivir un enemigo dueño despótico de »aquel país, envidiable por su situación. Es de necesi»dad esta reconquista ; pero para ello se necesitan 3.500 »á 4.000 brazos fuertes y disciplinados, único medio »de cubrirnos de gloria y dar la libertad á aquel Es»tado.» La primera y última palabra sobre la cuestión estaba pronunciada. En adelante, todos los planes girarían alrededor de esta fórmula matemática: renuncia á todo esfuerzo parcial, por ineficaz: expedición formal para la total reconquista de Chile, y 4.000 veteranos para llevar la empresa á término glorioso.

Casi simultáneamente con Carrera, ocupábase O'Higgins de exponer sus ideas sobre una invasión al territorio chileno, en una extensa y difusa memoria, la que, según su mismo entusiasta biógrafo «consti-

»tuye la prueba más evidente de ausencia de sentido »práctico y escasez de dotes militares». A la inversa de la liviana improvisación de Carrera, es el fruto de las meditaciones teóricas de un hombre bastante ilustrado, pero sin el talento práctico de la aplicación en el orden militar. Partiendo de la base numérica de San Martín de que el ejército argentino se compusiera de 4.000 hombres—á que él agrega 2.000 más para la ejecución de su plan,—figura el teatro de la guerra como un vasto cuadrilongo, cuya capital es el centro y el objetivo, y divide sus fuerzas de manera de atacarlo por los cuatro costados, hasta aislar y vencer al enemigo en el punto céntrico. Era el programa de una derrota segura; precisamente todo lo contrario de lo que debía hacerse y meditaba San Martín, que era hacer que el enemigo cometiese la misma falta de dispersarse por todos los ángulos del territorio, y atacarlo él con las mayores fuerzas reunidas en el punto estratégico que diese desde luego el dominio central.

* *

Era San Martín de un carácter huraño y desconfiado, sabedor de los malos juicios que de él hacían los políticos de influjo, estaba predispuesto á considerar su persona como un obstáculo á la realización de sus planes. Poseído de esta preocupación, propuso que se dividiese el mando político y militar de Cuyo, y se encomendara éste «al jefe que se considerase conveniente por el bien que debía refluir á la causa,» prometiendo continuar en la intendencia de la provincia para dar una prueba de su amor á la patria. El gobierno, comprendiendo la causa oculta que le movía á dar este paso, contestóle, que «sus servicios eran

»más que nunca necesarios, y no dudaba que el deseo »de gloria á que lo llamaban sus conocimientos y vir»tudes militares en la próxima primavera, lo haría »desistir de su propósito, en el concepto de que, uni»dos el mando político y militar serán más activas »las providencias que medite en defensa del país». Era señalarle á Chile como blanco de sus esfuerzos, y él así debió entenderlo. En consecuencia, pidió que se le proveyese de un botiquín para un ejército de tres á cuatro mil hombres «si había de hacerse la campaña de Chile». La respuesta fué, que «luego que se resol»viese la expedición se darían las providencis necesa»rias al efecto.»

Halagado por el éxito de su guerra de zapa en Chile, que le prometía la base de un levantamiento general, quiso tentar prudentemente el terreno, y dando por motivo que los excesivos calores que se experimentaban anticiparían la época en que la cordillera quedara abierta, pidió que se le indicara un plan militar y se le diesen instrucciones políticas para el caso hipotético de que por un accidente imprevisto llegase á apoderarse de la capital de Chile, formulando estas preguntas: «Cuál debe ser la conducta por que debo »guiarme? ¿cuál el sistema de gobierno que debe es»tablecerse? ¿ha de ser éste de individuos de aquel »territorio? en el supuesto de que todo chileno está »alistado en uno de los dos partidos en que se divide »el país, que es el de los Larrain ó los Carrera, ¿cuál »debe dominar?» Y terminaba: «V. E. tiene á la vis»ta el interés de la comunidad, el de las operaciones »del ejército del Perú, el de los elementos que están »á mi cargo, el de la situación y fuerza del enemigo »y recursos de esta provincia para resolver con cono»cimiento de todo». La respuesta fué ambigua. A lo primero: que la fuerza de su mando había sido cal-

culada tan sólo para la defensiva, á la espera de un resultado en el Alto Perú, pero que si el prospecto de Chile le permitía introducir algunos destacamentos ó emprender otra operación de más importancia, aprovechase el momento favorable, dando cuenta antes de empeñarse en ella, si las circunstancias lo permitían. A la segunda: que si las tropas argentinas de Cuyo llegasen á ocupar á Chile, fijando su nuevo destino, debía preferirse el partido de los Larraín, ya que era preciso que uno de ellos prevaleciese, dejando á la discreción de los chilenos la forma de gobierno, sin promover ni de lejos dependencia alguna de las Provincias Unidas; con la condición de que reconociesen al general de los Andes como jefe del ejército reconquistador, y le prestasen auxilios de todo género, en dinero, reclutas y provisiones á fin de pacificar el reino, autorizando finalmente á obrar según las circunstancias.

Mientras estas comunicaciones se cruzaban entre Buenos Aires y los Andes, sucumbía en Sipe-Sipe el ejército argentino del Alto Perú (29 de noviembre 1815). No quedaba ya á las armas de la revolución más camino abierto que el de Chile, que se imponía por la necesidad. Fué entonces cuando San Martín como un toque de clarín lanzó el famoso brindis (diciembre de 1815) en que anunció públicamente por la primera vez su resolución de atravesar los Andes para llegar á Lima por el camino de Chile.

III

Considerando San Martín que había llegado el momento de hacer aceptar sus planes, promovió que los Cabildos de Cuyo enviasen un diputado cerca del gobierno general (diciembre de 1815), á fin de solici-

tar el más pronto envío de tropas para organizar el ejército que debía atravesar los Andes con destino á la reconquista de Chile. Fué nombrado al efecto don Manuel Ignacio Molina, persona caracterizada de Mendoza, tan sagaz como inteligente, y uno de los amigos más decididos del general. Luego que hubo presentado los poderes que lo acreditaban, tuvo una entrevista con el Director, y expuso por escrito, en términos un tanto pedantescos, pero llenos de conceptos, que «la expedición á Chile debía fijar la época de la »existencia nacional, y que ella sería la ruina de los »enemigos de la revolución americana, que consuma»ría su obra, llevando sus armas triunfales hasta Li»ma, dominando el Pacífico.»

El Director contestó al diputado de Cuyo, por el órgano de don Tomás Guido, que á la sazón dirigía el Ministerio de la Guerra, que, aun cuando la idea era plausible, «el gobierno, que giraba sus combinaciones »en presencia de la situación de la Europa, de las »rentas nacionales y de los peligros del Estado, ha»bía creído siempre que la expedición á Chile era por »entonces inoportuna y peligrosa; pero que, sin em»bargo, para formar su juicio, había convocado una »junta de las autoridades más respetables en el or»den civil, político y militar, y que todos unánima»mente habían declarado que tal expedición no podía »llevarse á cabo sin correr los riesgos de una absoluta »disolución al menor contraste». Molina insistió, poniendo el dilema de la situación: ó se hace la expedición á Chile, y la revolución se salva, ó no se hace, y entonces la revolución se pierde, porque en el primer caso, las ventajas que se obtengan en el Alto Perú, serán concurrentes, y en el segundo, serían estériles por esa parte. Contestósele con lo resuelto. Comunicado el resultado á San Martín, acusó recibo en

términos concisos y secos, diciendo que quedaba impuesto. El Cabildo de Mendoza replicó declinando toda responsabilidad, y protestó con palabras dignas: «Los pueblos que componen la provincia se han sacri»ficado en la persuasión de que en este verano el »enemigo limítrofe sería destruído. Si por un año más »sufriesen la guarnición que sostienen, no podrían res»ponder de sí mismos. La municipalidad que ve de »cerca tan graves males si se pierde la oportunidad, »salva su responsabilidad ante los pueblos, no ha»biendo sido omisa en representarlos; pero sus veci»nos prometen hacer el último sacrificio, aun cuando »deploren sus consecuencias». La misión de Molina no fué del todo infructuosa: merced á la persistencia del comisionado y á la influencia de Guido, obtúvose un auxilio mensual de cinco mil pesos para el sostén del ejército de Cuyo.

San Martín se dió por el momento por satisfecho; pero como los contratiempos, así como las derrotas y victorias, eran elementos que adaptaba según las circunstancias á su guerra de zapa y á la prosecución de sus designios, combinando todo con sus planes estratégicos, preparóse á explotar el contraste de Sipe-Sipe ante amigos y enemigos. Al efecto, al comenzar el año de 1816 (7 de enero) esparció la voz de que en virtud de órdenes superiores marchaba con sus tropas á reforzar el derrotado ejército del norte, y públicamente hizo los preparativos de marcha. Esta noticia, y la de que Cuyo quedaba débilmente guarnecido, fué transmitida á Marcó y á sus allegados por medio de cuatro cartas supuestas firmadas por españoles confinados en Mendoza á fin de atraerlo á una invasión. Al dar cuenta de este plan, escribía al gobierno: «Si el enemigo se confía, y viene á buscarnos, en »los campos de Mendoza conquistamos á Chile. El

»lance está echado, y es regular que dentro de poco »tiempo el enemigo se me venga encima. Es preciso »esperarlo prevenido, y aun previsto para un caso »de victoria (como lo espero probablemente), y com»pletar el triunfo siguiéndole hasta deshacerlo y apo»derarnos del reino.» Al efecto pedía se le proveyese de armamento de repuesto y artillería de montaña para el paso de los Andes. El gobierno se apresuró á completarle el número de 600 fusiles y enviarle otros artículos de guerra que solicitaba, aprobando todos sus planes y medidas. En virtud de esta autorización implícita y condicional para invadir, que era lo que él buscaba, pidió pocos días después se le «indicase »la conducta que debía observar para la ofensiva en »el caso que el enemigo no pasase los Andes, como »lo había provocado.» El enemigo no cayó en la celada, pero el general de los Andes quedó autorizado para tomar la ofensiva y provisto de mayores elementos para adelantar su empresa.

El nuevo gobierno no había entrado todavía de lleno en el plan de San Martín, y aun cuando se inclinaba á la expedición á Chile, no tenía idea fija al respecto; pero en vista de los datos que el general le transmitía sobre el estado del país de ultra-cordillera, propúsole (el 15 de febrero de 1816), que ejecutara con 500 hombres una expedición parcial á fin de ocupar Coquimbo durante el invierno, mientras se abría la campaña formal. Era la reproducción del descabellado proyecto de Carrera en el año anterior, refutado con tan sólidas razones por San Martín, quien las reforzó en esta ocasión trazando por la primera vez á grandes rasgos su gran plan de campaña continental. Después de establecer, que aun el paso material de la cordillera obstruído por las nieves, era imposible, y que la expedición debía perecer ne-

cesariamente al intentarlo, demostraba, que aun cuando pudiese verificarlo, ella no podría sostenerse en Coquimbo durante el invierno sin el apoyo de una fuerza marítima, y que por lo tanto, el resultado sería ó una derrota segura ó una retirada vergonzosa, que llevaría el desaliento al país que se trataba de libertar, y que por la parte del sur, era más imposible aún; pero que, si á pesar de todo lo expuesto, el gobierno persistía en su resolución, podía nombrar el jefe que hubiese de ejecutarla, declinando él por su parte toda responsablidad. En seguida desenvolvía «con la franqueza,» dice, «de un hombre pronto á sacrificarse por la gloria de su patria» su gran plan de campaña.

He aquí en resumen ese plan, formulado con el aplomo y la claridad de vistas del que lo ha meditado maduramente (29 de febrero de 1816). «Chile,» decía, «por su mayor población respecto á otros paí»ses de América, por la índole y valentía de sus ha»bitantes, por su feracidad y riquezas, y principal»mente por su posición geográfica, es el pueblo, que »regido por una mano diestra está llamado á fijar la »suerte de la revolución americana, y siendo además »su litoral marítimo, es de capital interés ocuparlo »para abrirse el camino del Pacífico y buscar al ene»migo por él.» Partiendo de esta base, agregaba: «Lo»grada esta grande empresa, el Perú será libre. Des»de allí irán con mejor éxito las legiones de nuestros »guerreros. Lima sucumbirá. Para este logro desple»guemos de una vez nuestros recursos. Todo esfuerzo »parcial es perdido decididamente. La toma de Chi»le debe prevenirse con toda probabilidad. Ella exige »una fuerza imponente que nos dé su completa pose»sión en el espacio de tres ó cuatro meses. De otro »modo el enemigo nos disputa el terreno palmo á pal-

»mo. Chile naturalmente es un castillo.» Pasando luego á los medios de ejecución establece que «debe pa»sarse la cordillera en octubre con 4.000 hombres, en»tre ellos 700 de caballería, sobre la base de los 2.000 »hombres con que él contaba en Mendoza, llevando »3.000 fusiles y 800 sables de repuesto con cuatro pie»zas de campaña de á 4 para formar un nuevo ejérci»to en el país reconquistado.» Como recursos, solicitaba tan sólo sesenta mil pesos, de los cuales se ofrecía hacer concurrir con la mitad á la provincia de Cuyo. Como complemento del plan, una flotilla de buques de guerra á órdenes del jefe de la expedición debía zarpar de las costas argentinas y bloquear las de Chile, para cortar la retirada á los enemigos é impedir que extrajesen los caudales. Por lo pronto pedía catorce mil pesos para adelantar las relaciones secretas. «Promoviendo desde ahora estos preparati»vos,» dice por último, «para que nada falte en el »momento preciso de la marcha, yo por mi parte pro»testo activar cuanto alcancen mis recursos. Este es »mi dictamen. Dígnese V. E. impartirme su superior »resolución.»

El gobierno quedó aturdido ante esta explosión de una idea, que anonadaba su proyecto, y que no era sino la condensación de las ideas y planes manifestados ó aconsejados por San Martín desde 1814 y fragmentariamente comunicados en diversas ocasiones. Su contestación revela su sorpresa y sus vacilaciones. De acuerdo con San Martín en no intentar ningún movimiento parcial, y en que la campaña general debía verificarse en el siguiente octubre, le declaraba que no podía suministrarle los catorce mil pesos que pedía para las relaciones secretas, pero que se le enviarían después los auxilios que necesitaba, terminando por decirle que aprobaba su idea de formar cuadros

para la organización del futuro ejército chileno, y que mientras tanto, procurase mantener vivo el espíritu de insurrección de ultra-cordillera contra los realistas.

Como complemento de su plan, San Martín propuso al gobierno, que para completar las fuerzas de 700 á 800 hombres de caballería de que necesitaba para expedicionar sobre Chile, se renconcentraran en Mendoza los escuadrones dispersos del regimiento de Granaderos á caballo, explanando sus ideas sobre las operaciones probables al occidente de los Andes. El gobierno, coincidiendo también con sus ideas, así lo dispuso (2 de abril 1816), á fin de «realizar,» decía, «los planes militares del general San Martín sobre »el reino de Chile, cuya restauración debía conside»rarse como objeto esencial de la obra en que la re»volución estaba empeñada.

Para cerciorarse de si estaba expedito el camino central por donde meditaba la invasión y que sus desfiladeros no habían sido fortificados por el enemigo, hizo que la avanzada de Uspallata trasmontase la cumbre de la cordillera y descendiese por su falda occidental hasta encontrar los primeros puestos. La operación fué felizmente ejecutada por el teniente de Granaderos á caballo José Francisco Aldao (10 de marzo 1816), quien sorprendió la guardia destacada del Juncalito, tomando 17 prisioneros, sin encontrar obstáculos en los últimos declives opuestos de la montaña. San Martín guardó para sí las deducciones que debió sacar de este importante dato, y aun las reservó al gobierno, sea para ocultar su verdadero plan de marcha, sea que éste no estuviese aún bien madurado en todos sus detalles. El hecho es que, diez días después oficiaba (20 de marzo) que la invasión no era posible por los boquetes fronterizos de Mendoza por

estar cortado por el enemigo—cuando le constaba lo contrario,—y manifestando que sólo podría verificarse por los del sur, trazaba un plan de campaña, opuesto en un todo á lo que pensaba y debía hacer y á lo que hizo en definitiva. Según él, era necesario describir un ángulo de cuatrocientas leguas, haciendo una doble marcha de flanco y de avance por el oriente y occidente de los Andes, para buscar al enemigo en Santiago, donde según sus noticias preparaba la resistencia, y que mientras tanto, se hacía indispensable formar baterías en los pasos de Uspallata, los Patos y el Portillo, á fin de resguardar á Cuyo como base de operaciones. El gobierno proveyó inmediatamente de conformidad, pero esto no tuvo más consecuencia, no obstante que la artillería llegó á Mendoza en oportunidad.

Por este tiempo operóse un cambio en el gobierno. El Director Alvarez había caído y sido substituído por el general don Antonio González Balcarce, el vencedor de Suipacha (16 de abril de 1816), propicio á la expedición de Chile y tal vez por los informes que le transmitiese su hermano don Marcos, decidido partidario de la empresa. Desde entonces, la reconquista de Chile quedó acordada entre el gobierno y San Martín, aunque sin fijar época ni determinar plan y empezaron á dirigir á Mendoza los elementos de guerra necesarios á fin de remontar el ejército de Cuyo y ponerlo en aptitud de abrir operaciones ofensivas. Sería prolijo enumerar los multiplicados pedidos que el general hizo en el concepto de expedicionar en la próxima primavera, como se verificó: baste decir que solicitó aparejos de mula para atravesar los Andes, tiendas de campaña en previsión de lo lluvioso del país que debía invadirse, herraduras de mula y de caballo según modelo que presentó para preservar

las cabalgaduras en el paso de las cordilleras, morrales para la caballería, armamento de repuesto para levantar un segundo ejército chileno, y que á todo se proveyó de conformidad. Con tal motivo, San Martín en sus comunicaciones oficiales (mayo 13 y 22 de 1816) anticipaba la promesa: «La necesidad y sumo interés »de la expedición á Chile, no puede hacerse ya más »evidente: ella ha de ser la obra que corone los triun»fos de las Provincias de la Unión, inmortalizando »á Buenos Aires por los heroicos esfuerzos con que »propende á su realización, y es un deber mío hacer »presente cuanto puede asegurar su mejor éxito, pro»testando por mi parte ser infatigable en cuanto con»duzca á objeto tan importantísimo.» El grado de evidencia á que había llegado el proyecto de reconquistar á Chile, debióse exclusivamente al mismo San Martín, que lo había concebido dos años antes, y sostenídolo, preparando los medios para realizarlo, en lucha con el descreimiento de unos, la mala voluntad de los otros, los errores y preocupaciones de muchos, y las resistencias ciegas de todos, hasta imponerlo en nombre de la necesidad. Nadie había formado hasta entonces un plan en tal sentido, ni determinado con tan claras vistas sus grandes consecuencias americanas. Esto es lo que resulta del examen de los documentos oficiales, que establecen definitivamente la filiación histórica de la idea que ha inmortalizado á su autor, y que según sus palabras proféticas fué la corona de los triunfos de las Provincias Unidas.

IV

En sus comunicaciones con las sociedades secretas que dirigían la política y su correspondencia confidencial con sus amigos, era el general más explícito aún, si no tan concreto, y todas ellas tendían á preparar y acelerar la expedición á Chile como único pensamiento en la peligrosa crisis que en esos momentos atravesaban las Provincias Unidas.

La famosa Logia de Lautaro, fundada por San Martín y Alvear en 1812, y cuya historia hemos hecho ya, convertida en instrumento de la ambición personal de Alvear, y últimamente en camarilla de partido, habíase disuelto de hecho en 1815 con la caída de éste. A principios de 1816, San Martín, comprendiendo que era un medio poderoso de influencia que podía usar para hacer aceptar sus planes militares, púsose en comunicación con el presidente de la Logia matriz de Buenos Aires, cuya dignidad era perpetua y llevaba el título de «marquetero mayor». Usando de la facultad que daba su constitución á todo miembro de la asociación para fundar una sucursal cuando fueran nombrados generales de ejército, ó gobernadores, con este triple título organizó la Logia de Mendoza, en la cual ingresaron los principales jefes del ejército, los emigrados chilenos partidarios de O'Higgins, con éste á su cabeza, y los más notables vecinos de Cuyo. Era otra máquina de zapa política, cuya acción empezó muy luego á hacerse sentir en las regiones oficiales. Todos sus corresponsales, eran miembros de la Logia, y así, llevando de frente una triple correspondencia reservada con los agentes de Chile, el gobierno y sus amigos íntimos, extendían, por todas par-

tes sus misteriosos ramales subterráneos. Luego lo veremos abrir un cuarto ramal para influir sobre las decisiones del Congreso Nacional que iba á reunirse. Estas confidencias tienen un gran valor histórico, y completan las pruebas que establecen la prioridad de la idea del paso de los Andes en todos sus detalles y consecuencias previstas.

En los primeros días de 1816, escribía á Guido, su más íntimo confidente: «Cuando la expedición á Chi-»le se emprenda, ya será tarde. Estaba bien persua-»dido que no se haría, sólo porque yo estaba á su ca-»beza. ¡Maldita sea mi estrella que no hace sino pro-»mover desconfianzas! Por eso jamás he abierto pare-»cer sobre ella. ¡Ay amigo! ¡Y qué miserables so-»mos los animales de dos pies y sin plumas!» Insistiendo sobre este tópico, decía pocos días después: «He pedido las cosas de primera necesidad y se me »han negado. Lejos de auxiliarme con un solo peso me han sacado 7.000 en dinero. He remitido las alhajas »donativas de esta provincia (entre las que fueron las »pocas de mi mujer); he tenido que pagar cuarenta »mil pesos de las 4.000 mulas remitidas al Perú, cuan-»do mis entradas mensuales eran 4.000 pesos, y gasto »20.000 mensualmente; he tenido que crear una »maestranza, parque y armería, dos hospitales, una »fábrica de pólvora (pues ni aun esto se me ha remiti-»do sino para la sexta parte de mis atenciones); una »provisión de víveres, y qué sé yo que otras cosas, sin »incluir 3.000 caballos recolectados, 1.300 mulas y 1.000 »recados, y también he tenido que arruinar las fortu-»nas para crear y sostener tantas atenciones. No ha-»blemos de gastos secretos, porque esto es un «mare »magnum.» A pesar de esto se me ha abandonado y »comprometido del modo más inaudito. Yo bien sa-»bía que ínterin estuviese al frente de estas tropas,

»no solamente no se haría la expedición á Chile, sino »que no sería auxiliado, á más que mis renuncias »han sido repetidas no tanto por mi salud atra»sada, cuanto por las razones expuestas. San Martín »será siempre un hombre sospechoso en su país.»

A medida que transcurren los días, la impaciencia de San Martín aumenta al ver que no se activan los preparativos de la empresa, y mide el tiempo que se requiere para llevarla á cabo, oprimido por la responsabilidad que sobre él pesa: «Veo que la expedi»ción á Chile no se verifica, escribe al mismo Guido, «ó »por lo menos si se hace, será aventurada como todas »nuestras cosas. El gobierno es menester que se per»suada, que si espera buen éxito de ella, es necesario »no desperdiciar un solo día de este invierno en los »aprestos. No se calcula que cada comunicación á és»ta tarda un mes en contestarse, y que en seis comu»nicaciones no se puede poner uno de acuerdo. Chi»le necesita esfuerzos, y yo veo que las atenciones in»mediatas hacen olvidar la ciudadela de la América. »Es admirable que desde que permanezco en ésta no »se me haya pedido un solo plan ofensivo ó defensivo, »sin que por incidencia se me haya dicho qué medios »son los más conducentes al objeto que se proponga. »Esto será increíble en los fastos de todo gobierno y »un comprobante de nuestro estado de ignorancia. Re»pito que la expedición á Chile es más ardua de lo que »parece; sólo la marcha es obra de una combinación »y reflexión de gran peso. Agréguese á esto los apres»tos, política que es necesario observar tanto allá co»mo acá, y resultará que la cosa es de bulto. Si se »quiere tomar á Chile es necesario que todo esté »pronto para últimos de septiembre: de lo contra»rio nada se hace.»

Dando vuelo á sus ideas y entrando en los deta-

lles de su plan, apunta á su confidente sus futuras etapas militares y condensa su pensamiento en una protesta heroica, que revela el temple de su alma en aquellos momentos de suprema expectativa. «Si se »piensa en Chile es necesario hacerlo pronto. Somos »á mediados de mayo» escribe al mismo, «y nada se »piensa; el tiempo pasa, y tal vez se pensará en ex»pedición cuando no haya tiempo. Si se verifica es »necesario salga el 1.º de noviembre á más tardar, pa»ra que todo el reino se conquiste en el verano; de »no hacerse así, es necesario prolongar otra campa»ña, y entonces el éxito es dudoso. Por otra parte, se »pierde el principal proyecto, cual es, á mediados del »invierno entrante hacer marchar una expedición ma»rítima sobre Arequipa, dirigirse al Cuzco llevando »algún armamento, y hacer caer el coloso de Lima y »Pezuela. En el entretanto, el ejército del Perú debe »organizarse en Tucumán, tomando una defensiva es»tricta en Jujuy con 600 á 700 hombres; auxiliar la »insurrección del Perú con algún armamento, y en »esta situación estar pronto para obrar de acuerdo »con el ejército de desembarco. Hasta ahora yo no »he visto más que proyectos en pequeño, excepto el »de Montevideo; pensemos en grande, y si la perde»mos, sea con honor. Si prolongamos la guerra dos »años más, no nos queda otro recurso que hacer la de »montonera, y esto sería hacérnosla á nosotros mis»mos. Aún restan recursos si los empleamos con acier»to y resolución, y somos libres.»

Las cartas á otro de sus confidentes, que á la sazón había sido nombrado diputado al Congreso por la provincia de Cuyo, esparcen nueva luz sobre este período obscuro de su vida, revelando sus sentimientos más secretos. «Las reflexiones sobre Chile,» escribía á Godoy Cruz, «son exactas ¿pero qué emprender con

»sólo 1.500 veteranos que tengo? No hay duda que es»tán en un pie sobresaliente. Yo pienso aumentarlos »con 1.000 hombres más, y creo lo conseguiré en bre»ve.» Informado por su corresponsal de que los diputados nombrados por la capital le eran hostiles, contestábale: «Veo el odio cordial con que me favore»cen los diputados de Buenos Aires. La continuación »hace maestros, así es que mi corazón se va encalle»ciendo á los tiros de la maledicencia. Para ser insen»sible á ella me he aforrado con la sabia máxima de »Epícteto: «Si se dice mal de ti, y es verdad, corríge»te: si es mentira, ríete.» Nada siento los tiros dis»parados contra mí, sino que la continuación hace »aburrir al hombre más estoico.» Y volviendo á su idea fija: «Por lo que veo, Chile no se toma en el año »entrante, pues para ello se necesita trabajar en los »aprestos todo el invierno y no noto que se dé princi»pio. Puede demostrarse geométricamente, que si Chi»le existe en poder de los enemigos dos años más, no »solamente hace la ruina de estas provincias, sino que »jamás se tomará. Por otra parte, los esfuerzos que »se hagan en el Perú, serán nulos, pues el enemigo »será auxiliado con víveres y soldados ya formados, »de los que cada invierno pueden desprenderse los »de Chile de 2.550 hombres, reemplazando esta baja »con exceso, y poniéndolos en estado de batirse para »el verano siguiente, por la tranquilidad de que dis»frutan en el invierno. Lima con este apoyo, será el »azote de la libertad, y se sostendrá, ó por lo menos »formará de Chile la ciudadela de la tiranía, aun en »el remoto caso de una revolución, y perpetuando la »guerra en nuestro suelo, haciéndola cada día más de»sastrosa. Si la guerra continúa así dos años más, no »tenemos dinero con que hacerla en orden, y faltando »éste, la ruina es segura. Para evitarla, pensemos no

»en pequeño como hasta aquí, y sí con elevación, y si »así perdemos, será con gloria.» Esforzando sus consideraciones sobre la empresa que lo ocupa, agrega: «El Perú no puede ser tomado sin verificarlo antes »con Chile. Este país estará enteramente conquistado »á fines de abril del año entrante (como lo fué), con »4.000 á 4.600 hombres. Estas tropas deben embar»carse en seguida, y en ccho días desembarcar en »Arequipa. Esta provincia (Cuyo) pondrá para fines »de agosto 2.600 hombres. Si el resto se facilita, yo »respondo á la nación del buen éxito de la empresa. »Todo está pronto, menos la gente y artillería necesa»rias, quiero decir el déficit de 1.600 hombres para »completar los 4.000. En conclusión, ínterin que el »ejército que debe conquistar á Chile obre, el del »Perú se organiza, para que, tomado aquel reino, »ambos puedan obrar con decisión sobre Lima.»

Los dos confidentes, sea que no se hubieran penetrado aún de la eficacia del plan de San Martín ó que pensaran como la generalidad que aún podían tentarse nuevos esfuerzos por la frontera terrestre del norte, le proponían se hiciese cargo del mando del ejército del Alto Perú, elevado á una fuerza respetable. El, viéndose mal comprendido y dejándose al parecer arrastrar por la corriente que impulsaba á todos hacia el Perú por el camino mediterráneo del norte, se limitaba á objeciones indirectas: «El pro»yecto de poner el ejército del Perú en el pie de 6.000 »hombres, me parece bien; pero pregunto ¿aun en el »caso de que se reuna la gente y el dinero, qué tiem»po es necesario para ponerlo en estado de batirse? »Para la organización de esta fuerza es recesario re»tirarse á Tucumán, pues en Salta y Jujuy no puede »verificarse, donde debe formarse un campo de ins»trucción. Napoleón que lo mandase, no podría orga-

»nizar un ejército obrando éste activamente sobre el »enemigo. Hasta ahora no se ha conocido en los fas»tos de la historia, que de reclutas se formen solda»dos en un ejército de operaciones. El soldado se for»ma en los cuarteles ó campos de instrucción, y luego »de ser tales, marchan al enemigo. Por lo tanto, soy »de parecer, que el ejército del Perú debe tomar la »defensiva. El enemigo no pasará jamás de Jujuy.» En cuanto á tomar el mando que se le brindaba, limitábase á declarar: «Es imposible que me encargue del »ejército del Perú, porque perdería el fruto de las »relaciones que tengo establecidas con Chile.» Y por conclusión, designaba su candidato: «Para mandar el »ejército del Perú, yo me decido por Belgrano; es el »más metódico de los que conozco en nuestra Amé»rica; lleno de integridad y talento natural, no ten»drá los conocimientos de un Moreau en punto á mi»licia, pero es lo mejor que tenemos en la Améri»ca del Sur.»

Un historiador ha analizado con profundidad los momentos desesperados de ciertos grandes hombres que con una idea dentro de su cerebro y la certidumbre moral de éxito, tocaban con la imposibilidad material de ralizarla: como Colón, que por falta de un buque no podía dar un nuevo mundo; como Napoleón, que con la cabeza llena de batallas, no podía ganarlas por falta de un ejército, y con tal motivo se ha dicho, que esas pérdidas de la potencia humana en el vacío, son irreparables. Tal debió ser el trance por que pasó en aquellos momentos San Martín al verse solo con la victoria en la mente, con la seguridad de herir mortalmente al poder español en su centro, con la visión clara de dar la libertad á la América del Sur, y no poder realizar nada de esto, por falta de 1.400 soldados y 30.000 pesos, que era todo lo que pe-

día, mientras se le ofrecían 6.000 soldados y todos los tesoros del país allí donde él veía segura la derrota. Pero la idea estaba madura, y como él mismo lo había dicho (mayo de 1816), «la necesidad la imponía y su conveniencia no podía ser más evidente.» Con esta conciencia, San Martín debió encontrar dentro de sí mismo la fuerza para reaccionar, y tuvo la inspiración del momento. Esta fué provocar una conferencia con el nuevo Director Supremo, don Juan Martín de Pueyrredón, que acababa de nombrar el Congreso Nacional á la sazón reunido en Tucumán, siendo aquél su enemigo político, y convencerlo de la eficacia de su plan. Este nuevo trabajo de zapa político-militar sospechado, pero no bien relatado ni comprobado por los historiadores, tendrá su lugar más adelante. Por ahora queda evidenciado con los documentos oficiales y confidenciales exhibidos, que hasta principios de mayo de 1816, él era el único que hubiese abrigado conscientemente la idea de atravesar los Andes para reconquistar á Chile y conquistar al Perú, y pugnado y trabajado sin tregua por ella.

V

La idea estaba madura, «la necesidad la imponía y la conveniencia era evidente,» según las palabras de su autor. Lo que al principio había parecido una locura ó un sueño, lo que después se inició á medias y sin convicción ni resolución, lo que tres meses antes se declaraba «no podía ni intentarse sin correr los riesgos de una absoluta disolución,» lo que en esos mismos momentos era materia de vacilaciones, va á ser la idea salvadora que penetrará en todas las con-

ciencias, se hará verbo, se convertirá en carne para cambiar los destinos de la revolución argentina americanizándola, y con ellos los de la América del Sur. El primer expositor y propagador de esta grande idea, puede decirse su heraldo, fué don Tomás Guido, á quien hemos nombrado varias veces, y que esta es la ocasión de hacer conocer, porque ocupará un lugar distinguido en las páginas de este libro, como colaborador en los trabajos de San Martín. Contaba á la sazón 26 años y había sido uno de los agentes activos de la revolución de mayo en 1810. Empleado diplomático en 1811 en Londres, conoció allí á San Martín, y junto con él se afilió en la Logia de Miranda, matriz de la de Lautaro. En 1814, después de los contrastes de Vilcapugio y Ayohuma, volvióse á encontrar con San Martín en Tucumán, desde donde le acompañó hasta Córdoba, estrechándose desde entonces su recíproca amistad. Naturaleza elástica con penetración, talento cultivado, con hábitos metódicos de labor y cualidades insinuantes, había sido el consejero privado de las administraciones que se sucedieron después de la caída de Alvear, y era el que llevaba su correspondencia secreta en asuntos de guerra á la vez que el confidente y corresponsal de San Martín. Con su clara inteligencia, supo exponer con tanta elegancia como solidez las ideas originales del maestro y deducir todas sus consecuencias lógicas, cautivando y convenciendo. En esto consiste su valor histórico, no en el de iniciador del pensamiento que se ha pretendido atribuirle, en contradicción con los documentos más solemnes que llevan su firma ó le fueron dirigidos á título de funcionario ó confidente, antes que él formulase el plan que su verdadero autor desarrollaría después militarmente, y que ejecutaría con la admirable precisión matemática que le ha con-

quistado el puesto de primer capitán del Nuevo Mundo.

Sea que Guido hubiese coincidido con San Martín desde 1814 — como se ha insinuado vagamente, — en que el Alto Perú no era el camino militar de la revolución, sea que á pesar de sus simpatías no le hubiese sido posible hasta entonces hacer más de lo que había hecho en favor de la idea de la reconquista de Chile, ó que difiriese simplemente en cuanto á la oportunidad, que tres meses antes creía no era llegada, aun cuando ésta fuese la misma ó peor, el hecho es, que en los primeros días del mes de mayo de 1816, confeccionó una memoria, valiéndose de los datos oficiales y confidenciales de que era poseedor. En ella se daba forma ordenada y atractiva á las confidencias y planes fragmentarios de San Martín, y calcando sobre ellos los desarrollos á que se prestaban, esforzábase el razonamiento, hasta demostrar con la lógica de la ciencia y de la experiencia, y con pertinentes datos estadísticos, que el paso de los Andes por el oeste era cuestión de vida ó muerte. Fundándose en las mismas premisas, el autor de la memoria llegaba á las mismas conclusiones que el autor del pensamiento inicial. Según él, «Chile debía ser reconquistado á todo trance,» como lo había dicho San Martín en 1815: esta empresa podía ejecutarse con éxito con 4.000 hombres, entre ellos 600 de caballería, y con 30.000 pesos suministrados por el tesoro general, y otros tantos por Cuyo, lo mismo exactamente apuntado por el general: su objetivo debía ser el Perú, tomando por punto de apoyo una fuerza marítima militar, después de formar un segundo ejército en Chile, según los planes y previsiones del maestro: mientras tanto, el ejército del norte debía mantenerse á la estricta defensiva, siguiendo los prudentes consejos del general, y por úl-

timo, coincidía como en los números hasta en los términos y las frases retóricas pues establecía que la invasión debía verificarse en «noviembre,» y que Chile, que San Martín había llamado «la ciudadela de la América», era «el baluarte de la independencia.» Jamás retrato alguno se pareció más á su original, embelleciéndolo, y en esto consiste precisamente su mérito. El futuro Aníbal americano, fundía en bronce el modelo que el artífice bruñía y doraba.

Pero la memoria de Guido, como producto de asimilación y desarrollo teórico de una idea generatriz, no era ni podía ser un plan concreto de campaña, y así se decía en ella: «El camino militar del ejército, el »número y calidad de los jefes de división, y el ar»mamento de repuesto, puede calcularse por el plan »ofensivo y defensivo que proponga el general.» En virtud de esto, y al dar desde luego por convenida la expedición inmediata á Chile, aun antes de esperar la contestación del nuevo Director Supremo recientemente elegido por el Congreso, de quien dependía todo, el Director suplente Balcarce se dirigió á San Martín (31 mayo de 1816) pidiéndole un plan ofensivo y defensivo de campaña para operar activamente con 4.000 hombres al occidente de los Andes. El general contestó, que con anterioridad había despachado á su ayudante de campo, el mayor José Antonio Alvarez Condarco, ingeniero de su confianza, con las instrucciones y conocimientos necesarios sobre los elementos que necesitaba para abrir la campaña ofensiva. En cuanto á presentar un plan ofensivo, declaraba serle moralmente imposible detallarlo, ya fuese porque quisiese reservarlo, ó porque prudentemente no debía avanzar sino cálculos seguros: «En cinco meses,» decía, «el enemigo puede variar su posición actual, au»mentar sus fuerzas, reunirlas, diseminarlas, alterar

»la opinión, desolar unos pueblos, fortificarse en otros, »y en fin, tantos aspectos, que sería aventurado ha»cer desde ahora un análisis de nuestros movimien»tos. A presencia de todo esto, y demás circunstan»cias, y por una relación comparativa de nuestras »fuerzas, podré dibujar con certidumbre el plan ofen»sivo que habrá de adoptarse.» Prescindiendo, pues, de eventualidades, se contraía «sólo á dar una idea »por mayor,» según sus palabras. «En el concepto,» agregaba, «que la fuerza del enemigo no suba de 4.500 »hombres, podemos emprenderla con los 500 menos, »cuyo déficit compensaría, si no nuestra táctica y me»jores disposiciones, á lo menos la decisión del paisa»naje. Nuestro ingreso por Chile, sólo debe ser, ó por »los Patos, Uspallata ó el Planchón. Vencido cual»quiera de estos puntos, que distan entre sí más de »sesenta leguas, ocupamos desde luego las provincias »más fértiles, pobladas y abundantes, cortando por »supuesto las fuerzas enemigas, cuya parte débil (que »siempre es de presumir quede á los extremos sur ó »norte del reino) será el primer ensayo de nuestro »triunfo, apoderándonos de una vez de la mitad de Chi»le. Entonces, nuestra fuerza reunida, debe cargar »al grueso del enemigo, hasta deshacerlo en la prime»ra acción y tomar la capital, para huir al gravísimo »inconveniente de demorar la guerra.» Y terminaba con estas palabras: «V. E. á presencia de lo expues»to, determinará con mejores luces, lo más convenien»te y acertado, partiendo, sobre todo, del principio »que, del éxito de la expedición á Chile, está pendien»te el de la libertad de Sud América.» Este plan fué matemáticamente ejecutado en todos sus detalles, y así Chile estaba reconquistado desde Mendoza antes de ser invadido por el ejército de los Andes, que todavía era un embrión. El gobierno, después de oir to-

dos los informes que le suministró el comisionado de San Martín, contestóle (1.° de julio de 1816) que sería auxiliado con todos los elementos de guerra que solicitaba para llevar á término féliz su empresa, no obstante que una expedición de 8.000 portugueses amenazara ocupar la Banda Oriental, lo que únicamente retardaría las remesas que exigía el interés público, terminando por conjurarle, «que no omitiese sacrificio para llevar á cabo el importante objeto de la restauración de Chile.» La opinión estaba definitivamente formada, las ideas de San Martín triunfaban al fin, y con ellas la causa de la emancipación sudamericana.

Conformes en ideas, y acordados los planes, sólo faltaba montar la máquina de guerra y forjar el arma de combate que debía dar forma práctica á las primeras y llevar á ejecución los segundos. Este será el asunto del capítulo siguiente.

CAPITULO XII

El ejército de los Andes

1816-1817

La creación del ejército de los Andes.—Su espíritu y sus tendencias.—Su origen y su embrión.—La maestranza y fray Luis Beltrán.—El parque y la armería.—La fábrica de pólvora de Mendoza.—Establecimiento de una fábrica de paños para el ejército. —Arreglo de la administración militar.—El Congreso de Tucumán y San Martín.—Pueyrredón es elegido Director Supremo.—San Martín se entiende directamente con el Director respecto de sus planes.—Pueyrredón se decide por la reconquista de Chile. —Influencia decisiva de San Martín en la dirección de los acontecimientos.—Sinopsis del Congreso de Tucumán.—Tendencias monarquistas.—San Martín promueve la declaratoria de la independencia argentina.—Admirable estratagema de guerra de San Martín.—Conferencia secreta entre Pueyrredón y San Martín en Córdoba y nuevas noticias sobre ella.—Retrato de Pueyrredón.—Ideas monarquistas de Pueyrredón y San Martín.—El plan de la monarquía incásica de Belgrano.—Papel de San Martín en este plan.—Progresos de la razón pública.—Se instruye el ejército de los Andes.—Se refuerza con contingentes de Buenos Aires y los libertos de Cuyo.—Su fuerza y composición esencialmente argentina.—Los cuadros de Chile.—El secretario Zenteno.—El campo de instrucción.—La bandera de los Andes.— La imprenta del ejército.

I

La organización del ejército de los Andes es uno de los hechos más extraordinarios de la historia militar. Fué una verdadera creación, surgida, puede decirse, de la nada; un organismo articulado á que presidió la concepción de una idea sistemática á la manera del hombre-estatua de Condillac, cuyos sentidos fueron

despertándose gradualmente hasta adquirir la plenitud de su doble vida. Máquina de guerra armada pieza por pieza, todas sus partes componentes respondían á un fin, y su conjunto á un resultado eficiente de antemano calculado. Escuela nueva de táctica, de disciplina y de hostilidades ofensivas en vasta escala, el método le da sus reglas y la impulsión heroica su aplicación activa. Arma de combate forjada pacientemente, recibió el temple de la victoria, que se gasta por el uso diario ó se dobla elásticamente, pero no se quiebra jamás. Agrupación de hombres, animada por el soplo poderoso de la revolución argentina, es una colectividad animada de una pasión, una idea, un propósito americano que le da la cohesión necesaria para cumplir la tarea á que estaba destinada. Dotado de órganos complementarios creados simultánea ó sucesivamente á medida que las necesidades se hacían sentir, fué un mecanismo perfecto y completo en que todos sus resortes obedecían á la mano del ordenador que lo manejaba. Jamás se combinó más armónicamente el automatismo militar, con la espontaneidad humana, para producir el máximum de esfuerzos de la masa, combinando proporcionalmente la fuerza moral y material á fin de que respondiese siempre á sus objetos políticos y militares y á la misión redentora que le estaba asignada.

Hasta entonces las Provincias Unidas del Río de la Plata sólo habían tenido un ejército nacional, creado según un plan y animado de un espíritu propio con un objetivo determinado: fué éste el ejército auxiliar del Perú, reorganizado por Belgrano, que ha legado una historia, llena de grandes victorias y contrastes, pero que estableció la disciplina como regla y la abnegación como moral, inutilizándose al fin como arma de combate. El ejército de los Andes, á la

par que una nueva fuerza aplicada á la guerra ofensiva, que inició por la primera vez en Sud América, fué una expansión dada á la revolución argentina americanizada, que dilató por todo el continente. Y lo singular de tal creación es, que con las largas proyecciones de los grandes conquistadores al través de montañas y mares remotos; con la solidez, la complicación y el ímpetu de los ejércitos invasores, interviniendo en ella la estrategia y la táctica, la fortaleza y la prudencia de los más famosos generales, fué la obra de un general concreto y limitado, más práctico que teórico, más metódico que inspirado, más previsor que audaz, que todo lo basó en el cálculo y nada fió á la fortuna, y que suplió con la observación y la paciencia las dotes del gran capitán y del gran organizador, inventando una máquina adecuada para ejecutar campañas, en que el teatro de guerra era el más vasto continente del orbe, y cada etapa, una cordillera, un mar, una nueva nación.

El origen del ejército de los Andes data de 1814. San Martín, penetrado de que los Andes y el Pacífico eran el camino militar de la revolución, aceptó el Gobierno de Cuyo con el objeto declarado de formar allí una fuerte división, á fin de atravesar la cordillera y auxiliar á la insurrección chilena. Vencida ésta, solicitó del Gobierno recursos para organizar un cuerpo de tropas, sobre la base de los Auxiliares de Chile mandados por Las Heras, que con la denominación de batallón núm. 11, constituyeron el núcleo del futuro ejército. Elevado este cuerpo á regimiento, empezó á formarse el segundo batallón de San Juan. Siguióse á esto el envío de dos compañías del núm. 8 de Buenos Aires, con cuatro cañones de batalla, mandados por el mayor don Pedro Regalado de la Plaza, oficial práctico en el arma y con notables cualidades de orga-

nizador. Tal era al finalizar el año 1814 el embrión del famoso ejército de los Andes que debía dar la independencia á la mitad de la América del Sur.

En 1815 solicitó San Martín la concentración en Mendoza de su regimiento de granaderos y le fueron enviados á órdenes de su coronel Matías Zapiola, el 1.° y 2.° escuadrón que habían hecho la campaña de la Banda Oriental, con armamento y vestuario para 400 hombres. Juntamente con este refuerzo le fueron remitidos cuatro cañones de campaña, 300 fusiles y cantidad de municiones, vestuarios, equipos y pertrechos de guerra, que condujeron gratuitamente los carreros cuyanos que traficaban con el mercado de Buenos Aires, cuyo espíritu patriótico supo despertar San Martín promoviendo entre ellos una subscripción de transportes. En torno de este núcleo de soldados y cosas, organizó las milicias de infantería y caballería de la provincia, así para atender á la defensa de ella cuanto para levantar el padrón de los hombres de armas llevar y remontar con sus conscriptos los cuerpos de línea. En seguida dispuso por un bando, que los habitantes que no se presentaren voluntariamente á servir mientras los españoles ocupasen á Chile, serían sorteados desde la edad de 16 á 50 años, lo que proporcionó un contingente de 400 hombres, suministrando San Luis sus bizarros jinetes y Mendoza y San Juan sus robustos infantes y artilleros. Puso además en práctica el sistema de levas contra los vagos, en lo que fué eficazmente ayudado por La Rosa y Dupuy. Por estos medios, al terminar el año de 1815, el ejército de Cuyo contaba con cerca de 6.000 hombres de las tres armas, entre veteranos y milicianos medianamente armados, con la dotación de 17 piezas de artillería, animados de un excelente espíritu cívico y guerrero. Sin que lo sospe-

chase todavía nadie, San Martín era el primer potentado de las Provincias Unidas, que tenía su provincia y su ejército en un puño y era dueño de sus voluntades.

II

Queda detallado (cap. IX), cómo San Martín proveyó á la subsistencia de este ejército, por medio de un sistema combinado de auxilios patrióticos, servicios gratuitos, exacciones é impuestos extraordinarios, contribuciones regulares y arbitrios de todo género, que no agotaban la común fuente productiva, estableciendo así un régimen de cooperación económico-militar, en que unos tenían las armas y otros daban su dinero y su trabajo, y esto, captándose la voluntad de todos, con una mano acerada que así acariciaba como comprimía. Este ejército así organizado y mantenido, necesitaba además de hombres, servicios y dinero, de armas, pólvora, vestuarios, equipos y pertrechos en abundancia, á la vez que administración, cuidados facultativos y genios adecuados á la obra que el general tenía entre manos. A todo se proveyó y todo lo encontró dentro de los recursos de Cuyo, mereciendo por esto San Martín la denominación de Hermes trimegisto que la historia le ha dado.

La primera creación complementaria fué la maestranza. Faltaba el hombre, y San Martín, con su ojo escudriñador, lo descubrió en el fondo de la celda de una orden mendicante. Llamábase este hombre fray Luis Beltrán, hijo de francés y natural de Mendoza, que tenía á la sazón treinta años, y que muy joven había profesado en el convento franciscano de Santiago de Chile. Al estallar la revolución chilena se apasionó por ella; hizo entonces su aprendizaje

de artillero y acompañó á Carrera en sus campañas, prestando servicios profesionales en el sitio de Chillán. Después de Rancagua, regresó á pie á su patria con un saco de herramientas al hombro, que contenía los instrumentos que había inventado ó construído por sus manos para elaborar por adivinación los variados productos de su genio. Todo su caudal de ciencia lo había adquirido por sí en sus lecturas ó por la observación y la práctica. Así se hizo matemático, físico y químico por intuición; artillero, relojero, pirotécnico, carpintero, arquitecto, herrero, dibujante, cordonero, bordador y médico por la observación y la práctica, siendo entendido en todas las artes manuales, y lo que no sabía lo aprendía con sólo aplicar á ello sus extraordinarias facultades naturales. Unía á esto una constitución vigorosa, un porte marcial, una fisonomía abierta y simpática y una imaginación en que se reflejaba el carácter fogoso de su raza originaria y de su tierra natal. Capellán de uno de los cuerpos del ejército de Cuyo, fué llamado por el general á dirigir el parque y la maestranza, cuya planteación se le encomendó. Al soplo del Padre Beltrán se encendieron las fraguas y se fundieron como cera los metales que modeló en artefactos de guerra. Como un Vulcano vestido de hábitos talares, él forjó las armas de la revolución. En medio del ruido de los martillos que golpeaban sobre siete yunques y de las limas y sierras que chirriaban, dirigiendo á la vez trescientos trabajadores, á cada uno de los cuales enseñaba su oficio, su voz casi se extinguió al esforzarla, y quedó ronco hasta el fin de sus días. Fundió cañones, balas y granadas, empleando el metal de las campanas que descolgaban de las torres por medio de aparatos ingeniosos inventados por él. Construía cureñas, cartuchos, mixtos de guerra, mochilas, cara-

mañolas, monturas y zapatos; forjaba herraduras para las bestias y bayonetas; recomponía fusiles y con las manos ennegrecidas por la pólvora, dibujaba sobre la pared del taller con el carbón de la fragua las máquinas de su invención con que el ejército de los Andes debía transmontar la cordillera y llevar la libertad á la América. Cuéntase que en una ocasión, después de una larga conferencia secreta con San Martín, poco antes de cruzar los Andes, exclamó: «¡Quiere alas para los cañones! ¡pues bien las tendrán.» Cierta ó no la anécdota, la verdad es que lo hizo como dicen que lo dijo. Fué el Arquímedes del ejército de los Andes. En 1816 colgó sus hábitos y vistió el uniforme de teniente de artillería con el sueldo mensual de 25 pesos.

El parque y la armería, fué otra de sus creaciones complementarias, encargando su dirección al mayor De la Plaza y al capitán chileno Picarte por auxiliar. Custodiábanse allí las armas como joyas, y el general llevaba cuenta hasta del último tornillo que entraba ó salía de los almacenes. Una vez hizo seguir un expediente por la falta de tres fusiles recompuestos de los cuales no se le había dado conocimiento. En otra ocasión prestó una pistola á un oficial para realizar un viaje hasta Buenos Aires, con cargo de entregarla solemnemente al ministro de la Guerra á su llegada, y no cesó de hacer gestiones hasta recobrarla.

A la maestranza, parque y armería siguióse la planteación de un laboratorio de salitres y de una fábrica de pólvora. Encontró el hombre que necesitaba para ello en su ayudante de campo el mayor José Antonio Alvarez Condarco, tucumano, que había hecho regulares estudios de ingeniería y tenía nociones de física y química. La provincia producía sa-

litre, y la fuerza motriz del agua, aplicada á las máquinas, suplía la carencia de brazos. Este establecimiento, que comenzó por la refinería de los salitres, llegó á producir pólvora de excelente calidad en cantidad suficiente para las necesidades del ejército, con un costo mínimo para el erario.

La tropa estaba casi desnuda y necesitaba vestirse. Para llenar esta necesidad, el general imaginó hacerse fabricante de paños por medio de un ingenioso arbitrio. Pensando que las bayetas ó picotes que se tejían en San Luis podrían abatanarse, consultó el punto con personas idóneas, y diéronle noticias de un emigrado chileno, llamado Dámaso Herrera, tan hábil mecánico práctico como lo era el Padre Beltrán, y de un molinero mendocino llamado Tejeda, mecánico también por instinto, que había inventado máquinas y construído por sus propias manos una espineta y meditaba resolver el problema de hacer volar á los hombres. En el molino de trigo de Tejeda, se planteó bajo la dirección de ambos un batán movido por agua, y al cabo de poco tiempo llegó á producir bayetones y pañetes, que se teñían de azul, y con los cuales se construyeron los uniformes de las tropas, que las mujeres cosían gratuitamente.

La justicia militar fué organizada: creóse un tribunal de guerra, nombrándose auditor al doctor Vera y Pintado, á quien se ha visto figurar en la revolución de Chile, y redactóse un código de leyes penales con arreglo á la ordenanza vigente pero adaptado á la índole del ejército. El cuerpo médico recibió una organización adecuada á un ejército expedicionario, nombrándose cirujano mayor al doctor Diego Paroissiens, inglés, naturalizado en el país, que poseía extensos conocimientos científicos, y por su segundo al doctor Zapata. Se estableció la comisaría y se re-

gularizó la contabilidad bajo la dirección de don Juan Gregorio Lemos, llevándose escrupulosamente cuenta y razón de todos los caudales que se giraban, bajo contralor que comprendía al mismo general. Esta institución fué planteada de manera de poder darle mayor desarrollo, á fin de convertirla en una verdadera intendencia de ejército, que respondiese á las exigencias de la administración militar de una expedición fuera del territorio.

Todo respondía al plan de guerra ofensiva, conquista y larga permanencia en tierras extrañas y lejanas.

Tal era la composición y la organización, el espíritu, las tendencias y las instituciones complementarias del ejército de Cuyo, base del de los Andes, á principios de mayo de 1816, en que empezó á formalizarse la idea de la reconquista de Chile. Para llevarla á cabo sólo necesitaba San Martín 1.400 hombres más y 30.000 pesos, y este era todo su conato en esa época; pero fué precisamente entonces cuando llegó á temer que todos sus trabajos se malograran, abandonándose la empresa de Chile por la del Alto Perú, cuya dirección le fué ofrecida y él rehusó, como queda dicho.

III

Hemos dicho antes (cap. x, párrafo III), que en tan crítico momento, San Martín tuvo la ispiración de abocarse con el Director Supremo don Juan Pueyrredón, nombrado por el Congreso Nacional, á la sazón reunido en Tucumán, á fin de convencerle de la excelencia de su plan y ponerse de acuerdo con él directamente. Había seguido con viva ansiedad las peripecias que precedieron á la congregación de este cuerpo, á cuya convocatoria concurrió al tiempo de la caída de Alvear y que consideraba la última esperan-

za de la revolución en el orden político, así como la expedición á Chile, en el orden militar. La provincia de Cuyo estaba representada en él por cuatro de sus hombres más notables y por un personaje destinado á ejercer una influencia decisiva en la empresa que ocupaba al general de los Andes. Habían sido elegidos como diputados por la provincia de San Juan, fray Justo de Santa María de Oro, y don Agustín de la Maza, alma angélica el uno, en quien las dotes del corazón y la cabeza se hermanaban, y patriota probado el otro que gozaba de autoridad moral entre sus comprovincianos, y por Mendoza, don Tomás Godoy Cruz, hombre de claro buen sentido, filántropo inteligente, que conocía los hombres y las necesidades prácticas de su época, juntamente con don Francisco Narciso Laprida, bellísimo carácter, que realzaban grandes virtudes cívicas y privadas. El diputado por San Luis, era don Juan Martín de Pueyrredón. Para los diputados de San Juan y Mendoza, San Martín era el oráculo, á cuyas indicaciones reglaban su conducta, así es que éste podía contar con cuatro votos seguros en el Congreso, que se apoyaban en su voz autorizada y en su poder real. Godoy Cruz era amigo íntimo de San Martín y de Pueyrredón, y por su conducto se comunicaba aquél con los cuatro diputados de Cuyo á la vez que con el nuevo Director que formaba parte de la diputación cuyana.

«¿Cuándo empiezan ustedes á reunirse?»—preguntaba San Martín á Godoy Cruz.—«Por lo más sagrado le suplico: hagan cuantos esfuerzos quepan en »lo humano para asegurar nuestra suerte. Todas las »provincias están á la expectativa, esperando las de»cisiones de ese Congreso: él sólo puede cortar esas »desavenencias que existen en las corporaciones de »Buenos Aires.» Cinco días después insistía sobre lo

mismo: «¿Cuándo se juntan y dan principio á sus »sesiones? Yo estoy con el mayor cuidado sobre el »resultado del Congreso y con mucho más, si no hay »una unión íntima de opinión.» Y como su corresponsal le hablase del espíritu federativo que parecía prevalecer entre los congresales, él le contestaba: «Me »muero cada vez que oigo hablar de federación. ¿No »sería más conveniente transplantar la capital á otro »punto, cortando por este medio las justas quejas de »las provincias? ¡Pero, federación! ¡y puede verifi»carse! si en un Gobierno constituído y en un país »ilustrado, poblado, artista (sic), agricultor y comer»ciante, se han tocado en la última guerra con los »ingleses (hablo de la América del Norte) las dificul»tades de una federación ¿qué será de nosotros que »carecemos de aquellas ventajas? Si con todas las »provincias y sus recursos somos débiles, ¿qué suce»derá aislada cada una de ellas? Agréguese á esto »la rivalidad de vecindad y los intereses encontrados »de todas ellas, y todo se volverá una leonera, cuyo »tercero en discordia será el enemigo.» Al anuncio de la inmediata reunión del Congreso, se reanima su esperanza: «Del Congreso esperamos las mejoras que »nos son necesarias, y si éste no lo hace, podemos »resolvernos á hacer la guerra de gauchos.»

Una de las primeras cuestiones que se trató en el Congreso, fué la elección del Director del Estado. Al principio algunos se inclinaban á Belgrano; pero luego un grupo considerable se fijó en San Martín. Los diputados de Cuyo declararon decididamente en masa, que no le darían sus votos, pues consideraban perjudicial á la provincia y á la causa en general tal elección, lo que valía tanto como significar, que el candidato prefería al poder, el logro de la empresa para lo cual se reservaba. En consecuencia, fué uná-

nimemente elegido Pueyrredón Director Supremo, con los votos de que disponía San Martín (mayo 3 de 1816). Esto acercaba á los dos potentados.

A mediados de mayo, San Martín escribió directamente al nuevo Director, encargando á Godoy Cruz que pusiese la comunicación en sus manos, y le expusiera verbalmente la situación. «Con ésta» le decía, «remito un extraordinario para Pueyrredón. Todo su »objeto es tener con él una entrevista para arreglar »el plan que debemos seguir. El tiempo es corto. Hay »mucho que hacer, y las distancias son largas. En »tres correos se pasa el invierno, y hete aquí que »llega el verano; nada se hace, los enemigos nos fro»tan, y la comedia se acaba á capazos. Desengañé»monos: ese ejército (el del Perú) necesita por lo »menos un año para organizarse, esto es, con todos »los esfuerzos del Gobierno: de consiguiente, todo es»te tiempo le damos al enemigo para que nos hostili»ce y nos acabe. En esta inteligencia, es preciso no »dejarlo respirar, y que extendamos nuestras miras »á un horizonte más dilatado. Buenos Aires debe ser »el centro de los recursos para este ejército (de los »Andes). Hay que hacer veinte mil pedidos para el »aumento de reclutas que se están reuniendo. Hay »que hacerlos al Director que reside en ésa, éste, al »jefe que está en Buenos Aires, el cual duda, y aquí »tiene usted que en un par de estas contestaciones, »el tiempo se pasa y este ejército se disuelve. Nece»sitamos pensar en grande; si no lo hacemos, nos»otros tendremos la culpa. En fin, si me concede el »pase, hablaremos. Yo hago estos esfuerzos sólo por »el bien general. En todo tiempo me quedará el con»suelo de haber obrado bien.»

Pueyrredón en aquellos momentos se inclinaba á repetir la invasión del Alto Perú, pero no estaba de-

cidido, formando en previsión un poderoso ejército de 6.000 hombres. La mayoría del Congreso, compuesta de peruanos y provincianos del norte, á que se agregaban muchos de los diputados de Buenos Aires enemigos de San Martín, lo impulsaban en este sentido, y como se ha visto, hasta Guido y Godoy Cruz le proponían ponerse á la cabeza de esta nueva tentativa, que el general de los Andes consideraba ó imposible ó funesta.

Ya había impartido Pueyrredón sus órdenes para que se dirigieran á la frontera del norte los refuerzos de tropas que debían aglomerarse en ella según este propósito, cuando recibió la comunicación de San Martín y las explicaciones que le transmitió Godoy Cruz, y reaccionando sobre sí mismo, decidióse sin vacilar por la reconquista de Chile. Inmediatamente contestó á San Martín desde Jujuy: «Mi venida al »cuartel general sólo ha tenido por objeto imponerme »personalmente del estado y necesidades de este ejér»cito (del norte), para proveer á los remedios con co»nocimiento, y afirmar las relaciones de Salta, ante»riormente alteradas por una fatalidad. Estoy al tér»mino de mi intento, y dentro de ocho días me pon»dré de regreso en Tucumán y con muy corta deten»ción continuaré hacia la capital: de modo que debo »llegar á Córdoba del 10 al 12 de julio. Estoy con»vencido que es sumamente importante que tengamos »una entrevista para arreglar con exactitud el plan »de operaciones que sea más adaptable á nuestras »circunstancias. Para esto, creo más conveniente se»ñalar la ciudad de Córdoba. Entretanto, sírvale de »gobierno, que he comunicado con esta fecha por »punto general al brigadier Balcarce, que hace las »veces de delegado mío en Buenos Aires, le preste »cuantos auxilios le sean pedidos para el ejército de

su mando, y puede por consiguiente, dirigirse á él en lo que sea urgente, sin esperar el resultado de »nuestra entrevista.» Fué entonces cuando, en virtud de una gravitación natural, de la negativa de San Martín de hacerse cargo del ejército del norte y de sus claras demostraciones en favor de la expedición á Chile, la opinión reaccionó, y cuando don Tomás Guido redactó la Memoria de que nos hemos ocupado antes, que sin duda contribuyó á afirmar más á Pueyrredón en su resolución. Cuando ésta llegó á sus manos, ya estaba decidido, así es que contestó á las reflexiones que le hacía el Director Balcarce esforzando las razones de la Memoria, con las mismas palabras que diez y ocho días antes había dirigido á San Martín al manifestarse conforme con su plan, sin esperar el resultado de la proyectada entrevista: «De regreso »del ejército (Jujuy) recibí en el camino su comuni»ción del 31 de mayo, en que consulta si suspenderá »las medidas iniciadas con objeto de activar los apres»tos terrestres y navales para realizar la expedición »proyectada contra Chile, y estando yo más que con»vencido de toda la importancia que ofrece dicha ex»pedición á las seguridades y ventajas del Estado, la »he resuelto decididamente.» El paso de los Andes estaba resuelto, y la revolución estaba salvada.

Cuando se piensa que sin la persistencia de San Martín en este momento decisivo, la invasión del Alto Perú se hubiera resuelto, perdiéndose miserablemente la revolución por ese camino, al menos por entonces, y se considera además, que sólo él podía ejecutar la empresa con seguridad matemática, tal cual la había concebido y lo prometía, cambiando la faz de la guerra americana, se justifica lo dicho antes (capítulo II, párrafo II, que pocas veces la intervención de un hombre en los destinos de un pue-

bló fué más decisiva que la suya, así en la dirección de los acontecimientos como en el desarrollo de sus consecuencias.

IV

No entran en nuestro cuadro los trabajos del Congreso de Tucumán, que hemos historiado en otro libro del punto de vista de la política interna y sólo nos ocuparemos de ellos en sus relaciones con la independencia sudamericana al inaugurar una nueva época, dando la señal de la guerra ofensiva á todo trance y de la propaganda revolucionaria por todo el continente. Esta corporación, que representaba genuinamente una democracia y fundaba una república por el hecho de reunirse en nombre de la soberanía nacional, no tenía la plena conciencia de su misión, y vacilaba al dictar la única ley para que había sido convocada, por ser la única que los pueblos obedecían, que era la de la independencia. Por una contradicción, que explica el desequilibrio entre las ideas teóricas de gobierno ordenado y centralista de los pensadores, y los instintos populares nativamente republicanos y anárquicos, la mayoría del Congreso era monarquista constitucional, y en este punto coincidía con San Martín y Belgrano, que al frente de los ejércitos de Cuyo y del norte, sostenían sus deliberaciones.

San Martín, aunque republicano por inclinación y por principios, como lo declaraba, no le era antipática la fundación de una monarquía, y desde 1812 había empezado á inclinarse á ella (véase cáp. III, párrafo IV) como una solución ya que no como un ideal, por cuanto consideraba difícil, si no imposible, el establecimiento de un régimen democrático: pensaba que faltaban elementos sociales y materiales

para consolidar una república con un gobierno consistente, y que con un monarca era más fácil radicar el orden, fundar la independencia, asegurar la libertad y conquistar por el hecho aliados poderosos, neutralizando el antagonismo con el Brasil. Para Belgrano, apasionado por los principios de la Constitución inglesa y fatigado de la anarquía, la monarquía era no sólo un medio de hacer prevalecer la independencia, sino también un fin para fundar un orden de cosas duradero, y hacía propaganda en tal sentido, mientras San Martín guardaba una estricta reserva. En el uno tales ideas eran producto de la reflexión, y en el otro, hijas del sentimiento. Pero como lo hemos observado otra vez, estos dos hombres, que tan mal comprendían entonces las necesidades de su época y tan mal representaban moralmente la opinión dominante del pueblo en cuanto á la forma de gobierno, fueron, empero, las dos robustas columnas en que se apoyó el Congreso de Tucumán, los verdaderos fundadores de la independencia argentina, y los que, con sus victorias anteriores y sus trabajos posteriores, hicieron posible la fundación de la república democrática, y obligaron al mundo á reconocerla como un hecho y un derecho incuestionable.

Una vez constituído el Congreso, empezó á instar San Martín á la par de Belgrano, por la inmediata declaratoria de la independencia nacional, como coronamiento de la revolución americana y punto de partida de la guerra ofensiva á todo trance. «¿Hasta »cuándo esperamos para declarar nuestra indepen»dencia? Escribía á Godoy Cruz. ¿No es una cosa »bien ridícula acuñar moneda, tener pabellón y cu»carda nacional, y por último, hacerle guerra al so»berano de quien se dice dependemos, y no decirlo,

»cuando no nos falta más que decirlo? ¿Qué rela»ciones podremos emprender cuando estamos á pupi»lo? Los enemigos (y con mucha razón) nos tratan »de insurgentes, puesto que nos reconocemos vasa»llos. Nadie nos auxiliará en tal situación. Por otra »parte, el sistema ganaría un 50 por ciento con tal »paso. Para los hombres de corazón se han hecho las »empresas. Si esto no se hace, el Congreso es nulo »en todas sus partes, porque reasumiendo la sobera»nía, es una usurpación que se hace al que se cree »verdadero soberano, es decir, al rey de España.»

Como Godoy Cruz le objetase que la cosa no era tan llana, replicóle con tanta gracia como energía: «Veo lo que me dice sobre el punto de la indepen»dencia «no es soplar y hacer botellas:» yo respondo, »que mil veces es más fácil hacer la independencia »que el que haya un americano que haga una sola »botella.» Y agregaba, «que republicano por princi»pios é inclinación, sacrificaba sus sentimientos al »bien de su patria; porque pensaba que los america»nos de las Provincias Unidas no habían tenido otro »objeto en su revolución que emanciparse del yugo »de hierro español para formar una nación, y era »dudoso pudiesen constituirse en república con un go»bierno puramente popular, como también que pu»dieran salvarse sin contrarrestar el egoísmo de los »prudentes.» Y partiendo de estas premisas, llegaba á la conclusión que respondía á su idea fija sobre la dirección de la guerra: «¿Cuáles son los medios de »salvarnos? Yo lo sé, el Congreso los aplicará como »interesado en el bien de este pueblo; pero si tales »medidas no se toman en todo este año, no encuen»tro (según mi vista) remedio alguno. Se acabó.» Poco después recibía la noticia que colmaba sus aspiraciones y lo habilitaba para llevar la bandera emanci-

padora más allá de las fronteras y exclamaba lleno de alborozo: «Ha dado el Congreso el golpe magis»tral con la declaración de la independencia. Sólo »hubiera deseado que al mismo tiempo el Congreso »hiciera una exposición de los justos motivos que »tenemos los americanos para emanciparnos.»

Declarada la independencia de las Provincias Unidas del Río de la Plata el 9 de julio de 1816, San Martín combinó su notificación al enemigo en señal de desafío con el más feliz ardid de guerra que haya brotado de la cabeza de un general, y el cual tenía por objeto completar su plan de invasión. Ya había manifestado, que para verificarlo no tenía sino dos caminos: el de Uspallata, frente á Mendoza, que es el más corto, y el de Los Patos por el norte, frente á San Juan, que es el más largo; pero no los conocía en toda su extensión y temía que los realistas los hubieran fortificado por la parte de Chile, dificultando así el paso de los Andes, como sucedió á Bonaparte en el fuerte Bart al cruzar los Alpes. Para efectuar un reconocimiento de ambos caminos y cerciorarse de si estaban ó no francos, imaginó enviar un parlamentario á Marcó llevándole el acta de la independencia argentina, previa consulta del gobierno: «Invistiendo la nación un nuevo carácter, desde »el momento que se declaró solemnemente nuestra in»dependencia, opino sería útil comunicarlo de oficio »al gobierno de Chile, como de general á general.»

Llamó á su ayudante de campo el ingeniero Alvarez Condarco, y le dijo:—«Mayor, voy á confiar á »usted una comisión diplomática muy delicada.—¡A »mí, mi general! repuso el ayudante sorprendido.— »Sí; pero la verdadera comisión es que me reconozca »los caminos de Los Patos y Uspallata, y que me le»vante dentro de su cabeza un plano de los dos, sin

»hacer ningún apunte, pero sin olvidarse de una pie»dra. Lo despacharé por el camino de Los Patos, que »es el más largo y el más lejano, y como es seguro »que así que entregue usted el pliego que lleva lo »despedirán con cajas destempladas por el camino »más corto, que es el de Uspallata (si es que no lo »ahorcan), dará usted la vuelta redonda y podrá á »su regreso formarme un croquis sobre el papel. Va»ya á prepararse, y sobre todo, ¡secreto!»—Era precisamente la memoria local la gran facultad de Alvarez Condarco como ingeniero: San Martín lo notó con su gran penetración en sus excursiones por la cordillera, y con su habilidad para aplicar las cualidades de cada hombre, había llegado el momento de utilizarla.

El parlamentario se puso en marcha. Al llegar á la primera guardia enemiga al occidente de Los Patos, el oficial que la mandaba ordenó que se le hiciese seguir adelante; pero como iba á anochecer, y en la obscuridad no podría observar el camino, hízose el enfermo, y así consiguió recorrerlo en plena luz. Desempeñada su comisión con riesgo de su vida, y quemada por mano del verdugo el acta de la independencia de que era portador, fué despedido por el camino más corto de Uspallata, como San Martín lo había calculado, y así pudo formar con sus recuerdos el croquis que más tarde sirvió al ejército para transmontar la cordillera. Los caminos de la invasión estaban francos.

V

El 15 de julio, seis días después de firmada el acta de la independencia argentina tuvo lugar en Córdoba la famosa conferencia secreta entre Pueyrredón y San Martín que ha sido considerada como un miste-

rio y respecto de la cual se han hecho tantas suposiciones como comentarios. Según unos, el general de los Andes iba resuelto á hacer aceptar su proyecto por el bien ó por el mal, intimidando al Director; según otros, llegó hasta amenazarlo con hacerle asesinar en el camino por su misma escolta. Algunos han pensado que la influencia de la Logia de Lautaro—á la sazón medio disuelta,—fué la que decidió á Pueyrredón á ceder, y otros aseveran que las claras demostraciones de San Martín exponiendo su plan, determinaron esa resolución. El mismo Pueyrredón ha declarado en un documento solemne de la época de su gobierno, el objeto deliberado que lo llevó á Córdoba, que «fué combinar los planes para rescatar á Chile de la dominación española.»

La verdad es, que antes de verse en Córdoba, ambos estaban de perfecto acuerdo, como se ha demostrado, y que hacía cuarenta días que el Director había impartido órdenes terminantes en consecuencia (16 de junio), á fin de que se dirigieran á Cuyo los hombres y recursos necesarios para la expedición á Chile. Y lo más curioso es, que San Martín reservó su plan militar del Director, el cual sólo le comunicó en vísperas de emprender su marcha al través de los Andes.

En una carta de la fecha de la conferencia que lleva unidas las firmas de San Martín y Pueyrredón, decía el primero á Godoy Cruz: «Me he visto con el »dignísimo Director que tan acertadamente han nom»brado ustedes. Ya sabe usted que no soy aventura»do en mis cálculos; pero desde ahora les anuncio »que la unión será inalterable, pues estoy seguro que »todo lo va á transar. En dos días con sus noches »hemos transado todo. Ya no nos resta más que em»pezar á obrar. Al efecto, pasado mañana partimos

»cada uno á su destino, con los mejores deseos de tra»bajar en la gran causa.» Al pie de esta carta, y junto á la firma de San Martín, hay un renglón de Pueyrredón saludando á Godoy Cruz, que había sido el intermediario entre los dos, en prueba de que refrendaba los votos por la unión. Si algo de misterioso hubo en esta conferencia, que como se ve nada tuvo de sombría, sería, además del plan general expedicionario y detalles de administración militar en que concordaron, lo referente á planes de política externa, y especialmente á la reorganización de la Logia sobre nuevas bases, como los sucesos que van á desenvolverse lo revelarán, conveniéndose expresamente un punto concreto, cual era la emancipación de todos los esclavos de la República, para engrosar con los libertos los batallones de infantería, según las ideas de San Martín. Fué más que todo, una reconciliación entre dos prohombres que hasta entonces habían estado alejados y podían considerarse como enemigos, pero que en lo sucesivo fueron, hasta el fin de sus días, los amigos más afectuosos, más fieles y constantes: dos verdaderos hermanos.

Como se recordará, San Martín en la revolución de octubre de 1812, había contribuído á la caída del gobierno de que Puyrredón formaba parte entonces; pero éste tenía bastante elevación moral para no sacrificar el bien público á los resentimientos personales, así es que, una vez convencido de la excelencia del proyecto de San Martín, no vaciló en prestarle su más decidida cooperación, sobreponiéndose á poderosas influencias que por error ó por odiosidad hacia el general de los Andes le señalaban otro camino.

Era Pueyrredón un patriota probado, que se había distinguido como combatiente en primera línea en las invasiones inglesas; uno de los más activos

precursores de la revolución de mayo, que llegó á hacerse expectable después de la derrota de Huaqui, por una hábil retirada que ejecutó salvando los caudales del Potosí—la que fué hiperbólicamente comparada en su tiempo á la de Jenofonte. No se había señalado ni como administrador, ni como político, ni como general, no obstante haber sido las tres cosas con brillo pasajero, reconociendo él mismo que no tenía aptitudes para el mando militar. Hombre de mundo, de buen sentido y juicio propio, con bastante inteligencia y alguna ilustración para juzgar las opiniones ajenas y carácter para sostener las suyas, tenía la suficiente flexibilidad para someterse á las deliberaciones de una mayoría ó á las exigencias de las circunstancias. Con una ambición flotante sin trascendencia, que se satisfacía con el ejercicio normal del poder; moderado en sus pasiones políticas y sin opiniones comprometidas sobre los partidos; decoroso en su vida pública y privada, con la necesaria sagacidad para estimar las aptitudes de los demás; circunspecto, prudente, pero dotado de cierto temple de coraje cívico que no retrocedía ante las responsabilidades colectivas; de presencia hermosa y arrogante, con maneras cultas y lenguaje digno que establecían sin altanería el recíproco respeto, era una figura de gobierno y el hombre de las circunstancias, siendo en el fondo una mediocridad relativa. Sus cualidades negativas principalmente lo constituían en el representante de una república radicalmente democrática, guerrera y anárquica, gobernada por un parlamento patricio, ponderada por una oligarquía poderosa, cuya base y centro de gravedad sería una metrópoli compacta, homogénea y orgánica como Buenos Aires, de donde se irradiaría su acción, cuya bandera sería llevada por dos ejércitos igual-

mente refractarios al pretorianismo y al caudillaje, y allá en la sombra el resorte secreto de una asociación misteriosa, que hacía las veces de consejo áulico. La historia debe tenerle en cuenta su espontaneidad al aceptar el plan salvador de San Martín y el empeño consciente que puso para llevarlo á buen término, debiéndose á esto los grandes sucesos que han hecho memorable su administración.

Las ideas políticas de Pueyrredón en cuanto á forma de gobierno, que siempre habían tenido un tinte aristocrático, eran entonces acentuadamente monárquicas—como las de la mayor parte de los más notables contemporáneos,—aun cuando pensase como San Martín, que era un medio y no un fin; mientras tanto se conformaba con la situación republicana que se imponía por sí. Es probable que en su conferencia cambiasen ideas sobre este punto—que era á la sazón materia de extravagantes discusiones abstractas en el Congreso,—como de una cosa posible, más ó menos conveniente en su oportunidad. Eran dos monarquías expectantes. No así Belgrano, que había abrazado con candorosa pasión, no sólo la idea de la monarquía constitucional de los ingleses, sino la restauración de la dinastía de los Incas, para fundar un imperio americano con el Cuzco por capital, á fin de atraerse el concurso del Alto y Bajo Perú. El Congreso, en el cual los peruleros—como llamaban entonces á los naturales del Perú,—tenían una poderosa representación, llegó á propiciar este fantástico plan, de que la discusión de la prensa y la rechifla pública dió cuenta.

San Martín y Pueyrredón como monarquistas de oportunismo, no eran hombres de dejarse arrastrar por esta corriente superficial, y con el juicio y la seriedad que los caracterizaba, supieron neutralizar

la sin comprometer sus opiniones. El Director, consultado, manifestó discretamente: que la decisión del sistema de gobierno que debía complementar la independencia competía al Congreso, y que mientras tanto los generales con mando de tropas no debían anticiparse á sus leyes soberanas. San Martín al ser instruído del plan por intermedio de los diputados de Cuyo (después de haber conferenciado con el Director sobre su proyecto de reconquista de Chile), adhería á la idea de su punto de vista, mezclando á su aprobación condicional cierto sabor de ironía que acompañaba todos sus juicios, y procuraba darle una aplicación práctica. «Ya he dicho, son sus palabras, »lo admirable que me parece el plan de un Inca á la »cabeza: las ventajas son geométricas: pero por la »patria les suplico, no nos metan en una regencia de »varias personas: en el momento que pase de una so»la, todo se paraliza y nos lleva el diablo. Al efecto, »no hay más que variar el nombre de nuestro Direc»tor, y queda un regente: esto es lo seguro para que »lleguemos á puerto de salvación.» La ironía de este concepto está en el énfasis de las palabras «admirable» y «geométrico,» aplicadas por un espíritu tan positivo como San Martín respecto de un proyecto tan inconsciente, sin base política ni militar, que él mismo reducía á un cambio de nombres sin alterar el orden establecido. Lo seguro para él, era que nada se cambiase, y cuando más se variase la denominación del magistrado supremo de la república.

Bien que San Martín aceptara la monarquía como solución de oportunidad, y aun se inclinase á ella como medio de constituir un gobierno fuerte y estable para triunfar de la España, más cauto que Belgrano y tan juicioso como Pueyrredón, no hacía ostentación de sus opiniones, ni aun procuraba imponerlas á sus

amigos, y menos aún á la opinión. Así se ve, que los diputados de Cuyo que obraban bajo sus inspiraciones, opinaron unos en contra y otros en pro de la monarquía. Oro formuló la única protesta que contra ella se hizo oir en las primeras sesiones del Congreso de Tucumán; Godoy Cruz la acogió tibiamente; Laprida y de la Maza permanecieron á la expectativa. Instado Godoy Cruz por el Congreso, escribió oficialmente á don Manuel Ignacio Molina, encargado interinamente del gobierno de Cuyo, á fin de que explorase la opinión en el sentido de la monarquía del Inca. Molina, que parece simpatizaba con la idea, dispuso que al efecto se convocase un Cabildo abierto. Consultado San Martín, que se hallaba de regreso de Córdoba, fué de parecer que el gobernador interino citara á su casa particular á los hombres de consejo, y procediese en consecuencia. La reunión se verificó en esta forma, sin que San Martín interviniera en ella directa ni indirectamente, tomando la palabra en contra del proyecto el doctor Vera, republicano exaltado, que arrastró tras sí la opinión. Este resultado fué transmitido confidencialmente por San Martín á Godoy Cruz, el Congreso tomó conocimiento de su carta, y mandó archivarla en su secretaría.

La razón pública, en medio de su relativo atraso, estaba más arriba de estos errores, desfallecimientos y contemporizaciones, porque, como se ha dicho antes, la idea innata de la república democrática estaba en las cosas mismas, en el organismo de todos y cada uno. Era una ley escrita en la conciencia popular, que tenía sus manifestaciones espontáneas, ya brutales, ya cívicas, ya intelectuales, ya puramente instintivas, así en los individuos como en la colectividad social, que revestía formas propias originales,

Así, no obstante lo generalizadas que estaban en aquella época las ideas monárquicas entre los hombres más eminentes de la revolución, jamás el espíritu republicano había sido más intenso, jamás las nociones del pueblo sobre la organización de una democracia habían sido más correctas. Hasta las multitudes que no alcanzaban á comprender sus teorías abstractas ni sus formas concretas, tenían el instinto de lo mejor, una especie de ideal visible, por más que se extraviasen en cuanto á los medios de alcanzarlo. Después de seis años de vida libre, en que se había educado una generación sin reyes ni virreyes, la monarquía no podía presentarse á sus ojos sino como un retroceso en la revolución y una abdicación de la majestad de pueblo soberano. Ante esta opinión se inclinaba San Martín, simpatizando con ella en teoría y acompañándola en la práctica, aun cuando dudase de su consistencia y abrigara otras ideas de aplicación, según propia confesión.

VI

Uno de los primeros actos del gobierno de Pueyrredón así que se recibió del mando de la capital, fué instituir al ejército de los Andes con la denominación con que ha pasado á la historia, asignando para su mantenimiento la cantidad de 8.000 pesos mensuales en vez de los 5.000 que antes recibía. Organizóse un estado mayor de campaña, nombrándose jefe de él al brigadier general don Miguel Estanislao Soler, valiente jefe de infantería que había decidido la batalla del Cerrito, altivo en la obediencia y duro en el mando, que, aunque de cortos alcances intelectuales poseía un verdadero genio de organización mecánica. San Martín fué investido por el Congreso con el carácter de capitán general, como lo había sido

Belgrano en el ejército del norte, á fin de concentrar en sus manos la plenitud de facultades políticas y militares de un jefe expedicionario en tierras lejanas. En consecuencia, delegó el mando político de la provincia en el coronel don Toribio Luzariaga, destinado como La Rosa y Dupuy á ser uno de sus brazos auxiliares en Cuyo. El molde del ejército de los Andes estaba formado; sólo faltaba vaciar en él la masa candente que debía llenarlo y darle el temple de las obras durables.

Como sucede en todas las agrupaciones de elementos diversos antes que se combinen entre sí y formen un compuesto homogéneo, por este mismo tiempo empezó á sentirse en el ejército una especie de agitación sorda contra la autoridad del general, en que tomaron parte más ó menos directa algunos jefes y oficiales con mando de tropa. Denunciado el conato á San Martín, en circunstancia que se dirigía á Córdoba para celebrar su entrevista con el Director, hizo decir á uno de los promotores, que podían aprovecharse de su ausencia para llevar adelante su propósito. Bastó esto para contenerlos por el momento. A su regreso, notando que los trabajos subterráneos seguían, hizo instruir dos procesos, uno público y otro secreto, y cuando estaban en estado de sentencia, mandó sobreseer en ellos, con palabras que revelan que se había posesionado ya de su papel de libertador americano y que se trazaba una regla de conducta para lo futuro. «Justos y poderosos motivos »en bien de la América me han impulsado, como lo »hago, á mandar suspender todo procedimiento en la »causa que se sigue á los reos que resultan en ella.» Al dar cuenta de este incidente al gobierno, decíale: «Cuando me lisonjeaba de haber preservado á esta »provincia del germen devorador de la anarquía que

»desgraciadamente ha invadido á muchos otros pue»blos, descubrí las miras secretas que algunos díscolos preparaban para envolverla en desastres. El ne»gocio es de bulto: las ramificaciones envolvían la »masa del ejército; era preciso tomar un partido »pronto, pero que asegurase el orden al mismo tiem»po que el honor de nuestras armas, ocultando hasta »las apariencias del delito. Esta máxima ha dirigido »mi conducta. Todo se ha cortado felizmente. El »público nada ha trascendido. Para salvar toda sos»pecha se ha expedido una orden del día que todo »lo cubre.» No fué ésta la última conspiración del ejército de los Andes, ni el último rasgo de magnanimidad de su general en circunstancias análogas; pero por el momento todo entró en su quicio y sus elementos heterogéneos se plegaron bajo la mano de su ordenador que les dió su forma definitiva, inoculándoles el espíritu que debía sobrevivirle.

Sucesivamente fueron llegando á Mendoza los refuerzos de Buenos Aires prometidos por el Director. El regimiento núm. 8 fué completado y de él se formó el batallón núm. 7, al mando el uno del teniente coronel Pedro Conde, inteligente y valeroso oficial que se había distinguido en las campañas de la revolución, y el otro al de igual clase Ambrosio Crammer, francés de nacimiento y veterano de los ejércitos de Napoleón. El regimiento núm. 11 que mandaba Las Heras, fué dividido en dos batallones, por cuanto el general representó que tal organización no correspondía al número y constitución de los ejércitos americanos, cuya unidad táctica y de combate debía ser el batallón. El comandante Rudecindo Alvarado, destinado á figurar en alto puesto, tomó el mando del batallón núm. 1 de cazadores (antes 2.° del núm. 11). El cuerpo de artillería elevado

á la fuerza correspondiente, con su dotación completa de material, fué confiado al comandante De la Plaza. Los dos escuadrones restantes de Granaderos á caballo que asistieron á la campaña del Alto Perú, se reunieron á los dos que habían hecho la de la Banda Oriental, á los que se agregó un quinto escuadrón formado en Cuyo á las órdenes del comandante Mariano Necochea, figurando en ellos los nombres de Brandzen, Melian, Lavalle, Medina, Ramallo y otros que debían hacerse famosos por sus hazañas. El cuerpo de ingenieros recibió un valioso contingente en la persona de don Domingo Arcos, español liberal que prestó importantes servicios á la causa de su adopción. Así, en los primeros días de septiembre, el ejército de los Andes contaba con más de 2.300 hombres de línea bajo sus banderas. No bastaba esto, y era necesario que Cuyo hiciese el último esfuerzo, suministrando un nuevo contingente á fin de enterar el número de 4.000 calculados para la expedición. La provincia estaba agotada en hombres y dinero; pero San Martín encontró en ella los hombres que pedía y la buena voluntad para darlos.

A su regreso de la conferencia de Córdoba, San Martín hizo esparcir la voz de que había acordado con el Director abolir la esclavitud en la República, y aconsejó á sus Cabildos que promovieran entre sus vecinos la cesión espontánea de una parte de ella antes que una ley obligatoria los despojase de su totalidad.

La idea encontró grandes resistencias en Cuyo; los esclavos eran los únicos brazos con que los propietarios contaban para el cultivo de sus haciendas; pero al fin todos se allanaron buenamente al nuevo sacrificio que se les exigía. Una asamblea compuesta de dos diputados por cada una de las tres jurisdic-

ciones, bajo la presidencia del Cabildo de Mendoza, promovió la manumisión voluntaria de las dos terceras partes de los esclavos de la provincia, poniendo por «condición precisa que no se entendería hecha la »enajenación hasta que no se verificase el tránsito de »las cordilleras en forma de expedición capaz de ba»tirse con el enemigo poseedor de Chile.» El ejército recibió un contingente de 710 soldados, que engrosaron los batallones con hombres robustos y llenos de ardor, propios para el arma de infantería que constituía su nervio. Cuyo coronaba su obra con esta ofrenda, y San Martín le tributaba el merecido honor. «Admira—dice al dar cuenta de este acto,—que »un país de mediana población, sin erario público, »sin comercio ni grandes capitalistas, falto de made»ras y primeras materias, haya podido elevar de su »mismo seno un ejército de 3.000 hombres, despoján»dose hasta de sus esclavos, únicos brazos para su »agricultura; ocurrir á pagas y subsistencia y á la de »más de mil emigrados; fomentar establecimientos »de maestranza, elaboratorio de salitre y pólvora, ar»merías, parque, batán, cuarteles, campamento; ero»gar más de 3.000 caballos, 7.000 mulas, innumera»bles cabezas de ganado vacuno; hacer el servicio de »cordillera con sus milicias, concurrir con sus arte»sanos, en una palabra, haciendo las fortunas parti»culares cuasi del público.» Y exclamaba, después de enumerar estos servicios: «¡La América es libre! »Sus enemigos se sentirán vencidos ante virtudes tan »sólidas y calcularán por ellas el poder unido de to»da la Nación.» Y antes de finalizar el año de 1816, el ejército de los Andes contaba con los 4.000 «brazos fuertes,» calculados dos años antes (junio de 1815) para reconquistar á Chile, y el que los había armado uno por uno y dádoles su temple, podía ase-

gurar con legítima confianza, que «¡la América sería libre,» merced á Cuyo!

Este ejército, por su bandera, su composición y su espíritu, era esencialmente argentino y los emigrados chilenos no habían tenido cabida en sus filas, ingresando empero á él algunos oficiales de esa procedencia que prestaron servicios recomendables. Pero San Martín, que contaba principalmente con Chile como base de sus operaciones futuras, y pensaba que el hecho material del rescate del territorio por las armas no daba la victoria que buscaba, era bastante hábil y previsor para excluir este elemento importante entre los factores de su plan. Como complemento del ejército de los Andes, bosquejó la planta del futuro ejército de Chile, que unido al argentino, debía consolidar la reconquista y concurrir á la libertad del país y del resto de la América del Sur. Con arreglo á esta idea preconcebida, formó con los emigrados de Chile residentes en Cuyo los cuadros de dos regimientos de infantería, un batallón de artillería y un regimiento de caballería, á fin de uniformarlos á su táctica y llenarlos á su tiempo con los contingentes que suministrara el país reconquistado, bajo las órdenes de sus jefes y oficiales natos. De este modo se creaba de antemano un punto de apoyo sólido en el país que iba á invadir, consolidaba la futura alianza militar entre los dos países y daba á la composición de ambos ejércitos la homogeneidad necesaria, con la unidad de mando que anticipadamente establecía. Al efecto, nombró una comisión de notables chilenos para que procediese á su organización, facultándola á expedir despachos provisorios, sujetos á la aprobación del gobierno que se estableciera. Además, formó bajo las órdenes de Freyre y Portus una partida volante de dragones con la deno-

minación de Legión Patriótica del Sur, destinada á cooperar á su plan de invasión y una compañía veterana supernumeraria de emigrados sueltos, para utilizar sus servicios. Al darles esta organización elemental, les señaló sus grandes objetivos lejanos, con palabras que revelan la trascendencia de sus miras y la ciencia y conciencia con que procedía. «Chile, les «decía, enriquecido con los primores de la naturale»za, árbitro por su localidad del Océano Pacífico. »constituído por su población, industria y facilidad »de comunicación con las provincias limítrofes, es »cuasi el centro de esta región de América y su res»tauración, va á fijar las bases de nuestro ser polí»tico. El Perú cederá á su influjo, y quedará unifor»me el continente. Sus buenos hijos penetran con »intensidad estas verdades, y yo me alborozo en re»petirlas como una efusión de mis sentimientos. Na»da debe ocuparnos sino el objeto grande de la in»dependencia universal. Nuestros trabajos deben zan»jar los cimientos de este edificio augusto. Unifór»mese la opinión, plantéese el sistema verdaderamen»te militar y regenerador, que el triunfo se apresura »á coronarnos. La base del ejército de Chile comple»mentará esta obra interesante.»

Aun cuando en la elección de los jefes y oficiales de los cuadros, se consultaron principalmente los servicios y las aptitudes sin distinción de opiniones políticas, por razón de los elementos de la emigración que se habían plegado á la influencia de San Martín, la mayoría de los nombrados resultó pertenecer al partido de O'Higgins, figurando empero en ellos algunos carrerinos notables que por patriotismo habían preferido servir á su país en vez de seguir la suerte de su caudillo. A la vez hizo venir á su lado al general O'Higgins, que era su candidato para el

gobierno de Chile, con la investidura y sueldo de brigadier general de las Provincias Unidas. Y como con estas complicaciones de negocios internacionales, la secretaría del ejército tomase la importancia de un verdadero ministerio, buscó el hombre adecuado para desempeñar este cargo, y su ojo penetrante lo descubrió en una pobre taberna de los alrededores de Mendoza.

El tabernero era un emigrado chileno llamado José Ignacio Zenteno, á quien sus compatriotas llamaban «el filósofo». Había figurado en la revolución como agente secundario de pobladas, pero nadie pudo descubrir en él las cualidades predominantes de su carácter. San Martín lo visitó en su humilde establecimiento, conoció en la primera conversación el valer del hombre y lo nombró secretario del ejército, revelando desde luego en este empleo los talentos de un administrador que más tarde lo elevaron en su patria á puestos encumbrados como organizador de su ejército y marina. Pero el general de los Andes, que jamás entregaba por entero su confianza á un hombre, se reservaba de su secretario en los asuntos delicados que se referían á la política chilena, y así escribía á su confidente Guido: «No puede usted figu»rarse lo que el partido de los Carrera está minando »la opinión del ejército. El secretario que tengo es »emigrado y no puedo hacer la menor confianza de »él en asuntos que tengan relación con Chile. Cal»cule usted cómo me veré en una campaña activa y »teniendo que establecer la base de nuestras relacio»nes políticas, crear otro ejército, hacer reformas »indispensables, etc.»

VII

Poniendo en práctica su máxima, de que los soldados destinados á vencer sólo se forman en los campos de instrucción, estableció un campamento como una legua al norte de la ciudad, en un sitio pintoresco llamado el Plumerillo. Era un hermoso valle cubierto de árboles, que fué desmontado, construyéndose en él espaciosos cuarteles y almacenes, á cuya erección contribuyó el vecindario con cuantiosos donativos y materiales. Allí se trasladó San Martín con todo su ejército en los primeros días de la primavera de 1816. Desde ese momento, aquel sitio antes desierto y silencioso, ofreció el espectáculo del trabajo incesante y de una actividad precursora de la gran campaña de que era la primera etapa. Al toque de diana, con las primeras luces del alba, se disparaba un cañonazo. A esta señal todos los cuerpos llenaban la gran plaza de armas en el centro del campo de instrucción, y se dividían en grupos: unos evolucionaban, otros se ejercitaban en el manejo de las armas ó en tirar al blanco, á cuyo efecto se había levantado un espaldón en medio de ella. El general se dirigía de preferencia á los pelotones de reclutas y especialmente á los de Granaderos á caballo; pero su predilección eran los negros libertos á quienes proclamaba, poniéndose al nivel de ellos, con el charlatanismo de un general que sabe pulsar todos los resortes que mueven á los hombres en sus diversas esferas. A los Granaderos les decía, mostrándoles unos papeles que sacaba del bolsillo, que los maturrangos de la caballería española de Chile propalaban la voz de que sus sables eran de lata, porque pen-

saban que su Gobierno era tan pobre que no tenía con qué comprarlos de acero. Y desenvainando el suyo, les daba con gallardía lecciones sobre su manejo, en que era muy diestro. Los soldados llenos de ardor, imitaban sus movimientos animados por su palabra y su ejemplo. A los negros, les mostraba los mismos papeles, y les aseguraba que según sus agentes secretos, los jefes españoles de Chile se preparaban á mandarlos vender como esclavos en las haciendas de azúcar del Perú, pensando que era cosa fácil tomar prisioneros á hombres libres que sabían manejar bien las armas. Los libertos afirmaban la proclama aplicándose con más empeño á emprender su nuevo oficio.

Los ejercicios duraban tres ó cuatro horas por la mañana, con breves intervalos de descanso, y se repetían por la tarde, prolongándose á veces hasta la noche cuando había luna. El día lo empleaban los soldados haciendo su propio calzado ó fabricando sus fornituras y utensilios, porque cada uno tenía además de su servicio de armas la obligación de ser artesano de sí mismo. El general, que había trasladado su alojamiento al campo, trabajaba con su jefe de estado mayor ó conferenciaba con los jefes de cuerpo, á quienes llamaba nominalmente por toques convenidos de corneta, para ahorrar tiempo. Por la noche recorría las academias teórico-prácticas de táctica de los batallones y escuadrones, que convertía en escuelas de arte militar y de estrategia, suscitando cuestiones facultativas fuera del programa, proponiendo la solución de lances de guerra que podían ocurrir en el curso de una campaña, á fin de hacer discurrir á los oficiales por sí mismos, y terminaba su conferencia con el relato de algún episodio ilustrativo en que él mismo había sido actor. Después de la

tercera lista, se rezaba el rosario por compañías, y al toque de silencio reposaba aquella colmena guerrera y sólo se oía el alerta de los centinelas. Siguiendo los consejos de Belgrano, había introducido las prácticas religiosas como elemento de disciplina moral: los domingos el ejército oía misa, y era la ocasión de una gran parada. En seguida el capellán castrense pronunciaba una plática de media hora, cuyo tema era á veces sugerido por él, tendiendo generalmente á estimular las virtudes morales, el heroísmo en defensa de la patria, el amor á la libertad y la obediencia á las autoridades superiores del Estado.

Aquel ejército tenía ya su número completo, su organización, su espíritu, su moral, su alma, puede decirse, y un objetivo determinado; su ordenador quiso darle un ideal y un símbolo. A imitación y ejemplo de su amigo y de su maestro en virtudes, el general Belgrano, eligió por patrona del ejército á la Virgen del Carmen, de la devoción del pueblo de Mendoza; pero lo hizo con las formalidades graves de su carácter disciplinario. Sometió el punto á una junta de oficiales generales, y de acuerdo con ella la hizo declarar por tal en la orden del día. Faltábale la bandera, y la hizo enarbolar bajo los auspicios de la divinidad y de la patria con toda la pompa religiosa y militar de un acto solemne. El 5 de enero de 1817, en vísperas de abrir su memorable campaña de los Andes, dispuso que se jurase á la vez á la patrona del ejército y la nueva bandera nacional celeste y blanca, inventada por Belgrano en 1812, inaugurada por éste en una victoria en 1813, y recientemente reconocida como bandera nacional por el Congreso de Tucumán que acababa de declarar la independencia argentina.

El día señalado, el ejército vestido de gran parada, con su estado mayor á la cabeza, se puso en marcha hacia la ciudad de Mendoza, que lo esperaba engalanada con arcos triunfales de flores, banderas, gallardetones y cortinajes de seda que tapizaban los frentes de los edificios. Penetró por la calle llamada de La Cañada, á lo largo de la hermosa alameda plantada por San Martín, y á las 10 de la mañana formó en la plaza mayor en medio de los repiques de campanas de ocho templos y de las aclamaciones entusiastas del pueblo. La imagen de la patrona electa salió del convento de San Francisco al encuentro de la columna, llevada en andas, acompañada de todo el clero regular y secular, custodiada por las bayonetas de sus nuevos soldados, y á la cabeza de la procesión marchaba el capitán general con el gobernador intendente, el Cabildo, los empleados civiles y el pueblo en masa. En la iglesia matriz estaba depositada la bandera, bordada por las damas mendocinas y adornada por ellas con piedras preciosas. Después de bendecida, según el ritual de ordenanza, á la par del bastón de mando del general, éste la fijó en el asta y una salva de artillería de 21 cañonazos saludó su ascensión. San Martín puso su bastón en la mano derecha de la imagen, como Belgrano lo había hecho en vísperas de la batalla de Salta con la Virgen de las Mercedes, generala del ejército auxiliar del Perú, y tomando la bandera subió con ella á la plataforma levantada en la plaza. Todos los cuerpos presentaron las armas: los tambores batieron marcha de honor, y siguióse un religioso silencio. El general, con la cabeza descubierta, pronunció con vibrante voz: «¡Soldados: Esta es la primera bandera independiente que se bendice en América!» La batió por tres veces, y el pueblo y las tropas lanzaron un

estruendoso: «¡Viva la patria!» Y con acento más esforzado, agregó: «¡Soldados! ¡Jurad sostenerla muriendo en su defensa como yo lo juro!»—«¡Lo juramos!» respondieron todos á una voz. Una triple descarga de fusilería á que se siguió una salva de 25 cañonazos, saludó la bandera redentora de la mitad de la América Meridional. Esta es la bandera que debía atravesar los Andes, flameando en triunfo á lo largo de las costas del Pacífico, proteger la fundación de dos nuevas repúblicas, concurriendo á la independencia de otra más, y servir de mortaja sesenta y cuatro años después al cadáver repatriado del libertador americano que en ese día la enarboló como signo de redención.

Como complemento de su organismo, el ejército fué dotado de una imprenta de campaña que diera los boletines de sus victorias, difundiendo con ellos los principios de la revolución argentina que los soldados llevaban en la punta de sus bayonetas.

CAPITULO XIII

El paso de los Andes

1817

La cordillera meridional de los Andes.—Los caminos de la montaña.—Ardides de San Martín para ocultar sus planes.—Parlamento con los Pehuenches.—Confusión y errores de Marcó.—Las guerrillas de Chile.—Aprestos para el paso de los Andes.—Las zorras de fray Luis Beltrán.—Invenciones de San Martín para el paso de las cordilleras.—«La inmortal provincia de Cuyo».—Gritos heroicos de San Martín.—Correspondencia inédita entre Pueyrredón y San Martín sobre la expedición á Chile.—Fuerza y composición del ejército expedicionario.—Plan general de invasión á Chile.—Despedidas de San Martín de Cuyo.—Instrucciones políticas y militares para la reconquista de Chile.—El programa emancipador de la revolución argentina.—La combinación estratégica del paso de los Andes.—La expedición de Cabot al norte.—Combate de Salala.—La expedición de Freyre al Sur.—Combate de la vega de Campeo.—La invasión combinada por Uspallata y Los Patos.—Marcha de Las Heras por Uspallata.—Marcha estratégica de San Martín por Los Patos.—La sorpresa de Picheuta y el combate de Potrerillos.—El asalto de la «Guardia Vieja».—Disposición de las fuerzas realistas.—Combate de las Achupallas.—Combate de las Coimas.—Ocupación de Putaendo y Santa Rosa.—Reconcentración del ejército de los Andes al occidente de la cordillera.—Ocupación del punto estratégico de Chacabuco.—Juicios sobre el paso de los Andes.—Los pasos de San Martín y Bolívar en los Andes meridionales y ecuatoriales.

I

«Lo que no me deja dormir es, no la oposición »que pueden hacerme los enemigos, sino el atravesar »estos inmensos montes.» Así exclamaba San Martín al divisar desde Mendoza las nevadas crestas de la cordillera de los Andes, barrera gigantesca que se

interpone de norte á sur entre las dilatadas pampas argentinas y los amenos valles de Chile, en una extensión de 22 grados, desde el desierto de Atacama hasta el Cabo de Hornos. Esta cordillera, como la del Alto Perú en rumbo opuesto, divídese á su vez en dos cadenas paralelas á los 33 grados de latitud austral, corriendo la una á lo largo del Pacífico en dirección al Polo—por lo cual se llama de la costa,—y la otra, con el nombre de gran cordillera es el límite argentino-chileno. La cadena de la costa es una sucesión de cerros graníticos, de formas redondeadas con pendientes suaves, cuyas ondulaciones se asemejan á las olas de un mar petrificado. La gran cordillera, es formada en su parte central por tres y cuatro cordones de montañas cónicas y angulosas que se sobreponen unas á otras, cuyas cimas alcanzan á la región de las nieves perpetuas y se elevan hasta la altura de 6.800 metros sobre el nivel del mar. A su pie se desenvuelven valles profundos, circunscriptos por peñascos escarpados á manera de murallones, cuyas crestas se pierden en las nubes que los coronan, entre las que se ciernen los cóndores de alas poderosas, únicos habitadores de aquellos páramos; lagos andinos, que son torrentes represados por las depresiones del suelo ó los derrumbes de la montaña; ásperos desfiladeros y estrechos senderos, abiertos por los fuegos volcánicos y las aguas que se desprenden de sus cumbres inaccesibles, al través de cuestas empinadas y laderas suspendidas á sus flancos, que orillan precipicios, en cuyo fondo braman los ríos torrentosos arrastrando inmensos peñascos como una paja. La naturaleza ha desplegado todo su poder al aglomerar aquellas grandiosas moles, sin más ornato vegetal que el cactus, el musgo y la jarilla resinosa, cuyos severos paisajes infunden recogimiento al ánimo y dan la

idea de la creación embrionaria surgiendo del caos.

Entre la gran cordillera y la de la costa, se desenvuelve longitudinalmente un gran valle central, á trechos interrumpido ó estrechado por macizos y contrafuertes montañosos, que descienden en plano inclinado de norte á sur, hasta que las cadenas que lo limitan se sumergen en el mar á los 41 grados de latitud, marcando las islas y los archipiélagos su naufragio prehistórico. Este rasgo, da su fisonomía geográfica al territorio chileno.

La gran cordillera argentino-chilena, sólo es accesible por pasos precisos, llamados boquetes ó portezuelos, de los cuales los más conocidos y que se relacionan con nuestra historia, son: al centro, los de Uspallata y Los Patos, frente á Mendoza y San Juan, al norte, el portezuelo de la Ramada y el paso de Come-Caballos, que ponen en comunicación á la provincia argentina de La Rioja con las de Coquimbo y Copiapó, y por último al sur, los del Planchón y del Portillo, que conducen directamente, al valle de Talca el primero, y al de Maipo y la capital de Chile el segundo. Estos caminos transversales, cuyas cumbres en la prolongación del eje del cordón principal de la cordillera se elevan entre 3.000 y 3.700 metros, obstrúyense con las nieves de invierno y sólo son transitables en el rigor del verano. Hasta entonces, sólo habían sido cruzados por pequeños destacamentos militares ó caravanas de arrieros con mulas, por senderos en que sólo podía pasar un hombre á caballo. El paso de un ejército numeroso de las tres armas al través de sus desfiladeros, considerábase imposible, y jamás había sido ni proyectado siquiera, antes de que San Martín lo intentara. Hacer rodar por estos precipicios artillería de batalla, transmontar las cumbres sucesivas con cuatro ó cinco mil hombres,

llevar consigo además de las municiones y del armamento de repuesto, los víveres necesarios durante la travesía, y las mulas y los caballos necesarios con sus forrajes para el transporte del personal y de material, y llegar reconcentrados en son de guerra al territorio enemigo defendido por semidoble fuerza, calculando los movimientos combinados de manera de obtener la doble victoria que se buscaba sobre la naturaleza y el enemigo, tal era el arduo problema que tenían que resolver el general y el ejército de los Andes para invadir á Chile. Era, con la originalidad de un genio práctico y combinaciones estratégicas y tácticas más seguras, la renovación de los pasos de los Alpes que han inmortalizado á Aníbal y Napoleón, paso que sería contado entre los más célebres hasta entonces ejecutados por un ejército, hasta que á imitación de él se realizara más tarde otro igualmente famoso en los Andes Ecuatoriales por otro libertador tan grande como el del sur.

San Martín, que «no dormía pensando en los inmensos montes que debía atravesar», tenía que resolver otros problemas más arduos que el del paso mismo. Determinar las líneas y los puntos estratégicos de la invasión; calcular las marchas divergentes y convergentes y la concentración de sus columnas sobre el punto débil del enemigo; ocultar el verdadero punto de ataque, y caer como el rayo al occidente de las montañas, fulminando en un día el poder español en el extremo sur de la América, al dar con sus cañones la señal de la guerra ofensiva de la revolución argentina, tal era la complicada tarea que el general de los Andes tenía que desempeñar. Así, las diversas rutas que trazaba en sus mapas y los itinerarios que señalaba en sus instrucciones, eran como los radios de su círculo de acción de

operaciones preliminares, cuyo eje estaba en el campamento de Mendoza. Ya no era la montaña la que le quitaba el sueño, sino la llanura que necesitaba pisar al occidente para combatir y triunfar. El mismo lo ha dicho en vísperas de abrir su memorable campaña: «Las medidas están tomadas para ocultar al »enemigo el punto de ataque; si se consigue y nos »deja poner el pie en el llano, la cosa está asegurada. »En fin, haremos cuanto se pueda para salir bien, »pues si no, todo se lo lleva el diablo.»

II

Como se ha visto, San Martín procuraba persuadir al enemigo que su invasión se dirigía al sur de Chile, cuando según su plan ofensivo proponíase verificarlo por el centro. Uno de los principales objetivos de su guerra de zapa, fué constantemente éste, y para ello engañaba con sus comunicaciones supuestas y sus confidencias incompletas á amigos y enemigos, guardando su secreto hasta el último momento. Para afirmar al presidente Marcó en esta creencia, imaginó un nuevo ardid de guerra, que como todos los suyos llevan el sello de la novedad de un ingenio fecundo en expedientes.

Desde 1814, el Gobernador de Cuyo cultivaba relaciones amistosas con los indios pehüenches, dueños entonces de las faldas orientales de la cordillera al sur de Mendoza, á fin de asegurar por los pasos dominados por ellos el tránsito de sus agentes secretos de Chile y tenerlos de su parte en caso de invasión del enemigo. Al tiempo de reconcentrar su ejército en el campamento del Plumerillo, propúsose renovar estas relaciones, con el doble objeto de engañar al enemigo respecto de sus verdaderos planes y dar

mayor seguridad y más importancia á las operaciones secundarias que meditaba por los caminos del sur. Al efecto los invitó á un parlamento general en el fuerte de San Carlos sobre la línea fronteriza del Diamante, con el fin ostensible de pedirles tránsito por sus tierras, haciéndose proceder de varias recuas de mulas cargadas de centenares de pellejos de aguardiente y barriles de vino, dulces, telas vistosas y cuentas de vidrio para las mujeres, y para los hombres, arneses de montura, víveres de todo género en abundancia, y un surtido de bordados y vestidos antiguos que pudo reunir en toda la provincia con el objeto de deslumbrar á sus aliados. El día señalado los pehüenches en masa se aproximaron al fuerte con pompa salvaje, al son de sus bocinas de cuerno, seguidos de sus mujeres, blandiendo sus largas chuzas emplumadas. Los guerreros iban desnudos de la cintura arriba y llevaban suelta la larga cabellera, todos en actitud de combate. Cada tribu era precedida por un piquete de Granaderos á caballo cuya apostura correctamente marcial contrastaba con el aspecto selvático de los indios. Al enfrentar la explanada de la fortaleza, las mujeres se separaban á un lado y los hombres revoleaban las chuzas en señal de saludo. Siguióse un pintoresco simulacro militar á la usanza pehüenche, lanzando los guerreros sus caballos á todo escape en torno de las murallas del reducto, mientras que desde los bastiones se disparaba cada cinco minutos un cañonazo de salva á cuyo estruendo contestaban los salvajes golpeándose la boca y daban alaridos de regocijo. La solemne asamblea que se siguió, tuvo lugar en la plaza de armas del fuerte. San Martín solicitó el paso por las tierras de los pehüenches para atacar por el Planchón y el Portillo á los españoles, que eran, según dijo, unos extran-

jeros, enemigos de los indios americanos, que pretendían robarles sus campos y sus ganados, y quitarles sus mujeres y sus hijos. El Colocolo de las tribus era un anciano de cabellos blancos llamado Necuñán, quien después de consultar á la asamblea y recogei con gravedad sus votos, dijo al general: que á excepción de tres caciques, que ellos sabrían contener, todos aceptaban sus proposiciones, y sellaron el tratado de alianza abrazándolo uno después de otro. Inmediatamente, en prueba de amistad, depositaron sus armas en manos de los cristianos, y se entregaron á una orgía que duró ocho días consecutivos. Al sexto día regresó el general á su cuartel general, para sacar de estas negociaciones el fin que se proponía, el que reservó hasta de sus más íntimos confidentes.

Había previsto el diplomático criollo, que los indios con su natural perfidia ó bien los caciques disidentes, denunciarían su simulado proyecto á Marcó, como en efecto sucedió; pero por si acaso no lo hacían, él se apresuró á comunicárselo directamente por medio de una de sus tramoyas habituales, á que concurrió una coincidencia también prevista. Durante la remonta de su ejército, había cortado las comunicaciones supuestas de los españoles de Cuyo con Marcó, y éste, ignorante de todo lo que pasaba al oriente de los Andes, despachó emisarios pidiendo noticias á los que de buena fuente creía sus corresponsales oficiosos. La vigilancia era tal, que durante dos años, ni un sólo espía realista pudo penetrar á Cuyo sin ser sorprendido por las guardias patriotas de la cordillera, prevenidas por los agentes secretos de Chile. Las últimas cartas del presidente corrieron la misma suerte. En posesión de ellas, el general hizo comparecer á los supuestos corresponsales á su presencia —entre los cuales se contaba Castillo de Albo,—mos-

tróles los escritos acusadores, y con aparente enojo—y aun se dice que amenazándolos con una pistola que tenía sobre su mesa,—los obligó á escribir y á firmar las contestaciones que les dictó. En ellas anunciaba, que «para el 15 de octubre se aprontaba á salir de »Buenos Aires una escuadra compuesta de una fra»gata, tres corbetas, dos bergantines y dos transpor»tes, mandada por el inglés Teler (Taylor), cuyo ob»jeto se ignoraba.»—«San Martín, agregaban, ha »celebrado en el fuerte de San Carlos un parlamento »general con los indios pehüenches:—los indios han »entrado por todo:—veremos cómo cumplen:—reser»va y más reserva:—por falta de ella han padecido »los nuestros prisiones y despojos. Aquí todo se »sabe.» En otro decía: que un ingeniero francés había salido de Mendoza para construir un puente sobre el Diamante. Las cartas de San Martín despachadas con un emisario suyo, que representaba el papel de doble espía, llegaron á manos de Marcó, quien dándoles entero crédito, perdió la cabeza, y puso en conmoción á todo el reino para precaverse de una doble invasión. A la vez participaba al Gobierno que el parlamento tenía por objeto, que «los indios auxiliasen al ejército en su tránsito con ganados y caballadas á los precios estipulados», mientras escribía á su confidente Guido: «Concluí con toda felicidad mi gran »parlamento con los indios del sur: auxiliarán al »ejército no sólo con ganados, sino que están compro»metidos á tomar una parte activa contra el ene»migo.» Era, como se ve, un pozo de grandes y pequeños misterios en cuyo fondo se escondía la verdad desnuda.

III

Desalentado Marcó con las alarmantes noticias de sus supuestos corresponsales de Cuyo, y por el simultáneo alzamiento de los guerrilleros de Manuel Rodríguez, que extendían sus excursiones entre el Maule y el Maipo y asaltaban las poblaciones á mano armada hasta inmediaciones de la capital, dictó una serie de medidas desatinadas y contradictorias que revelaban la perturbación de su cabeza y los pavores de su alma. Mandó fortificar los puertos y pretendió convertir algunos de ellos en islas á fin de prevenir un desembarco, al mismo tiempo que armaba una escuadrilla para salir al encuentro de la imaginaria flota de Buenos Aires. Dispuso que se practicasen cortaduras en el paso de Uspallata, que se levantara una carta de las provincias meridionales del reino y se hiciese un reconocimiento de los boquetes del Maule y del Planchón, y antes que estos trabajos estuviesen terminados, reforzó las guardias de todos los pasos de la cordillera de norte á sur. Reconcentró primero sus tropas que luego dispersó en gran parte, moviéndolas en el vacío, y sin encontrar dentro de sí ninguna inspiración, después de agitarse como un títere por las sugestiones de San Martín, acabó por reproducir hasta sus gestos como un mono, celebrando á imitación de él un parlamento con los indios araucanos sin acertar á adoptar un plan racional de defensa.

El objeto del astuto general argentino estaba llenado: el capitán general de Chile pretendía defender á la vez todas las fronteras terrestres y marítimas, dispersando al efecto su ejército, y así se presentaba débil en todas partes, sin sospechar el pun-

to del verdadero ataque. Para colmo de confusiones, los espías que despachaba á fin de obtener noticias ciertas, ó no volvían ó servían á San Martín para retornarle falsos informes que lo indujesen en nuevos errores. Sus consejeros, unos le incitaban á tomar la ofensiva, otros á perseverar en su absurdo plan expectante, y sólo uno de ellos, el que menos entendía de armas, que era el doctor Judas Tadeo Reyes, su secretario, le indicó el que debía seguir; que era, reconcentrarse en la capital con los 5.000 veteranos de que disponía, esparciendo las tropas de milicias por el país, y esperar la invasión en esta actitud. Pero su cabeza había llegado á ese grado de perturbación en que los buenos y los malos consejos son inútiles. El mismo se ha encargado de pintar gráficamente su deplorable estado moral en aquellos momentos (4 de febrero de 1817): «Mis planes »están reducidos á continuos movimientos y variacio»nes según las ocurrencias, y noticias del enemigo, »cuyo jefe de Mendoza es astuto para observar mi »situación, teniendo innumerables comunicaciones y »espías infieles alrededor de mí, y trata de sorpren»derme.»

Pero no sólo era el amago de la próxima invasión lo que traía desasosegado á Marcó. Sus recursos eran escasos, y con el estúpido sistema de contribuciones establecido por Osorio y continuado y exagerado por él, hasta la fuente de las exacciones estaba agotada. Para subvenir á los gastos públicos gravó la extracción de trigos y harinas y la introducción de vinos y azúcares, decretando á la vez un empréstito forzoso de 400.000 pesos cobrables entre los que gozaren de una renta anual de 1.000 pesos, sin exclusión de empleados civiles y militares y pagadero en dinero efectivo. Estas medidas no produjeron más resultado

que generalizar la desmoralización y el descontento, avivando el espíritu de insurrección de los nativos fomentado por los agentes de San Martín, que anunciaban su inmediata llegada á la cabeza de un poderoso ejército libertador, al ponerse ellos mismos en campaña.

Las guerrillas de Rodríguez, que San Martín desaprobaba ostensiblemente en cartas destinadas á caer en manos de Marcó, según se ha explicado, habían sistemado sus hostilidades, y sus atrevidos golpes de mano daban á la resistencia armada el carácter de una guerra de partidarios (octubre de 1816). Rodríguez en persona, asaltó y se posesionó de la villa de Melipilla. Don Francisco Salas, uno de los agentes secretos de San Martín, al frente de una partida de campesinos, atacó la villa de San Fernando, sorprendiendo su guarnición y la puso en fuga. Villota, rico hacendado de Curicó, otro de los agentes que más importantes servicios había prestado en el desempeño de su peligrosa comisión, suministrando dinero, caballos y pagando con su persona, se puso á la cabeza de 60 inquilinos de su hacienda de Teno, que armó á su costa, y atacó el pueblo de Curicó, defendido por el coronel español Morgado con 30 dragones y 50 infantes, pero fué batido, muriendo en la persecución como un valiente. El salteador Neyra, cuya presencia en las filas de las montoneras patriotas tan severamente había reprochado San Martín á Rodríguez, realizaba por su parte proezas que lo elevaron al rango de caudillo, y el general de los Andes, poco escrupuloso, tratándose de hostilidades al enemigo, reconcilióse con él y le envió sus felicitaciones. Los principales jefes españoles, como Sánchez, Morgado, Barañao y Quintanilla al frente de gruesos destacamentos, procuraban en vano apagar este incen-

dio parcial, precursor de la invasión y de la insurrección general que debía acompañarla. Mientras tanto, los guerrilleros concurrían al plan de invasión, á obligar á Marcó á desprender fuerzas hacia el sur y á debilitarse en su centro, desguarneciendo el verdadero punto de ataque, que nunca llegó á sospechar. Desde este momento San Martín pudo predecir, con horas de diferencia, el día en que atravesaría «los montes,» «pisaría el llano,» y ganaría la batalla, según se verá después.

IV

En el campamento de Mendoza la escena cambiaba: reinaba en él la actividad metódica, y la subordinación automática á la par de un entusiasmo consciente. Una voluntad superior, que sabía lo que quería y lo que hacía, y á la cual todos se plegaban, lo ordenaba todo, infundiendo en las almas de sus soldados la seguridad del triunfo. Allí se sabía hasta lo que hacía, pensaba ó iba á hacer Marcó, mientras él no sabía ni lo mismo que quería. Todos trabajaban, cada cual en la tarea que le estaba señalada, y todos confiaban en su general. Reuníanse mulas de silla y marcha y caballos de pelea; se forjaban herraduras por millares para las bestias; construíanse aparejos para acémilas; se acopiaban víveres secos y forrajes, recolectándose ganados en pie para el paso de la cordillera. Los jefes, oficiales y soldados se ejercitaban en sus respectivos deberes y oficios. El parque elaboraba cartuchos por cientos de miles. Las fraguas ardían día y noche, recomponiendo armas y fundiendo proyectiles. El infatigable Fr. Luis Beltrán ejecutaba las nuevas máquinas, con que, según su expresión, debían volar los cañones

por encima de las montañas, á la manera de los cóndores. El ingenioso fraile había inventado, ó más bien dicho, adaptado una especie de carros angostos, conocidos con el nombre de zorras, de construcción tosca pero sólida, que montados sobre cuatro ruedas bajas y tirados por bueyes ó por mulas, reemplazasen los montajes de los cañones de batalla, mientras éstos los acompañaban desarmados y á lomo de mula por las estrechas y tortuosas sendas de la cordillera hasta pisar el llano opuesto. A prevención proveyóse de largas perchas para suspender las zorras y los cañones en los pasos fragosos, conduciéndolas entre dos mulas á manera de literas, una en pos de otra, y además de rastras de cuero, que en los planos inclinados se moverían á brazo de hombres ó por medio de un cabrestante portátil.

Mientras tanto, el general en jefe, silencioso y reservado, pensaba por todos; todo lo inspeccionaba y todo lo preveía hasta en sus más mínimos detalles, desde el alimento y equipo de hombres y bestias, hasta las complicadas máquinas de guerra adaptables, sin descuidar el filo de los sables de sus soldados.

Necesitábase una conserva alimenticia y sana, que á la par de restaurar las fuerzas del soldado fuese adecuada á la temperatura frígida que había que atravesar, y la encontró en la preparación popular llamada «charquicán», compuesta de carne secada al sol, tostada y molida, y condimentada con grasa y ají picante, que bien pisado, permite transportar en la mochila ó maletas la provisión para ocho días, y con sólo la adición de agua caliente y harina de maíz tostado, proporciona un potaje tan nutritivo como agradable. San Luis, abundante en ganados, fué puesto á contribución para suministrar el charqui y

dió dos mil arrobas de esta substancia, supliendo el déficit el gobierno general hasta completarse la cantidad de 3.500 arrobas. Después del estómago, ocupóse de los pies, vehículos de la victoria. Dispuso, para suplir la falta de calzado y no gravar al erario, que el Cabildo remitiese al campamento los desperdicios de cuero de las reses del consumo diario, para construir con ellos tamangos, especie de sandalias cerradas, con jarretas á manera de zapatones de una pieza, usados por los negros, y que los mismos soldados preparaban. Llevóse la economía al último grado á que jamás ha llegado, para demostrar, según las palabras de San Martín, cómo se pueden realizar grandes empresas con pequeños medios. Publicóse por la orden del día y se proclamó por bando á son de cajas, que se reuniesen en almacenes los trapos viejos de lana para forrar interiormente los tamangos, «por cuanto, decíase en él, la salud de la »tropa es la poderosa máquina que bien dirigida pue»de dar el triunfo, y el abrigo de los pies, el pri»mer cuidado.» Con los cuernos de las reses, se fabricaron chifles para suplir las cantimploras, indispensables en las travesías sin agua de la cordillera. Por un bando, mandó recoger todo el orillo de paño que se encontrase en las tiendas y las sastrerías de la ciudad, que distribuyó entre los soldados para suspensorios de las alforjas.

Los sables «de lata» de los Granaderos á caballo estaban embotados: les hizo dar filo á molejón de barbero, y los puso en manos de los soldados diciéndoles que era para tronchar cabezas de godos, como lo hicieron. No bastaba que las armas tuviesen filo: era preciso que los brazos tuviesen temple y que las almas fueran estremecidas por los toques de los instrumentos marciales que reemplazan en el combate

la voz de mando, y pensó en los clarines, instrumento poco usado hasta entonces en la caballería americana. El ejército sólo tenía tres clarines. Al principio creyó suplir la falta fabricándolos de lata, pero resultaron sordos. Al pedirlos al gobierno, decíale: «El clarín es instrumento tan preciso para la caba»llería, que su falta sólo es comparable á lo que era »la del tambor en la infantería.»

Estos detalles minuciosos, que preparan los triunfos finales, merecen ocupar la atención del historiador, porque son como los tornillos que ajustan las máquinas de guerra.

La previsión en los detalles abrazó un conjunto de cosas que iba desde las enjalmas de las acémilas y las herraduras de las bestias, hasta los puentes militares y los aparatos para arrastrar el material al través de las montañas.

Había estudiado todos los aparejos de mulas adecuados á su objeto, teniendo frecuentes conferencias con los arrieros. Al fin decidióse por la enjalma chilena, «por cuanto, según sus palabras, son las más »adaptables al caso, por su configuración que dan »más abrigo á la mula contra la intemperie del cli»ma y son forradas en pieles, exentas por lo tanto »de que las coman las bestias, siendo como son de »paja, lo que sería irreparable en la esterilidad de »la sierra.» Para forrar los aparejos, que él mismo hizo construir en Mendoza, pidió al gobierno seis mil pieles de carnero, en circunstancia que la expedición á Chile era considerada como una quimera (marzo de 1816). Pasaron ocho meses, y acordada ya la expedición, reiteró su pedido: «Tocamos ya la prima»vera, y antes de cuatro meses es llegado el tiempo »de obrar sobre Chile. Faltan las seis mil pieles de »carnero que deben emplearse en la construcción de

»mil aparejos, en lo cual deben emplearse tres me»ses, y no viniendo en la oportunidad debida, ni mar»cha el ejército ni proyecto alguno podrá ya adop»tarse.» Y un mes después escribía confidencialmente: «Está visto que en ésa los hombres toman láuda»no diariamente: hace ocho meses pedí las pieles de »carnero para los aparejos de la cordillera, y veo con »dolor que ni aun están recolectadas, cuando por lo »menos necesito un mes para forrar las esteras que »ya están construídas.»

El asunto que más le preocupó, fueron las herraduras de las bestias. Para resolver el punto celebró conferencias con albéitares, herreros y arrieros, y después de escucharlos atentamente, adoptó un modelo de herradura, que envió al gobierno, encargando á un oficial la llevase colgada al pecho como si fuese de oro y la presentara al Ministerio de la Guerra. «Hoy he tenido, decía oficialmente, una sesión cir»cunstanciada con tres individuos de los más cono»cedores en materia de cabalgaduras para el tráfico »de cordillera, y unánimes convienen, en que es im»posible de todo punto marchar sin bestias herradas »por cualquier camino que se tome, so pena de que»dar á pie el ejército antes de la mitad del tránsi»to.» Y pocos días después agregaba: «Estoy con»vencido de la imposibilidad de llevar á Chile una »caballería maniobrera (arma que nos da decidida »ventaja por desconocerla en mucha parte el enemi»go) sin llevar desde aquí caballos herrados.» Necesitábanse treinta mil herraduras con doble clavazón, y en el espacio de menos de dos meses fueron forjadas, trabajando día y noche, en los talleres de la fábrica de armas de Buenos Aires y en las fraguas de Mendoza.

¿Cómo se salvarían los hondos barrancos del fra-

goso camino, se atravesarían los torrentes, ascendería y descendería el pesado material de guerra las ásperas pendientes de la montaña? y ¿cómo, en fin, se sacarían de los precipicios las zorras y las cargas que se desbarrancasen? He aquí otros problemas más arduos, que fueron igualmente resueltos. Ideóse para el pasaje de los ríos, un puente de cuerdas, de peso y largo calculado (60 varas), y el pedazo de cable que debía ser presentado al gobierno como modelo, fué encomendado á un oficial con la misma solemnidad que la herradura. «No es posible pasar la artillería » y otros grandes pesos por los angostos desfiladeros »y pendientes de la cordillera, ni restituir á las sen»das lo que de ella se precipitase, dice el mismo »San Martín, sin el auxilio de dos anclotes y cua»tro cables, de un peso capaz de poderse transportar »á lomo de mula.» Con este aparato movido por cabrestante venciéronse las dificultades del paso.

Pero se necesitaba además cerca de un millón de tiros á bala; 1.500 caballos de pelea y más de 12.000 mulas de carga. ¿De dónde se sacaría todo esto para tenerlo listo en poco más de dos meses de término? El parque de Mendoza sólo tenía á la sazón (noviembre de 1816) trescientos sesenta mil tiros de fusil á bala, y á razón de 20 paquetes por hombre para tres mil infantes, resultaba un déficit de trescientos ochenta mil cartuchos, que fué suplido por el gobierno con la pronta remisión de 500.000 tiros y 30 quintales de pólvora de cañón. En cuanto á los caballos, se proporcionó 900, en San Juan y Mendoza, al precio de seis pesos uno, abonados con vales admisibles en las aduanas de Cuyo en pago de derechos, lo que era casi lo mismo que expropiarlos gratuitamente. Sólo Cuyo podía dar las mulas y los arrieros, como los dió; pero ya no era posible exprimir más la substan-

cia de la estrujada provincia, y por lo menos los fletes debían ser abonados, y éstos importaban como ochenta mil pesos. Los dueños, proclamados por San Martín, se avinieron patrióticamente á recibir la mitad de su importe al contado, y el resto á su regreso de la expedición. Pero el tesoro del ejército de los Andes estaba exhausto. El gobierno, en los últimos meses de 1816, le había asignado la cantidad de veinte mil pesos en vez de ocho mil mensuales, de los que le debía á la sazón (2 de noviembre de 1816) veintiún mil pesos, además de treinta mil pesos al fondo de la caja expedicionaria. Solicitado el gobierno por San Martín, contestóle, que no podía dar más y que se remediara con eso hasta mejor fortuna.

Fué entonces cuando el general de los Andes lanzó con su sencillez y gravedad habitual, sus gritos más heroicos, que resonarán en la posteridad: «Si »no puedo reunir las mulas que necesito, me voy á »pie. El tiempo me falta; el dinero ídem; la salud »mala, pero vamos tirando hasta la tremenda. Es »menester hacer ahora el último esfuerzo en Chile.» «¡Ya estamos en capilla para nuestra expedición! » por esto puede calcularse cómo estará mi triste y »estúpida cabeza. Baste decir: que para moverme necesito trece mil mulas, que todo es preciso proveerlo »sin un real. Pero estamos en la inmortal provincia »de Cuyo, ¡y todo se hace! No hay voces, no hay palabras, para expresar lo que son estos habitantes.» «Todo, y todo, se apronta para la de vámonos: en »todo enero estará decidida la suerte de Chile.» «Para el 6 de febrero estaremos en el valle de Aconcagua, Dios mediante, y para el 15, ya Chile es de »vida ó muerte.» ¡Y Cuyo dió las trece mil mulas, y el 8 de febrero (dos días después de la predicción)

estaba todo el ejército de los Andes reunido en el valle de Aconcagua, y el 12 (tres días antes de lo calculado) el triunfo coronaba las armas redentoras de la revolución argentina!

V

En medio de esta correspondencia oficial sobre la masa de hombres, cosas y dineros removidos, y de estas confidencias que revelan el estado de las almas, se cruzaba una de carácter mixto entre los dos protagonistas de la situación: el general San Martín y el Director Pueyrredón. Sus relaciones políticas y amistosas habían quedado por siempre selladas en la conferencia de Córdoba. Ambos estaban apasionados de la misma idea, y ayudándose y cofortándose mutuamente, se identificaban en un mismo propósito. Oigámosles:

«Usted no pide muchas cosas, le decía el Director, y yo estoy ahogado, porque no tengo fondos »con que proporcionarlas; sin embargo me esforzaré »á todo, y estarán juntos también los treinta mil »pesos para la caja de ese ejército á principios de »octubre.» Pero apenas posesionado Pueyrredón del gobierno, y cuando empezaba á hacer efectivas sus promesas, estalló en Córdoba una revuelta anárquica de carácter confuso, que amenazaba poner en conmoción toda la República. El gobernador de la provincia de Córdoba, José Javier Díaz, que la encabezaba, negó obediencia al Director, levantó tropas y dirigióse á San Martín brindándole el gobierno supremo. Las ambiciones del general de los Andes rayaban más alto, y todo su conato fué dominar aquel desorden que podía perturbar la realización de su gran plan. Ofrecióse en consecuencia á marchar con

su ejército á sofocarlo, aun comprendiendo que esto importaba renunciar por el momento á su empresa. «Ya tenemos, decía, al toro en medio de la plaza con »la desobediencia del gobernador Díaz, de Córdoba. »La situación es la más crítica en que pueda hallar- »se la causa. Lo sensible es que esto puede trastor- »nar todo el plan de operaciones. Cada día me con- »venzo más que es imposible que nos constituyamos; »es preciso tomar un partido que salve al país; to- »do es menos malo que ser dominados otra vez por »los matuchos y que la anarquía se esparza por to- »das las provincias. ¿Será posible que la suerte del »país esté sujeta al capricho de media docena de mal- »vados? En fin, la cosa se presenta bajo pie dudoso: »si se verifica la expedición á Chile, se hace general »la anarquía; si no se hace, la causa sucumbe, y el »ejército se disuelve por falta de medios. Mucho me »ha irritado la insinuación de Díaz sobre la propo- »sición é insinuación del gobierno. Dígame terminan- »temente cómo debo obrar para el caso que sea pre- »ciso marchar sobre Córdoba.» Pueyrredón con más serenidad le contestaba: «La insinuación de Díaz so- »bre el gobierno es una insidia propia de sus inten- »ciones. Ve á usted al mando de un ejército, calcula »sus sentimientos de usted por los suyos propios, y »cree que halagado por estas esperanzas sería capaz »de apoyar sus maldades. Yo bien conozco que ha de »ser necesario recurrir á la fuerza para contener á »los enemigos de la paz interior; pero ¿cómo es po- »sible que me resuelva á abandonar la expedición á »Chile? Si usted se mueve sobre Córdoba, se perdió »infaliblemente esa fuerza, y se perdió también el »país. Veremos por fin qué semblante toma aquel »pueblo, y obraré según las necesidades, sin pensar »jamás en suspender la empresa de Chile, porque de

»su ocupación debe resultarnos la recuperación del »poder, riqueza y consideración política que hemos »perdido.» Y en otra carta le decía: «Lo que siento »sobremanera es no poder mandar una expedición ma»rítima por falta de fondos, estoy, sin embargo, ar»bitrando medios para hacerla, pero dudo del buen »éxito.»

¡Bajo cuán noble aspecto se presentan estos dos hombres poderosos, en sus confidencias íntimas con relación al bien público, exentos de ambición, apasionados por la grandeza de la patria y la independencia de la América, confortándose recíprocamente para combinar la más vasta empresa guerrera que haya llevado jamás á cabo el genio del pueblo argentino!

Dominada la pasajera revuelta de Córdoba, volvió el general de los Andes á insistir en sus exigencias, como se ha visto por la correspondencia oficial. El Director á todo proveía, y cuando las hubo satisfecho, tomó la pluma y escribió con humorística desesperación y franca cordialidad: «Van oficios de re»conocimiento á los Cabildos de ésa y demás ciuda»des de Cuyo. Van los despachos de los oficiales. Van »todos los vestuarios pedidos y muchas más camisas. »Van 400 recados. Van hoy por el correo los dos úni»cos clarines que se han encontrado. En enero de es»te año se remitirán 1.387 arrobas de charqui. Van »los 200 sables de repuesto que me ha pedido. Van »200 tiendas de campaña ó pabellones, y no hay más. »Va el mundo—¡va el demonio!—va la carne. Y no »sé yo cómo me irá con las trampas en que quedo para »pagarlo todo: á bien que, en quebrando, chancelo cuen»tas con todos, y me voy yo también, para que us»ted me dé algo del charqui que le mando. ¡Y c...! »no me vuelva usted á pedir más, si no quiere reci-

»bir la noticia de que he amanecido ahorcado de un »tirante de la Fortaleza.»

En vísperas de abrirse la campaña de los Andes, Pueyrredón decía con su habitual buen humor, que manifestaba tener conciencia de la gran partida que jugaba: «Estoy formando un derrotero hacia los Pa»tagones, para irme con varios amigos, por si no sa»limos bien de la empresa de Chile.» Y cuando se acercaba el momento de romper la marcha decisiva, su espíritu se siente sobrecogido ante lo arriesgado de la campaña: «Me dice usted que todo está listo. De»bo considerarlo expedito muy pronto, y si no en to»do enero, á lo menos en febrero puede estar decidi»da la suerte de Chile. Protesto á usted que estoy »con un miedo tan grande, que yo no sosegaré hasta »que sepa que ha concluído con ese bárbaro gallego. »Presiento como usted ventajas en la expedición so»bre Chile: todo se presenta favorable; no obstante yo »temo por la importancia misma de la empresa.» Su confianza renace empero al recibir la comunicación de los planes del general: «Es preciso que Dios sea »godo para que no ayude nuestra empresa.» Pero al saber que el ejército había experimentado algunas bajas, vuelven sus temores: «Veo con sumo descon»suelo que al moverse el ejército tenía la baja de »más de 400 hombres entre enfermos, desertores y »estropeados por las mulas. Confieso que esto me ha »puesto en un grave temor de una resulta desgracia»da. Sabemos que el enemigo tiene una cuarta parte »más de fuerza, y que debe tenerla más disciplinada »que la nuestra. Usted me anuncia que el 10 de este »mes (febrero de 1817) estará decidida la suerte de »Chile, y por más que yo me las prometa felices, no »puedo dar tan poco tiempo á una empresa que debe »ser precedida de precauciones infinitas por el ene-

»migo. ¡Ojalá sea usted oído por nuestra Madre y Se»ñora de las Mercedes.» Y terminaba con estas palabras que hacen el elogio de ambos: «Bien puede us»ted decir que no se ha visto en nuestro Estado un »ejército más surtido en todo; pero tampoco se ha »visto un Director que tenga igual confianza en un »general; debiéndose agregar, que tampoco ha habido »un general que la merezca más que usted. A pesar »de todo, yo veo que le faltan á usted mil buenos sol»dados más para que yo estuviese en mayor quietud.»

VI

En Mendoza, todo estaba listo «para la de vámonos», según la expresión soldadesca de San Martín. Cuanto la ciencia, la experiencia y la previsión humana podían alcanzar, estaba arreglado: no faltaba ni un hombre en las filas ni un clavo en las herraduras. Sólo faltaba dar la señal de marcha.

El ejército expedicionario constaba de 4.000 hombres de pelea, de los cuales como 3.000 infantes divididos en cuatro batallones á órdenes de Alvarado, Cramer, Conde y Las Heras; cinco escuadrones de Granaderos á caballo con 700 plazas al mando de Zapiola, Melián, Ramalla, Escalada y Necochea; una brigada de 250 artilleros, con diez cañones de batalla de á 6, dos obuses de 6 pulgadas y nueve piezas de montaña de á 4, á cargo de La Plaza. Acompañaban á estas tropas en calidad de auxiliares, 1.200 milicianos de caballería de Cuyo, que debían servir en la conducción de los víveres y municiones y cuidado de las caballadas, además de los arrieros, los operarios de la maestranza y 120 barreteros de las minas de Mendoza para la compostura de los caminos. El ejército estaba dividido en tres cuerpos, cada uno

de los cuales debía bastarse á sí mismo, con un pequeño estado mayor, sus guías, un cirujano con su botiquín, un proveedor y un comisario, con su correspondiente parque de reserva. Dos de estas divisiones, que constituían el grueso de las fuerzas, debían marchar escalonadas por el Paso de los Patos: la de vanguardia, á órdenes del jefe de estado mayor el general Miguel Estanislao Soler, y la reserva á cargo de O'Higgins. Una división destacada á órdenes de Las Heras debía marchar por el camino de Uspallata, con el parque y la artillería, pues por los Patos, era imposible el tránsito de este material de guerra. La dotación de municiones era de 900.000 tiros de fusil y carabina, 2.000 de cañón á bala y 200 de metralla, y 600 granadas. Las cabalgaduras ascendían á más de 10.000 mulas de silla y carga y 1.600 caballos de pelea. Las provisiones de boca para 5.200 hombres, consistían en 600 reses en pie, galleta, harina de maíz tostado, charqui molido con grasa y ají picante, y en rama; queso, vino á razón de una botella por hombre, y aguardiente: provisión de cebollas y ajos como confortantes contra el frío y remedio contra las enfermedades que en las grandes alturas aquejan á hombres y bestias, y los forrajes, en maíz y cebada, todo calculado para quince días de marcha dentro de la cordillera. Además, estableciéronse depósitos de víveres á lo largo de los caminos para el caso de una derrota ó retirada.

Dos divisiones ligeras, que á manera de alas debían moverse á derecha é izquierda de las columnas principales, completaban la línea de ataque del ejército invasor. Componíase la del norte, de sesenta infantes de línea, ochenta milicianos de San Juan y una legión de emigrados chilenos, que á las órdenes del comandante don Juan Manuel Cabot, debía partir

de San Juan y atravesar por el Portezuelo de la Ramada las cordilleras de Olivares y Doña Ana, á fin de apoderarse de Coquimbo, al mismo tiempo que otro destacamento de milicias de La Rioja ocupase Copiapó y el Huasco cruzando el paso de Vinchina. La del sur, al mando del capitán de Chile, Freyre, componíanla 100 infantes argentinos, armados como dragones, y 25 Granaderos á caballo, junto con una compañía de emigrados chilenos encabezados por el activo agente secreto de San Martín, Antonio Merino. Esta pequeña columna debía penetrar por el Planchón, á fin de apoyar las guerrillas chilenas de ultra-cordillera, á la vez que la guarnición del fuerte de San Carlos, compuesta de 30 blandengues, asomaría por el Portillo con el mismo objeto á órdenes del capitán José León Lemos.

Tanto las dos gruesas columnas centrales que debían converger en combinación á un punto determinado, como las volantes de los extremos que obrarían con independencia, tenían instrucciones de aparecer simultáneamente sobre el territorio chileno del 6 al 8 de febrero de 1817, y marchar resueltamente al objetivo señalado á cada una de ellas. Cada jefe de división recibió de manos de San Martín, un plano manuscrito para guiarse, un itinerario de marchas con anotaciones topográficas y sus instrucciones escritas. La columna de Las Heras, que seguiría el camino de Uspallata, iba guiada por los dos baqueanos mayores del ejército, Justo Estay y José Antonio Cruz, quienes por sendas transversales debían comunicarse verbalmente ó por medio de un plan de señales de banderas convenido todos los días con San Martín, que marcharía paralelamente por el de los Patos á distancia de 67 kilómetros.

Si alguna vez el cálculo y la previsión al servicio

de la inspiración y la observación, subordinadas al método, presidió á una gran empresa militar, fué ciertamente ésta, y la historia no presenta un ejemplo de paso de montaña más perfectamente combinado y más admirablemente ejecutado, como lo han reconocido los escritores especiales de las naciones más adelantadas y hasta los mismos enemigos.

Antes de terminar estos trabajos preparatorios, el general dirigió su adiós á los pueblos de Cuyo: «Se »acerca el momento en que derretidas las nieves de »la cordillera que nos separa de Chile, se presenta »el peligro de una invasión al lado del triunfo que »me promete vuestro patriotismo. Preparaos á nue»vos sacrificios para evitar el riesgo. Yo no he dis»pensado fatigas ni aun en las horas del descanso »por acreditar mis desvelos en obsequio de vuestra »conservación. Toca á vosotros triunfar en la gran lu»cha, y conquistar una paz permanente, en que la »agricultura y el comercio tomen un vuelo capaz de »reparar las pérdidas indispensables de la guerra. La »patria y vosotros nada tienen que temer, si la coope»ración del pueblo es precedida de un esfuerzo gran»de de desprendimiento y de unión íntima, condición »precisa de la empresa de salir con la victoria. Yo me »atreví á predecirla contando con vuestro auxilio ba»jo la protección del cielo, que mira con horror la »causa injusta y sangrienta de los opresores de la »América.»

Al contar sus fuerzas, notó que le faltaba un número de soldados para completar sus escuadrones, y dirigió á los mendocinos otra proclama, que parece escrita con el sable más que con la pluma: «Tengo »ciento treinta sables arrumbados en el cuartel de »Granaderos á caballo por falta de brazos valien»tes que los empuñen. El que ame á la patria y el

»honor, venga á tomarlos. La cordillera va á abrirse. »No deseo emplear la fuerza, pues cuento con la bue»na voluntad de estos bravos habitantes; pero me ve»ré en la necesidad de hacerlo si no corresponden á »mis esperanzas los mendocinos.» Los sables fueron ocupados por otros tantos voluntarios. De otro modo, todos sabían que hubieran sido ocupados por igual número de forzados, como se anunciaba.

Por última despedida, ordenó que los soldados saliesen á recoger trapos viejos por las calles de la ciudad, avisándolo al Cabildo. El generoso vecindario de Mendoza, y principalmente las mujeres y los niños—pues los hombres estaban en el campamento,—salían á las puertas de sus casas y ofrecían á los soldados ponchos y frazadas para que se abrigasen en la cordillera nevada que iban á cruzar.

VII

Listo todo, pidió el general expedicionario instrucciones para arreglar á ellas su conducta política y militar. El gobierno penetrado del mismo espíritu del general, se las trazó con amplitud dentro de un gran cuadro, con proyecciones largas, con propósitos generosos y resoluciones firmes en armonía con el plan de campaña continental concebido por San Martín, y formuló, con palabras que los hechos hicieron buenas, el programa emancipador de la revolución argentina con respecto á los demás pueblos de la América del Sur, sobre la base de la independencia y de la libertad de cada uno de ellos. «La consolidación de la »independencia de la América de los reyes de Espa»ña, sus sucesores y metrópoli (decía el artículo 1º), »y la gloria de las Provincias Unidas del Sur, son los »únicos móviles á que debe atribuirse el impulso de »la campaña. Esta idea la manifestará el general am-

»pliamente en las proclamas que difunda, la infundi»rá por medio de confidentes en todos los pueblos y la »propagará de todos modos. El ejército irá impresio»nado de los mismos principios. Se celará no se di»vulgue en él ninguna especie que indique saqueo, »opresión, ni la menor idea de conquista, ó que se »intente conservar la posesión del país auxiliado.»

Por otros artículos se le facultaba, conforme á su idea, preparada por la organización de los cuadros de Chile, para la creación de un ejército nacional del país reconquistado, pero con la condición que todas las fuerzas militares quedasen bajo su mando aun después de establecido el gobierno que debía regirlo. En previsión de una capitulación con el enemigo, le ordenaba terminantemente: «que nunca podría con»venir ni él ni ninguno de sus subalternos, en que las »Provincias de la Unión desistiesen de la guerra has»ta conseguir su completa libertad, sin alteración de »las posiciones que ocupaban en ellas sus ejércitos.» En el orden político encargábale ser imparcial entre los partidos que se habían dividido el país, como resultado de la coexistencia de dos clases antagónicas de su sociabilidad, y que procurase conciliar los intereses de la aristocracia con la plebe, evitando el exclusivismo de la una y la licencia de la ctra, para buscar sin transición violenta el mejoramiento de la condición del pueblo en general. Por último, en lo relativo á la organización del gobierno, lo facultaba para «nombrar un presidente provisional (previa restauración de la antigua municipalidad patriota de Santiago), sin que el general ni el ejército tomaran intervención pública en el acto, limitándose á conservar el orden y evitar que la elección fuera obra de la intriga de algún partido contra la voluntad general y la seguridad del ejército.

En cuanto á la constitución definitiva del pueblo chileno como cuerpo de nación, contenían las instrucciones, dos cláusulas notables, juiciosa la una, del punto de vista de los principios y aconsejada por la experiencia del mismo país, y otra quimérica, en contradicción abierta con la letra y el espíritu de las mismas instrucciones como tributo pagado á las ideas de confederación sudamericana de la época, que tuvieron su origen, según se explicó antes, en las negociaciones entabladas para la alianza argentino-chilena en los primeros días de la revolución. Por la primera de ellas se prevenía al general, que influyese, á fin de que, entretanto todo el reino no estuviese absolutamente libre de enemigos, no se convocara á Congreso, de modo que obrara la autoridad ejecutiva con toda la amplitud de facultades necesarias para concluir la guerra con éxito favorable. Por la segunda—que era una resurrección de la idea de Martínez Rozas, de Egaña y de Alvarez Jonte en 1811,—se indicaba, que no obstante debiera abstenerse de ejercer coacción y no entrometerse en el establecimiento del gobierno permanente del país, haría valer su influjo para persuadir á los chilenos á enviar sus diputados al Congreso de las Provincias Unidas, con el objeto de constituir una forma de gobierno general para toda la América, unida en una nación, y en todo caso, cualquiera que fuese la forma que adoptaran, se estatuyese una alianza perpetua entre ambos países.

San Martín no objetó ninguno de los artículos de las instrucciones, reservándose sin duda descartar de ellas todo lo teórico, y aplicarlas según los casos con la latitud que ellas le daban; pero con su buen sentido práctico no pudo dejar de hacerlo en lo relativo á la manera de establecer el futuro gobierno. Propuso, y así se acordó, que el general O'Higgins fuese el

candidato para ocupar el puesto de presidente ó director de Chile, por cuanto su representación nacional alejaría las sospechas de toda opresión por las armas de las Provincias Unidas.

Con sus instrucciones en la cartera, con su resolución hecha y su ejército comprometido en las gargantas orientales de los Andes, el general expedicionario, con el pie ya en el estribo, escribía (enero 24 de 1817) su última carta á su más íntimo confidente: «Esta tarde salgo á alcanzar las divisiones del ejér»cito. Dios me dé acierto para salir bien de tamaña »empresa.»

VIII

El paso de los Andes es, como combinación estratégica, un compuesto de atrevimiento, de observación y de cálculo, que en su conjunto asombra, y analizado, se admira y se impone por lo concreto de su concepción y la exactitud de su ejecución. Como todas las operaciones clásicas de su género, su punto de partida es una idea simple, con un objetivo claro, que busca un resultado positivo, á la manera de la línea definida entre dos extremidades que implica una solución obligada. Tiene también su parte fantasmagórica, en que el ingenio se pone al servicio del genio y concurre como elemento de éxito á un fin útil. Su secreto consiste en la configuración del terreno montañoso, teatro de las operaciones, en que todos los movimientos combinados se vacían como en un molde y toman su forma típica.

El general San Martín, al formular á grandes rasgos su definitivo plan de campaña ofensiva (15 de junio de 1816) había establecido, que Chile debía ser invadido por los pasos de Uspallata y de los Patos, á fin de cortar por el centro las fuerzas enemigas di-

vididas, cargar sobre el grueso de ellas y apoderarse inmediatamente de la capital terminando así la campaña de un solo golpe. Esta era su idea fundamental. El mismo había dicho, que el problema de hecho á resolver consistía, en pisar el llano opuesto con su ejército reconcentrado, tomar al enemigo dividido y batir su principal fuerza, quebrándole así los brazos. Este era su primer objetivo. Para alcanzarlo, necesitaba ocultar el verdadero punto de ataque y simularlo en todas partes; dirigir sus marchas y efectuar su reconcentración por caminos convergentes que lo condujeran simultáneamente al frente y á la espalda de sus contrarios para envolverlos ó flanquearlos. Tal era el resultado exacto buscado, á primera vista imposible, que le fué sugerido por la configuración del terreno á que el plan se modeló.

En la descripción de la cordillera, hemos hecho notar, que el valle central de Chile se interrumpe por los macizos que unen las dos cadenas montañosas que lo limitan ó se estrechan por los contrafuertes que entran como espolones al interior del país. El macizo principal es el de Aconcagua, entre los 32 y 33 grados de latitud sur, dominado por el gigante de los Andes argentino-chilenos, que cubierto de eternas nieves se levanta á 6.800 metros sobre el nivel del mar y divide las aguas de los ríos de San Juan y de Mendoza por su falda oriental. Este macizo se prolonga hacia el oeste hasta unirse con la cordillera marítima, y de él se desprende un crestón destacado á la manera de contrafuerte, que corre en la misma dirección, pero sin alcanzar á la costa, y se interpone entre los ríos de Putaendo y Aconcagua que corresponde en las vertientes occidentales, á los de Mendoza y San Juan. A este sistema pertenece la contigua sierra de Uspallata al sur, cuya cima sólo tiene 3.900

metros de latitud, y que á su vez desprende un cordón transversal continuo hacia el oeste, de cordillera á mar, paralelo al macizo de Aconcagua por esa parte y al crestón ya señalado (rumbos generales). Este cordón transversal es la sierra de Chacabuco. Dentro del macizo de Aconcagua y del cordón de Chacabuco, con su contrafuerte intermedio, están circunscriptos varios valles, de los cuales, los dos que con los nombres de Putaendo y Aconcagua se abren al pie occidental de la gran cordillera, son los que interesa conocer para darse cuenta de la combinación estratégica del paso de los Andes por San Martín.

Los valles de Putaendo y Aconcagua, que toman sus nombres de los ríos que los recorren longitudinalmente, están contiguos, y sólo se dividen, como por un muro medianero, por el crestón intermedio en cuya extremidad se juntan sus dos ríos, formando en adelante un solo valle bañado por el río de Aconcagua que se derrama en el Pacífico. Más abajo de la confluencia de estos dos ríos y sobre la margen sur del Aconcagua, se encuentra la villa de San Felipe, capital del departamento. El camino de Uspallata—que es el más corto, por cuanto allí la cordillera tiene menos espesor,—conduce directamente al valle de Aconcagua, cuya primera población al pie de la montaña es Santa Rosa de los Andes. El camino de los Patos al norte de Uspallata—que es el más largo, por el mayor espesor del gran macizo de Aconcagua hacia el oeste,—conduce al valle de Putaendo, al cual se penetra, siguiendo el curso del río, por una estrecha garganta denominada Las Achupallas, á que converge un ramal lateral. Con esta explicación orográfica, se comprenderá fácilmente, que la división que marchase por Uspallata, sería la primera en encontrarse con el enemigo por el frente, y que el grue-

so del ejército marchando por el de los Patos, paralelamente primero, y luego describiendo un cuarto de círculo en su prolongación, vendría á salir á retaguardia del mismo enemigo. En tal situación, si los realistas, alternativa ó simultáneamente así atacados, intentasen dar frente al oeste ó al norte, la columna de Uspallata los cargaría á su vez por la retaguardia en el primer caso ó quedarían flanqueados por ambas columnas invasoras en el segundo. De todos modos no tendría más repliegue que la sierra de Chacabuco al sur, operándose entonces libremente la reconcentración del ejército invasor en el llano occidental, dentro de un valle, que era una verdadera ciudadela para los invasores. Chacabuco era, pues, el punto estratégico, y á ocuparlo de antemano ó decidir en él la campaña por una batalla general, se dirigían todos los movimientos de San Martín. Con estos cálculos matemáticos, dibujados por la mano de la naturaleza sobre el terreno teatro de las operaciones, y con arreglo á este plan tan hábilmente combinado, pudo predecir (como se ha visto) con más seguridad que Bonaparte antes de atravesar el San Bernardo, el día y el sitio en que la victoria coronaría su atrevida empresa, y dar confiadamente la señal del ataque simultáneo en toda la línea argentina, que se desenvolvía en un frente de más de 2.100 kilómetros desde Copiapó hasta el Maule.

La expedición del norte bajo el mando superior del comandante Cabot, se movió de San Juan el 12 de enero (1817) casi simultáneamente con el destacamento de La Rioja á cargo del comandante Francisco Celada y su segundo el capitán Nicolás Dávila, compuesto de un piquete de línea del ejército del norte, y 200 milicianos uniformados con gorras y mangas negras y encarnadas. Sus instrucciones le prevenían

marchar directamente sobre la ciudad de la Serena, sublevar la provincia de Coquimbo y posesionarse de ella en nombre del Estado de Chile, debiendo la legión de emigrados chilenos que la acompañaba llevar su bandera tricolor nacional. Cabot atravesó en catorce jornadas la cordillera de Coquimbo y en el día señalado para la invasión general (8 de febrero) pisaba territorio chileno, sorprendía dos guardias avanzadas del enemigo, y desprendía una vanguardia de 100 hombres al mando del capitán Patricio Ceballos, que era el baqueano de la expedición. El 9 se adelantó hasta la población de Valdivia sobre el Rapel; el 10 acampaba en el valle de Sotaqui: toda la provincia se había sublevado á la noticia de su arribo. En el mismo día, el capitán Ceballos batía en el llano de Salala, á tres leguas de Barraza, la guarnición de la Serena, que en número como de 100 hombres se replegaba hacia el sur haciéndole 40 muertos, y le tomaba dos cañones volantes, banderas, armamento, municiones y 40 prisioneros. El 12 de febrero, era dueño Cabot de toda la provincia de Coquimbo. En el mismo día la vanguardia de la expedición de La Rioja mandada por el capitán Dávila, que había seguido el antiguo camino del conquistador Almagro, ocupaba la ciudad de Copiapó. Todo el norte de Chile quedaba así reconquistado en un mismo día.

En el mismo día 12 de febrero, Freyre ocupaba la ciudad de Talca en el extremo opuesto de la línea, á la distancia de 1.870 kilómetros de Copiapó, y era dueño de una gran parte del sur, interceptando las comunicaciones de Santiago y Concepción, y Lemos ocupaba el Portillo. El 14 de enero de 1817, había salido Freyre de Mendoza con los piquetes ya mencionados. En los primeros días de febrero se situó

frente á San Fernando, donde se le incorporaron 100 hombres de las guerrillas chilenas, y reunido á la partida de Neyra, y á otra de campesinos, encabezada por el activo agente secreto de San Martín don Juan Pablo Ramírez, se halló al frente de una fuerte división regularmente armada. Sus instrucciones así como las de Lemos, le prevenían hacer entender al enemigo, que su división era la vanguardia del ejército, á cuyo efecto llevaba los uniformes de todos los cuerpos que lo componían, recomendándole fomentar la insurrección del país; pero sin comprometer combate dudoso, retirándose prudentemente después de llenar su objeto, si no podía sostenerse con ventaja. El enemigo salió á su encuentro con un destacamento de dragones, que fué completamente batido el día 9 en la vega de Campeo, dejando en el campo 20 muertos y 25 prisioneros. En seguida avanzó hasta Curicó, obligando á su guarnición á retirarse al sur del Maule. Talca fué inmediatamente evacuada por el enemigo, y el 11 de febrero, Freyre era dueño de esta ciudad, dominaba la línea norte del Maule, amenazaba á Santiago, y al frente de todo el país sublevado, oficiaba á San Martín que pronto contaría con un ejército de 2.000 hombres. De este modo, en un mismo día los dos extremos de Chile al sur y al norte, estaban reconquistados é insurreccionados, y dos nuevas divisiones concurrían al plan de la invasión general, á la vez de ocultar al enemigo el verdadero punto de ataque donde debía ser herido de muerte. Esta era la parte fantasmagórica del plan del paso de los Andes, sin embargo de tener también un objeto útil, siendo el principal llamar la atención del enemigo por esa parte, y obligarlo á dividirse como lo hizo.

IX

Después de despachar las expediciones del sur y del norte de que se ha dado cuenta, el general convocó una junta de guerra de los oficiales superiores de su ejército, y sin pedir consejo, expuso con sencillez y claridad su plan de campaña con el mapa general y sus croquis por delante. Leyó en seguida el cuadro de la distribución de las fuerzas, y les previno por conclusión, que quedasen prontos á la primera orden, reservando la época de abrir las operaciones. Al día siguiente (15 de enero de 1817) llamó á su alojamiento al coronel Las Heras, y bajo palabra de honor de guardar secreto, le comunicó que estaba destinado á abrir la campaña por el camino de Uspallata, entregándole personalmente las instrucciones á que debía ajustar sus operaciones. La división de Las Heras, fuerte de 800 hombres, con el mayor Enrique Martínez por segundo jefe, se componía del batallón número 11, un piquete de 30 granaderos á caballo, 2 piezas de montaña, servidas por 30 artilleros á cargo del capitán chileno Ramón Picarte, 30 mineros zapadores provistos de picos y barretas, y en calidad de auxiliares, un escuadrón de milicias de San Luis para la conducción de bagajes y cuidado de las cabalgaduras. Su primer objeto, debía ser sorprender la guardia enemiga al occidente de la cordillera, y en seguida penetrar al valle de Aconcagua, buscar comunicaciones con el grueso del ejército por la derecha del río, y fortificarse en Chacabuco, adelantando sus partidas de caballería. El 8 de febrero, y no antes, debía hallarse en Santa Rosa, pues el fin principal de su movimiento era llamar la atención del enemigo, mientras el ejército desembocaba por el flanco y la espalda al valle de Putaendo, previniéndole

no comprometer acción dudosa y replegarse á la cordillera en caso de ser cargado por fuerzas superiores, á cuyo efecto haría fortificar las posiciones del Juncalito ó del Río Colorado á su retaguardia. En caso de ser batido, debía retirarse á la posición inexpugnable de Picheuta en las vertientes orientales, en previsión de lo cual se había fortificado convenientemente el punto. Sus jornadas medidas eran diez, consultando el agua, el pasto y la leña, y sumaban 337 kilómetros de camino desde Mendoza hasta Santa Rosa. El 18 de enero rompió su marcha Las Heras y se dirigió al boquete de Uspallata. A dos jornadas de distancia, seguíale el parque general del ejército, con la artillería de batalla desmontada, y la maestranza. Todos sus operarios iban armados de palancas, con una provisión de largas perchas y cuerdas para suspender los cañones en literas en caso necesario, y á retaguardia, los dos anclotes de la esperanza con sus motores calculados para multiplicar la fuerza de ascensión de los cables. Al frente de esta brigada marchaba fray Luis Beltrán, condecorado con los galones de capitán.

El grueso del ejército, dividido en dos cuerpos movióse el día 19 en dirección al camino de los Patos, 67 kilómetros al norte de Uspallata, como se ha dicho. La vanguardia, dirigida por el general Soler, la componía el batallón número 1.° de cazadores, las compañías de granaderos y cazadores de los batallones 7.° y 8.°, los escuadrones 3.° y 4.° de Granaderos á caballo y la escolta del general en jefe, con cinco piezas de montaña y un destacamento de operarios de la maestranza con herramientas de fortificación. A distancia de una jornada, seguía la reserva mandada por O'Higgins, la cual se componía del grueso de los batallones 7.° y 8.°, los escuadrones 1.° y 2.° de

Granaderos á caballo y los artilleros con sus oficiales que debían tomar los cañones de batalla que por el otro camino conducía Beltrán. Noventa zapadores divididos en tres grupos, precedían y seguían las columnas desmontando el camino. A la vanguardia estaba encomendado el primer papel. Sus instrucciones le prevenían, desembocar el día 8 en el valle de Putaendo, apoderarse del puente del Aconcagua que comunicaba con San Felipe y posesionarse de esta villa; abrir comunicaciones con Las Heras por la derecha del río, y atacar al enemigo por la espalda en Santa Rosa si era posible, siendo su primer objeto marchar rectamente á Chacabuco, caso de poderlo verificar con seguridad, y hacerse fuerte allí á fin de interceptar las comunicaciones con la capital ó dejar cortada la división realista que ocupara el valle. Además, se le recomendaba insurreccionar las poblaciones de ambos valles y reunir víveres y cabalgaduras de refresco, á cuyo efecto le acompañaba el coronel chileno Portus, encargado de reunir las milicias de ambos distritos. Por último, preveíase el caso de la retirada y la derrota y todas las eventualidades posibles, trazándole las líneas generales dentro de las cuales debía moverse.

Toda la tropa iba montada en mulas, y marchaba en desfilada por los estrechos senderos, pero organizada á la manera de las árreas. Las cuatro mil mulas montadas estaban divididas en 200 piaras, y cada 20 soldados ocupaba una piara á cargo de un peón. Los destacamentos de milicias que ligaban las columnas como eslabones de esta cadena orgánica, estaban encargados de la custodia de los depósitos de víveres y hospitales, el cuidado de las caballadas y el especial encargo de recoger los rezagados y los enfermos. Las jornadas estaban calculadas como las de Uspa-

llata con arreglo al pasto y al agua, y sumaban por el camino de los Patos 514 kilómetros desde la falda oriental de la cordillera hasta la garganta de las Achupallas, y 545 hasta el pueblo de San Antonio de Putaendo, primer objetivo de la marcha en la planicie. En este orden penetraron á la segunda cordillera por el boquete de Valle Hermoso, situado á más de 3.600 metros de altitud.

El camino de los Patos, más largo que el de Uspallata, como queda dicho, es más frígido por especiales condiciones climatológicas, y mucho más fragoso en partes, por cuanto su trayecto corre al través de grandes alturas y dentro de un macizo cortado á pique en sus contornos, sin más horizonte que las montañas nevadas que lo dominan, elevándose sobre todas ellas el gigantesco picó volcánico de Aconcagua. Por esta razón el frío de la noche es mucho más intenso, las heladas son constantes aun en el verano, y la dificultad de respirar y de moverse por el enrarecimiento del aire, produce una enfermedad que en la cordillera de los Andes es conocida con el nombre de «puna» ó «sorocho», especie de mareo á veces mortal, como consecuencia del desequilibrio en el dinamismo vital. Esta enfermedad, causó algunos estragos en las filas del ejército; pero las medidas estaban tan bien tomadas, que merced á las jornadas lentas y graduales y al específico de ajos y cebollas, pudieron hombres y bestias salvar inmunes aquellos terribles pasos con pérdidas relativamente pequeñas.

X

El coronel Las Heras seguía su marcha paralela por Uspallata. El 24 de enero hallábase acampado en el valle de este nombre, cuando recibió aviso de que la avanzada de Picheuta, compuesta de 14 hombre

había sido sorprendida por una partida realista. Marcó, más por instinto que por previsión, había destacado una columna de 1.000 hombres de las tres armas sobre el valle de Aconcagua. Su jefe, que lo era el coronel de ingenieros Miguel María Atero, dispuso que un destacamento de 250 hombres al mando del mayor de Talavera Miguel Marqueli, avanzara por el camino de Uspallata, transmontase la cumbre y practicara un reconocimiento, internándose en la cordillera hasta donde fuere posible á fin de adquirir noticias ciertas de los movimientos de los argentinos. La vanguardia de este destacamento, compuesta de 60 hombres era la que había sorprendido la avanzada de Picheuta, de la cual se salvaron algunos soldados que llevaron la noticia al campamento del valle de Uspallata. En el acto dispuso Las Heras que su segundo el mayor Enrique Martínez saliese con una compañía del 11 y el piquete de Granaderos á caballo (110 plazas), en persecución del enemigo, el que fué alcanzado el 25 en Los Potrerillos, con toda su fuerza reconcentrada. A pesar de la posición fuerte que ocupaba, fué atacado por tres puntos, trabándose un combate de dos horas y media, hasta obligarlo á repasar con pérdidas la cumbre de la cordillera, llevando la noticia de que una fuerte división patriota invadía por aquella parte. San Martín recibió esta noticia en el punto denominado Los Manantiales, internado ya en la montaña, en momentos en que el coronel Hilarión de la Quintana le entregaba la última carta de Pueyrredón, en que le manifestaba sus temores sobre el éxito de la empresa, circunstancia que ha dado origen á la especie desautorizada de que le ordenaba retrogradar—que han repetido algunos historiadores,—cuando, como se ha visto, lo alentaba á proseguir en ella á pesar de todo.

Este accidente desgraciado no previsto, podía cambiar la faz de la campaña, y obligaba desde luego á modificar el plan de invasión al menos en los detalles. El enemigo, apercibido de que iba á ser atacado por Uspallata, podía, antes que el grueso del ejército argentino dominara el llano, ocupar algunos de los desfiladeros de los dos caminos, y con un batallón detener su marcha calculada. La cuestión era de horas. Si en el día fijado, las dos columnas no desembocaban en los valles de Aconcagua y Putaendo y operaban su reunión, el enemigo podía acudir con toda su fuerza, reconcentrándola sobre el punto ó los puntos ocupados, y la combinación estaba malograda. El general de los Andes, dándose cuenta de todo esto, modificó su plan sobre el terreno con arreglo á las circunstancias. En el acto dispuso, que el ejército continuara su marcha, y que el mayor de ingenieros Arcos, á la cabeza de 200 hombres, se adelantase rápidamente por un camino de atajo (que es el ramal antes mencionado), ocupara sin pérdida de tiempo la garganta de las Achupallas y se fortificara y sostuviese en ella, batiendo la fuerza que allí encontrase, para dar tiempo á las columnas de llegar á la planicie. Arcos desempeñó su comisión con actividad y valor. El día 4 se encontraba con la guardia de las Achupallas reforzada por 100 hombres salidos de San Felipe, en la conjunción de los dos caminos del descenso occidental, y después de un corto tiroteo, el teniente Juan Lavalle á la cabeza de 25 granaderos montados, daba su primera carga heroica de caballería, y los ponía en fuga, persiguiéndolos tenazmente. La campaña estaba salvada.

Estas órdenes eran expedidas por San Martín, al mismo tiempo que trepaba la cumbre de la gran cordillera, caballero en una mula, como cuenta la his-

toria que lo hizo Bonaparte al transmontar el San Bernardo, no por imitación ni por modestia, sino por ser la única cabalgadura cuyo paso firme y marcha equilibrada permite orillar sin peligro los abismos de las montañas, observando y meditando tranquilamente, entregado el viajero con la rienda suelta á su instinto seguro. Su montura estaba enjaezada á la chilena, con estribos baúles de madera. Iba vestido con una chaqueta guarnecida de pieles de nutria y envuelto en su capotón de campaña con vivos encarnados y botonadura dorada; botas granaderas con espuelas de bronce como las de sus estatuas; su sable morisco ceñido á la cintura; cubierta la cabeza con su típico falucho—sombrero apuntado,—forrado en hule, sujeto por barbiquejo que para mayor garantía contra el viento impetuoso de las alturas ató con un pañuelo por debajo de la barba. Al tiempo de ascender la cuesta de Valle Hermoso, se ocupaba en conversar con los guías sobre los caminos laterales que comunicaban con Las Heras, para combinar las marchas y ataques de ambas columnas, cuando una tempestad de granizo se descolgó de la montaña y obligó á hacer un alto á la división de reserva que había alcanzado en aquel punto. El general de los Andes, apeóse de su mula, se acostó en el suelo y se durmió con una piedra por cabecera bajo una temperatura de 6 grados centígrados. Al tiempo de continuar la marcha, pidió á su asistente los chifles guarnecidos de plata en que llevaba su provisión de agua y de aguardiente de Mendoza, invitó al coronel don Hilarión de la Quintana—á quien había nombrado su primer ayudante de campo,—y reconfortado por aquel corto sueño después de tantas noches de vigilia, encendió un cigarrillo de papel, y mandó que las charangas de los batallones tocasen el himno nacional argentino, cuyos ecos debían reso-

nar bien pronto por todos los ámbitos de la América del Sur. En seguida, continuaron la penosa ascensión de la nevada cumbre, detrás de la cual estaba el llano que buscaba para combatir y triunfar. Este sitio ha conservado desde entonces la denominación de Trinchera de San Martín.

El 2 de febrero á las 3 de la mañana trasmontó Las Heras la cumbre dè la cordillera de Uspallata, y en cumplimiento de sus instrucciones, el 4 al ponerse el sol, fué atacado el punto de la «Guardia Vieja» por 150 fusileros y 30 jinetes, á órdenes del mayor Enrique Martínez, y después de un combate de hora y media á sable y bayoneta, tomaba por asalto la posición fortificada que defendían 94 realistas, dejando éstos en el campo 25 muertos, 43 prisioneros, 57 fusiles, 10 tercerolas y cantidad de municiones y víveres. En el día anterior había recibido Las Heras un oficio de San Martín, datado en Manantiales el 1.° á las 6 de la mañana, ordenándole demorase dos días la marcha de su división, para dar lugar al desarrollo del nuevo plan. En consecuencia, Martínez se replegó á su reserva en el Juncalito, donde permaneció á la expectativa. La combinación volvía á sistemarse.

XI

El día 5 la alarma se difundió en los dos valles de Aconcagua y Putaendo. Los fugitivos de la Guardia Viaje llegaban á Santa Rosa de los Andes, al mismo tiempo que los dispersos de las Achupallas á San Felipe. El jefe realista que los defendía, amagado á la vez por dos puntos, y sin fuerzas suficientes con que sostenerse, no acertaba á tomar medidas. Para mayor confusión, recibió un pliego de Las Heras, proponiéndole un canje de los prisioneros de Picheuta por otros

tantos de la Guardia Vieja. Era un ardid de la escuela de San Martín. El portador de la comunicación, que era un prisionero español, engañado por el simulado retroceso de la vanguardia de Las Heras, anunciaba que éste, después del asalto del 4 se había puesto en marcha hacia Mendoza. Desde ese momento, el coronel Atero, creyendo disipado el peligro de Uspallata, reunió todas sus tropas disponibles y marchó apresuradamente con 400 infantes, 300 jinetes y dos piezas de campaña, al encuentro de las fuerzas invasoras que asomaban por la garganta de Achupallas, cuyo número ignoraba. De este modo, la columna de Uspallata, que el 6 se había reconcentrado en la Guardia, continuando su marcha, podía caer libremente sobre Santa Rosa el día prefijado, á la vez que el grueso del ejército penetraba en masa al valle de Putaendo, y verificar ambas su junción en el punto indicado de antemano.

Los errores de Marcó—previstos por el astuto invasor,—contribuían á este éxito, tanto como las hábiles combinaciones estratégicas del plan de campaña. Completamente á ciegas respecto de los planes de San Martín, sin plan ninguno él mismo, y llamada fuertemente su atención hacia el sur, persistía en el absurdo propósito de atender á todas partes, presentándose débil en todas, con un ejército veterano de más de 5.000 hombres disciplinados, además de las milicias movilizadas. Sus fuerzas estaban esparcidas en una extensión de 934 kilómetros, de tal manera que, aun para plegar sus alas sobre el centro, necesitaba por lo menos cuatro días, y para reforzar su flanco izquierdo no menos de ocho. Tenía un batallón aislado en Concepción, otro en Chillán, medio batallón en Talca, algunas compañías destacadas sobre Rancagua en observación del paso del Portillo, y su mejor cuerpo de

caballería, los húsares de Barañao, estaban en San Fernando á 208 kilómetros de Santiago, donde permanecía la artillería con 16 piezas de campaña y el resto de sus tropas. El mejor partido que pudiera haber adoptado, habría sido reconcentrarse en la capital y esperar con fuerzas superiores el ataque; pero sin resolución ni idea, todo su conato era reservarse un camino de escape. «Si me reduzco á la capital, decía él »mismo, puedo ser aislado, y perdida la comunica»ción con las provincias y Valparaíso, me quedo sin »retirada.» Este era el contendor del general de los Andes.

A las 2 de la tarde del mismo día 8 de febrero en que el capitán general de Chile no atinaba á darse cuenta ni á dónde debía acudir ni reconcentrarse, el grueso del ejército argentino ocupaba el pueblo de San Antonio de Putaendo. A esa misma hora, Las Heras era dueño de Santa Rosa de los Andes. Los dos valles estaban dominados por los invasores, y sus cabezas de columnas convergían por diversos caminos cerrando el anillo estratégico en el punto matemático de Chacabuco. Va á verse cómo se había ejecutado este movimiento convergente.

Posesionados Arcos y Lavalle de las Achupallas, su situación era crítica, pues de un momento á otro podían ser cargados por fuerzas superiores. Soler en persona acudió rápidamente en su sostén con la escolta del general en jefe mandada por el comandante Mariano Necochea, los escuadrones 3.° y 4.° de Granaderos, y las cinco piezas de montaña, ordenando á la infantería forzara sus marchas y á la división de reserva acelerara las suyas para acortar la distancia. El 6, la vanguardia se hallaba reunida en las primeras planicies de Putaendo y montada su artillería, avanzaba hasta San Andrés del Tártaro (21 kilómetros de

las Achupallas), y desprendía toda su caballería en la prolongación del valle, disponiendo que Necochea con la escolta del general, compuesta de 110 jinetes, se situara sobre la villa de San Felipe. Atero, que había retrogradado de Santa Rosa sobre San Felipe, se adelantó con sus 700 hombres al encuentro de Necochea, y en la madrugada del 7 ambas fuerzas estaban frente á frente.

Marchaba Atero hacia el este por el camino real, que es un desfiladero limitado por el río Putaendo y el contrafuerte que lo separa del valle de Aconcagua, y ocupó con su infantería y artillería los cerros de las Coimas, que forman un ángulo saliente dominando la llanura en que se asienta la villa de San Antonio. El jefe argentino, aparentando un temor, que justificaba su fuerza relativamente inferior en número, emprendió su retirada por el camino, cubriendo su retaguardia con dos guerrillas sobre los flancos, con el objeto de sacar al enemigo de sus fuertes posiciones y atraerlo al llano donde la caballería pudiese jugar con ventaja.

El jefe español, por su parte, engañado por esta estratagema, se adelantó con 300 jinetes, cubiertos por una línea de tiradores, dejando su infantería y artillería en las Coimas, y así que se hubo separado algunos centenares de metros de su reserva, se vió improvisadamente acometido en su avance. Necochea que había dividido su escuadrón en tres secciones, tomando el mando de la del centro, dió el de la derecha al capitán Manuel Soler, y el de la izquierda, emboscada detrás de un rancho á su ayudante Angel Pacheco. Los granaderos dieron vuelta caras sobre la marcha y cargaron de frente en perfecto orden, sable en mano sin disparar un tiro, al toque de á degüello de los clarines, mientras su emboscada arrollaba por el flanco

derecho la línea de tiradores realistas, y los echaba sobre su reserva, en que introdujeron el desorden. Media hora duró el combate: la línea realista fué rota en varios puntos á la vez, y obligada á replegarse en dispersión hasta el pie de los cerros al amparo de los fuegos de sus cañones, dejando en el campo 30 muertos, 4 prisioneros y algún armamento.

El golpe decidía la campaña preliminar del paso de los Andes. El coronel Atero se replegó en derrota sobre San Felipe, llevando sus heridos, pasó al sur del río de Aconcagua inutilizando el puente, y dió por perdida toda la provincia. El pánico se difundió en ambos valles, y los derrotados de las Coimas, contaban despavoridos, que habían sido acuchillados por unos hombres muy altos, muy jinetes, con unos sables tan largos y tan afilados, que ni toda la caballería de Chile habría podido detener su empuje. Todos los habitantes de los valles aconcagüinos se pronunciaron en masa por los libertadores, y los realistas en sus marchas y contramarchas no encontraban un solo habitante que les proporcionara recursos, ni siquiera les diese aviso de los movimientos de los invasores.

Mientras tanto Las Heras entraba en triunfo en Santa Rosa y se apoderaba de los depósitos de armamentos, municiones y víveres abandonados en su fuga por los realistas. Al día siguiente (9 de febrero), los zapadores restablecían el puente del Aconcagua, el grueso del ejército pasaba por él, y á órdenes de Melián se adelantaba un escuadrón de granaderos hasta la cuesta de Chacabuco donde se encontraba con las avanzadas de caballería de Las Heras. El parque y la artillería conducida por Beltrán, descendía simultáneamente por las pendientes de Uspallata, sin pérdida de un solo cañón, aunque de las 10.000 mulas

sólo llegaron 4.000, y los caballos, reducidos á la tercera parte, se encontraban en muy mal estado.

La reconcentración del ejército de los Andes estaba operada en el llano al occidente de la cordillera, en los días pronosticados por San Martín dos semanas antes (el 24 de enero). Al mismo tiempo, y en el mismo día, el sur y el norte de Chile estaba reconquistado. La combinación estratégica desenvuelva sobre un frente de 2.100 kilómetros, efectuóse matemáticamente á hora fija, según las previsiones de su hábil ordenador.

Estos hechos respondían á las palabras con que había abierto la campaña en la proclama que dirigió á los chilenos al transmontar los Andes, en consonancia con las instrucciones de su gobierno: «El ejército »de mi mando viene á libraros de los tiranos que opri»men este precioso suelo. Me enternezco cuando me»dito las ansias recíprocas de abrazarse tantas fami»lias privadas de la felicidad de su patria, ó por un »destierro violento ó por una emigración necesaria. »Vosotros podéis acelerar ese dulce momento, prepa»rándoos á cooperar con vuestros libertadores, que re»cibirán con la mayor cordialidad á cuantos quieran »reunírseles para tan grande empresa. La tropa está »prevenida de una disciplina rigurosa y el respeto que »debe á la religión, á la propiedad y al honor de todo »ciudadano. No es de nuestro juicio entrar al examen »de las opiniones. Yo os protesto por mi honor y por »la independencia de nuestra cara patria, que nadie »será repulsado al presentarse de buena fe. Se casti»gará con severidad el menor insulto. Me prometo que »no se cometerá ninguno bajo las banderas america»nas, y que se arrepentirá tarde y sin recurso el que »las ofenda. Estos son los sentimientos del gobierno »supremo de las Provincias Sudamericanas que me

»manda, desprendiéndose de una parte principal de »sus fuerzas, para romper las cadenas ensangrenta»das que os ligan al carro infame de los tiranos: son »los míos y los de mis compañeros en la campaña. »Ella se emprende para salvaros ¡ chilenos generosos! »corresponded á los designios de los que arrostran la »muerte por la libertad de la patria.—San Martín.»

Si algún legítimo orgullo experimentó ante estos resultados, por él preparados y previstos, nadie lo ha sabido. Limitóse á dar oficialmente cuenta del hecho en términos sencillos, enumerando los obstáculos del camino: «El tránsito sólo de la sierra ha sido un triun»fo, moviéndose la mole de un ejército con las sub»sistencias para casi un mes; armamentos, municio»nes y demás adherentes para un camino de cien le»guas, cruzando eminencias escarpadas, desfiladeros, »travesías, profundas angosturas, y cortado por cua»tro cordilleras, donde lo fragoso del suelo se disputa »con la rigidez de la temperatura: pero si vencerla ha »sido una victoria, no lo es menos haber cooperado á »escarmentar al enemigo.» En seguida recomendaba en primer lugar á Soler, así como á O'Higgins y Las Heras, «á cuyos conocimientos y acertadas disposicio»nes se debían especialmente las ventajas obtenidas; »el mérito del comandante Necochea, mayor Martínez »(Enrique), ingeniero Arcos, capitán Soler, ayudante »Pacheco y teniente Lavalle.» En cuanto á él personalmente se limitaba á decir:» «Mañana salgo á cubrir »la sierra de Chacabuco y demás avenidas de Santia»go. Descanse V. E. que mi conducta se ajustará en »un todo á las instrucciones de esa suprema autori»dad.» Su ecuanimidad no pasó desapercibida para sus contemporáneos. La prensa argentina, al dar cuenta de sus triunfos, decía: «Admirarán unos el valor »de las tropas ó el arrojo de los oficiales que más se

»han distinguido; otros ensalzarán el tino, la reserva »y la astucia del general; pero nada es tan glorioso »como su moderación.»

Otros cuidados que los de la propia gloria, ocupaban su ánimo. La caballería estaba casi á pie; el tiempo urgía, y era indispensable ganar de mano al enemigo antes que se reconcentrase. Para alcanzar todos los resultados que buscaba, necesitaba no perder un solo día, y prepararse á la batalla pronosticada para el día 15 de febrero, en que según sus cálculos todo quedaría decidido en el punto matemático marcado en el plano, que á la sazón indicaba como una simple etapa. Así terminaba diciendo: «A mi pesar »no puedo seguir al enemigo hasta Santiago hasta »dentro de dos días, término que creo suficiente para »recolectar cabalgaduras en que movernos, y poder »operar, pues sin este auxilio nada puede practicarse »en grande. El ejército ha descendido á pie. Mil dos»cientos caballos para maniobrar con ellos, no obstan»te las herraduras y otras precauciones, han llegado »inútiles, tan áspero es el paso de la sierra; pero ya »Chile se apresura á ser libre, y la cooperación de »sus buenos hijos recrece por instantes.» Reunidos algunos caballos en el valle de Aconcagua, decía en oficio posterior: «En esta situación, me resolví á mar»char sobre los enemigos y la capital con la rapidez »posible, y atacarlos en cualquier punto que los en»contrase, no obstante no haber recibido aún mi ar»tillería de batalla.»

XII

El juicio de la posteridad americana es unánime respecto de la trascendencia del paso de los Andes por San Martín, así como gran operación de guerra ofensiva, cuanto por la influencia que tuvo en el éxi-

to final de la lucha de la emancipación del nuevo mundo meridional, y su mejor comentario son sus resultados. Por eso, sólo haremos mención de los juicios que los adversarios y los extraños han pronunciado á su respecto, considerándolo militar y científicamente en sus relaciones con el arte de la guerra y la historia general.

Uno de los más célebres historiadores universales de la época moderna (Gervinus) que, como se dijo antes, ha desconocido el carácter moral de San Martín, extraviado por documentos malos é incompletos, no puede menos de poner de relieve su gran figura dentro de su vasto cuadro, guiado por sus líneas fundamentales, al reconocer la trascendencia de sus acciones, y especialmente la del paso de los Andes, como empresa inicial de guerra ofensiva, que sintetiza en estos términos: «En 1814, dice, se había perdido Chile, al mismo tiempo que Montevideo fué tomada después de una lucha de cuatro años. Este acontecimiento vino á formar el momento crítico, tan señalado en la fortuna de los patriotas. La revolución toma la ofensiva, ataca á la madre patria y penetra como conquistadora en la España misma. Desde ese momento la fortuna cambia, y los acontecimientos, prevaleciendo al fin sobre la potencia de la España en las colonias, reacciona á su vez de una manera decisiva sobre la metrópoli y extiende su influencia de la periferia al centro. Todos los acontecimientos hasta 1814, no habían podido hacer salir á la América de su posición pasiva, ni desalojar á la España de su posición ofensiva. El paso de San Martín á Chile (1817), ejecutado por un hombre cuyo espíritu de cálculo era muy superior á todos los jefes de revueltas, así en España como en América, que sólo fundaban el éxito de su causa en la suerte

»ó el acaso, dió súbitamente otra fuerza de impulsión »y de acción á los acontecimientos de la América. Es»te hecho dió, como primera consecuencia, la invasión »de Bolívar á la Nueva Granada y la fundación de »Colombia (1819). Además, fué el preludio del arma»mento que iba á vencer al Perú, conservado por tan»to tiempo por la España. Ultimamente, por las im»pulsiones que dió más allá del Océano á la España »misma, hizo estallar la revolución de 1820, que reac»cionando á su vez sobre Méjico, anonadó en su últi»mo baluarte la dominación ejercida por la España »sobre la América Continental. Sólo la certidumbre »del primer golpe podía asegurar el éxito de la empre»sa, y San Martín, para conseguirlo, se puso á la obra »con una habilidad consumada. No debía esperar en »un ataque abierto vencer á las fuerzas chilenas, do»blemente superiores á las suyas, teniendo además »que atravesar los Andes, donde podía ser fácilmen»te detenido por un pequeño número de tropas, y con»cibió una serie sistemática de jugadas de ajedrez, »que confundieron á sus enemigos. Su ejército sopor»tó de la manera más valerosa el paso extremadamen»te difícil y lleno de peligros de la alta cordillera.»

Un escritor militar español, y por lo tanto adversario nacional de San Martín—á quien llama «terrible campeón de la independencia americana»,—ha dicho, juzgando el paso de los Andes: «es uno de los más gloriosos que ha visto el mundo,» y lo coloca entre las operaciones en que el teatro de la guerra «es á la vez cordillera y desierto.» Napoleón establece en sus Memorias de Santa Elena que las naciones tienen tres clases de fronteras protectoras: los mares ó ríos, las montañas y los desiertos, y que estos últimos son los más difíciles de vencer. En el paso de los Andes se reunían estas dos dificultades, que se-

gún el escritor citado, levanta por el solo hecho de vencerlas al ejército que lo ejecutó, «un monumento de gloria inmórtal.» Aun cuando el autor de la obra militar de que extractamos este juicio, no se muestre muy conocedor de la topografia del país y de la historia circunstanciada de la expedición, vese que la ha comprendido en sus grandes lineamientos. He aquí un rasgo con que la sintetiza y que revela la admiración del soldado á la par de la simpatía humana: «El carácter, la constancia, dice, y el buen ejemplo »que daba el general, que era el primero en la fati»ga y el sufrimiento, y que sostenía y celaba con in»teligencia la moral del soldado, pudieron llevar á fe»liz éxito tan atrevida empresa, y por fin después de »andar veintitrés días, el ejército republicano se pre»sentó como llovido del cielo al otro lado de las mon»tañas entre los dos cuerpos españoles. La victoria »no podía ser dudosa.» La compara después como operación propia de la gran guerra, con el paso de los Alpes réticos de Macdonall por los Grisones en 1800, colocándolo en primera línea como dificultad vencida. Acentúa el significado de este juicio de un adversario, la circunstancia de que el libro de que es tomado, está consagrado al arte militar, teóricamente considerado, con el objeto de ofrecer lecciones al ejército español, y es dedicado á uno de los primeros generales de la España moderna, argentino de nacimiento, pero servidor fiel de la causa de su patria adoptiva.

Los historiadores españoles de la revolución americana, que la han considerado del punto de vista de sus pasiones é intereses nacionales, no pueden menos que hacer justicia á esta gran operación, reconociendo el genio del general que la concibió y ejecutó. Torrente, el más parcial de todos, dice, refiriéndose á

lla: «San Martín nada ignoraba de lo que sucedía en»tre los realistas; su correspondencia con los descon»tentos de Chile iba haciendo los más rápidos progre»sos en la opinión; su osadía crecía en razón directa »del desaliento del enemigo que iba á combatir. El »plan que tenía adoptado era el más seguro para dar»le la victoria, y el darle ejecución con tanta rapidez »y felicidad, le hicieron adquirir un lugar distingui»do en el templo de la fama revolucionaria.» El general Camba, actor en la guerra hispano-americana bajo la bandera española en el Perú, y juez competente, le tributa sin reserva leal homenaje en términos tan preciosos como imparciales: «La pérdida del »reino de Chile, dice, fué un suceso de inmensa tras»cendencia, fatal para las armas españolas. Sabíase »que hacía tiempo organizaba el general San Martín »un ejército con este objeto en Mendoza, á la banda »oriental de la cordillera de los Andes. Las tropas »realistas componían entonces una fuerza de 7.000 »hombres; pero el astuto enemigo supo distraer de »tal modo la atención del general Marcó del Pont, »que lo hizo incidir en el gravísimo error de preten»der cubrir una línea de muchas leguas de extensión, »quedando por consiguiente débil en todas sus partes. »Obtenido este deseado resultado, se puso San Martín »en marcha con 4.200 hombres de línea y 1.200 mili»cianos. La imparcialidad exige confesar, que la pron»ta organización de su ejército en Mendoza, con las »dificultades que ofrece el país, la invasión de Chile »y su entendida ejecución, recomiendan el mérito de »San Martín.»

Los escritores militares alemanes de la escuela de Federico, en una época (1852) en que buscaban en la historia ejemplos que representar como lecciones á su ejército, consideraron digno el paso de los Andes de

ser estudiado como un modelo, deduciendo de él enseñanzas nuevas para la guerra. «La poca atención, »decían, que en general se ha prestado al estudio de »la guerra en la América del Sur, hace más interesante la marcha admirable que el general San Martín efectuó á través de la cordillera de los Andes, «tanto por la clase de terreno en que la verificó, como »por las circunstancias particulares que la motivaron. »En esta marcha, así como en la de Swarof por los Alpes y la de Perofski por los desiertos de la Turannia, »se confirma más la idea, de que un ejército puede »arrostrar toda clase de penalidades, si está arraigada »en sus filas como debe, la sólida disciplina militar. »No es posible llevar á cabo las grandes empresas, »sin orden, gran amor al servicio, y una ciega confianza en quien los guía. Estos atrevidos movimientos en los caudillos que los intentan, tienen por causa la gran fuerza de voluntad, el inmenso ascendiente sobre sus subordinados, y el estudio concienzudo »que deben practicar sobre el terreno donde han de »ejecutar sus operaciones para adquirir un exacto conocimiento de las dificultades que presente, y poderlas aprovechar en su favor, siendo su principal y útil »resultado, enseñarnos, que las montañas, por más »elevadas que sean, no deben considerarse como baluartes inexpugnables, sino como obstáculos estratégicos.»

Bien que el autor alemán incurra en algunos errores históricos y topográficos de detalle, el relato que de la expedición hace es correcto en su conjunto, y ofrece una página de arte militar tan interesante é instructiva, como honrosa para el héroe de ella, cuyo retrato perfila, reconociéndole «gran talento, mucho »valor y conocimientos militares muy superiores, y »ser el más terrible antagonista de los españoles, por

»su constancia, su perspicacia y gran actividad.» Este autorizado juicio de una de las primeras escuelas militares del mundo, ha sido confirmado por la misma España, á quien San Martín venció, al traducirlo del alemán é insertarlo en su más acreditada revista facultativa, vulgarizándolo en el mundo del habla española para enseñanza de sus ejércitos.

El paso de los Andes por San Martín está colocado por la historia y por la ciencia á la altura de los cuatro más célebres pasos de montaña que recuerde el mundo, y ocupa el tercer lugar en el orden cronológico. Fué la renovación de la campaña de Aníbal con las mismas proyecciones continentales, al través de las montañas de tres naciones, surcando además mares, como Alejandro, y venciendo mayores dificultades en su largo trayecto. Fué más metódicamente y con mayor seguridad, la renovación del famoso paso del Saint-Jean por Bonaparte. Sin pretender comparar el genio inspirado y enciclopédico del primer capitán del siglo con el genio concreto del primer capitán americano, debe decirse en verdad, que teniendo el de San Martín todas sus previsiones, sus aciertos y su completo éxito final, no cometió ninguno de los errores técnicos, estratégicos ó tácticos del gran maestro, ni en los medios de conducción de su material, ni en el paso de la montaña, ni en la distribución ó concentración de sus tropas, errores que en el admirable plan de campaña del primero son meros lunares, que su genio corregía en el campo de la acción. Y si se comparan los medios de que uno y otro disponían, justo es dar la prioridad de las dificultades vencidas, al que con menos hombres y menos recursos supo allanarlas en la región andina, y predecir con más certidumbre el día y el sitio de la victoria dejando de ello pruebas irrecusables, de más valor histórico que la anécdota dudosa

que la tradición complaciente ha prestado como falsa hoja de laurel de la corona napoleónica, en contradicción con las peripecias de la campaña alpina no previstas, como la historia misma lo comprueba.

Si el paso de los Andes se compara como victoria humana, con los de Aníbal y Napoleón, movido el uno por la venganza y la codicia, y el otro por la ambición, se verá, que la empresa de San Martín, grande militarmente en sí, aun poniéndola más abajo como modelo clásico, es más trascendental en el orden de los destinos humanos, porque tenía por objeto y por móvil la independencia y la libertad de un mundo republicano, cuya gloria ha sido y será más fecunda en los tiempos que las estériles jornadas de Trebia y de Marengo. Por eso, el único paso de montaña comparable bajo este aspecto con el de los Andes meridionales por San Martín, aunque sea una de sus consecuencias, es el de Bolívar dos años después (año de 1819), al través de los Andes ecuatoriales, que dió por resultado la victoria americana de Boyacá (1819), complemento de la de Maipú (1818), y la reconquista de Nueva Granada, complemento de la de Chile al sur (1817). Igualmente fecundos y decisivos ambos, y memorables como operación de guerra, el del libertador colombiano tiene las largas proyecciones instintivas del genio, aunque sin las admirables previsiones y la correcta regularidad de la combinación estratégica del general argentino, representando ambos una victoria humana; pero corresponde especialmente á San Martín la gloria inicial de haber dado con su paso de los Andes la primera gran señal de la guerra ofensiva en la lucha de la emancipación sudamericana, legando á la historia militar del nuevo y viejo mundo, la lección más acabada en su género.

CAPITULO XIV

Chacabuco

1817

Situación del ejército argentino después del paso de los Andes.—Reconcentración de las columnas invasoras en el punto estratégico de Chacabuco.—Descripción de la cuesta de Chacabuco.—Plan de batalla de San Martín.—Errores de Marcó.—Los realistas se reconcentran en Chacabuco.—Marcha de avance del ejército argentino.— Movimiento del ala izquierda argentina.—Disposiciones defensivas de los realistas.—Primeras peripecias de la batalla.—Movimiento del ala derecha.—Batalla de Chacabuco.—Juicios acerca de ella.—Su importancia histórica y política.—Sus consecuencias inmediatas.—Tres almas intrépidas.—Establecimiento del gobierno nacional de Chile.—San Martín y Marcó.—Humoradas de vencedor.—La corona cívica del vencedor de Chacabuco.—Nuevos planes militares.—La logia de Lautaro.—Origen de la biblioteca de Santiago de Chile.—Chacabuco primera etapa continental.

I

Situado el grueso del ejército en San Felipe el día 8 de febrero, y dueño de las dos cabezas de su puente, al mismo tiempo que la división de Las Heras se posesionaba de Santa Rosa, el valle de Putaendo quedaba cubierto, y dominado todo el de Aconcagua, concurriendo simultáneamente ambas columnas al punto estratégico de Chacabuco, ocupado ya por las avanzadas, donde debía operarse su reconcentración general para emprender operaciones decisivas. Al iniciar este movimiento convergente, San Martín pidió á sus agentes secretos de Santiago noticias circunstanciadas de la situación del enemigo, y despachaba á su baquiano de confianza, Justo Estay, campesino chileno, dotado

de sagacidad y golpe de vista, con el objeto de observar sus movimientos, recomendándole regresar antes del tercer día. El 9, la columna principal que había invadido por el camino de los Patos, pasó al sur del río Aconcagua, por el puente de San Felipe, según queda explicado. El 10, todo el ejército invasor estaba reunido al pie de la cuesta de Chacabuco. Del otro lado estaba el campo destinado á ser memorable en los fastos americanos.

En los días 10 y 11, los ingenieros Arcos y Alvarez Condarco se ocuparon, con arreglo á las instrucciones del general, en levantar un croquis de la serranía, protegidos por guerrillas de infantería y caballería, que, á cargo de oficiales expertos, y conducidos por buenos guías del país, practicaron un reconocimiento prolijo de sus quebradas y de los caminos que conducían á la cumbre. El día 11, regresó Estay con las contestaciones de los agentes secretos, que transmitían las órdenes reservadas expedidas por Marcó, copiadas en su misma secretaría. El astuto mensajero había visitado los cuarteles de los realistas en la capital, y disfrazado de roto, pudo contar, uno por uno, el día 9, al pasar el puente de Santiago sobre el Mapocho, los soldados en marcha hacia Chacabuco. En posesión de estos conocimientos, San Martín convocó una junta de generales y jefes de cuerpo, con el objeto de acordar el plan de la próxima batalla. Una breve descripción del terreno dará su clave.

La serranía de Chacabuco, sobre la cual estaba calcado el plan, es un cordón transversal de altas montañas, que se desprende de los macizos contiguos de Uspallata y de Tupungato de la gran cordillera en dirección al oeste, y se prolonga hasta la costa del mar, midiendo su cumbre 1280 metros de elevación. En su promedio está situada la cuesta, que se desenvuelve

en suaves planos inclinados por la parte del norte en una extensión de seis kilómetros, siendo más largo y más áspero el descenso por la parte sur. Como á cinco kilómetros antes de llegar á la cumbre, el camino se bifurca en dos senderos, que forman ángulo agudo. El de la izquierda, que es el más corto y más recto, pero más pendiente, conduce á la llamada «Cuesta vieja»—que era entonces el camino real, y hoy es de herradura,—y que desde aquel día se denominó «Quebrada de los cuyanos.» El otro, situado más al oeste, conduce á la «Cuesta nueva», que es actualmente el camino carretero, y que en aquella época era poco conocido. Ambos caminos desembocaban en el llano opuesto de Chacabuco con intervalo como de 2.500 metros. Desde su mayor altura, coronada de bosquecillos de quillay, árbol siempre verde, que á la distancia semejan grupos de laureles, se domina un vasto y pintoresco panorama. A su pie se extiende la planicie que comienza entre las quebradas del este de Chacabuco, y se prolonga como 12 kilómetros hacia el sur en dirección á Santiago hasta el portezuelo del cordón de Colina, que lo limita. Hacia el oriente, se levanta la gran cordillera con sus estupendos nevados entre el Aconcagua y el Tupungato, en cuyo fondo iluminado, al nacer y ponerse el sol, se funden con rico colorido todas las medias tintas transparentes del iris, desde el rosicler encendido de la aurora hasta el verde pálido del ocaso, bajo uno de los cielos más bellos del mundo. Al occidente, negras y agrestes, se prolongan las montañas achatadas que forman la continuación del crestón de Chacabuco hasta unirse con la cordillera marítima.

Con el croquis de los ingenieros por delante, San Martín abrió la junta de guerra (11 de febrero), comunicando las noticias transmitidas por sus espías

y agentes, y expuso que, aun cuando según sus cálculos había pensado dar la batalla el día 14, los conocimientos adquiridos lo decidían á librarla en el siguiente día, sin esperar el resto de su artillería, á fin de aprovecharse de la división de las fuerzas enemigas y no darles tiempo á reconcentrarse en Chacabuco, donde debían ser infaliblemente batidas. En seguida desenvolvió su plan, tan sencillo como seguro, que consistía, á la manera del paso de los Andes, pero con proyecciones tácticas más precisas, en la marcha paralela y convergente de dos columnas que debían atacar simultáneamente por el frente y el flanco la posición ocupada por el ejército realista, cortando á la vez su única retirada.

Con arreglo al plan acordado, el ejército se dividió en dos cuerpos, que maniobrarían siguiendo los dos caminos indicados. El de la derecha, dirigido por Soler, se compuso de los batallones números 1 y 11, dos compañías de granaderos y cazadores del número 7.° y 8.° á cargo del comandante Anacleto Martínez y mayor Lucio Mansilla, el escuadrón Escolta de Necochea y el 4.° de granaderos del comandante Manuel Escalada, con siete piezas de montaña, sumando un total de 2.100 hombres. La izquierda, fuerte como de 1.500 hombres á las órdenes de O'Higgins, formóse con el grueso de los batallones 7.° y 8.°, los escuadrones 1.°, 2.° y 3.° de granaderos y dos piezas de montaña.

La misión encomendada á la columna de la izquierda, era descender por el camino de la Cuesta vieja, amagar el frente del enemigo, sin comprometer acción formal, mientras la de la derecha ocupaba el plano y caía sobre su flanco izquierdo y su retaguardia, concurriendo entonces simultáneamente ambas sobre la posición atacada. La batalla estaba seguramente ganada de antemano según esta combinación

II

La avanzada del ejército realista cerraba la cumbre y el paso del camino de la Cuesta vieja, situada en posiciones ventajosas, que, bien defendidas, podían detener la marcha de un ejército; pero había descuidado la vigilancia del camino de la Cuesta nueva por su izquierda, sin sospechar el ataque que le iba por esa parte. El coronel Atero, al evacuar el valle de Aconcagua, después del combate de las Coimas, se había replegado con sus restos por el camino de la Cuesta y situádose con ellos en Chacabuco (7 de febrero), desde donde dió parte de sus derrotas á Marcó con aires de triunfador y pidiendo protección.

El presidente de Chile, desalentado con la noticia de la pérdida de Aconcagua, que recibió el 8, despachó órdenes en todas direcciones con el objeto de concentrar sus fuerzas diseminadas, pero sin trazarse ningún plan de operaciones. Lo único que se le ocurrió fué expedir un bando, ofreciendo á sus soldados veinte pesos por cada muerto y doce por cada prisionero enemigo que hiciesen. En seguida dirigió una proclama á sus tropas, desmoralizadas por la noticia de la invasión y de los recientes reveses, diciéndoles: «Corred »al campo y sostened la gloria que os animó antes. »Si mi presencia es necesaria, no la excusaré, y con »mi persona substituiré la falta del guerrero que glo»riosamente acabe.» Al mismo tiempo de publicar estos ridículos documentos, escribía secretamente al Gobernador de Valparaíso, remitiéndole su equipaje, «para que en caso desgraciado, que no lo espero, á »pesar de la maldita sublevación del reino, agregaba, »me haga el favor de embarcarlo, procurando salvar»lo á toda costa, para que esta canalla no se divierta

»á costa de Marcó.» En su aturdimiento, y reconociéndose incapaz de ponerse al frente de sus tropas en campaña, había olvidado nombrar un general en jefe del ejército, y sólo dos días después, en la tarde del 10 de febrero, encomendó este cargo al brigadier Rafael Maroto (tan equívocamente famoso después del convenio de Vergara), á la sazón jefe del feroz regimiento de Talavera, dándole orden de acudir presurosamente al punto amenazado, sin más instrucciones.

El instinto hubiese aconsejado á cualquier otro director de la guerra menos inepto ganar tiempo para la reconcentración de sus fuerzas, efectuar ésta á la mayor distancia posible del enemigo y en el centro de sus recursos, y de este modo, acortar las marchas de sus divisiones esparcidas, poniendo de su parte mayores probabilidades de resistencia, ya que no de triunfo. Lejos de esto, brindó á su adversario todas las ventajas al salir á su encuentro con menos de la mitad de sus fuerzas, ahorrándole las marchas que él doblaba en el avance, y esto mismo sin plan y sin esperanza siquiera de poder contrarrestar la invasión. El resultado habría sido el mismo, porque el plan del paso de los Andes había decidido de un golpe el éxito de la campaña; pero al menos la partida se hubiera jugado en condiciones menos desventajosas para las armas realistas. Así es que, cuando el brigadier Maroto llegó al campamento de Chacabuco, sólo encontró reunidos allí, además de Talavera, el batallón veterano de Chiloé, tres destacamentos de infantería de Concepción, Valdivia y Voluntarios de Chiloé, traídos por el intrépido Elorreaga, que desde Coquimbo había acudido á buscar su sepulcro, y los escuadrones de carabineros de Abascal, Dragones de Penco y restos de la caballería de Atero, mandados por Quintanilla, con cinco piezas de artillería servidas por 120 artille-

ros, únicas que en el momento del peligro pudieron moverse. Todas estas fuerzas apenas alcanzaban á 2.000 hombres, de los cuales 1.400 á 1.500 de infantería y 400 á 500 de caballería. Aunque eran las mejores tropas con que contaba el ejército realista, mandadas por sus mejores jefes, estaban destinadas fatalmente á la derrota, así por las hábiles combinaciones del general argentino, cuanto por su debilidad numérica, su desánimo y la situación peligrosa en que se hallaban colocadas.

El brigadier Maroto llegó á Chacabuco el día 11, antes de ponerse el sol, y estableció su cuartel general en las casas de la hacienda. Sin conocimiento del terreno, de las tropas que iba á mandar ni de las posiciones y fuerzas del enemigo, se adelantó á practicar un reconocimiento de la cuesta, en cuya cumbre estaba situada su vanguardia, reforzando esta posición con las mejores compañías del Talavera y un grueso destacamento de caballería, con instrucciones de mantenerla hasta perder la mitad de su gente. El plan de Maroto era ocupar con todo su ejército la cumbre en la mañana del 12 y esperar allí la batalla, equilibrando así la inferioridad de sus fuerzas con la ventaja de la posición. Al mismo tiempo pidió refuerzos á Marcó, esperando contar con dos días más para prepararse convenientemente, los mismos que San Martín le había ganado ya.

Tal era la respectiva situación de los beligerantes á las 12 de la noche, en la víspera de la batalla de Chacabuco.

III

La noche era de luna. Al mismo tiempo que la vanguardia realista se acordonaba sobre la cumbre de la Cuesta vieja, el ejército argentino formaba al pie de

ella en el orden de batalla prescripto. Repartiéronse las municiones á razón de 70 cartuchos por hombre: los soldados abandonaron sus mochilas para marchar al combate con más desembarazo, y á las 2 de la mañana del 12 empezó á ascender la montaña en columna sucesiva. Al llegar á la bifurcación de los dos caminos antes indicados, la división de Soler tomó el de la derecha, precedida por el batallón de cazadores, y la de O'Higgins el de la izquierda (rumbo sur ambas), siguiendo el general en jefe á retaguardia de ellas con su estado mayor y la bandera de los Andes custodiada por el resto del batallón de artillería, cuyos cañones de batalla no habían llegado aún. Ya no era San Martín el sableador de Arjonilla ó de Bailén y San Lorenzo; ganaba las batallas en su almohada, fijando de antemano el día y el sitio preciso, y precisamente en ese mismo día estaba aquejado de un ataque reumáticonervioso que apenas le permitía mantenerse á caballo. Era su cabeza y no su cuerpo la que combatía.

La división de Soler se internó silenciosamente en los tortuosos desfiladeros de la derecha, cubierta por una larga cerrillada. La división de la izquierda trepó la cuesta, formada en columna. Una guerrilla del número 8, con su correspondiente reserva, cubría su flanco izquierdo por un sendero paralelo separado por una quebrada, con el doble objeto de llamar la atención y reconocer la posición enemiga á la vez que precaverse de un ataque de flanco. Un piquete de caballería exploraba los rodeos del camino, á fin de levantar las emboscadas en los recodos y descubrir si se habían construído fortificaciones. La guerrilla flanqueadora se posesionó de unas breñas inmediatas á la cumbre y rompió el fuego, que fué contestado por otra guerrilla que salió á su encuentro; pero apenas habían cambiado

algunos tiros, cuando inopinadamente apareció la cabeza de la columna de O'Higgins dando vuelta á un recodo á tiro de fusil, tocando los tambores á la carga. La vanguardia realista, que no esperaba el ataque, y que había visto la columna de la derecha argentina asomar por su flanco izquierdo al término de la cerrillada que hasta entonces la enmascaraba, y que á la vez se veía acometida por el flanco y la retaguardia, abandonó precipitadamente la posición sin pretender hacer resistencia. La cumbre fué coronada por los atacantes con las primeras luces del alba al son de músicas militares, y desde su altura pudieron divisar la vanguardia que se retiraba en formación cuesta abajo, y al pie de ella al ejército enemigo formado en la planicie de Chacabuco. El primer obstáculo estaba vencido, y la batalla se daría punto por punto, con algunas variantes, según las previsiones de San Martín.

El general realista, contando disponer de dos días más y recibir en este intervalo mayores refuerzos, se había movido en la madrugada de ese día de las casas de Chacabuco y establecido su línea á cinco kilómetros hacia el este, al pie de la Cuesta vieja. La marcha anticipada del ejército argentino y lo rápido y bien combinado del ataque no le dieron tiempo ni para ocupar la cumbre como lo había proyectado, ni para proteger siquiera su vanguardia que descendía en fuga, perseguida por la caballería argentina. Las disposiciones que tomó en tan crítico momento fueron acertadas, cooperando eficazmente á ellas el valeroso Elorreaga, que, según la tradición, fué el verdadero general en jefe. Tendió su línea de batalla plegada á la falda de los cerros opuestos á la serranía de Chacabuco, extendiéndose por su perfil, que se elevaba como una plataforma sobre el llano, protegida en parte

por tapiales y cercos de espinos, de manera de cubrir la bajada de la Cuesta vieja y dominar con sus fuegos el lecho de un estero como de 400 metros de ancho, por donde corría un arroyuelo que descendía de un profundo barranco del este. Apoyó su derecha en este barranco, que era invulnerable, donde estableció dos piezas de artillería que batían diagonalmente la boca de la quebrada de los Cuyanos, por donde debía asomar el ala izquierda argentina, y su izquierda en un mamelón escarpado que coronó de infantería. Entre estos dos extremos formó sus batallones en columnas cerradas, intercalando entre ellas sus tres piezas restantes. La caballería fué colocada á la retaguardia sobre el flanco izquierdo, y parte de ella en guerrillas para proteger la retirada de la vanguardia. En esta actitud esperó pasivamente, pero con firmeza, el ataque, no obstante el desaliento visible de su tropa de que él mismo participaba, aun antes de sospechar el movimiento de la columna que debía tomarlo por el flanco izquierdo y la espalda, cerrándole la retirada del valle. Eran las 9 de la mañana cuando la vanguardia realista, en fuga, pero no deshecha, alcanzó la planicie.

Al tiempo de coronar la cumbre el ala izquierda argentina, los tres escuadrones de granaderos mandados por el coronel Zapiola tomaron la vanguardia y picaron la retirada de los realistas, sosteniendo un fuerte tiroteo; pero lo escabroso del terreno no permitía á la caballería maniobrar con ventaja, y su avance hubo de ser lento, de manera que sólo pudo llegar á la boca de la quebrada á eso de las 10 de la mañana, cuando la división de O'Higgins se hallaba todavía á media cuesta. La boca de esta quebrada, que da acceso á la parte más estrecha del valle de Chacabuco, se desenvuelve en un suave plano inclinado

al tocar el llano, y está flanqueada por un elevado cerro al este y por un morro destacado al oeste, que desde entonces se llamó de «Las tórtolas cuyanas.» Si los enemigos hubiesen ocupado esta fuerte posición, habrían dificultado la marcha de O'Higgins; pero el avance de los granaderos no les dió tiempo para ello, aunque lo intentaron. En un principio destacaron una guerrilla sobre el morro del oeste ó de las Tórtolas, que puede contornearse por barrancos que son como caminos cubiertos; pero fué contenida por una compañía dispersa de tiradores, mientras un escuadrón impedía el aproche del cerro del este y los dos escuadrones restantes ocupaban el espacio intermedio. En ese momento las dos piezas situadas sobre la derecha realista, rompieron un vivo fuego á bala, y el coronel Zapiola, considerando inútil exponer su tropa á descubierto, tomó una posición más segura á retaguardia. Eran las 11 de la mañana. En ese momento llega el ala izquierda con O'Higgins á su cabeza, ocupa á paso de trote la boca de la quebrada y despliega en línea de masas sus batallones dejando en reserva los granaderos plegados en columna. Este fué el preliminar de la batalla.

IV

O'Higgins, al ver retirarse la vanguardia realista perseguida por los granaderos, pidió autorización para esforzar la persecución, á fin de impedir se reorganizase al pie de la cuesta, y el general se la dió, pero recomendándole que no empeñase la acción, pues su papel era meramente concurrente y sólo debía comprometerla cuando la columna de Soler hubiese ejecutado el movimiento decisivo que le estaba asignado. O'Higgins era un héroe en el combate, pero carecía de las

cualidades del general y de la sangre fría de un jefe divisionario, estando además animado de pasiones tumultuosas que lo precipitaban, como él mismo lo ha dicho disculpándose; así es que, arrastrado por el movimiento impetuoso que imprimió á sus tropas, olvidó lo acordado en la junta de guerra y las prevenciones del general en jefe, y tomó imprudentemente la ofensiva no obstante la inferioridad numérica de su fuerza.

Apenas la columna de infantería argentina hubo pisado el último plano de la Cuesta-vieja, desplegó su línea sobre la boca de la quebrada, según queda explicado. En seguida se adelantó hasta el llano buscando campo para desplegar, y trabóse inmediatamente un combate de fuegos de posición á posición dentro del tiro de fusil, que se prolongó por más de una hora. A las primeras descargas cayó muerto Elorreaga, que mandaba el ala derecha del ejército realista y que constituía su nervio, experimentando por su parte algunas pérdidas los argentinos. La acción estaba parcialmente empeñada, y el ataque concurrente se convertía en principal, pero sin prometer un resultado inmediato. La situación era crítica, pues, si la retirada tenía sus peligros, el avance era temerario, y cuando menos inútil aun triunfando, pues, según el plan combinado, los realistas estaban irremisiblemente perdidos desde que habían aceptado la batalla dentro de un recinto sin retirada. Si el general español hubiese tenido iniciativa, habría podido llevar en aquel momento un ataque ventajoso; pero se limitó á amagar débilmente los flancos de su contrario con guerrillas que fueron rechazadas, sosteniendo pasivamente el fuego de fusil y de cañón. Por su parte, O'Higgins, con sus instintos heroicos, y deseoso tal vez de decidir por sí solo la victoria sin el concurso de

Soler con quien estaba enemistado, ordenó el avance repitiendo las históricas proclamas del Roble y de Rancagua: «¡Soldados! ¡Vivir con honor ó morir con gloria!! ¡El valiente siga! ¡Columnas, á la carga!» Los tambores dieron la señal con el toque estremecedor de calacuerda, y lanzóse á paso acelerado en columnas de ataque con 900 bayonetas, de los batallones 7.° y 8.° mandados por Conde y Cramer contra 1.500 infantes bien posesionados y sostenidos por artillería, ordenando á Zapiola que con los granaderos procurase penetrar por su derecha sobre la posición enemiga.

Los batallones argentinos marcharon valerosamente á la carga sin disparar un tiro, inflamados por las palabras y el ejemplo del general; pero antes de llegar á la falda de los cerros que ocupaban los enemigos, encontráronse con el obstáculo del arroyo que baja del barranco en que éstos apoyaban su derecha, á la vez que las piezas situadas en este punto los tomaban por el flanco y la fusilería los quemaba dentro de la zona peligrosa del punto en blanco por el frente. A pesar de esto, hicieron tenaces esfuerzos para arrebatar la posición; pero no pudiendo salvar el perfil de la barranca en que estaban acordonados los realistas, hubieron de retroceder en desorden á su primera posición de la boca de la quebrada en que se rehicieron fuera del alcance de los fuegos. Por su parte, los granaderos habían intentado en vano penetrar por entre el flanco izquierdo del centro enemigo y el mamelón en que apoyaba este costado, que era un verdadero castillo, y volvieron en orden á situarse tras el morro de las «Tórtolas cuyanas.»

San Martín, contando llevar la victoria en el bolsillo y á la espera del desenvolvimiento de su plan, que no sólo se la aseguraba, sino que le prometía la rendición del enemigo, llegó á temer por la suerte

de la división de O'Higgins al verla imprudentemente comprometida contra sus órdenes, y extendiendo el brazo hacia la Cuesta nueva, en la actitud en que lo representa su estatua ecuestre, gritó á su ayudante de campo, Alvarez Condarco: «Corra usted y diga al »general Soler que cargue lo más pronto posible so»bre el flanco del enemigo.» En seguida, lanzó su caballo cuesta abajo con toda la celeridad que permitía lo escabroso del terreno, y llegó á la boca de la quebrada en circunstancias en que O'Higgins se había adelantado otra vez sobre el llano con el propósito de renovar el combate, y ya no podía retroceder. Era la una y media del día. A esa hora notóse que la línea enemiga vacilaba, y que algo extraordinario pasaba en sus filas. Era que la vanguardia del ala derecha argentina, cuyo movimiento no había alcanzado Maroto, desembocaba al valle de Chacabuco y avanzaba á paso de trote y al galope sobre la izquierda de la posición. El momento decisivo había llegado.

V

Lanzadas de nuevo las columnas de O'Higgins al ataque, San Martín ordenó á los tres escuadrones de granaderos mandados por los comandantes Melián, Manuel Medina y mayor Nicasio Ramallo, con Zapiola á su cabeza, dieran una carga á fondo hasta chocar con la caballería realista situada á la izquierda de la retaguardia enemiga. El escuadrón de Medina, pasando atrevidamente por un claro de la línea de infantería en marcha, cayó sobre la izquierda del centro enemigo, acuchillando á sus artilleros sobre sus cañones, mientras Zapiola con los otros dos penetraba por su costado derecho, al mismo tiempo que el batallón 7.° y 8.°, encabezados por O'Higgins, tomaban

á la bayoneta la posición. Los fuegos del mamelón se habían apagado, y la infantería realista formaba cuadro en el centro de su campo. Simultáneamente el coronel Alvarado, que con el batallón número 1.° llevaba la vanguardia del ala derecha argentina, desprendía dos compañías al mando del capitán Lucio Salvadores, y teniente Zorrilla, que se apoderaban del mamelón, matando á Marqueli que lo sostenía. Necochea, con el escuadrón Escolta, sostenido por el 4.° de granaderos de Escalada, penetraba por la retaguardia y arrollaba á la caballería realista por la izquierda á la vez que Zapiola ejecutaba idéntica maniobra por el otro extremo.

Todas las fuerzas vencedoras convergieron sobre el cuadro, que en menos de un cuarto de hora fué hecho pedazos, retirándose sus últimos restos dispersos á la hacienda de Chacabuco por entre los cerros de su espalda. Allí encontraron cortada su retirada por la división de Soler que ya ocupaba el valle, y pretendieron hacer resistencia parapetados tras las tapias de la viña y del olivar contiguo, pero fueron rendidos á discreción. Los que buscaron su salvación huyendo por el estero y en la prolongación del valle hacia el sur, fueron exterminados en la persecución, quedando el camino sembrado de muertos desde Chacabuco hasta cerca del portezuelo de Colina. Los sables afilados de los granaderos hicieron estragos: en el campo de batalla encontróse un cráneo dividido en dos partes y el cañón de un fusil tronchado como una vara de sauce.

Los trofeos de esta jornada fueron: 500 muertos, 600 prisioneros, su mayor parte de infantería; la artillería, un estandarte y dos banderas; el armamento y parque de los vencidos y la restauración de la revolución chilena. Las pérdidas de los argentinos fue-

ron: 12 muertos y 120 heridos; lo que demuestra numéricamente, que si el plan de San Martín se hubiese ejecutado, punto por punto, como pudo y debió hacerse, la batalla habría terminado por una rendición del enemigo, sin la inútil aunque escasa efusión de sangre que causó la temeridad de O'Higgins, quien, sin embargo, fué el héroe del día, como combatiente. El general vencedor, al dar cuenta de esta victoria, compendiaba su memorable empresa en estos concisos términos: «Al ejército de los Andes queda la gloria de decir: En veinticuatro días hemos hecho la campaña, pasamos las cordilleras más elevadas del globo, concluímos con los tiranos y dimos la libertad á Chile.»

El mérito militar de la batalla de Chacabuco consiste precisamente en lo contrario de lo que constituye la gloria de las batallas. Resultado lógico de las hábiles combinaciones estratégicas de la invasión, estaba ganada por el general antes que los soldados la dieran, respondiendo á un plan metódico en que hasta los días estaban contados y los resultados previstos. Fué una sorpresa á la luz del día en que nada se libró al acaso. El hecho de batir á una fuerza menor con otra mayor—que es el primer resultado que se busca en la guerra para triunfar con seguridad,—fué la consecuencia necesaria de los ardides y movimientos calculados que la precedieron, dando á ciencia cierta al enemigo un golpe de muerte y apoderándose en un solo día del territorio invadido, y esto con la mayor economía de tiempo, de medios, de sangre y de esfuerzos. Con más precisión táctica que la batalla de Hohenlinden—que en algo se parece,—tiene la originalidad de un plan que se adapta á un terreno, en que las operaciones se encierran dentro de líneas matemáticas, á la manera de un problema geomé-

trico con su método riguroso de solución. Habría dado por resultado—como se ha visto,—una rendición completa, tal vez con una sola carga, si el plan hubiese sido ejecutado puntualmente, bastando asimismo que él se desenvolviese en parte en las condiciones más desventajosas para asegurar una victoria decisiva. Por lo tanto, puede presentarse como un modelo clásico del arte militar, en que la habilidad debilita al enemigo y lo desmoraliza, la previsión asegura el éxito final, y la inteligencia es la que combate en primera línea, interviniendo la fuerza como factor accesorio.

Como acontecimiento político y en relación con los destinos americanos, su importancia es mayor aún, como lo han reconocido los primeros historiadores y hasta los mismos adversarios vencidos. Ella dió la primera señal de la guerra ofensiva de la independencia sudamericana, y conquistó para siempre su sólida base de operaciones en el mar y en las costas del Pacífico. Dió sobre todo, el ejemplo del plan de campaña continental á la revolución del nuevo mundo emancipado, aislando al poder español en sus colonias dentro del estrecho recinto del Perú, donde debía ser vencido en palenque cerrado por efecto de su impulsión inicial. Salvó á la revolución argentina de su ruina y contuvo la invasión que la amenazaba por el Alto Perú, suprimiendo un enemigo peligroso que la amenazaba por el flanco, y dióle expansión, sin lo cual habría tal vez sido sofocada en su cuna. Fué la primera batalla americana con largas proyecciones históricas. El virrey del Perú, Pezuela, confiesa que marcó el momento en que la causa de España empezó á retrogradar en América y su poder á ser conmovido en sus fundamentos. «La desgracia que padecieron nues»tras armas en Chacabuco, poniendo al reino de Chile »á discreción de los invasores de Buenos Aires, tras-

»tornó enteramente el estado de las cosas, fué el prin»cipio de restablecimiento para los disidentes, y la »causa nacional retrogradó á grande distancia, propor»cionando á los disidentes puertos cómodos donde »aprestar fuerzas marítimas para dominar el Pacífico. »Cambióse el teatro de la guerra: los enemigos trasla»daron los elementos de su poder á Chile, donde con »más facilidad y á menos costa podían combatir al »nuestro en sus fundamentos.»

Un historiador español, general que á la sazón militaba bajo las banderas del rey, sintetiza sus resultados generales con tanta tristeza como concisión. «La »fácil pérdida del reino de Chile fué un suceso de »inmensa trascendencia para las armas españolas.»

VI

En medio del pánico que produjo entre los realistas el desastre de Chacabuco, sólo tres almas intrépidas no desesperaron de la suerte de la causa del rey. Fueron las del argentino Barañao, el coronel español José Ordóñez y el achilenado Sánchez, valeroso defensor de Chillán, después de San Carlos. Barañao había acudido á marchas forzadas con su regimiento de húsares desde San Fernando, donde se hallaba destacado, á fin de incorporarse al ejército realista situado en Chacabuco. Su presencia hubiera hecho, sin duda, la victoria más costosa, pues era, como queda dicho, su primera espada de caballería y su cuerpo uno de los más decididos; pero al llegar al portezuelo de Colina, tuvo la noticia de la derrota. Propuso á Marcó reunir todos sus escuadrones disponibles, que podrían alcanzar á 800 hombres; y tomando otros tantos infantes á la grupa, marchar sobre el campo de batalla y caer en la noche, de sorpresa, sobre los vencedores

desprevenidos. Marcó contaba en Santiago, además de los húsares, con el grueso de los dragones de Morgado, los batallones de Chiloé y Chillán y 250 artilleros con 16 piezas, pero, incapaz de hacer ni dejar hacer, después de pusilánimes vacilaciones, sólo pensó al fin en la fuga, evacuando en desorden la capital, que dejó entregada al saqueo del populacho. En cuanto á Ordóñez y Sánchez, pronto los veremos reaccionar en el sur de Chile manteniendo la campaña con tesón y fortuna varia.

San Martín, que por prudencia ó cansancio de su tropa se había reconcentrado sobre la hacienda de Chacabuco en la noche del 12, tomando precauciones contra una sorpresa, al tener noticia de estos sucesos en la madrugada del 13, dispuso que el ejército continuara su marcha, haciendo adelantar á Necochea con su escuadrón para garantir el orden en la capital. El 14 hizo su entrada triunfal el ejército vencedor en la ciudad redimida, substrayéndose modestamente el general libertador á las ovaciones populares. Como lo ha dicho un historiador chileno con este motivo: «Ocupado en realizar sus vastos planes, miraba en menos esas fútiles manifestaciones que á nada »conducen, y aun esos mismos momentos pensaba sólo en los recursos que debía proporcionarle la victoria, para llevar adelante la grandiosa obra en que »estaba empeñado.» El día antes, 13 de febrero de 1817, Yapeyú, la aldea en que naciera San Martín, era reducida á cenizas por una invasión esclavizadora.

Al apearse del caballo, cubierto aún con el polvo del combate, su primer pensamiento fué por los pueblos cuyanos que le habían proporcinado los medios de realizar su empresa, y escribió al Cabildo de Mendoza: «Gloríese la admirable Cuyo de ver consegui-

»do el objeto de sus sacrificios. Todo Chile es ya nues»tro.» A los Cabildos de San Juan y San Luis, les decía: «Las armas victoriosas del Exto. de la Patria, »ocupan ya el reino de Chile, rompiendo la fatal ba»rrera que antes los separaba de sus hermanos y ve»cinos los habitantes de Cuyo. Me apresuro á felici»tar á V. S. y á ese benemérito pueblo, manifestándo»le la expresión más tierna de mi gratitud á su pa»triotismo y constantes esfuerzos que, sin duda, fué »el móvil más poderoso que contribuyó á la formación »del Exto. de los Andes.» Al día siguiente expidió un bando convocando una asamblea de notables, á fin de que se designasen tres electores por cada una de las provincias de Santiago, Concepción y Coquimbo, para que éstos nombraran al jefe supremo del Estado.

Reunida la asamblea en número de 100, bajo la presidencia del gobernador, D. Francisco Ruiz Tagle, elegido interinamente por el pueblo al tiempo de la fuga de Marcó, los concurrentes protestaron contra el proceder indicado por San Martín y declararon por aclamación que «la voluntad unánime era nombrar »á D. José de San Martín gobernador de Chile, con »omnímoda facultad,» y así lo hicieron constar en el acta que se levantó—y todos firmaron ante escribano público.—El general, como el hombre antiguo de Plutarco, rehusó el premio y sólo aceptó una hoja de laurel sagrado para su patria. Fiel á sus instrucciones y á su plan político, negóse á aceptar el mando que se le ofrecía, y convocó por intermedio del Cabildo una nueva asamblea popular á que concurrieron 210 vecinos notables. El auditor del ejército de los Andes, Dr. Bernardo Vera, reiteró públicamente la renuncia de San Martín, y fué aclamado en el acto el general O'Higgins director supremo del estado de Chile, declarando Vera, que la elección era del agrado

del general. El nuevo director nombró por ministro del Interior á D. Miguel Zañartu, carácter entero y decidido partidario de la alianza chileno-argentina, y en el Departamento de Guerra y Marina al teniente coronel D. José Ignacio Zenteno, secretario de San Martín. Su primer acto de gobierno fué dirigirse al pueblo, declarando solemnemente: «Nuestros amigos, »los hijos de las Provincias del Río de la Plata, de esa »nación que ha proclamado su independencia como el »fruto precioso de su constancia y patriotismo, acaban »de recuperarnos la libertad usurpada por los tira»nos. La condición de Chile ha cambiado de semblan»te por la grande obra de un momento, en que se dis»putan la preferencia, el desinterés, mérito de los li»bertadores y la admiración del triunfo. ¿Cuál debe»rá ser nuestra gratitud á este sacrificio impondera»ble y preparado por los últimos esfuerzos de los pue»blos hermanos? Vosotros quisisteis manifestarla de»positando vuestra dirección en el héroe. Si las cir»cunstancias que le impedían aceptar hubieran podi»do conciliarse con vuestros deseos, yo me atrevería »á jurar la libertad permanente de Chile.» Al dirigirse á las naciones extranjeras, anunciando su elevación al mando bajo los auspicios de la reconquista, les decía: «Ha sido restaurado el hermoso reino »de Chile por las armas de las Provincias Unidas del »Río de la Plata bajo las órdenes del general San »Martín. Elevado por la voluntad del pueblo á la su»prema dirección del Estado, anuncia al mundo un »nuevo asilo en estos países á la industria, á la amis»tad y á los ciudadanos todos del globo. La sabiduría »y recursos de la nación argentina limítrofe, deci»dida por nuestra emancipación, da lugar á un porve»nir próspero y feliz con estas regiones.»

Como atributo cómico de su corona de triunfador,

fuéle presentado á San Martín entre los trofeos, al Thersites de la campaña, el presidente y capitán general de Chile por el rey, D. Francisco Casimiro Marcó del Pont, á quien veremos más adelante figurar cómicamente en una tragedia. Al evacuar la capital, sus tropas se le dispersaron, y una parte de ellas se embarcó despavorida en el puerto de Valparaíso con el general Maroto á su cabeza, dejando más de la mitad en tierra. Marcó, tan afeminado en la derrota como soberbio en el poder no tuvo alientos ni aun para huir, y separándose furtivamente con su comitiva de sus compañeros de desgracia, por esquivar la fatiga de una marcha rápida, no alcanzó á embarcarse á tiempo, y fué hecho prisionero.

Llevado á presencia del vencedor (22 de febrero), éste lo recibió de pie, y extendiéndole la mano derecha, le dijo con semblante risueño: «¡Oh, señor general! ¡Venga esa blanca mano!» En seguida lo introdujo en su gabinete de trabajo y conferenció á solas con él por cerca de dos horas, despidiéndolo cortésmente. Esta fué toda su venganza contra el que le había quemado por mano de verdugo sus comunicaciones, ahorcando á sus agentes y puesto á talla su cabeza.

Tan sólo se permitió una venganza humorística. Un fanático fraile agustino, haciendo un juego de palabras, había predicado contra él durante el período de Marcó. «¡San Martín! ¡Su nombre es una »blasfemia! había exclamado desde el púlpito sagra»do. No le llaméis San Martín, sino Martín, como á »Martín Lutero, el peor y más detestable de los here»jes.» Llamado á su presencia y con ademán terrible, fulminándolo con su mirada, lo apostrofó: «¡Cómo! »¡Usted me ha comparado á Lutero, quitándome el »San! ¿Cómo se llama usted?—Zapata, señor «ene-

»ral, respondió el fraile humildemente.—Pues desde »hoy le quito el Za, en castigo, y lo fusilo si alguien »le da su antiguo apellido.»—Al salir á la calle un correligionario le llamó por su nombre. El fraile, aterrado, le tapó la boca y prorrumpió en voz baja: «¡No! »¡no soy el padre Zapata, sino el padre Pata! ¡Me »va en ello la vida!»

Alojado en el palacio de los obispos, con escasos muebles y con puertas que no tenían ni cerraduras, como que había poco que guardar, vivió modestamente, sin permitirse más lujo que una mesa de estado, y en la cual se presentaba únicamente á los postres. Según su costumbre, comía en la cocina. Como á la sazón no tenía ropa, mandó componer el capotón de campaña con que había pasado la cordillera, forrar de nuevo con hule su maltratado falucho y dar vuelta al paño de su casaca. Un español realista que por acaso vió la casaca en casa del sastre, queriendo congraciarse, llevó una pieza de rico paño de San Fernando para que le hiciese una nueva. Sabedor de la ocurrencia, San Martín mandó construir con el paño ocho fracs, imponiendo al oficioso español, que durante una semana se pusiese uno cada día, con la obligación de pasar por su palacio y hacer una cortesía al enfrentar su ventana. ¡Humoradas de vencedor!

Sólo un escarmiento se hizo. El feroz San Bruno, manchado con los asesinatos alevosos de los prisioneros en la cárcel de Santiago, y que había oprimido bárbaramente á la población, fué tomado prisionero en Chacabuco, sometido á juicio, condenado á muerte y ejecutado en la plaza pública. Fué justicia.

VII

La corona cívica del vencedor de Chacabuco, brindada por la gratitud del pueblo chileno redimido, fué tejida por el entusiasmo del pueblo argentino. Los poetas de la época le dedicaron sus cantos, y Esteban Luca, el más inspirado de ellos, que debía celebrar sus futuras proezas, exclamaba al entonar el himno del triunfo:

¡Oh patria! tus guerreros
Los montes y los llanos ocuparon,
Y el pendón de Castilla de ellos fieros
Al suelo derribaron.
Salve patria mil veces, altaneras
Flotan en todo Chile tus banderas.
Del arduo excelso asiento
De los nevados Andes, hoy la fama,
Tocando el estrellado pavimento,
En los orbes proclama
A vuestros héroes: su eco resonante
Va desde el mar del sur al mar atlante.

El director supremo de las Provincias Unidas lo saludaba efusivamente: «¡Gloria al restaurador de »Chile! La fortuna ha favorecido sus heroicos esfuer»zos, y la América nunca olvidará la valiente empresa »de usted, sobre Chile, venciendo á la naturaleza en »sus más grandes dificultades. Usted venció, y yo me »glorío con usted, y lo abrazo con toda la ternura de »mi alma reconocida á sus servicios. Esta es la ex»presión de un hermano: la del director supremo se»rá de otra calidad. Ayer ha sido un día de locura »para este pueblo. La noticia llegó á las 9 de la ma»ñana. Eran las 12 de la noche y aún se oía el ruido »de vivas estruendosos en toda la ciudad. La forta-

»leza y seis buques de nuestra marina hicieron salva »triple.»

El gobierno le expidió los despachos de brigadier general, el más alto grado de la milicia, manifestándole: «Si los triunfos de un general virtuoso des»pués de una penosa campaña sosteniendo los dere»chos sagrados del hombre, pueden de alguna mane»ra compensarse, éste consiste especialmente en el »amor y gratitud de los conciudadanos. V. E. ha re»cibido ya como premio, el júbilo y la admiración de »todos los pueblos. Resta ahora al gobierno conde»corarlo con aquellas distinciones que la patria reser»va á sus mejores hijos.» San Martín lo rehusó por dos veces consecutivas, consecuente á la promesa hecha: «Me considero sobradamente recompensado con »haber merecido la aprobación por el servicio que he »hecho: es el único premio capaz de satisfacer el co»razón de un hombre, que no aspira á otra cosa. An»tes de ahora, tengo empeñada solemnemente mi pa»labra de no admitir grado ni empleo alguno militar »ni político: por lo mismo, espero que V. E. no com»prometerá mi honor para con los pueblos, y que no »atribuirá á amor propio mi devolución del despacho; »cierto de que, en el empleo á que me ha elevado, »sacrificaré gustoso mi existencia en obsequio de la »patria.»

Las banderas tomadas en Chacabuco, fueron colgadas en los balcones de la casa consistorial (9 de marzo), formando un trofeo, en cuyo centro se veía el retrato de San Martín coronado de laureles por la fama. Por primera vez dipensaba la República esta distinción á un general vencedor.

El congreso argentino dió un voto en su honor, declarando por el órgano de su presidente: «que todas »las corporaciones del Estado habían manifestado su

»reconocimiento al ilustre vencedor de Chacabuco, y »que la representación nacional no podía echarse de »menos en este impulso general del entusiasmo pú»blico, que había mudado el semblante de la patria.» Fuéle decretado un escudo especial, con la leyenda en la orla: «La Patria en Chacabuco:» y en su centro: «Al vencedor de los Andes y Libertador de Chile.» Al ejército vencedor á sus órdenes, se acordaron distinciones honoríficas, votándose medallas de premio «por sus virtudes militares que habían aumentado las glorias de la patria.»

Todas las Municipalidades de la República le dirigieron sus felicitaciónes. El general Belgrano mandó erigir una pirámide conmemorativa de su victoria en el campo de batalla de Tucumán, diciéndole: «Los »pueblos y ejército de mi mando, llenos de júbilo, »ven en V. E. al libertador de Chile, y le dan las gra»cias por el beneficio que deben á sus nobles es»fuerzos, felicitándolo conmigo, igualmente que á sus »compañeros de armas, que han sabido seguir sus hue»llas para cubrir de gloria las armas de la nación, »sacando de la opresión á sus hermanos, y afirmar »para siempre la independencia de la América del »Sur.» A su hija María Mercedes se le acordó una pensión vitalicia de 600 pesos anuales, transmisibles á su posteridad, que el general aplicó á la educación de la agraciada, que sería la Antígona de su vejez en el ostracismo.

Desdeñando la ostentación del poder, por cálculo, por deber ó por virtud, y estimando estas manifestaciones de la admiración y gratitud pública en lo que valían, el vencedor de Chacabuco había visto realizarse su plan político con la misma exactitud que su plan de campaña, y, dueño de Chile, exigía más hombres, más armas y más dinero para llevar adelante

los grandes designios incubados en Mendoza. Al efecto, se reservó el mando militar de conformidad á las instrucciones que lo gobernaban, y nombrado general en jefe de Chile, asumió el puesto de generalísimo del Ejército Unido, como se llamó desde entonces el ejército argentino y el chileno, aliados.

«Chile, había dicho él un año antes (el 29 de fe»brero de 1816), por su población, índole de sus ha»bitantes, riquezas y posición geográfica, es el pueblo »que, regido por una mano diestra, está llamado á »fijar la suerte de la revolución de la América del »Sur; y siendo además litoral marítimo, debe abrirse »el camino del Pacífico para buscar al enemigo por »él. Lograda esta grande empresa, el Perú es libre.» La mano diestra presagiada, habíase apoderado de las fuerzas vivas del país rescatado, y después de disciplinarlas militarmente, proponíase lanzarlas al mar para continuar la empresa libertadora, con arreglo á las previsiones de su genio.

El 10 de marzo de 1817, antes de cumplirse un mes de la batalla de Chacabuco, el director Pueyrredón escribía al general: «¡Qué bella ocasión para irnos sobre Lima!» En el mismo día, por una singular coincidencia, que revela conformidad de propósitos, el vencedor de Chacabuco hacía su habitual almuerzo, de pie, en la cocina de su palacio, cuando repentinamente gritó: «¡O'Brien!—Así se llamaba su fiel edecán »Juan O'Brien (después general), voluntario irlandés »al servicio de la república.—O'Brien, dijo con voz »imperativa, marchamos para Buenos Aires. En lo »montado, ¿me entiendes?» Este grito dado desde una cocina, significaba: ¡Argentinos y chilenos! ¡A Lima! que sería en adelante su «delenda Carthago». En la proclama de despedida que en tal ocasión dirigió á sus soldados, vibraba reconcentrado este mismo gri-

to: «Vuestro bien y el de la América me obligan á »separarme de vosotros por muy pocos días.»

El general había concertado con el gobierno de Chile los medios de crear una escuadra que dominara el mar Pacífico, y, con la idea en su cabeza, tenía ya en su cartera el dinero que debía darle la victoria final. Tal era el motivo que impulsaba al Aníbal americano á repasar los Andes, para concertar con el gobierno argentino los medios de llevar adelante el pensamiento emancipador á que había consagrado su vida, y al que las alas de la victoria daban vuelo. Antes de ausentarse dejó establecido en Chile el consejo supremo de la misteriosa logia de Lautaro, compuesto mitad argentinos y mitad chilenos, que á la manera de un consejo áulico secreto gobernase al gobierno en el orden político. O'Higgins, mientras tanto, quedaría al frente de las armas, mandando al ejército unido. De ese modo quedaba montada la máquina político-militar con su armazón pública y sus resortes ocultos.

Noticioso el Cabildo de Santiago de su partida, ofrecióle la suma de diez mil pesos en onzas de oro para gastos de viaje, y en camino ya, contestó que la dejaba en depósito y dispondría inmediatamente de ella. Días después oficiaba á la misma corporación rehusando la dádiva, pero aplicábala «á un establecimiento que hiciese honor á Chile: la creación de una »biblioteca pública que perpetuara la memoria de la »Municipalidad.» Y agregaba: «La ilustración y fo»mento de las letras es la llave maestra que abre las »puertas de la abundancia y hace felices á los pue»blos: yo deseo que todos se ilustren en los sagrados »derechos que forman la ciencia de los hombres li»bres.»

Al cumplirse un mes de la batalla de Chacabuco, el general vencedor atravesaba el campo de la acción, y

al pasar frente á un montón de tierra recientemente removida, exclamó :—«¡ Pobres negros !»—Allí estaban enterrados los muertos de Chacabuco, pertenecientes en su mayor parte al batallón número 8, compuesto de libertos de Cuyo. Aquel montón de tierra marcaba la primera etapa de la gran campaña continental del libertador del Sur : la segunda sería el Pacífico, que iba á preparar : la tercera Lima, señalada de antemano ; y la cuarta, el Ecuador, presentida y comprendida en sus planes.

CAPITULO XV

Primera campaña del sur de Chile.—Batalla del Gavilán.—Asalto de Talcahuano.

1817

Errores de San Martín después de Chacabuco.—Aparición del general español Ordóñez.—Reacción realista en el sur de Chile.—Expedición patriota al Sur.—Retardo de Las Heras.—Acusaciones á Las Heras y sus descargos.—Nueva expedición al Sur.—Avance de Las Heras.—Combate de Curapaligüe.—Las Heras ocupa Concepción.—Situación apurada en que se encuentra.—Descripción de los alrededores de Concepción.—Batalla del Gavilán.—O'Higgins toma la dirección de la campaña del Sur.—Ocupación de la línea de frontera de Arauco.—Combate de Carampangue.—Guerra Araucana.—Cerco de Talcahuano.—Reconocimiento sobre sus fortificaciones.—Guerrillas realistas.—Paralización de operaciones en el Sur.—Continuación de la guerra de Arauco.—La plaza de Talcahuano.—Descripción de la península de Talcahuano y de sus fortificaciones.—El general Brayer.—El ingeniero D'Albe.—Se estrecha el sitio de Talcahuano.—Planes de asalto y examen de ellos.—Movimientos preliminares.—Asalto de Talcahuano y sus resultados.—Crítica del asalto.

I

San Martín cometió tres errores después de Chacabuco: dos de mero detalle pero uno trascendental, que tuvo una influencia funesta para la ulterioridad de sus operaciones. A causa de ellos se prolongó una campaña que debió terminar inmediatamente, y vióse obligado á dar cuatro nuevas batallas para consolidar la reconquista chilena, retardando por tres años la prosecución de su grande empresa.

La reconcentración del vencedor en el campo de batalla en la noche del 12 de febrero, limitándose á la persecución de los dispersos por la caballería, sin extenderla al menos hasta el portezuelo de Colina, es un exceso de prudencia, que sólo se explicaría por el cansancio de sus tropas y puede justificarse como precaución contra un ataque nocturno, que en efecto pensó llevarle el enemigo, que contaba con fuerzas suficientes para ello, cuando él estaba recargado con una gran masa de prisioneros. El no haber perseguido á los fugitivos despavoridos, por el camino de Valparaíso, en vez de acudir á la capital, evacuada cuando la presencia de un par de escuadrones hubiera podido completar el triunfo, fué otro grave error, salvándose por esta omisión 1.600 hombres de buena tropa que pasaron al Perú, y que más adelante hubo de encontrar á su frente. Pero el error capital fué no asegurar los frutos de la victoria, iniciando con actividad la campaña del sur de Chile, antes que el enemigo tuviese tiempo de reaccionar; y lo agrava la circunstancia de haber previsto él mismo tal eventualidad, cuando en su plan ofensivo de campaña (de 15 de junio de 1816) decía, «que debía cargarse al grueso del »enemigo hasta deshacerlo en la primera acción, para »huir al gravísimo inconveniente de demorar la gue»rra.» Este error tiene sus atenuaciones de hecho, que los sucesos que se relatarán en este capítulo pondrán de manifiesto; pero quedará siempre subsistente en un general tan experto y prudente, el serio cargo de haber dado por terminada la guerra de un solo golpe, sin poner los medios indicados para ello, y no prever la reacción realista del sur. El sur era entonces el nervio militar de Chile: allí estaba su población más aguerrida, donde la causa del rey contaba con partidarios decididos y caudillos de prestigio, ofre-

ciendo además el país posiciones fuertísimas por la naturaleza, que permitían hacer una resistencia eficaz y prolongar indefinidamente la guerra. Agréguese á esto, que allí tenía por base la plaza fortificada de Valdivia y el archipiélago de Chiloé á la espalda, y que el virrey del Perú, dueño del mar, podía auxiliar la reacción realista con refuerzos de hombres y recursos, y llevar por esa parte una cuarta invasión, como en efecto sucedió. El vencedor de Chacabuco, mirando lejos, perdió tal vez de vista por el momento lo que tenía más cercano.

Precisamente en ese momento hacía su aparición en el teatro de la guerra americana un contendor digno de San Martín, que por algún tiempo al menos pondría á raya su fortuna, y contrarrestaría sus planes, aprovechándose de su descuido. Como lo hemos indicado antes, sólo tres almas intrépidas no desesperaron de la causa del rey en Chile después de la derrota de Chacabuco, que fueron, Barañao, Sánchez y el coronel Ordóñez. Conocemos ya á Sánchez, que en circunstancias análogas supo contrarrestar con fortaleza los progresos de la revolución chilena y mantener el sur por las armas realistas con las tropas del país. En cuanto á Ordóñez, cuyo genio guerrero y temple heroico de alma iban á revelarse, era hasta entonces un oficial obscuro que no había tenido ocasión de distinguirse. Ordóñez y San Martín habían combatido juntos bajo el pendón real en la Península contra la invasión napoleónica, y por una singular coincidencia histórica, ambos habían representado análogo papel en los levantamientos populares de Cádiz y Valencia, figurando como actores en las dos catástrofes que las señalaron. El mismo día 29 de mayo de 1808, en que San Martín, al frente de una partida de soldados, protegía contra el pueblo sublevado al capitán general de

Andalucía, el marqués del Socorro, sacrificado por el populacho á pesar de sus esfuerzos, el subteniente José Ordóñez, al frente de un destacamento de guardias Walonas, protegía la entrada del barón de Albalet en medio de los gritos de la plebe sublevada, y por un encadenamiento fatal de circunstancias lo entregaba al puñal de sus asesinos. Como San Martín en Bailén, Ordóñez había sido recomendado por su brillante comportación en la batalla de Tudela. Al terminar la guerra de la Península, era coronel, y con este grado pasó á América en 1815, nombrado gobernador intendente de Concepción. En este puesto lo encontró la batalla de Chacabuco.

No contaba Ordóñez á la sazón con ninguna clase de tropas veteranas: todas las que guarnecían la provincia, se habían trasladado al norte del Maule, pero no vaciló en levantar del polvo de la derrota el estandarte abatido del rey y ponerse al frente de la reacción del sur. Eficazmente ayudado por el famoso general Sánchez, que mandaba en Chillán, convocó las milicias provinciales, reunió los dispersos del norte del Maule, guarneció la línea de frontera de Arauco, se fortificó en la península de Talcahuano protegido por su marina, acopió allí víveres y elementos de movilidad, esparciendo sus guerrillas por todo el país, desde el Bío-Bío hasta el Maule. En esta actitud decidida aguardó el ataque de los vencedores, que se hizo esperar por cerca de dos meses, dándole tiempo para organizar una regular división de 1.000 hombres, de las tres armas, reforzada luego por los 1.000 embarcados en Valparaíso, que el virrey del Perú, mandó regresar desde Lima al teatro de la guerra.

II

Después de la feliz campaña de Freyre por los pasos del Planchón y del Portillo y al través de la cordillera de Colchagua, seguida por su ocupación de la ciudad de Talca, según se relató antes, este oficial, tan intrépido como de poca cabeza para dirigir operaciones complicadas en una comarca revolucionada, limitóse, con arreglo á sus instrucciones, á cubrir la línea del Maule, interceptando las comunicaciones entre la capital y el sur. Aun cuando hubiese asegurado en sus partes que podía reunir un ejército de 2.000 hombres, en realidad su división engrosada con las partidas de Neyra y de los agentes de San Martín, Juan Pablo Ramírez y Antonio Merino, no pasaba de 600, constituyendo el único núcleo sólido de su columna los 100 veteranos argentinos con que había salido de Mendoza, y á la sazón pedía ser reforzado para entrar en operaciones ofensivas. El Dr. Manuel Rodríguez, más inteligente que él, en vez de fijar su atención en el sur en previsión de la próxima victoria, dirigióse al norte así que las fuerzas destacadas por Marcó se replegaron al centro, y atraído por la capital, cruzó el Cachapoal y se entretuvo en posesionarse de San Fernando, abandonado por el enemigo, debilitando la columna de Freyre. Desde este momento Rodríguez se eclipsa como guerrillero, para volver después á reaparecer en un momento solemne en su doble carácter de politiquero y hombre de acción desordenada y fogosa.

La diversión de las guerrillas de Rodríguez contribuyó eficazmente á distraer una parte de las fuerzas de tropas veteranas de Marcó hacia el sur, cooperando así al plan de invasión de San Martín; pero por

la inoportunidad de las empresas aventureras unas veces y por los desórdenes y falta de plan metódico otras, había agotado los recursos del país entre el Maule, y el Maipo, especialmente en elementos de movilidad, cuando su misión era precisamente reunir caballadas en ese territorio para aprovechar la victoria, extendiendo inmediatamente el dominio de las armas reconquistadoras hasta el Bío-Bío, antes que el enemigo reaccionase. San Martín había previsto esto seis meses antes desde Mendoza (octubre 2 de 1816), y esto era una de las atenuaciones de su error al no impulsar con actividad la campaña final del sur. En efecto, en una de sus cartas antes citadas, calculada en doble sentido, para reprochar á Rodríguez su precipitación á la vez que para que cayeran en manos de Marcó engañándole respecto del punto hacia donde dirigía su invasión, recomendábale «contraerse principalmente á reunir 1.000 caballos á inmediaciones »de Quechereguas y hacer una gran recogida de ga»nados bajo la promesa de ser abonados á los dueños »dinero contante, y mantener los primeros en peque»ñas tropillas en los potreros y quebradas de la cordi»llera hasta su llegada.» En carta posterior, de 21 de diciembre (1816), le decía: «Las fuerzas que han »salido al sur bajo el mando de Sánchez, tal vez nos »van á costar mucha sangre, que hubiéramos ahorra»do sin estos alborotos intempestivos. Ahora ¿cómo »se reune la caballada de que tanto necesitamos?»

Freyre, por su lado, no había adquirido el dominio de sus elementos, que por otra parte carecían de cohesión y los desórdenes que cometía la partida del valeroso salteador Neyra, nervio á la vez que deshonra de las guerrillas, le obligaron á imponer la última pena á este caudillo. En cuanto á las partidas de Ramírez y Merino, obraban por su cuenta, sin sujetarse

á ningún plan. Mientras tanto, la insurrección espontánea habíase extendido al sur del Maule, á medida que Ordóñez y Sánchez se reconcentraban hacia Concepción. Merino, en su impaciencia, cruzó el Maule con su partida, fuerte como de 200 hombres, y adelantó una vanguardia de 70 hombres hasta el Parral, que fué batida (el 6 de marzo) por un destacamento de infantería y caballería enemiga salido de San Carlos. Al tener noticia de este pequeño contraste, Freyre cruzó el río al frente de 300 á 400 hombres y se adelantó hasta Longaví (13 de marzo), obligando á las partidas realistas á replegarse hacia el Bío-Bío. Quince días antes, y reforzada la columna de Freyre con la caballería patriota, esta operación habría probablemente contenido la reacción del sur.

Tal era el estado de las operaciones militares en el sur, un mes después de la batalla de Chacabuco.

III

No había escapado á la previsión de San Martín la necesidad de expedicionar inmediatamente sobre el sur, y á los pocos días de ocupado Santiago, dispuso que una división de las tres armas marchase en esa dirección, haciéndola preceder de una intimación; pero, sea que obstáculos reales impidieran su pronta marcha ó que no la considerase tan imperiosa, el hecho es que no le imprimió el debido impulso, á fin de que á todo trance avanzase hasta completar la total reconquista del país. El director Pueyrredón, dando todo por terminado de antemano, le decía confidencialmente: «De su última carta (18 de febrero) deduz»co que sólo Concepción quedaba para el rey con su »guarnición de 500 hombres. Es imposible que inten-

»ten resistir; yo estoy cierto de que á la intimación »que usted les hizo se habrán rendido ya á discre»ción.» Pero comprendiendo á la vez la importancia de tal operación, le escribía oficialmente, recomendándole «la más pronta ocupación de la provincia de Con»cepción por ser del mayor interés para las operacio»nes ulteriores del ejército de los Andes.» Desgraciadamente, cuando estas comunicaciones llegaron á Chile, ya el general estaba en viaje para Buenos Aires, sin prever que la realización de los planes de largo alcance que lo llevaban á la capital del Plata, iba á ser retardada por los obstáculos que encontrarían en un peñón aislado del territorio del sur de Chile.

El mando de la columna expedicionaria fué confiado al coronel Las Heras, indicado como conocedor del terreno y por sus aventajadas dotes militares; quien lo aceptó de mala gana, y por esto tal vez no correspondió en un principio á las fundadas esperanzas en él depositadas. La fuerza se componía del batallón número 11 y un escuadrón de granaderos á caballo, con cuatro cañones de batalla y dos obuses, formando un total como de 1.000 hombres. Las instrucciones le prevenían reunirse á la división de Freyre, tomando el mando en jefe, y perseguir tenazmente al enemigo, pero sin empeñar acciones parciales de cuyo éxito no estuviese seguro. El 10 de febrero salió esta columna de Santiago, y á los veinte días aún no estaba reconcentrada en Talca, á poco más de 400 kilómetros de su punto de partida. A esa fecha, ya Freyre estaba del otro lado del Maule. Inmediatamente ordenó que el escuadrón de granaderos se adelantase á reforzarlo, mientras el comandante Merino con su partida, seguía por los caminos de la costa. El 4 de marzo Las Heras atravesó á su vez el Maule, y se incorporó á la vanguardia de Freyre á orillas del Digui-

llín; pero su marcha fué tan lenta, que dió lugar á que el enemigo tomase la preponderancia.

Hay retardos históricos, y el de Las Heras en esta ocasión es uno de ellos; por lo tanto merece ser examinado á la luz de los documentos. Algunos historiadores le han hecho severos cargos por ello y otros lo han tratado con benevolencia pasándolo por alto; pero, así las acusaciones oficiales como los descargos á que ha dado lugar, han permanecido hasta el presente inéditos. El ha dicho en defensa suya que antes de emprender su marcha, le hizo presente el general en jefe la conveniencia de que toda su columna la verificase á caballo, y que no obstante esto, hubo de emprenderla con la infantería á pie, y que en su tránsito, si bien se proporcionó el número suficiente de cabalgaduras, careció absolutamente de monturas. Esto decía á los cinco días de su salida de Santiago. Cuarenta días después, cuando se encontraba sobre el enemigo rehecho, comprendiendo la inmensa responsabilidad que sobre él pesaba, convocó una junta de guerra de sus principales jefes, en que hizo constar la considerable deserción que había experimentado su batallón en la marcha, la fatiga de su tropa que la retardaba, la escasez de víveres, municiones y numerario, la debilidad relativa de su columna, en virtud de lo cual había solicitado por dos veces ser reforzado para poder atacar con éxito la plaza de Talcahuano, donde el enemigo estaba fortificado.

Mientras tanto, el director O'Higgins le formaba su proceso á retaguardia. «Cuando ya no debía haber »una sombra de enemigo, decía, se halla éste rehecho »y atrincherado en Talcahuano, con fuerzas de más »de 1.000 hombres. He aquí el resultado de la crimi»nal indolencia del jefe de nuestras divisiones del sur. »En este apuro, he resuelto salir yo mismo á darle mo-

»vimiento. Si no yerran mis cálculos, todo va á ser »concluído en veinte días.» A mediados de abril se puso en campaña al frente del batallón número 7 y un escuadrón de granaderos con dos piezas de artillería, que sumaban un total de 800 hombres. Empero, su marcha fué tan lenta como la de Las Heras: veinte días después aún no habían llegado á Concepción con sus refuerzos cuando de ellos podía depender la victoria ó la derrota de la expedición del sur. Las actas de descargo y los oficiales acusadores iban por un lado, mientras las operaciones militares se desenvolvían por otro. El coronel Las Heras, en virtud de los informes de O'Higgins, era sometido á juicio por el gobierno argentino para responder de su conducta, al mismo tiempo que él contestaba triunfalmente á todos los cargos, dando las nuevas victorias á las armas de la revolución americana, mientras llegaba el momento de salvarla una vez más en el día de su mayor conflicto.

IV

Después de celebrada su junta y salvada su responsabilidad moral, Las Heras resolvió marchar inmediatamente sobre el enemigo, y el 4 de abril acampaba en la hacienda de Curapaligüé, á 26 kilómetros de Concepción. Desde este momento el hombre reacciona y el héroe empieza á mostrarse.

El infatigable general Ordóñez seguía con atención sus movimientos y se preparaba á darle un golpe en su marcha de avance. Convencido de que no podía mantener la campaña con ventaja, habíase reconcentrado en la península de Talcahuano fortificándose en ella, pero sin renunciar á emprender operaciones ofensivas antes de encerrarse dentro de sus últimas trin-

cheras. En consecuencia, sabedor de que Las Heras se hallaba á su inmediación, lo preparó todo para llevarle una sorpresa. En la noche del mismo día salió de Talcahuano al frente de 600 infantes y 109 jinetes con dos cañones ligeros, y á la una y media de la mañana cayó inopinadamente sobre las avanzadas de Curapaligüe. Pero el jefe argentino lo esperaba bien prevenido.

Las avanzadas argentinas dieron la señal de alarma, y rompieron el fuego sin desamparar sus puestos. Situándose sobre la línea que ocupaban, amagaron los flancos del enemigo, y se replegaron por derecha é izquierda sobre los retenes. Cuando Ordóñez avanzó encontró á la división de Las Heras formada sobre una cerrillada con sus dos costados bien cubiertos por las casas de la hacienda y el molino de Curapaligüé, que dió su nombre á la acción. Trabóse un reñido combate que se prolongó hasta una hora antes de amanecer, en que todas las embestidas de Ordóñez fueron victoriosamente rechazadas. A esa hora, el jefe español hubo de desistir de su intento y emprender la retirada, que muy luego se convirtió en fuga, abandonando en el campo y en su trayecto diez muertos, siete heridos, sus dos cañones y diez prisioneros Los patriotas sólo tuvieron por su parte cuatro muertos y siete heridos. En el mismo día ocupó Las Heras la ciudad de Concepción.

La situación de la división patriota llegó á ser peligrosa. Establecida en una ciudad abierta, en presencia de un enemigo que contaba con igual fuerza, que tenía fortificadas sus posiciones inexpugnables, y era dueño de la mar; encerrada en un punto donde no tenía más línea de comunicación que la margen derecha del Bío-Bío, cuya izquierda dominaban los realistas, ni más retirada que un camino inseguro por

entre las montañas, que podía ser interceptado, su actitud de ofensiva aparente hubo de reducirse á una defensiva real. Así lo comprendió Las Heras, dándose cuenta de su situación con tanta prudencia como arrojo había demostrado en su último avance, y en consecuencia tomó sus disposiciones. Para comprender bien éstas, así como las operaciones subsiguientes, se hace necesario dar una rápida ojeada sobre el terreno.

La antigua ciudad de Penco, situada sobre el ángulo sudeste de la bahía de Talcahuano, fué destruída por un terremoto en 1751, y sus habitantes se trasladaron á la margen derecha del Bío-Bío, como á 15 kilómetros de su embocadura en el mar, dándole el nombre de Concepción. Desde entonces su puerto es Talcahuano, cuya península hállase situada entre la bahía de este nombre y el mencionado Bío-Bío, que sólo es navegable para embarcaciones menores. El espacio intermedio de lo que propiamente puede llamarse la península de Talcahuano y las ruinas del antiguo Penco—donde á la sazón existía un fuerte,—es un terreno anegadizo y pantanoso que con el nombre de vegas ocupa casi toda su superficie. Sobre estas vegas se levantan algunas cerrilladas ó colinas alternadas con médanos, de los que los principales para nuestro objeto son: el cerro de Chepe, á medio tiro de cañón de la moderna Concepción, y el cerro del Gavilán situado al noroeste de sus suburbios, fronterizo al de Chepe. En el cerro del Gavilán fué donde se situó Las Heras con su división.

En esta posición cubría la ciudad, dominaba los caminos de Penco viejo y Talcahuano, y á la vez mantenía en respeto al enemigo. En previsión de un ataque, estableció sobre el Gavilán un pequeño reducto artillado con un cañón y un obús á cargo del comandante Francisco Díaz, que batía un arenal que se ex-

tiende al sur y al este de Concepción; y á su izquierda, una batería de tres piezas de campaña y un obús, mandada por el capitán Juan Apóstol Martínez, que dominaba con sus fuegos la cerrillada de Chepe. Entre estos dos puntos tendió su línea mirando al oeste, destacó sobre su derecha algunos piquetes y colocó en reserva su caballería á retaguardia.

V

En esta disposición se hallaba la división patriota el 1.° de mayo, cuando se avistaron en el horizonte cuatro buques con bandera española. Eran los transportes que desde el Perú conducían los 1.600 hombres escapados en Valparaíso al desastre de Chacabuco. Con este refuerzo, Ordóñez se consideró en aptitud de tomar nuevamente la ofensiva. Sabedor que O'Higgins se hallaba en Chillán y marchaba en protección de Las Heras, resolvió anticipar el ataque. Las Heras, instruído por sus espías de los planes del enemigo, escribía el 4 de mayo á O'Higgins: «Al alba espero »ser atacado. Si V. E. no acelera su marcha á toda cos»ta en auxilio de esta división, pudiera tener resul»tado funesto para el país.» Llenado este deber, no fió sino en sí mismo, y esperó resuelto el ataque con el firme propósito de tomar oportunamente la ofensiva.

Ordóñez, por su parte, dictaba en el mismo día 4 sus providencias, contando obtener un triunfo fácil. Su plan era atacar á Las Heras por ambos flancos y por la retaguardia. Al efecto, dividió sus fuerzas de salida en dos cuerpos, compuesto uno de ellos de los 400 hombres de infantería y caballería con dos cañones, á órdenes del coronel Antonio Morgado, y el segundo bajo su inmediato mando, compuesto de dos batallones de infantería con 550 hombres, 220 jinetes y

4 piezas volantes. La columna de Morgado debía marchar por el camino de Penco viejo para atacar la posición del Gavilán por el oriente: la de Ordóñez seguiría el camino que de Talcahuano conduce rectamente á Concepción, y tomaría á los patriotas por la izquierda. Simultáneamente, las fuerzas reunidas de la frontera meridional del Bío-Bío, sostenidas por lanchas cañoneras, atravesarían el río en balsas para desembarcar sobre la misma ciudad en el momento oportuno. Por último, un destacamento de caballería se situaría sobre el Andalien para cortar la retirada de los que ya consideraba derrotados, interceptando sus comunicaciones por el camino de Pachacay. Con arreglo á este plan, púsose en marcha en la noche del 4, dejando bien guarnecidas las fortificaciones de Talcahuano.

En las primeras horas del día 5 de mayo apareció la columna de Ordóñez sobre las alturas de Chepe, al mismo tiempo que nueve lanchas cañoneras remontando el Bío-Bío empezaron á batir la plaza de Concepción. Inmediatamente la batería de la izquierda del Gavilán rompió un vivo fuego, consiguiendo con ello desorganizar sus filas. El general realista, despechado, las reorganizó prontamente, y dejando dos cañones sobre el cerro de Chepe para sostener su avance, adelantó sus guerrillas protegidas por un cañón, las que se apoderaron de la casa de ejercicios situada en el ángulo sudeste de la ciudad en la prolongación de la izquierda de los patriotas. Las Heras, al ver amenazados sus flancos y su retaguardia, decidióse á tomar la ofensiva, y lo hizo con tanto brío como acierto.

El batallón número 11 descendió de la cumbre del Gavilán, y ejecutó un cambio de frente sobre su izquierda ganando terreno, situóse en su falda sudeste

dando frente al enemigo, con su caballería y un piquete de infantería de Chile á la izquierda y la artillería en el centro. Sobre la marcha, dispuso que el mayor Manuel Medina al frente del escuadrón de granaderos, diese una carga á fondo sable en mano sobre la línea realista de guerrillas, las que fueron arrolladas por dos veces hasta el pie de las cerrilladas de Chepe, sosteniendo la segunda carga la cuarta compañía del número 11 al mando del capitán Román Dehesa. A este tiempo se desmontaron las cuatro piezas de la batería de la izquierda del Gavilán, pero el jefe las hizo reemplazar con las dos de la derecha, y el fuego continuó sin interrupción.

Una hora después de comprometido el ataque de Chepe sobre el Gavilán, la columna de Morgado había iniciado el suyo por el camino de Penco, rompiendo el fuego á tiro de fusil con sus dos cañones sobre la derecha de Las Heras. El comandante Freyre, que mandaba este costado, salió á su encuentro con sus piquetes de infantería del número 7.° y 8.°, desplegados en tiradores y un escuadrón de dragones en reserva, los que, sostenidos por dos compañías del número 11 á órdenes del capitán Nicolás Arriola, atacaron á Morgado á la bayoneta y le arrebataron sus piezas, derrotándolo completamente. Esto sucedía á las 9 de la mañana, cuando el combate por el lado opuesto se mantenía aún. Un amago de carga de los granaderos por la retaguardia, sostenido por las dos compañías destacadas del número 11 antes mencionadas, bastó para obligar á los enemigos á replegarse á su posición de Chepe. A las 10 de la mañana, la victoria estaba decidida por los independientes. Los realistas se pusieron en retirada vivamente perseguidos por los granaderos de Medina y las compañías del número 11, cuya dirección tomó el mayor Enrique Martínez, arre-

batando los primeros un cañón. A este tiempo llegaban al campo de batalla dos compañías del número 7.° mandadas por el mayor Cirilo Correa, desprendidas de la columna de O'Higgins, que, tendiéndose en tiradores sobre la playa, rechazaron el último ataque de las fuerzas fronterizas sobre el Bío-Bío y concurrieron á la persecución. La primera campaña del sur de Chile estaba salvada.

Los trofeos de esta brillante jornada fueron 3 cañones con sus cureñas y municiones, 200 fusiles, 28.000 cartuchos, 80 prisioneros y 192 muertos que el enemigo dejó en el campo. La pérdida de los patriotas sólo fué de 6 muertos y 62 heridos. En medio de estos gloriosos despojos recibió Las Heras el abrazo de felicitación de O'Higgins, que fué al mismo tiempo el de la franca reconciliación por parte del general. Retirando sus anteriores acusaciones, conformóse en borrarlas con palabras que hacen honor á ambos: «La »opinión de V. E. (ofició á San Martín), de suspender »el juicio á que por orden suprema se llamaba al coro»nel don Juan Gregorio Las Heras, para que res»ponda de su conducta por el tiempo que á sus órde»nes estuvo esta parte del ejército, no sólo es razona»ble y política por los fundamentos que da V. E. en su »contestación al Gobierno de Buenos Aires, sino que »acaso es justa, si atendemos á la virtuosa comporta»ción que ha desplegado.»

VI

El general O'Higgins tomó la dirección de la guerra del sur, y estableció el bloqueo parcial de Talcahuano por la parte terrestre desde las posiciones de la Concepción; pero para formalizarlo y como preliminar de

operaciones más decisivas, propúsose aislar al enemigo en la península, cortando sus comunicaciones y privándolo de recursos. Dueño Ordóñez del mar y de la navegación menor en la embocadura del Bío-Bío, mantenía francas sus comunicaciones con la línea de fuertes de Arauco, que á la vez que lo proveían de víveres, hostilizaban por un flanco á los patriotas, haciendo insegura su situación. La conquista de esta línea era una operación indicada, y fué encomendada al comandante Freyre, á cuyas órdenes puso una división volante de 300 hombres, compuesta de un escuadrón de granaderos á caballo y los piquetes 7.° y 8.° de infantería (argentinos), juntamente con el escuadrón de Dragones y un destacamento de Guardias Nacionales de Chile.

La expedición de Arauco se inició por un golpe atrevido y feliz. Una partida de 60 hombres de infantería chilena al mando del capitán José Cienfuegos, desprendida de la columna de Freyre, atravesó el Bío-Bío el 12 de mayo y atacó la fortaleza del Nacimiento, centro de la línea de fuertes de Arauco. Esta plaza hállase situada en la confluencia del Bío-Bío y el Vergara, defendida á sus flancos por las escarpadas barrancas de estos dos ríos y á su frente por hondas cortaduras que dificultan su acceso; pero carece de agua, y en esto se basaba el éxito del plan de ataque. Los defensores se sostuvieron con firmeza dentro de sus muros durante un día y una noche, haciendo jugar tres piezas de artillería y mantuvieron un vivo fuego de fusilería; pero encerrados en su recinto por una trinchera que sobre su entrada mandó abrir Cienfuegos, y acosados por la sed, hubieron de capitular. Este triunfo dió por resultado la posesión inmediata de los fuertes de Santa Juana y San Pedro al poniente de Nacimiento, con lo cual quedó conquistada la línea de

Arauco hasta frente á Concepción; pero quedaba todavía la mayor dificultad por vencer.

La llave de la línea fronteriza era la plaza de Arauco, situada en su extremidad occidental sobre el Pacífico. Puerto de mar y depósito general de artículos de guerra, por allí había efectuado Gainza la segunda invasión al territorio chileno en 1814, y era el punto por donde la plaza de Talcahuano se comunicaba por agua con el territorio araucano, proveyéndose de víveres y otros recursos. Defendida por la cordillera de Nahuelbuta y por el río Carampangue que se desprende de ella, era una fortaleza respetable por la naturaleza y por el arte, más difícil de espugnar que la de Nacimiento. Freyre recibió orden de tomarla á todo trance. En consecuencia, atravesó á su vez el Bío-Bío, y reunido á la partida de Cienfuegos, marchó resueltamente sobre Arauco, á la cabeza de 360 hombres, ocupando en su tránsito el fuerte del Colcura sobre la costa. El 26 de mayo se hallaba á orillas del Carampangue.

La guarnición, fuerte de más de 200 hombres, salió á disputarle el paso del río, estableciéndose sólidamente en su margen izquierda con infantería y artillería. Un copioso aguacero que cerró todos los vados, vino á aumentar las dificultades á vencer. Freyre sin arredrarse, dispuso, al anochecer, que una parte de su tropa llamase la atención por el frente, río por medio, mientras él con el resto se dirigía corriente abajo con la resolución de atacar al enemigo en sus posiciones por el flanco. Puesto á la cabeza de 50 de los invencibles granaderos á caballo, mandados por el mayor Lino Ramírez de Arellano, cada jinete con un infante del número 7.° á la grupa, atravesó á nado el río bajo los fuegos de los realistas, y cayó impetuosamente sobre su izquierda, al mismo tiempo que la re-

serva sostenía su ataque desde la margen derecha. El combate fué reñido y la victoria completa, dejando los derrotados en el campo 30 muertos, 15 heridos y 40 prisioneros. Al día siguiente (27 de mayo), Freyre entró triunfante á la plaza de Arauco, y se apoderó de 11 piezas de artillería y de todos los pertrechos de guerra allí depositados, con la sola pérdida de 14 hombres ahogados en el Carampangue y un herido en el combate.

Un obscuro jefe de milicias de la frontera, llamado Juan Bautista Díaz, reunió los dispersos realistas de Carampangue, y alistando bajo su bandera á los indios comarcanos, consiguió organizar una banda como de 500 hombres de chuza. El capitán Cienfuegos, que había quedado á cargo de la plaza de Arauco, salió á su encuentro al frente de 150 hombres, y fué completamente batido, quedando en el campo cubierto de heridas. La fortaleza de Arauco volvió á ser ocupada por los realistas (3 de junio). Freyre se puso entonces nuevamente en campaña con su división y volvió á reconquistar la fortaleza de Arauco, batiendo á Díaz sobre el mismo Carampangue donde éste se había atrincherado (17 de julio). Desde entonces la plaza de Talcahuano quedó completamente aislada por la parte de tierra y privada de los auxilios que recibía del territorio araucano.

Para completar el bloqueo terrestre de Talcahauno y asegurar el flanco del ejército sitiador en Concepción, O'Higgins comisionó al coronel Andrés Alcázar, con encargo de pacificar las tribus araucanas, á fin de obtener una alianza negativa, y este jefe, que se había criado en la frontera, desempeñó cumplidamente su comisión, convocando á los indios á un solemne parlamento y celebró con ellos tratados sobre

la base de la neutralidad, que fué observado con la intermitencia propia del carácter pérfido y voluble de estos salvajes.

VII

Durante las operaciones de Arauco, las hostilidades sobre Talcahuano se habían limitado á una línea avanzada de observación sobre la Península y á meras escaramuzas en que la ventaja estuvo siempre de parte de los patriotas. En una ocasión (7 de junio), los sitiados hicieron salir un destacamento con el objeto de recoger algún ganado; pero vigorosamente atacado por 80 granaderos al mando del capitán Juan Lavalle con el teniente Victoriano Corvalán, fué completamente derrotado con pérdida de su arreo, dejando en el campo varios muertos. En otra ocasión (2 de julio), el coronel Las Heras con dos escuadrones de granaderos mandados por los comandantes Manuel Escalada y por Medina y los Dragones de Chile por Freyre, cayó al amanecer sobre las avanzadas de la plaza con el objeto de practicar un reconocimiento. La operación dió por resultado la sorpresa de una de las guardias realistas que fué acuchillada sobre los mismos fosos, mientras el ingeniero Antonio Arcos, rodilla en tierra, levantaba bajo el fuego de la plaza el plano de sus fortificaciones.

Aun cuando las copiosas lluvias del invierno del sur de Chile habían comenzado, inundando el terreno que media entre Concepción y Talcahuano, é impedían estrechar el sitio, O'Higgins no renunciaba á la idea de llevar un ataque á las fortificaciones enemigas, convencido de que, mientras no fuesen expugnadas, la guerra se prolongaría indefinidamente. Al efecto, había engrosado considerablemente sus fuerzas, orga-

nizando cuerpos chilenos de nueva creación y armando algunas lanchas cañoneras en el Bío-Bío para contrarrestar las españolas. Practicado el reconocimiento del 2 de julio, de que se ha dado noticia, resolvió tentar un golpe formal sobre la plaza. Con tal propósito dividió su ejército en dos cuerpos: uno á cargo del coronel Las Heras y otro al del coronel Conde. El 22 de julio, ambas divisiones acamparon á tiro de cañón de la plaza sobre el cerro de los Perales, desde cuyo punto se descubrían todas las fortificaciones del enemigo, y en vista de ellas se improvisó el plan de ataque que debía verificarse al día siguiente, el cual parece no haber sido bien estudiado á juzgar por los documentos que hemos tenido á la vista y las operaciones parciales que en consecuencia se emprendieron. Redujéronse éstas á establecer una batería de dos obuses á cargo del mayor chileno José Manuel Borgoño, en la punta noroeste de Perales, y bombardear desde allí la plaza durante la noche, con poco éxito. El 23 continuó el bombardeo, pero habiéndose desmontado los obuses, fueron reemplazados con dos piezas de á 4, con el objeto de desalojar cinco botes españoles que penetraron por una laguna del costado izquierdo del enemigo, á fin de hostilizar el flanco derecho de los patriotas. Las siete baterías del recinto exterior de la plaza rompieron el fuego á la vez, sin causar daño alguno, por cuanto las tropas sitiadoras habíanse situado en las pendientes del sur de Perales, perfectamente cubiertas. Bajo la protección de sus cañones, intentaron los sitiados una salida parcial de caballería, que fué rechazada por un escuadrón de granaderos mandados por Escalada con el sostén de una compañía del número 11 á cargo del capitán Bernardo Videla, llevando la persecución, bajo la metralla, hasta las inmediaciones del foso. Las lanchas de los patriotas, que debían concu-

rrir al ataque, aun no habían llegado. En la noche sobrevino un copioso aguacero, que inundó el campo é inutilizó las municiones de fusil. Necesario fué desistir del ataque, y el 24 el ejército sitiador emprendió su retirada. Desde entonces las operaciones del sitio quedaron paralizadas.

El infatigable Ordóñez, en la imposibilidad de acometer nuevas empresas después de los tres sucesivos contrastes sufridos, promovió una guerra de partidarios á retaguardia del ejército sitiador. Simultáneamente aparecieron en el interior algunas guerrillas encabezadas por oficiales salidos de Talcahuano, cuyo centro de operaciones eran las montañas de Chillán. Estas partidas, batidas unas veces, escapando otras á la persecución que se les hacía, y reorganizadas constantemente, extendieron sus correrías desde el Maule hasta Arauco inquietando las comunicaciones de los patriotas, y obligaron á éstos á desprender gruesos destacamentos. A esto se redujo la guerra del sur en los últimos meses del invierno de 1817. Talcahuano era el dardo roto clavado en el pie del vencedor de Chacabuco, y la prolongación indefinida de la guerra en el sur de Chile, la consecuencia de su error después de la victoria ó de la demora de la expedición de Las Heras, gloriosamente reparada por el triunfo del Gavilán.

VIII

Las lluvias del riguroso invierno de 1817 paralizaron las operaciones del sitio sobre Talcahuano. Mientras tanto, continuáronse con tenacidad por los realistas, y con fortuna varia para ambas partes, las hostilidades en la inmediata frontera araucana. Aun cuando las peripecias y combates parciales de esta pequeña

guerra sean un accesorio en el cuadro general de la historia, sin embargo, su conjunto le da su perspectiva, ensanchan sus horizontes y hacen comprender mejor por el contraste los acontecimientos de mayor magnitud con que se combinaron.

Después de la retoma de la plaza de Arauco y de Colcura, por Freyre, y la ocupación ulterior de los fuertes al sur del Bío-Bío, por Alcázar, el primero se replegó al cuartel general, dejando débilmente guarnecido el punto, y el segundo estableció su centro en Nacimiento. Estrechado Ordóñez en el recinto estéril de Talcahuano y privado de los recursos que por esa vía se proporcionaba, decidió volver á recuperar las posiciones perdidas, principalmente las de la costa del mar. Al efecto, desprendió por agua una expedición con el objeto de acopiar víveres y caballos, á la vez de dar un núcleo más consistente á sus partidarios dispersos en las inmediaciones, la cual desembarcó en la playa del Tubul, río que desagua en la bahía de Arauco, donde estableció su campamento. Noticioso de su presencia, el capitán Agustín López, que mandaba la plaza, salió al encuentro con su caballería (12 de septiembre), y dispersó á los invasores, que dejaron en el campo 30 muertos. Pero rehechos y reforzados éstos, atacaron atrevidamente la fortaleza (16 de septiembre), obligando á su débil guarnición á reconcentrarse en su recinto, la que habría sido rendida sin el eficaz auxilio, que le llevó el comandante del batallón número 3 de Chile, Ramón Boedo, que se hallaba en Colcura al frente de una compañía de 115 hombres. El valiente é infatigable Freyre fué desprendido por tercera vez al sur del Bío-Bío con su columna volante de argentinos y chilenos, en protección de la línea amagada. El 27 de septiembre cayó en la noche de sorpresa sobre los realistas, acampados en la margen derecha

del Tubul con 130 fusileros y muchedumbre de indígenas á caballo, y los destrozó completamente, causándoles grandes pérdidas y tomándoles un cañón.

Los restos de las partidas realistas, sin desmayar por estos contrastes, en que perdieron como 300 hombres entre muertos, heridos y prisioneros, se reforzaron nuevamente, y recostándose sobre la línea del Bío-Bío, se apoderaron del fuerte de Santa Juana. En seguida atacaron el fuerte de Nacimiento, defendido personalmente por Alcázar, quien sostuvo la posición hasta ser oportunamente protegido por un destacamento salido de Chillán, que obligó á los realistas á levantar el cerco y retirarse á los fuertes de frontera de la falda de la cordillera, hasta donde fueron perseguidos por nuevas tropas movidas al efecto. Pero el tenaz Ordóñez, comprendiendo la importancia de estas hostilidades, que distraían la atención de los patriotas, debilitándolos, desprendió una nueva expedición de una partida de tropa con varios oficiales escogidos, á fin de que las continuasen con más método. Con estos elementos formóse una columna bastante respetable, que consiguió batir un grueso destacamento de 80 fusileros y 66 lanceros que imprudentemente salió en su busca, matándole 20 hombres y tomándole una pieza de artillería. Obtenidas estas ventajas, atacaron nuevamente el fuerte de Nacimiento (16 de noviembre), pero fueron rechazados y perseguidos en su retirada por Alcázar. Casi simultáneamente con estos sucesos (27 de octubre), reaparecían las montoneras de Chillán acaudilladas por Pincheira en número de 200 hombres, las que fueron otra vez batidas, con pérdida de 40 muertos y 60 prisioneros.

Así quedó nuevamente desplegado el flanco y asegurada la retaguardia del ejército patriota establecido en Concepción, y Ordóñez más estrechado en Talca-

huano. Era en la posición de Talcahuano donde estaba la solución del problema de la campaña del sur.

Si se toma un mapa general de Chile y se examina la configuración de sus costas, vese desprenderse de ellas una montaña en dirección de sur á norte, quo tiene los contornos de un tosco pedernal de flecha primitiva no desbastado, y que forma parte de su cordillera marítima sumergida. Son los altos llamados de Tumbes, extremidad occidental de la península de Talcahuano. Esta península, que cierra por el sudoeste la bahía de Concepción, y comprende la de San Vicente en su costado sur, es un macizo de ásperos cerros boscosos que se levanta ex abrupto, y está ligado al continente por una garganta de tierras bajas y anegadizas, conocidas con el nombre de vegas, de poco más de dos kilómetros de ancho. Esta era la línea de defensa adoptada por Ordóñez, en el punto donde terminan los cerros por el oriente y comienzan las vegas que se desenvuelven á su pie. Fronterizo á esta línea y en medio de las vegas, se levanta aislado un cerro prolongado de este á oeste, que lleva el nombre de «Alto de los Perales», cuya puntilla occidental se encuentra á tiro de cañón de la mencionada línea.

La plaza de Talcahuano estaba guarnecida por 1.700 hombres, y artillada con 70 cañones de calibre de 24 abajo, que servían 250 artilleros y marineros. Las fortificaciones consistían en una primera línea continua que seguía el perfil de los cerros, desde la bahía de Concepción hasta la de San Vicente, con escarpas naturales peinadas, fosos, cortaduras, palizadas, pozos de lobo, trincheras y siete baterías á barbeta cubiertas por el bosque, que barrían con sus fuegos cruzados todas las tierras bajas. En su extremo izquierdo se destaca un muro, dividido en su promedio por una

depresión del terreno, con un flanco escarpado que se hunde en las aguas de la bahía y cuya cabeza oriental está aislada por una caleta ó pequeña ensenada que con ella comunica, y en la que desaguan los riachos de las vegas. Los fuegos de esta posición defendían el acceso del portón y puente levadizo situado á su pie, y flanqueaban toda la línea de fortificaciones de norte á sur. En la parte más culminante del macizo de Tumbes, se eleva el «Cerro del Centinela» donde estaba establecido un reducto á la manera de una ciudadela, y un escalón más abajo de la montaña, en el punto llamado «Cerro del Cura», otro reducto y una batería, que dominaban el frente y el flanco de la posición y lanzaban sus proyectiles por encima de la primera línea. Completaban este sistema de defensa dos castillos sobre la playa de la gran bahía, sostenidos por la fragata Venganza, de 44, el bergantín Potrillo, de 18, con cinco chalupas cañoneras dentro de la caleta á la cabeza del Morro, y una lancha con una pieza de á 18, situada en la bahía de San Vicente.

Por esta descripción, vese quc la península de Talcahuano era posición fuerte por la naturaleza y por el arte, y que el dueño de ella, siéndolo á la vez de la mar, podia sostener en su recinto montañoso con ventaja y con pocas fuerzas tener á todo el sur de Chile en jaque, amenazando constantemente la inmediata ciudad de Concepción que está á dos horas de marcha militar, y conservar siempre una puerta abierta para invadir el territorio por esa parte. La importancia de este punto había sido revelada por el ingeniero Mackenna desde 1810, y O'Higgins le llamaba el «Gibraltar de Chile», nombre que con propiedad le cuadra. Esta circunstancia agrava la falta de los generales patriotas al dar tiempo al enemigo para for-

tificarse en él, y revela entre las grandes cualidades que desplegó Ordóñez, su largo golpe de vista militar y su prudencia á la par que su fortaleza. Talcahuano contrarrestaba con un puñado de hombres los efectos de la batalla de Chacabuco, y debía mantener á raya, por espacio de tres años, los progresos de las armas argentino-chilenas.

IX

Durante la estación del invierno, O'Higgins había aumentado su ejército con cuerpos chilenos de nueva creación, y á mediados de octubre (1817), su fuerza total pasaba de 3.700 hombres, lo suficiente apenas para tentar un asalto franco sobre las posiciones de Talcahuano. En los primeros días de la primavera (8 de octubre), había recibido un contingente de otro género, que debía ejercer una influencia funesta en la prosecución de las operaciones del sitio de Talcahuano. Entre los oficiales franceses traídos por Carrera, de Estados Unidos, contábanse dos, uno de ellos ilustre por sus antecedentes históricos, y el otro de un mérito sólido, los cuales debían intervenir activamente en las operaciones que se preparaban.

Era uno de estos oficiales el general Miguel Brayer, que venía precedido de una gran reputación militar como teniente general de Napoleón, á quien éste tuvo presente en su testamento. Habíase distinguido en las primeras guerras de la República Francesa, alcanzando el grado de coronel por su notable comportación en Hohenlinden á las órdenes de Moreau. En la batalla de Austerlitz obligó á capitular á una división de 8.000 rusos, comprometida en un desfiladero. En las

campañas de Prusia, y en la guerra de España, ejecutó proezas que le granjearon la admiración de sus compañeros de armas. En 1813, en la batalla de Silesia, se batió marchando con muletas por consecuencia de una herida recibida en Albuera, donde se batiera sin saberlo en el hemisferio opuesto con San Martín. Fué entonces cuando ejecutó la hazaña de restablecer y pasar un puente con sola su brigada bajo los fuegos del enemigo, al que hizo retrogradar y hacer rendir sus armas. La derrota de Waterloo, lo encontró al frente de una división de 20.000 hombres y fué uno de los que se presentaron al emperador vencido, para pedirle que recomenzase la guerra. El cautivo de Santa Elena, recordando este momento, decía en la época á que hemos llegado: «Debí montar á caballo cuando la división de Brayer se me presentó en Malmaison, y hacerme conducir por ella al centro del ejército.» Perseguido después de los cien días, escapó á la triste suerte de Ney y Labedoyere, emigrando á los Estados Unidos, donde lo había encontrado Carrera.

No obstante estos perstigiosos antecedentes, fué recibido con frialdad por sus nuevos compañeros de armas. Sus primeras manifestaciones, que no habían sido discretas, y su mal disimulada arrogancia en el campamento, no le captaron las simpatías ni la confianza de los jefes ni de la tropa. En la primera entrevista con el director Pueyrredón había manifestado la poca importancia que daba á la posición de Talcahuano y su desprecio por las tropas españolas. En su conferencia con San Martín en Chile—á quien sin duda miraba de arriba abajo,—fué impertinente: llególe á preguntar cuál era su plan para tomar la plaza; el general de los Andes lo puso en su lugar, contestándole, que eso era lo que él tenía que preguntarle. Sea que careciese del fuego sagrado, lejos del astro

que le comunicara en otro tiempo su ardor, sea que se alistase bajo las banderas independientes de la América más por espíritu aventurero que por convicción, y que, infatuado por sus glorias, mirase en menos á los combatientes de una y otra parte, el hecho es que Brayer inició su nueva carrera bajo malos auspicios, y mostró después que, si había sido un héroe, carecía de cabeza y de carácter.

Junto con Brayer, llegó otro oficial modesto, aunque no obscuro, destinado á prestar meritorios servicios á la causa americana, dejando su nombre inscripto en los documentos gráficos que marcan con trazos científicos las campañas de San Martín en Chile. Llamábase Alberto Bacler D'Albe, capitán de ingenieros, que tenía á la sazón veintiocho años de edad. Hijo de un mariscal de campo de la República Francesa, poseía extensos conocimientos matemáticos, tenía mucha experiencia en la guerra, y era hombre de buen consejo en materias militares. Había hecho las campañas de Australia y de Zelandia, de Rusia, de España, de Alemania, de Bélgica y de Francia, desde 1809 á 1815, asistiendo á Waterloo, y como jefe del gabinete topográfico del ejército del mariscal Soult, ilustró su nombre con distinguidos servicios profesionales.

Con la llegada de Brayer y D'Albe, las operaciones del ejército sitiador empezaron á formalizarse. Hasta entonces todo se había reducido á un bloqueo desde las posiciones de Concepción, con avanzadas sobre las vegas, y escaramuzas ó golpes de mano en que los sitiadores llevaron siempre la ventaja, distinguiéndose en primera línea, Freyre (chileno) y Escalada (argentino). Aún continuaban las lluvias, que en la región del sur de Chile se prolongaron hasta muy entrada la primavera, y por lo tanto el terreno intermedio, inundado entre Concepción y Talcahuano, no permitía

tomar posiciones de circunvalación sobre la península. Al día siguiente del arribo de Brayer (10 de septiempo), dispuso O'Higgins que Freyre, acompañado por Escalada á la cabeza de 100 granaderos á caballo, atacase una guardia enemiga que acostumbraba avanzar hasta los altos de Perales, emboscándose al efecto en los médanos de la costa de San Vicente, que se hallaba bajo los fuegos de la plaza. La niebla de la mañana, frecuente en esta estación, favoreció la empresa. De 50 hombres que salieron de las trincheras, no volvió á entrar uno solo, quedando todos ellos muertos ó prisioneros. En la mañana del 25 de octubre una gruesa partida de caballería enemiga hizo una salida repentina de la plaza. El comandante Escalada, á la cabeza de los escuadrones de granaderos, la atacó y acuchilló hasta el pie de sus palizadas, con sólo la pérdida de dos caballos, haciéndole 12 muertos y varios heridos.

A mediados de noviembre quedó decidido el asalto de Talcahuano.

El 24 de noviembre pasó O'Higgins una solemne revista á todo el ejército recientemente uniformado, formando en línea los batallones argentinos 7.° y 11.° á órdenes de Las Heras y Conde, y dos escuadrones de granaderos á las de Escalada, juntamente con los batallones números 1.° y 3.° de Chile, mandados por D. Juan de Dios Rivera y comandante Ramón Boedo, con el escuadrón Cazadores escolta con Freyre á su cabeza, y una brigada de artilleros chilenos á cargo del mayor José Manuel Borgoño. Estas fuerzas en número de 3.700 hombres antes indicado, se situaron en la extremidad norte de los altos de Perales, casi á tiro de cañón de á 24, de la plaza. El sitio preliminar del asalto estaba establecido.

Por esta vez se procedió con arreglo á un plan fijo,

basado sobre los planos del terreno, levantados por los ingenieros Arcos y D'Albe, después de largas y detenidas deliberaciones.

X

Dos caminos se presentaban para apoderarse á viva fuerza de la posición de Talcahuano. El uno, atacarla por su derecha que era la más débil, en combinación con las lanchas cañoneras de los patriotas que descendían desde Concepción el Bío-Bío, dominando la bahía de San Vicente, para en seguida asaltar las baterías de esa parte, posesionarse de los reductos del Centinela y del Cura, y quedar de este modo dueños del punto. El otro, asaltar las fortificaciones por su izquierda—que era la más fuerte,—posesionarse del Morro y de la playa adyacente del recinto, cortando la retirada á la guarnición, é interceptar la comunicación con los buques de guerra. Fué éste el que se adoptó. Consultado San Martín sobre el particular, señaló, en vista del plano de Arcos, con la penetración de Bonaparte en Tolón, cuál era el punto que daría el dominio de la plaza; pero desgraciadamente opinó que tal vez sería preferible tentarlo por otro, y contestó: «La posición de Talcahuano es formidable: »la llave de toda ella es el reducto del Centinela; pe»ro el ataque de éste por 300 hombres es sumamente »aventurado, bien sea anticipándose, ó bien si es re»chazado el que debe ejecutarse de frente sobre la lí»nea; en todo caso, más bien preferiría el ataque por »el reducto número 1.° (el Morro), y en caso de suceso, »marchar sobre el pueblo, pues de este modo quedaba »flanqueada su línea, y sin tener cómo subsistir; pero »hay mucha diferencia en calcular sobre un plano,

»por exacto que sea, á observar sobre el terreno.» O'Higgins, con el instinto que le daba el conocimiento del terreno, se inclinaba al ataque por la derecha y el Centinela; pero, deferente á las opiniones de Brayer, convino en que se llevase por el extremo opuesto. Por su parte, San Martín libró la decisión á O'Higgins, oscilando entre la esperanza y la duda. «Veo su disposición para atacar Talcahuano. Creo que los resulta»dos serán felices. Si no lo son, tendremos paciencia. »Al cabo, jamás puede pasar la tentativa de una pe»queña pérdida y nunca una derrota, que es lo que »podría desesperarnos. Con nuestra caballería estamos »en aptitud de replegarnos tranquilamente en caso de »revés á nuestra posición, sin ser incomodados. En fin, »usted es dueño absoluto de hacer lo que quiera.» Pero días después, agregaba con desconfianza respecto del éxito: «Veo por su relación, que la línea ene»miga presenta inconvenientes respetables, y que su »ataque nos puede costar mucha sangre. Si usted cal»culase que el éxito no sea feliz, no hay más arbitrio »que esperar nos lleguen los buques. Usted está á la »vista y dispondrá lo que quiera y le parezca.»

En cuanto á Brayer, con sus ideas preconcebidas, miraba con desprecio las fortificaciones y las tropas enemigas, y sostenía que el ataque debía llevarse á todo trance por la izquierda. No le faltaban razones en que apoyar esta opinión, aunque de un orden más bien impresionista que rigurosamente militar. Según él, la posición del Morro era la llave del costado izquierdo de la línea y de su entrada, y una vez dueños de ella, los patriotas podían dominar toda la playa de la gran bahía, asestar sus cañones sobre las dos naves de guerra españolas, impedir que las tropas realistas se embarcaran y de este modo rendirlas á discreción, obteniendo de un golpe todas las ventajas de

la victoria, lo que no se conseguiría si se llevase el ataque por su derecha, que les dejaba franca la retirada. Este plan, radicalmente malo, aun como golpe de mano, se fundaba sobre un triple error de apreciación científica y de hecho, cual era: suponer que la primera línea de defensa constituía la fuerza de la posición; considerar que el Morro era su llave, cuando era un simple reducto destacado, útil para la defensa, pero no para el ataque, pues estaba dominado por los fuegos de los reductos de las alturas; y por último no prever el obstáculo, que aislando el ataque del Morro, inutilizaba toda la combinación. Todo esto quedará explicado más claramente en adelante al relatar la operación y hacer su crítica.

Las opiniones estaban divididas respecto del plan que en definitiva debía adoptarse. O'Higgins consultó reservadamente á sus jefes, y la mayor parte se inclinaba como él, al ataque por la derecha de la línea. Entre ellos contábase Las Heras; pero cuando le fué comunicado en junta de guerra el plan redactado por Brayer, y vió que la mayoría, bajo la presión moral de la gran autoridad de su autor, estaba dispuesta á aceptarlo, á la vez que á él se le asignaba el puesto de mayor peligro, movido por un sentimiento de orgullo nacional, declaró que también lo aceptaba, asegurando que con sus tropas tomaría el Morro. De este modo prevaleció el plan de Brayer.

El plan de Brayer, reducido á la composición de las tres columnas de asalto y á algunas prevenciones muy someras, sin previsiones ni instrucciones tácticas siquiera, consistía en dos ataques simultáneos: uno formal por la izquierda de la línea, y otro falso por la derecha y el centro. El primero tenía el Morro por objetivo inmediato, y una vez tomado, los asaltantes debían posesionarse del rastrillo por la espalda y ten-

der el puente levadizo, para que penetrara á la playa la caballería, y en seguida, apoderarse del reducto del Cerro del Cura, que era el objetivo ulterior y el punto de reunión señalado. El segundo debía limitarse á simples amagos, y permanecer á la expectativa, sin misión determinada. Los artilleros marcharían al asalto sin piezas, para servir las que se tomasen en las baterías del Morro y del Cura. Las lanchas cañoneras del Bío-Bío apoyarían el ataque falso, para llamar más la atención, y cooperar según el caso. Así quedó convenido, y todo empezó á prepararse con actividad para la próxima batalla.

XI

El ejército sitiador se estableció en el alto de Perales (25 de noviembre) situando los puestos avanzados dentro de tiro de cañón de á 24 del enemigo, que inmediatamente rompió el fuego sobre ellos. El bergantín Potrillo salió de la bahía de Concepción con algunas chalupas y lanchas artilladas, y ocupando la de San Vicente, empezó á cañonear el flanco izquierdo de los patriotas. Esta hostilidad fué contrarrestada por una batería de campaña abrigada por los médanos de la costa, que obligó al bergantín enemigo á abandonar el puerto. Al mismo tiempo, las cañoneras patriotas atacaban las de los realistas, forzándolas á colocarse bajo el amparo de sus baterías. Después de estos saludos de hierro, fué hecha á la plaza, por escrito, la intimación de rendirse. Ordóñez, redoblando el fuego de las baterías y reductos, contestó verbalmente, que «se defendería hasta la muerte.» Desde entonces sólo se esperó el momento favorable para dar el asalto.

El viento norte, que había empezado á soplar los primeros días de diciembre, arreció el día 5, manera de hacer imposible la salida de la escuadra española del puerto. Esta circunstancia favorecía el plan de Brayer, y quedó resuelto que el asalto se llevase en la madrugada del 6. El ejército fué dividido en tres brigadas. La primera, al mando de Las Heras, componíanla las cuatro compañías de cazadores (argentinos y chilenos) á órdenes del mayor Jorge Beauchef, distinguido oficial francés de Napoleón, venido con Carrera; el batallón argentino número 11 y número 3 de Chile á cargo de su comandante Boedo. La segunda brigada la mandaba el coronel Pedro Conde y componíanla las compañías de granaderos de los batallones argentinos y chilenos á órdenes del mayor Cirilo Correa; el batallón argentino número 7.° y el número 1.° de Nacionales de Chile. La tercera la formaban los escuadrones 3.° y 4.° de granaderos á caballo y los Cazadores escolta dirigidos por Freyre.

La hora señalada para marchar al ataque eran las 2 de la mañana; pero sólo tres cuartos de hora después pudo iniciar su movimiento la división de Las Heras, precedida por las compañías de cazadores, con el número 11 y los pelotones de artilleros en reserva, y 40 zapadores con herramientas para abrir camino por entre las estacadas. Por su izquierda se movía la caballería, llevando cada jinete un mazo de fajina al hombro. Las instrucciones le prevenían atacar el centro del Morro, ocupar sus baterías al grito de ¡ Viva la Patria !, salvar la cortadura intermedia, franquear el rastrillo á la caballería, y repitiendo el mismo grito de ¡ Viva la Patria ! posesionarse del Cerro del Cura. Al primer grito, que indicaría que el puente levadizo estaba echado, Freyre penetraría por él con su caballería á todo galope, acuchillando lo que encontra-

se por delante, y se reconcentraría en seguida al mismo Cerro del Cura. En cuanto á la columna de la izquierda, su papel se limitaba á desprender simultáneamente dos compañías sobre el centro de la línea y otras dos sobre las trincheras de San Vicente, empeñando fuegos para simular un doble ataque, simultáneamente con el verdadero de la derecha, y mantener á cubierto la reserva. Cinco lanchas cañoneras á cargo del comandante Jorge Manning, salidas de Concepción, debían concurrir al falso ataque de la izquierda, descendiendo el Bío-Bío. En este orden formóse el ejército á las 2 de la mañana del día 6, y poco antes de las 3 rompió su marcha en silencio, bajo el cañoneo que las baterías enemigas acostumbraban hacer durante la noche, por precaución.

La primera señal de alarma fué dada á la plaza por un centinela perdido de caballería que disparó su carabina. La guarnición realista acudió á sus puestos y se apercibió á la defensa, rompiendo el fuego todas las baterías desde uno á otro extremo de la línea. El mayor Beauchef, que iba al frente de la columna de la derecha, se dirigió á paso de carrera sobre el Morro. Al llegar á su pie, fué recibido por una descarga de 200 fusiles que le postraron como 20 hombres entre muertos y heridos. Hubo un momento de vacilación entre la tropa, pero el intrépido Beauchef, lanzándose al foso lleno de agua, ordenó que le siguieran, y el capitán Bernardo Videla (argentino), haciendo lo mismo, arrastró tras sí á la compañía de cazadores número 11 que llevaba á la cabeza. Los dos valerosos oficiales treparon en hombros de sus soldados la muralla natural, de siete metros de altura, formada por la pendiente acantilada del Morro, y ayudados por ellos, consiguieron aportillar con sus propias manos la estacada que lo coronaba. Cuando se disponían á pene-

trar en el recinto fortificado, una descarga dirigida sobre el mismo portillo, derribó muerto al capitán Videla, y destrozó el brazo á Beauchef, quien, sin embargo, se mantuvo firme por algunos momentos en la brecha, hasta perder el sentido. En ese momento acude Las Heras á paso de trote á la cabeza del número 11, sostenido por el número 3 de Chile, con los zapadores de D'Albe; aplica las escalas de asalto, trepa la muralla, rompe la estacada, se posesiona del Morro, bayonetea la mayor parte de la guarnición, pone en fuga á otra, obliga al resto á precipitarse al mar, y cumpliendo su palabra y sus instrucciones, lanza desde lo alto de la batería por la boca de sus valientes soldados el grito de «¡Viva la Patria!»

El fuego cesó por algunos momentos. La noche era obscura, y sólo se oía á lo lejos el rumor del desorden en los altos de Tumbes, y los gritos de los marineros en las embarcaciones de la bahía, al recoger los fugitivos que se arrojaban al agua. Poco después, oyóse el estampido del cañón en las aguas de la bahía de San Vicente: era Manning, que con sus lanchas atacaba y tomaba al abordaje la cañonera enemiga situada en aquel punto, pasando á degüello su tripulación, y aseguraba aquel flanco. Los defensores de las baterías inmediatas las abandonaron, refugiándose en lo alto de los cerros; pero como la costa es de dificilísimo acceso por ese punto, y además, la flotilla patriota no iba prevenida para un desembarco, esta operación aislada, que sólo en combinación con un ataque formal por la derecha podía dar algún resultado, no tuvo más consecuencia. Simultáneamente rompióse el fuego por el centro y la izquierda. Era la columna de Conde que, excediendo sus instrucciones expectantes, procuraba convertir el falso ataque en verdadero. Salvando los pozos de lobo de los aproches por esa par-

te, había llegado hasta el pie de las escarpas y asaltado las palizadas. Los defensores, prevenidos, lo recibieron con un nutrido fuego de fusilería y de cañón, y los chilenos-argentinos fueron rechazados, cayendo gravemente herido el mayor Correa. Aun así, quedó demostrado que, si el ataque principal hubiese sido llevado vigorosamente por ese punto, habría sido forzada la línea con menos trabajo que por el Morro, quedando abierto el camino que conducía á los reductos del Centinela y del Cura y tomada la primera línea por la espalda.

Mientras tanto, Las Heras, dueño del Morro, se hallaba en la imposibilidad de posesionarse del rastrillo por el interior, ni de dirigirse al Cerro del Cura, que eran los objetivos, señalados por sus instrucciones. Los fugitivos al replegarse á su reserva, atravesaron una cortadura natural abierta en la depresión del terreno, que hemos señalado antes, ahondada á pico, y alzando el puente levadizo, por medio del cual la cabeza del Morro se comunicaba con su prolongación dentro de las trincheras, dejaron aislado á Las Heras en la posición conquistada. Vanos fueron los esfuerzos que hicieron los asaltantes para vencer este obstáculo en medio de la obscuridad y en un terreno que les era desconocido. Los realistas, sostenidos por una batería de troneras á la espalda de la cortadura, se sostuvieron con firmeza, y todo se redujo desde entonces á un combate de fusilería de barranco á barranco.

El ataque estaba malogrado por la izquierda de la línea y rechazado por el centro, aunque parcialmente triunfante en el Morro y en la bahía de San Vicente.

XII

En esta situación peligrosa encontraron á Las Heras las primeras luces del alba. Así que empezaron á disiparse las sombras de la noche, procuró atravesar el obstáculo que lo había detenido, pero al intentarlo, cayó muerto el comandante Boedo, al frente de sus soldados. Al mismo tiempo que la batería de la cortadura barría con su metralla la meseta del Morro, los reductos del Centinela y del Cura, á la par de la fragata Venganza y las lanchas cañoneras del puerto, hacían converger sobre ella sus balas. Los defensores, vueltos de su sorpresa, se daban cuenta de la situación, y Ordóñez acudía con su reserva al único punto amenazado. Los fuegos de los altos de Tumbes de la bahía y de la batería de la cortadura diezmaban las filas patriotas, cayendo muerto el teniente Leonardo García, del número 11, y cubiertos de heridas, el capitán Félix Villota, los tenientes Manuel Allende, Francisco Borcosque, Manuel Laprida, Ramón Lista, José Benito Sosa y los subtenientes Antonio Alemparte y Dionisio Villarreal. Las Heras, en medio de aquella mortandad, sostenía impávido la posición conquistada, empeñado en llevar adelante su difícil y ya imposible empresa. No había recibido por otra parte orden de retirada, y su deber era sostenerse hasta triunfar ó morir.

El general O'Higgins acompañado de Brayer, observaba las peripecias del combate desde la puntilla de los altos de Perales, dentro del tiro de cañón del enemigo, viendo caer muertos á su lado á sus ayudantes Luis Flores y Juan de Dios Molina. Brayer pudo entonces ver, á costa de un sangriento sacrificio, lo

que antes no había visto: la cabeza del Morro era un reducto destacado, dominado por las altas baterías y flanqueado por la marina, útil para la defensa de que formaba sistema, pero desventajoso para el atacante que lo ocupara, no siendo ni siquiera llave del portón que defendía. En cunto á O'Higins, convencido de que la división de Las Heras se sacrificaba estérilmente, dió al fin la orden de retirada. Esta operación era en aquellos momentos tan peligrosa como el asalto; pero Las Heras, con imperturbable sangre fría, se mostró á la altura de aquel difícil trance. Mandó primeramente poner á salvo sus últimos heridos, clavó los cañones de que se había apoderado, y conduciendo los prisioneros tomados en la jornada, salió batiendo marcha bajo los fuegos de todas las baterías altas y bajas de la línea de fortificación.

El ejército patriota sufrió una pérdida de 150 muertos y 280 heridos; pero por un fenómeno psicológico que suele repetirse, su moral, en vez de destemplarse por el rechazo, se remontó, mientras que el enemigo quedó aterrado, y no se vió desde ese día desprenderse un solo hombre de sus trincheras, reconcentrando por el contrario todas sus partidas volantes de Arauco. La generalidad, orgullosa del denuedo de las tropas en una operación de guerra tan arriesgada como nueva para ellas, atribuía su malogro á las malas disposiciones de Brayer, y pedía con entusiasmo intentar inmediatamente un segundo asalto. De este mismo espíritu participaba O'Higgins; pero, aleccionado por la experiencia, dudaba si la posesión de la plaza daría los resultados que se buscaban. «La línea de Tal»cahuano, decía, es muy fuerte: sin un grande sacri»ficio no puede ser penetrada. Resta saber si sería ó »no una victoria para el enemigo el que le sacrificá»semos la mitad de nuestra fuerza, aunque adquirié-

»ramos el puesto. Después de semejante pérdida, po»drían embarcar mucha parte de su marina y tropa, »que fácilmente mudaría de posición, que nos fuese »más perjudicial; tal considero la costa de Arauco.» En consecuencia, se resolvió á mantener el sitio, estableciendo contrabaterías para bombardear la plaza, sin renunciar del todo á la esperanza, deplorando no haber seguido sus propias inspiraciones. «Si el ataque »se hubiese llevado, son sus palabras, como he opi»nado desde un principio, no hubiera fallado; pero »para otra ocasión será seguro que me dirigiré por lo »que la sana razón dicta con conocimiento de nuestras »tropas y el de nuestros enemigos, y no atenderé per»suasiones en contrario.»

Como hemos dicho antes, el plan adoptado para el asalto, era, además de deficiente, radicalmente malo. Estaba errado en uno de sus principales detalles, cual era no tomar en cuenta el obstáculo de la cortadura, según se ha visto. Reposaba sobre el error fundamental de considerar como llave del costado izquierdo de la línea la posición de la cabeza del Morro, que, como el hecho lo demostró, era un simple reducto aislado, dominado por los fuegos de las altas baterías y flanqueado por los de la marina, y por lo tanto desventajoso para el ataque, aunque útil para la defensa. Otro error de apreciación en el que lo formuló, fué, suponer que la fuerza de la posición consistía principalmente en la primera línea que cerraba la península y seguía el perfil de los cerros, que forzada en un punto, se hacía insostenible, cuando ella estaba en los altos reductos y baterías del Cura y del Centinela, especialmente éste, que era respecto de Talcahuano, lo que el fuerte «Aiguillette» en Toulon, cuando con ojo certero Napoleón dijo: «Aquí está Toulon.» En el reducto del Centinela estaba Talcahuano, y una

vez tomado, todo quedaba dominado. Este resultado sólo podía alcanzarse atacando por la derecha de la línea; pero todo se sacrificó al anhelo de apoderarse de los buques españoles surtos en la bahía, en mira de cortar la retirada de los defensores de los altos de Tumbes, sin considerar que, aun acupada la posición del Cura, como se proyectaba, ella era insostenible bajo los fuegos del Centinela, y de no ocupar aquélla, era insostenible la situación de los asaltantes en la playa, aun consiguiendo franquear el rastrillo.

Con este contraste, que puso término á las operaciones ofensivas de la primera campaña del sur, coincidió el anuncio de una nueva expedición contra Chile, preparada en el Perú, y que precisamente en el mismo día del asalto se embarcaba en el puerto del Callao, con destino á Talcahuano. De ella nos ocuparemos á su tiempo.

CAPITULO XVI

La alianza argentinochilena

1817

Carácter de la alianza argentinochilena.—Correspondencia de San Martín con O'Higgins y Pueyrredón.—Llegada de San Martín á Buenos Aires.—Luz y sombra.—Objetos que llevaron á San Martín á Buenos Aires.—Acuerdos secretos para la formación de una escuadra en el Pacífico.—Misión á Estados Unidos para procurarse un armamento naval.—Tercer encuentro de San Martín y Carrera.—Trabajos de Carrera en Estados Unidos para expedicionar á Chile.—La víctima propiciatoria de la alianza argentinochilena.—Regreso de San Martín á Chile.—Entrada triunfal.—Misión de Alvarez Condarco á Inglaterra.—Una sombra histórica. — Cuentas de San Martín. — Liquidación de cuentas de la alianza argentinochilena.—Organización del gobierno de Chile en el sentido de la alianza.—Su modificación según el espíritu nacional chileno.—Rivalidades y manifestaciones internacionales de gratitud.—La diplomacia de la alianza.—O'Higgins, Pueyrredón y Guido.—La situación de fuerza de Chile.—Conspiración abortada de los Carrera.—Modificación en el gobierno de Chile.—O'Higgins y los Carrera.—Creación del Ejército Unido y su constitución.—La diplomacia del generalísimo del Ejército Unido.—La alianza social.—Método de vida de San Martín en Chile.—Su estado moral.—Misión americana de la alianza argentinochilena.

I

La alianza argentinochilena, sellada con la sangre de sus soldados en el asalto de Talcahuano, es el hecho más fecundo y de mayor magnitud de la época en la lucha por la emancipación americana, sea que se considere desde el punto de vista de sus grandes objetivos ó se la juzgue en presencia de sus resultados. Hecho múltiple, astracto en cierto modo, envuelto en los grandes acontecimientos que la prepararon ó fueron su consecuencia, su importancia ha podido esca-

par á la penetración de los historiadores, que, ó no se han dado cuenta de su eficiencia, ó han confundido los efectos con las causas, sin dominarla en su conjunto. Esta alianza, la primera celebrada en el Nuevo Mundo entre naciones independientes, tuvo de notable, que no fué el producto de ninguna combinación artificial; en que obedecía á las tendencias naturales de ambos pueblos, consultando sus recíprocos intereses; en que se desenvolvió según un plan de intervención y de política internacional, cuyo fin era la emancipación de toda la América del Sur, y se impuso militar y políticamente como una ley histórica desde las márgenes del Plata y el Cabo de Hornos hasta la línea del Ecuador, al libertar pueblos y fundar rerúblicas para entregar á los libertados sus propios destinos, determinando la regla y la norma según las cuales las nuevas nacionalidades debían constituirse en el futuro, en obediencia á su espontaneidad. Jamás dos naciones aliadas ejecutaron con más unidad de acción cosas más grandes con relación á sus recursos, con más beneficio y gloria duradera para ellas mismas y para las naciones que experimentaron su poderosa y saludable influencia. Sin la intervención argentino-chilena, la lucha de la independencia cambia de faz, y su triunfo se compromete ó se retarda indefinidamente. Ella es la que da la clave para explicar el movimiento progresivo de la revolución sudamericana.

Esta alianza, que nació espontáneamente en los primeros días de la revolución por el instinto de la común defensa y la identidad de propósitos, se diseñó desde un principio con proyecciones americanas, si bien más platónicas que prácticas, y consolidóse por el mutuo auxilio que ambos países se prestaron, combatiendo unidos bajo sus banderas independientes, por la defensa de sus respectivos territorios desde 1811

á 1814. La caida de Chile, en vez de romperla, la estrechó más, convirtiendo por una gravitación natural en unión de pueblos lo que antes había sido una liga de hecho de dos revoluciones embrionarias. Entonces se comprendió que era una condición de vida internacional para los dos países limítrofes, divididos y unidos por los Andes, y una necesidad para su acción conjunta en los destinos americanos. Chile, dominado por las armas realistas, no podía libertarse por sí mismo, á causa del agotamiento de sus fuerzas revolucionarias, no obstante la energía de sus habitantes; la revolución argentina, derrotada en sus empresas militares, más allá de sus fronteras, habría quedado aislada, cuando todo el resto de la América sucumbía; sin camino militar en que dilatarse para herir al enemigo en el centro de su poder, y con uno de sus flancos vulnerables constantemente amenazado. Esto importaba el dominio de las costas y las aguas del Pacífico por las naves y los ejércitos realistas desde Méjico hasta Valdivia y Chiloé, y en el territorio del Alto Perú, en circunstancias que tenían el del mar Atlántico, con excepción del Río de la Plata, y era el centro de su poder el Bajo Perú, que irradiaba su acción al sur y al norte del continente. Por eso había dicho San Martín con la penetración del genio, que «Chile era la ciudadela de la América del Sur», y que de su posición dependía la expansión y el triunfo de las armas revolucionarias con bandera redentora. De aquí la imperiosa necesidad de reconquistar á Chile y el propósito deliberado de celebrar una alianza ofensiva y defensiva sobre principios más amplios, que á la vez que asegurase la base de operaciones marítimas y terrestres de la revolución, le permitiera extenderse por todo el continente americano.

El paso de los Andes y la victoria de Chacabuco

consagraron gloriosamente esa alianza, que desde entonces tuvo por único objetivo la emancipación de toda la América del Sur por las armas y por la unificación de un sistema político, considerando el continente como el vasto teatro de la guerra ofensiva sin fronteras, que había estado reducido á los límites territoriales de las colonias insurreccionadas. De aquí surgió la idea de un ejército combinado, el dominio ulterior de las aguas del mar del Pacífico y la empresa libertadora al Bajo Perú, que era el plan preconcebido de San Martín.

Esta es una de las grandes faces de la alianza argentino-chilena; pero, para ser bien comprendida y darse cuenta de su naturaleza indisoluble y de los elementos componentes, debe estudiarse bajo el doble aspecto de sus relaciones internacionales con respecto á la América y de las conexiones políticas de Gobierno á Gobierno. Su carácter en la primera época, desde 1811 á 1814, fué puramente político dentro del círculo de los intereses solidarios de ambos países, así para la paz como para la guerra, y sus proyecciones continentales no pasaron de vagos proyectos de confederación continental, que ni forma diplomática tuvieron siquiera. Después de Chacabuco, asume en toda su plenitud el doble carácter de alianza internacional con respecto á la América y de alianza política de país á país, con los dobles y recíprocos deberes que comportaba en el orden interno y externo.

Al lanzarse la República Argentina á la empresa de la reconquista de Chile, obedeció á tres tendencias de que se dió perfecta cuenta; la defensa propia como móvil; el dominio del Pacífico como medio, la emancipación de la América del Sur como fin. San Martín era el alma de la alianza, que le infundía su espíritu; O'Higgins el vínculo internacional, que la garantía

por parte de Chile; el ejército de los Andes, su nervio y su musculatura, y la logia de Lautaro su mecanismo secreto.

La organización de esta alianza y los medios de hacerle producir los resultados previstos, mancomunando por mar y por tierra los esfuerzos y los recursos de los dos pueblos y gobiernos aliados, á fin de desempeñar su misión libertadora, tales fueron los objetos que llevaron á San Martín á Buenos Aires, un mes después de la batalla de Chacabuco, una vez fundado con arreglo á su plan el Gobierno nacional del país reconquistado.

II

San Martín repasó los Andes que había atravesado un mes antes con un ejército, sin más séquito que su edecán O'Brien y el baquiano Estay. Su rumbo era aparentemente hacia Buenos Aires, pero como se ha dicho, iba en realidad buscando el camino de Lima, aunque le diera la espalda. A mediados de marzo estaba en su querida Mendoza, donde fué recibido con el entusiasmo afectuoso de un pueblo libertado y libertador á la vez. Al poner de nuevo el pie en el estribo para continuar su marcha (19 de marzo), substrayéndose á los festejos de que era objeto, recibió una carta de Pueyrredón en que le anunciaba que la guerra con los portugueses que ocupaban la Banda Oriental, era inminente, y necesitaba para emprenderla que desde Chile lo auxiliara con armas y dinero; pero al mismo tiempo le decía: «Dentro de pocos días estarán aquí »cinco buques armados que venían con Carrera para »su empresa, éstos quedan á mi disposición, y saldrán »á recibir órdenes de usted en Valparaíso, sobre lo »que le impondré después con más tiempo. Carrera »con sus hermanos no irá á Chile por más que hagan.»

Y agregaba por conclusión: «No puedo usted separarse del mando de ese ejército. ¿Qué empresa, qué »operación quiere usted que se confíe á otras manos? »Ya sea para sostener á ese ejército y á ese país en »respeto, ya para llevarlo á nuevas glorias que se pre»sentan indicadas, no hay otro hombre que San Mar»tín. Sacrifiquémonos hasta que no haya más que ha»cer en la libertad de nuestro país. La suerte nos ha »colocado en aptitud de salvarlo, y todo promete que »lo hemos de conseguir. Aliento, amigo mío, y apro»vechemos la fortuna en su hora feliz. Mi corazón »me dice que usted tiene que dar más glorias al »país.» En carta que le llegaba al mismo tiempo, el director, como respondiendo á la idea que lo llevaba á Buenos Aires, decíale: «¡Qué bella ocasión para irnos »sobre Lima! Desgraciadamente no hay marina que »proteja la empresa. Sin embargo, creo que antes de »mucho saldrán de aquí cinco buques americanos de »los que están en esta bahía.»

El general no paró mientes en la inminencia de una guerra con los portugueses: era una hipótesis que no entraba en sus planes y que eliminaba como un obstáculo, desde que el mismo director persistía en la empresa de Chile y no desistía de las operaciones ulteriores que eran su complemento necesario. En realidad, tal guerra no pasaba de una veleidad pasajera de Pueyrredón, que en esos momentos negociaba un tratado pacífico con la corte de Portugal en Río de Janeiro. La invasión portuguesa á la Banda Oriental, realizada en cierto modo con el consentimiento tácito y la connivencia pasiva del Gobierno argentino, había tenido lugar en 1816, siete meses antes de verificarse la expedición á Chile, y no era racional admitir ni la posibilidad de sostener dos guerras á la vez. Así, sólo fijó su atención en los conceptos que respondían

á sus planes, y con aquella letra, que, como se ha dicho pintorescamente y con propiedad, echaba á puñados sobre el papel, escribió á su compañero O'Higgins, sin cuidarse de la ortografía ni del tipo: «Boy á »ber si puedo llegar antes que salgan los Buques que »trajo Carrera, y si son buenos, los tendrá usted en »esa dentro de dos meses. Según me escriben de »Bs. As. están empeñados en la cosa de Lima. Creo »inebitable la Guerra con los portugueses, beré si á »mi llegada puedo hacer (para evitarlo) algo sobre »esto.» En los últimos días de marzo estaba en Buenos Aires. El Gobierno le había preparado una recepción triunfal, ordenándole se detuviera en San José de Flores; pero declinó el honor, entrando de incógnito en las primeras horas de la mañana: venía á trabajar por la independencia de la América y no á recibir ovaciones. Los periódicos de la época apenas hacen incidentalmente mención de su llegada, tal fué la modesta obscuridad en que se encerró.

Ocho días después volvía á escribir á O'Higgins: «Todo va completamente: («sic») la gran dificultad »es la del armamento de los buques, no por imposi»bilidad en los Estados Unidos, y sí por no fiar los »grandes intereses que se necesitan para ellos en ma»nos poco seguras; pero quedará acordado el punto »del modo más firme. He concluído un trato por 3.000 »fusiles y otros artículos muy necesarios para el ejér»cito. Dentro de cuatro días me pongo en marcha, »Pueyrredón está al corriente de todo y no dude de «que daremos «el golpe á Lima.»

Quince días después de su llegada, San Martín estaba pronto á emprender su viaje de regreso á Chile, una vez llenados los objetos que lo trajeron á Buenos Aires «en bien de la América», según sus palabras. ¿En qué había empleado este tiempo? He aquí un

punto sobre el cual se encuentran muy pocos rastros en los archivos públicos, y respecto del que los historiadores dan escasísimas noticias. Lo que se explica por la naturaleza reservada del negociado. Tratábase de crear, de común acuerdo, una escuadra y un ejército para asegurar la independencia de Chile al mismo tiempo que llevarla al Perú, respondiendo á los fines de la alianza argentinochilena, y por lo tanto, el más absoluto sigilo era condición de éxito del proyecto. Empero, se han salvado algunos documentos que permiten llenar esta página obscura, y que una carta del mismo San Martín en que se desenvuelve en términos generales su pensamiento, hará comprender mejor: «Nada debemos reparar en lo que se ha hecho», decía en ella, «sino adelantar al ejército unido sus »empresas. El destino está indicado y las circunstan»cias favorecen; el país lo exige para su libertad y »la fortuna está en su buen cuarto de hora. Es preci»so, pues, aprovecharnos llevando nuestras armas al »corazón del Perú. Esto supuesto, se hace necesario »combinar los términos y preparar el éxito de la em»presa. Lo primero es mover el ejército con seguridad, »y no puede hacerse sin una fuerza naval que domine »el mar Pacífico. Considero suficiente el número de »cinco corbetas, y nada menos, bien equipadas y arti»lladas; pero falta plata. Vea, pues, si de ese estado »(Chile) pueden sacarse trescientos mil pesos. Hemos »graduado que esto será suficiente para el armamento »y tripulaciones. La expedición deberá estar en esos »puertos para octubre ó noviembre, y no hay tiempo »que perder. En caso de no tener efecto este proyecto, »yo no expondré nunca al ejército á ser desbaratado »por dos ó tres buques de guerra que pondrá Lima en »precaución de este mal, que es el mayor que puede »venirle á su existencia.»

III

Este era el gran proyecto que traía San Martín á Buenos Aires. Para formalizar los acuerdos que debían ponerlo en vías de ejecución, habíase provisto de una plenipotencia del Gobierno chileno. Era como general del Ejército Unido, y por lo tanto como representante de la alianza y agente de su propia idea, cómo se presentaba ante el Gobierno argentino. El Gobierno de Chile contribuía desde luego con 200.000 pesos, prometiendo 100.000 más para completar el armamento naval proyectado. Las Provincias Unidas, escasas á la sazón de dinero, concurrirían con su crédito, poniendo ambos Gobiernos de consuno manos á la obra, á fin de realizar la expedición al Perú.

En medio de los festejos de que era objeto, que «apenas le dejaban resollar», según sus palabras, el vencedor de Chacabuco no perdía su tiempo, y reservadamente entabló su negociación con Pueyrredón desde los primeros días de abril. Todos los arreglos se hicieron tan sigilosamente, que sólo tenían conocimiento de ellos el director y San Martín, y los que debían intervenir en el armamento naval, actuando como secretario el general Matías Irigoyen, á la sazón ministro de la Guerra.

Para no llamar la atención, los acuerdos de Gobierno en que se trató del asunto, celebráronse en la casa particular de don Manuel Hermenegildo Aguirre, que fué el agente designado para ir á los Estados Unidos á efectuar la compra de los buques en compañía de don Gregorio Gómez, llevando los 200.000 pesos que con tal objeto se remitían de Chile, y cartas de crédito del Gobierno argentino para cubrir el exceso de los gastos con calidad de reembolso. Sobre estas bases celebróse el acuerdo internacional.

En tal ocasión, la fatalidad volvió á colocar frente á frente, por tercera vez, al restaurador de Chile y al dictador, en cuyas manos se había perdido su revolución. Después de su destierro de Cuyo (v. cap. VIII) y de las diversas tentativas hechas en Buenos Aires para emprender la reconquista de su país, don José Miguel Carrera, movido por la ambición y el patriotismo, reunió 20.000 pesos entre su familia, y encargando á sus parciales que esperaran su vuelta, dirigióse á los Estados Unidos (noviembre de 1815) en busca de recursos para realizar su soñada empresa. La fortuna adversa pareció sonreirle por un momento. Encontróse allí con su antiguo amigo Poinset y con el famoso comodoro Porter, quien durante su estación naval en el Pacífico en 1812 á 1814, se había apasionado por la causa de la independencia sudamericana, y manifestóse dispuesto á propiciarlo cerca de su Gobierno. Presentado por éste al presidente Madison y á su ministro Monroe en Wáshington, fué bien recibido por ellos; aunque desde luego pudo convencerse de que no debía contar con una eficaz protección por parte del Gobierno norteamericano, pues, no obstante sus simpatías en favor de las colonias hispano-americanas insurreccionadas, su política era de estricta neutralidad en su lucha con la madre patria. Carrera no desesperó, y trasladóse á Nueva York, donde se puso en relación con varios capitalistas cuya confianza supo captarse con sus promesas y sus maneras insinuantes, pero sin conseguir su objeto, que era levantar entre ellos un empréstito. En estos trabajos preliminares consumió los 20.000 pesos que había llevado.

Los Estados Unidos eran entonces el mercado militar de todos los revolucionarios sudamericanos á donde acudían en busca de empréstitos, armas, buques y otros auxilios para sus proyectadas expedicio-

nes, á trueque de promesas que se cumplirían en caso de éxito. Entre los especuladores sobre estas bases aleatorias, contábase la casa de Darcy y Didier, que de tiempo atrás proveía de armas á las Provincias Unidas, la que acogió favorablemente el proyecto de Carrera, mediante un contrato, por el cual se comprometió á equipar dos buques armados en guerra, adelantando los capitales; pero con la condición de ser mandados por oficiales que representasen la compañía, hasta tanto el Gobierno de Chile, restaurado, no hubiese cubierto los gastos de mantención y salarios del viaje y el doble del valor de las embarcaciones. Fueron éstas la corbeta «Clifton» y el bergantín «Savage.» Dos buques más, el bergantín «Regent» y la escuna «Devei», equipados por los mismos armadores, debían reunirse más tarde á la escuadrilla de Carrera, así como la fragata «General Scott», que con igual destino preparó la casa de Hugo y Tom de Nueva York. Carrera, que hasta entonces había mostrado mucha moderación, con violencia de su carácter, ante la perspectiva de contar con estos elementos de guerra, dió rienda suelta á sus instintos jactanciosos, exclamando: «Mi expedición desafía al mundo entero, y es debido »á mis únicas cualidades, constancia, actividad y bue»na intención.» El 3 de diciembre (1816) embarcóse en la «Clifton» y se dió la vela desde Baltimore, acompañado de un numeroso grupo de oficiales voluntarios de varias nacionalidades — principalmente emigrados franceses,—que habían decidido ayudarle en su empresa, algunos de los cuales veremos figurar más tarde en la guerra sudamericana.

La empresa de Carrera, bien que por la preparación de sus elementos en tierra extraña haga honor á su actividad y constancia, era simplemente una aventura mal concebida, que no tenía más base que la im-

portancia que atribuía á su propia persona, y que debía dar necesariamente los resultados más desastrosos, sobre todo, dirigida por él. Su plan era tocar en Buenos Aires, incorporar á su expedición los emigrados chilenos que quisiesen acompañarlo, y con 500 ó 600 hombres, doblar el Cabo de Hornos, dirigirse á las costas de Chile y promover la revolución en el país, en la confianza de que á su sólo nombre se reunirían millares de soldados bajo su bandera, sin contar que 5.000 veteranos lo esperaban allí. Era por otro camino y en condiciones más novelescas, la repetición de la descabellada aventura sobre Coquimbo en 1815. Su cabeza no podía dar más teóricamente, y en la práctica había dado mucho menos.

La «Clifton» arribó á Buenos Aires el 9 de febrero, y allí supo Carrera, que San Martín había atravesado los Andes á las cabeza de un ejército poderoso con el objeto de reconquistar á Chile, defraudándolo así una vez más de su intento. Pocos días después llegaba la noticia de la victoria de Chacabuco. El destino de Carrera estaba roto para siempre. Sus servicios eran inconciliables con los propósitos de la política argentino-chilena, y tenía necesariamente que ser eliminado como un obstáculo, sacrificándolo en holocausto á los intereses solidarios de ambos países. Debió comprenderlo así al ver su tierra gobernada por el partido que le era adverso y bajo la influencia poderosa del general que lo había desarmado y perseguido en Mendoza después de su caída, contrariando después sus planes. Sin embargo, se presentó al director Pueyrredón para felicitarlo por el triunfo de las armas independientes y posteriormente dirigióse á él en nota oficial, solicitando su cooperación á fin de llevar adelante su campaña naval proyectada, con el objeto de dominar el mar Pacífico. Cuando tal ofrecimiento hacía, no con-

taba sino con un sólo buque, la «Clifton», y este mismo no dependía de él sino á condición de que el Gobierno argentino lo auxiliara; pero aun cuando hubiese tenido á sus órdenes toda la escuadrilla preparada en los Estados Unidos, tal empresa, además de inconsistente, habría sido, no una expedición contra el enemigo, sino contra las Provincias Unidas, para llevar la desorganización al país que habían reconquistado á costa de tantos esfuerzos al través de los Andes. El director Pueyrredón le notificó que no entraba en sus planes tal operación, y que estaba resuelto á no dejar salir de Buenos Aires ni á él ni á sus parciales, y que esta era su última palabra.

Mientras tanto, el Gobierno argentino negociaba con el capitán de la «Clifton» la cesión de su buque, y como los armadores mantenían relaciones comerciales con él, y Carrera no podía llenar sus compromisos para con la tripulación, la expedición de éste no tenía ni base naval. En estas circunstancias llegó á Buenos Aires el bergantín «Savage» cuyo capitán parece se entendió con Carrera, á fin de evadirse del puerto de Buenos Aires y darse á la vela por su propia cuenta en la obscuridad de la noche con destino á las costas de Chile. El capitán de la «Clifton» se negó á entrar en este proyecto. Denunciada la tentativa al Gobierno por uno de los aventureros franceses que habían acompañado á Carrera desde los Estados Unidos, éste fué aprisionado (19 de marzo) como conspirador.

Hacía quince días que José Miguel Carrera se hallaba encerrado en un calabozo del antiguo cuartel de granaderos á caballo, en el Retiro, cuando un día (12 de abril) un personaje grave y severo, ante el cual se inclinaban todos con profundo respeto, entró por sus puertas. Era el general San Martín. Tendióle la mano, que el preso no recibió; pero sin darse por ofendido

de este afectado desdén, le manifestó, que se condolía de su suerte, y que era el primero en reconocer los servicios distinguidos que había prestado á su país, asegurándole que su arresto era una medida puramente política. Le renovó el ofrecimiento hecho por el director Pueyrredón de enviarlo á los Estados Unidos en calidad de ministro diplomático de las Provincias Unidas, agregando que, aun cuando su presencia en Chile podría ser motivo de agitaciones perjudiciales á la causa de la independencia, por su parte, no veía inconveniente en ello, por cuanto, así O'Higgins como él, estaban resueltos á reprimir con mano firme toda tentativa contra el orden allí establecido. El arrogante caudillo chileno, que no comprendía que la independencia de su patria pudiera realizarse sin él en el poder, desechó los favores que se le bridaban, y repuso que ningún hombre racional después de la amenaza que se le hacía se entregaría á discreción de un poder tan arbitrario, sin contar con los medios de resistir la violencia. Era una formal declaración de guerra, dictada por el odio ó por el despecho. El poderoso vencedor, sin darse tampoco por entendido de esta pueril provocación, repitió los ofrecimientos amistosos, y después de pedirle que meditara bien su última resolución, se retiró grave y severo como había entrado. Esta entrevista tiene algo de dramática, si se evocan los antecedentes de los dos personajes y se piensa que el fin de uno de ellos sería el patíbulo á que lo empujaba su destino. Bien que el acto se preste á diversas interpretaciones, la intención de San Martín, aun como resultado de un frío cálculo político, era sin duda benévola. Enemigo de toda violencia inútil, quería separar buenamente un obstáculo á sus planes, empero estuviese decidido á suprimirlo. Fué esta la tercera y última vez en que estos dos hom-

bres se encontraron en la vida, pero no la última en que sus opuestos hados adversos se chocaron. Carrera era la víctima propiciatoria predestinada de la alianza argentinochilena.

Consecuente mientras tanto con sus ofrecimientos, San Martín empeñó su valimiento para que el director Pueyrredón intercediese ante el gobierno chileno en favor de su desarmado adversario. Pueyrredón se dirigió en tal sentido á O'Higgins en términos muy honrosos para Carrera: «Existe en esta capital D. José »Miguel Carrera, perteneciente á ese Estado, con sus »hermanos D. José y D. Luis, y á todos, por razo»nes políticas, he indicado la necesidad de no pasar »á esos pueblos, con lo que se han conformado. El pri»mero ha hecho recomendables servicios á su patria »en los Estados Unidos, donde ha negociado una ex»pedición naval con destino á la reconquista de ese »reino, y hubiera llenado sus fines con probabilidad »en el caso de que nuestras fuerzas no se hubiesen »anticipado. En la actualidad puede aún ser útil á ese »Estado y á la causa general, y se ha desprendido ge»nerosamente de toda intervención en ella, poniendo »á disposición de este gobierno todos sus derechos. »Sean cuales fueren los motivos de disgusto que se »hayan ofrecido en el curso de la revolución, no pue»de negarse el mérito de su constante resolución por »la libertad, á que él muy principalmente ha consa»grado grandes esfuerzos, teniendo una parte no pe»queña sus hermanos. Su rango en la milicia de ese »Estado es distinguido, y el honor patrio se interesa »en que no se vean desvalidos.» Y acababa indicando que consideraba acreedor á D. José Miguel á una pensión de 3.000 pesos anuales cuando menos, y una proporcionada á sus hermanos, porque decía: «La de»licadeza del director de Chile está interesada en esta

»medida, que no podrá menos de ser bien aceptada por »la opinión de los pueblos, haciéndose conocer que se »había puesto término á las antiguas discordias, pre»parando los caminos de una dichosa reconciliación.» San Martín apoyó eficazmente esta intercesión, que O'Higgins recibió de mal talante, haciendo explosión su odio concentrado contra los Carrera, en dos extensas notas de una misma fecha: «La sagaz am»bición de los Carreras—decía en la primera nota,— »ha llegado á abrirse un patrocinio en el gobierno de »las Provincias Unidas, sorprendiendo por la astucia »y tramoya de unos hombres que deben ser proscrip»tos como perversos, que ocupados de la dilapidación »y tiranía doméstica, entregaron á Chile á la rabia »ferina de los españoles. Estos habitantes los detes»tan, y blasfemarían de su suerte y la conducta del »gobierno si presintieran que había disposición á pro»tegerlos.» Y después de hacer en términos vehementes el proceso histórico de los Carrera, concluía: «El »honor de Chile antes se empeña en un castigo, antes »que considerarles atributos de que son indignos.» Empero, en honor de la mediación, se prestaba á que se les acordara una módica pensión para no abandonarlos á la indigencia. En la otra nota al mismo San Martín, era más explícito: «¿Se dota con 3.000 pesos »anuales á D. José Miguel Carrera, y en proporción á »sus hermanos? Pues entonces se autoriza el crimen »en tanto que se premia al delincuente. ¿Tememos »acaso á los Carrera ó se espera algo de ellos? Uno y »otro extremo es indigno de la suprema autoridad. Es »implicancia desterrarlos y enriquecerlos: pena y ga»lardón se contrarían mutuamente. No tengo yo po»der para desangrar al país en beneficio de los per»turbadores del mismo.»

Después de esta tentativa conciliatoria, San Martín

repasó los Andes para continuar trabajando en la consolidación de la independencia de Chile y por la emancipación de la América. Carrera se fugó de su prisión y se asiló en Montevideo á la sombra de la bandera portuguesa, para continuar conspirando por despecho ó por venganza bajo la bandera de la anarquía y de la barbarie, contra la República Argentina y la situación de su patria, que eran la última esperanza de la revolución sudamericana. El gobierno argentino, lo mismo que San Martín, si bien lo consideraban un obstáculo á su política y sus planes, y como tal querían eliminarlo ó neutralizarlo, le eran personalmente benévolos, como se ha visto, y se disponían á ponerlo en libertad. Aun antes de que Carrera se fugase de su prisión, le había remitido tres pasaportes para él y sus dos hermanos, á fin de que pudieran dirigirse libremente á los Estados Unidos. Su destino era otro; ser las víctimas de la fatalidad.

IV

El 11 de mayo San Martín estaba de regreso en Chile. En sesenta días había atravesado dos veces los Andes y galopado 5.000 kilómetros por rumbos opuestos buscando el camino de Lima en medio de las sombras del más impenetrable misterio, y volvía al punto de partida que de antemano se había fijado. Pero esta vez no le fué posible substraerse á las demostraciones de gratitud del pueblo libertado. Durante tres días los puestos avanzados de la ciudad de Santiago eran vigilados por los ciudadanos que querían tributarle sus honores, y partidas á caballo con banderas celestes y blancas, recorrían los caminos. En el portezuelo de la cordillera de Colina—la puerta por donde había entrado victorioso al valle del Mapocho después de Chacabuco,—fué recibido por los magistrados mu-

nicipales y por el pueblo, y continuó su marcha en coche descubierto pasando por arcos de triunfo coronados por las banderas unidas de Chile y de la República Argentina, bajo una lluvia de flores y perfumes, en medio de atronadoras aclamaciones.

Las tropas tendidas en carrera desde el puente del Mapocho hasta el palacio de los obispos, le hacían los honores. Durante toda la noche la ciudad permaneció iluminada. En el momento en que se encendían los fuegos artificiales, llegó del sur la noticia de la victoria del Gavilán alcanzada por Las Heras. El pueblo, reunido en la plaza mayor, estalló en un inmenso aplauso, dando vivas al libertador de Chile. Era la segunda ovación popular tributada espontáneamente por el pueblo chileno, cual no la habían merecido jamás los potentados de la colonia: la primera, según se recordará, fué dispensada al tribuno Martínez Rozas, precursor de la alianza argentino-chilena, y la segunda á San Martín: y los dos fueron argentinos.

En Santiago, lo mismo que en Buenos Aires, el general continuó sus silenciosos trabajos en medio del bullicio de las fiestas; pero esta vez parece que la liga del oro se alió al bronce heroico del libertador. En el mismo día de la ovación despachaba á Londres á su ingeniero y ayudante de campo Alvarez Condarco, con algunos fondos y el encargo de proporcionarse mayores recursos, á fin de adquirir otro buque y elementos bélicos para la expedición proyectada. Alvarez Condarco, que era también su compadre, llevaba otra misión, á que está ligado un misterio, que se ha señalado como un punto negro en la vida de San Martín y de O'Higgins, y que, sin disminuir la grandeza americana del primero como guerrero y libertador, depreciaría su elevación moral como hombre. Tratábase de la remisión de una suma para ser colo-

cada en aquella ocasión en Londres por cuenta de O'Higgins y San Martín, que, según algunas referencias, sería de 25.000 pesos, y según interpretación á que se presta, podría alcanzar á 100.000 pesos. Los documentos que con este punto se relacionan, escritos en cifra, han permanecido secretos durante más de sesenta años. Sólo tres personas los han conocido, de las cuales dos han muerto, siendo el último el autor de esta historia, que los descifró personalmente, quien, consultado por el depositario sobre si debían destruirse ó no, opinó que debían conservarse, porque la historia, en presencia de los documentos que la forman, no debe á los grandes hombres, por lo mismo que son grandes, sino la verdad, para que se presenten á la posteridad tales como fueron, dejándole á ella pronunciar el fallo definitivo. Pero, antes de ser conocido el hecho y pronunciado el fallo, el destino se encargó de verificar el balance final haciendo desaparecer los fondos en cuestión sin que San Martín los utilizase en ningún tiempo.

Sea cual fuere el monto de la cantidad de que por cuenta pública ó privada fuese portador Alvarez Condarco—que en resumidas cuentas aparece no pasó de 29.500 pesos,—San Martín la cubrió con usura, no sólo con sus grandes servicios, sino también con dineros que legítimamente le pertenecían, y á que renunció con desinterés, sin que en ningún tiempo haya sido puesta en duda su pureza como administrador íntegro y severo de los caudales públicos confiados á sus manos.

El Cabildo de Santiago (que antes le había ofrecido 10.000 pesos oro, que él rehusó y aplicó á la fundación de una biblioteca pública), en mérito de los empeños con que á costa de sacrificios el general José San Martín había recuperado la libertad de Chile en

muestra de gratitud para que le sirviese de recreo en medio de sus fatigas, insistió en hacerle donación de una chacra en los alrededores de la capital. El aceptó el presente, pero con la condición de que se destinase la tercera parte de sus productos «al fomento del hos»pital de mujeres de la ciudad y á la dotación de un »vacunador que libertase al municipio de los estragos »de la viruela.»

El Estado de Chile le había designado 6.000 pesos anuales de sueldo como general en jefe de los ejércitos, que él se negó á admitir. El director delegado le declaró que no estaba en sus facultades «aceptar su »virtuosa renuncia, por cuanto el sueldo acordado »emanaba de orden suprema, que había previsto el »caso de sus resistencias, teniendo en vista sus nece»sidades personales y el decoro de su empleo, y los »extranjeros no verían acaso en su frugalidad las »virtudes de Esparta, cuanto su pobreza.» El se sometió al fin á esta compulsión después de reiterar por tres veces su renuncia, pero no dispuso personalmente de sus sueldos, y aplicó la asignación á generosas dádivas pecuniarias por mano del tesorero general. Al finalizar el primer año ordenó al comisario de guerra de Chile: «Desde hoy quedan suspendidos los sueldos »que me pertenecen como general en jefe de este »Estado.»

Una rica vajilla de plata le fué ofrecida en la misma ocasión. Son dignas de la historia las palabras con que la devolvió: «A mi regreso de Buenos Aires en»contré que la generosidad del gobierno de Chile ha»bía puesto á mi disposición una vajilla completa de »plata. No estamos en tiempo de tanto lujo. El Esta»do se halla en necesidades, y es preciso que todos »contribuyamos á remediarla. Por lo tanto, doy or»den que con ésta se ponga á disposición de V. E. di-

»cha vajilla, como asimismo el sueldo que se me tiene »señalado por este Estado, con advertencia de que, del »que he tomado daré á V. E. una noticia reservada de »los fines en que ha sido empleado. Admita V. E. esta »pequeña oblación, como hija de los sentimientos que »me animan por el bien, prosperidad é independencia »del estado de Chile, suplicándole muy encarecida»mente tenga á bien reservarla al público.»

Aceptó la hospitalidad que le brindó el país reconquistado, y en el curso del año de 1817, el vencedor de Chacabuco invirtió en su palacio, familia militar, obsequios, chasques, servidumbre, mesa de estado, caballos, coches, frailes, limosnas, monjes, ropas, muebles, vajilla, luces, forraje, combustible, música, lavado, perfumes y flores, la cantidad de «tres mil »trescientos treinta y siete pesos y un cuartillo rea»les,» según cuenta que llevaba su capellán Fr. Juan Antonio Bauzá, que administraba los fondos. De esta cantidad, «cuatrocientos sesenta y un pesos con dos y »medio reales,» fueron oblados por el gobierno de Chile; «cuatrocientos por la comisaría del ejército de »los Andes; y los dos mil setenta y seis pesos,» restantes, de su propio peculio.

Como prenda de alianza militar, y sin necesidad de tratado previo ó posterior, las dos naciones canjearon un armamento contra un auxilio pecuniario de guerra: el gobierno chileno remitió indirectamente 40.000 pesos provenientes de su tesoro, para atender á las necesidades del ejército del Alto Perú, y el gobierno argentino los retribuyó regalando al de Chile 1.000 fusiles nuevos de buena calidad, para armar su ejército de nueva creación. El sostén del ejército de los Andes, así como el reemplazo de los muertos, quedó á cargo de Chile, en retribución del que le presta-

ba asegurando su situación política durante su permanencia en el territorio.

De este modo quedó saldada la cuenta pecuniaria de la alianza argentino-chilena, sin que el país reconquistado y libertado por las armas argentinas tuviera entonces ni después que desembolsar un solo real más por los gastos invertidos por las Provincias Unidas en su empresa libertadora. Así se cumplieron fiel y generosamente las protestas hechas por el gobierno argentino en las memorables instrucciones que dió á San Martín al tiempo de pasar los Andes: «La con»solidación de la independencia de América y la glo»ria de las Provincias Unidas del Sur, son los únicos »móviles á que debe atribuirse el impulso de la cam»paña sobre Chile.»

V

Un mes después del viaje de San Martín á Buenos Aires, experimentó el gobierno de Chile una modificación de mera forma, que dió origen á desagradables incidentes entre los dos países aliados. Al tiempo de marchar O'Higgins á tomar la dirección de la campaña del sur (abril de 1817), nombró en calidad de delegado suyo al coronel D. Hilarión de la Quintana, argentino, pariente político y edecán de San Martín, que no tenía más títulos que éstos para ocupar tan expectante puesto. Esto importaba depositar el supremo poder oficial en manos de la influencia argentina, bajo la dirección secreta de la logia lautarina, y principalmente en la de su representante, que pesaba sobre la situación con todo el peso de sus armas. Este nombramiento lastimaba la susceptibilidad nacional del pueblo, contrariando la política argentina y aun la regla de conducta política que se había trazado el mismo San Martín. Pero O'Higgins, lealmente adicto á

la alianza argentina y apasionado como San Martín de la idea de expedicionar al Perú, quería que la dirección de los negocios públicos fuese confiada á persona que, obrando de perfecto acuerdo con el general en jefe, mantuviese la indispensable unidad gubernativa en lo militar y lo político. Quintana era el hombre. Aunque de carácter fosfórico y farfantón, que contrastaba con la índole pacata de los chilenos, era en el fondo modesto y probo, que sin ambición política se prestaba á representar con sanas intenciones su papel de gobernante de paja. Por lo mismo, su misión se hacía más difícil, pues, además del descontento público que su presencia en el gobierno producía, fomentaba el espíritu de rivalidad entre chilenos y argentinos, que desde los primeros días de la restauración se había hecho sentir. Al mes cabal (12 de mayo), de la batalla de Chacabuco, publicóse en la «Gaceta del Gobierno» un escrito en que se hacía referencia á palabras vertidas por algunos chilenos en tiendas y cafés públicos, vociferando: «nada debe Chile al ejér»cito de los Andes, porque se ha salvado por el es»fuerzo de sus propios hijos.» El comentario escrito por el Dr. Vera Pintado, argentino, que redactaba el periódico oficial, agravó esta especie. «Cuando contra »la evidencia del hecho, decía, quieren deprimir el »mérito de los restauradores, é introducir el perverso »fuego del provincialismo, la discordia civil y el ce»lo de localidad, no hay otra medida que adapte á es»tos díscolos, sino el dogal y los fusiles que se em»plearon dignamente en ese monstruo de ingratitud.» El Cabildo protestó contra las expresiones atribuídas á sus ciudadanos, declarando que «Chile estaba con»vencido del beneficio que debía á sus libertadores,» y el gobierno ordenó que así se publicase oficialmente «para satisfacción de los generosos defensores de

»la libertad chilena.» Para borrar la impresión de ese incidente, que era un síntoma, al decretar la creación de una academia militar, dispúsose, pocos días después (28 de marzo), que «se reservasen doce plazas »de cadetes para otros tantos hijos de la benemérita »provincia de Cuyo, como demostración de interés por »el bien de estos pueblos, cuyos inconcebibles sacrifi»cios por la restauración de Chile, sólo son compara»bles á sí mismos.» El decreto iba encabezado con estas palabras: «Protesta Chile gratitud eterna á sus »heroicos restauradores los ilustres pueblos del Río »de la Plata, y no comprendería el gobierno este sen»timiento, si al dar sus primeros pasos de beneficen»cia pública, no lo hiciese refluir en favor de ellos.» A pesar de estas protestas y manifestaciones oficiales, que eran profundamente sinceras en O'Higgins, el espíritu de emulación existía latente. La gratitud internacional pesa siempre á los pueblos, y era natural que por espíritu de altivez nacional—tan desarrollado en los chilenos como en los argentinos,—de descontento contra el orden político restaurado, ó de escozor por el beneficio mismo recibido, se manifestase con jactancia en unos, con desahogos indignos en algunos y con protestas más ó menos silenciosas en la gran mayoría, cuando se les hacía sentir el peso, imponiéndoles un extranjero sin títulos al frente del gobierno, á la vez que nuevos sacrificios de sangre y dinero.

Tal era la situación al regreso de San Martín de Buenos Aires. Quintana, que la comprendía, indicó á O'Higgins la conveniencia de que el general se encargase personalmente del mando, sin explorar su voluntad. El director propietario pensaba del mismo modo, y escribióle manifestando «que él daría al go»bierno todo el vigor y las fuerzas que las circunstan»cias requerían,» al mismo tiempo que él le protesta-

ba «no se le pase por la imaginación delegar en mí, »en la inteligencia de que no admito.» El general comprendía que no era ese su puesto, y aun cuando se reservaba la dirección de los negocios públicos en el sentido de sus futuros planes, alcanzaba con su penetrante sagacidad, que para la realización de sus designios, era necesario propiciarse la opinión chilena, y por lo tanto no aprobaba el proceder de O'Higgins, y así se lo declaró: «Mis compromisos públicos »y la imposibilidad de faltar á ellos, me hacen imposible poder admitir la dirección que me confía, y por »el bien del país, así como por la opinión pública, »nombre usted á otro que á Quintana, pues el país se »resiente de que no sea un chileno el que lo mande. »Yo no quiero mezclarme en nada político.»

La administración de Quintana fué empero laboriosa y honrada, con tendencia á independizar el país. Su medida más señalada en este sentido, fué decretar (el 9 de junio de 1817) la acuñación de la moneda nacional con los emblemas de su soberanía y las inscripciones que le servían de elocuente comentario: «Libertad, Unión y Fuerza—Chile Independiente». Selláronse 4.000 pesos con el nuevo cuño, de los que 2.000 se destinaron á las Provincias Unidas, 1.000 al general San Martín y 1.000 al general Belgrano, que fueron distribuídos en los ejércitos argentinos, no como moneda, sino como medallas conmemorativas de la libertad y la independencia de un pueblo hermano.

Otra medida de diverso carácter y con tendencias complejas, fué dictada por el director O'Higgins desde su cuartel general de Concepción, creando una Legión de Mérito, á imitación de la Legión de Honor de Napoleón y sobre las bases de la orden de Cincinati en los Estados Unidos en la época de Wáshington, con el objeto de consagrar la memoria del año VII de

la libertad de Chile y premiar los servicios militares y civiles prestados ó que se prestasen á ella. Esta institución, que tenía un carácter aristocrático, aun cuando no incluía el principio hereditario entre los favores á los dignatarios de la orden, les reconocía prerrogativas personales que los substraían al fuero común, y tanto por esto, como por la poca discreción con que se distribuyeron las gracias, no fué bien acogida por la opinión pública, y el gobierno argentino sólo se prestó á conceder el uso de las insignias á sus conciudadanos con condiciones que las reducían á meras condecoraciones honoríficas sin los privilegios de su constitución. Esta creación, simpática á San Martín, respondía á sus preocupaciones monárquicas, á la vez que á la idea de inocular un espíritu de particularismo militar en el ejército que á la sazón organizaba sobre nuevas bases, adaptándolo á sus fines, de manera de constituir un conjunto poseído de un sentimiento americano y substraído en cierto modo á las influencias internas de los países cuyas banderas llevaba. En el curso de los sucesos se pondrá más de manifiesto esta tendencia compleja, que debía repetirse más adelante en el Perú.

VI

Un hecho notable se liga á la época de la administración de Quintana. Tal fué la renovación de las relaciones diplomáticas entre los dos países aliados, cuyos antecedentes hemos historiado antes (v. cap. VI y VII). Para desempeñar esta delicada misión con la denominación de diputado, designóse á D. Tomás Guido, el colaborador de la reconquista de Chile. La elección no podía ser más acertada, así por sus antecedentes y cualidades, como por poseer la plena confianza de San Martín, á quien debía servir al mismo

tiempo de auxiliar en sus trabajos. Las instrucciones le prevenían «que el principal objeto de su misión »debía ser estrechar las relaciones y vínculos de Chi»le con las Provincias Unidas, haciendo valer los de»beres de la fraternidad, de identidad de causa y de »gratitud, á fin de ser provechoso á ambos Estados; »procurando en su conducta política cimentar la con»fianza de los habitantes y del gobierno cerca del cual »iba acreditado, extinguiendo el espíritu de rivalidad »suscitado siniestramente por injuriosas sospechas, y »establecer los principios y leyes que debían observar »ambos países en lo relativo al comercio recíproco y »con los extranjeros, sobre la base de la reciprocidad »y mutua conveniencia.» Bajo estos auspicios, su recepción oficial (17 de mayo de 1817), fué un acontecimiento. El diario oficial la señaló como la inauguración de una era «que estrecharía la unión con la na»ción enérgica á quien los pueblos de Chile debían su libertad y con quien se prometían una liga más »fuerte que la de los Aquivos con Atenas.» La alocución del enviado argentino respondía á estas nobles aspiraciones. «Los pueblos de Chile, dijo, se presen»tan ante el mundo sin la dependencia servil á que la »mano usurpadora de los españoles alcanzó á sujetar»los. Una confianza recíproca, una amistad sincera, »la libertad del comercio y los sacrificios que exija la »salvación común, son los primeros eslabones de la »cadena que ha de vincular á ambos Estados, para »concurrir á la gloria de fijar sus principios y su es»píritu, á fin de socorrer la independencia de la Amé»rica.»

Uno de los resultados inmediatos que produjo esta misión, fué uniformar las relaciones exteriores de los dos Estados para con la Europa. Al efecto, el gobierno de Chile acreditó en Europa en calidad de agente

diplomático, á su ministro Irisarri, y le dió instrucciones reservadas para que guarde la más íntima relación y armonía con el diputado de las Provincias Unidas acreditado en Londres, en París, ó en cualquier otra corte de Europa, meditando y combinando únicamente cuanto haya de proponerse ó subscribirse en orden á Chile. Es de notar que estas instrucciones se expedían en circunstancias en que Rivadavia, representante diplomático argentino en Europa, era provisto de nuevos y más amplios poderes (septiembre de 1817) para tratar, aun sobre la base subentendida del establecimiento de una monarquía en América, «cuanto pudiese convenir á la feli»cidad y al honor de los pueblos del Río de la Plata, »sin más condición que la de esperar la ratificación »de cualquier pacto que llegase á formalizarse y de »no alterar la base de la independencia.»

En el orden de la política interna la acción del diplomático argentino fué más bien nociva que benéfica. Acusado de un argentinismo exagerado que hería el sentimiento nacional, fué envuelto en la prevención que rodeaba al delegado, exacerbándose el espíritu de rivalidad que sus instrucciones le encomendaban mitigar. Como ejercía ascendiente sobre Quintana y todos los actos de éste, siniestramente interpretados, se atribuían á sugestiones suyas, el descontento público contra la administración que se consideraba impuesta, se agravó, complicándose más tarde con una desinteligencia entre él y el director O'Higgins.

Este, no obstante su empeño por mantener la armonía de la alianza, consideróse herido en su dignidad y ajado en su autoridad, por los procederes atribuídos á Guido. «Este joven, decía en carta á San »Martín, ha puesto término á mi paciencia. Como no »he accedido á varias medidas que él privadamente

»me ha propuesto, se ha declarado mi enemigo capi»tal y ha procurado desacreditarme con el público de »todos modos, ya haciendo entender que el gobierno »de Chile depende del de Buenos Aires, ya vocife»rando que no soy yo el hombre que conviene á este go»bierno en las actuales circunstancias. Nada hay más »común que el que yo pendo de la voluntad de Guido, »y él es objeto de la murmuración pública. Usted co»noce á Chile y podrá inferir el espíritu que engen»drará en estas gentes el ascendiente que Guido ha »querido tomar. Nos ha puesto á todos en el precipi»cio. Su permanencia de diputado ya no es concilia»ble con mi empleo de director.»

El director O'Higgins exigió confidencialmente de Pueyrredón la destitución de Guido, quien se apresuró á decretarla en homenaje á los intereses de la alianza, haciendo intervenir á la Logia Lautarina, de Buenos Aires, tal fué la importancia que dió á la desinteligencia. «Me mortifica el desconsuelo, decía el director »Pueyrredón á O'Higgins, de que la comportación de »un hombre mandado por mí, cuyos procederes parece »que son trascendentales á mi persona, haya dado ori»gen á una división entre los amigos de Chile y los »nuestros. Es la mayor fatalidad que pudiera sobre»venirnos; y así es preciso á costa de todo sacrificio »atajarla, sofocarla, destruirla enteramente, substi»tuyendo los sentimientos de la más pura amistad y »unión. Los desvíos de un individuo jamás deben al»terar la armonía de una familia escogida para hacer »la felicidad de la patria. Cuanto se dice por nosotros »en esta ocasión en el papel de la Logia, son mis sen»timientos y mis protestas. Quedo esperanzado en ver »desaparecer para siempre hasta la memoria de pa»siones que causarían infaliblemente la ruina de los »dos Estados, que hoy deben únicamente su libertad

»á la unión y al valor.» Merced á la prudente interposición de San Martín, esta discordia fué cortada, dándose la debida satisfacción á O'Higgins, aun cuando la soldadura no fué por el momento muy sólida. Con tal motivo escribía Pueyrredón á San Martín: «Celebro la terminación de los disgustos de Chile; pe»ro me parece no descubrir en la reconciliación toda »la sinceridad que debe tener para que sea perma»nente.»

Antes que este incidente tuviera lugar, habíase separado del gobierno el coronel Quintana, por efecto de las mismas causas que dieron origen á los celos entre argentinos y chilenos y á la desinteligencia entre O'Higgins y Guido, que no fué sino una de sus consecuencias accidentales, complicándose con un suceso que puso en conmoción á los dos pueblos y gobiernos aliados, y cuyo conocimiento es indispensable para la inteligencia de importantes acontecimientos ulteriores relacionados con el asunto de este capítulo.

VII

La restauración de la revolución de Chile por las armas argentinas, dió por resultado necesario la preponderancia de uno de los dos partidos en que ella se había dividido. Los libertadores, al reconocer su independencia y fundar su gobierno nacional, le impusieron por condición un régimen de fuerza y una dictadura, postergando indefinidamente la época de su organización constitucional. La emigración chilena que se había dividido en dos bandos, contaba con representantes en el país restaurado, y el gobierno de O'Higgins, sostenido por las bayonetas argentinas, tenía contra sí, no sólo á sus antiguos adversarios, sino también la opinión de una parte considerable de los chilenos á quienes pesaba el predominio extranjero,

que á la vez que exigía nuevos sacrificios para llevar adelante otras empresas, imponía un gobernante extraño, sometido á influencias extrañas lastimando su orgullo nacional. Estos eran los sentimientos que explotaban los excluídos del poder por la alianza argentino-chilena, y contra la cual reaccionaban, con Carrera por jefe y la autonomía nacional por bandera, encubriéndose bajo ella una ambición personal y egoísta que conspiraba contra el bien de Chile y la emancipación de la América. El gobierno argentino, que sostenía con sus armas y su influencia el nuevo orden político de Chile, cuyo territorio era el campamento de su ejército en marcha hacia el Perú, hacía la política del aliado con el suyo, y perseguía á sus enemigos como si lo fueran suyos.

Ya se ha relatado cómo el gobierno optó entre los dos partidos al decidirse á la empresa de la reconquista y bajo qué bases, y cómo apartó á Carrera de toda intervención en los negocios chilenos, desarmándolo, á la vez que interponía su valimiento á fin de que su país le acordara una representación digna y una posición decorosa en el exterior. Pero el soberbio caudillo chileno no se resignaba con nada que no fuese la recuperación de su antiguo poder y la derrota de sus adversarios á uno y otro lado de los Andes. Así hemos visto antes, que mientras San Martín regresaba á Chile, para trabajar por la independencia de Chile y la América, Carrera se fugaba de su prisión para continuar conspirando ó por despecho ó por venganza. Sus parciales lo sostenían en estos propósitos, y un genio familiar, que era su Ejeria, encendía sus ambiciones siendo la instigadora y el principal agente de sus planes. Era ésta doña Javiera Carrera de Valdés, hermana del trino que constituía la cabeza del partido proscripto, cuyo retrato hemos bosquejado an-

tes, pintándola como una matrona de belleza atractiva, de espíritu varonil, y hábil en intrigas, que con pasiones domésticas y aspiraciones políticas, comunicaba el fuego de su alma á sus tres hermanos, á cuya elevación se había consagrado, y á quienes fatalmente empujaba al sacrificio.

En la casa de doña Javiera, en Buenos Aires, reuníanse diariamente los parciales de Carrera, los que, en combinación con los de Chile que fomentaban sus esperanzas, concertaron un plan de conspiración, que debía dar por resultado, según ellos, la restauración de su poderío y que fué el origen de su trágica perdición. El plan consistía en dirigirse á Chile por tierra varios de los conjurados para explorar el terreno, que debían ser inmediatamente seguidos por los dos hermanos Luis y Juan José; y esperar allí ocultos á su hermano José Miguel, á la sazón refugiado en Montevideo, quien se trasladaría por mar á las costas de la Patria en la fragata General Scott, que como queda dicho, formaba parte de la escuadrilla organizada en Estados Unidos, y era el buque-fantasma de la imaginaria empresa. Pensaban que no tenían sino presentarse en su país para ser aclamados por él y disponer de sus destinos. Lo único que les inquietaba, era la resistencia que podría oponerles el ejército argentino de ocupación; pero iban resueltos á batirse con él hasta expulsarlo de la tierra; desterrar á O'Higgins como un traidor, juzgar militarmente á San Martín como un criminal y pasar por las armas á todos los que les hiciesen resistencia. Plan novelesco de mujer, mezcla de ambiciones insanas y codicias de mando, aspiraciones afectuosas, sueños fantásticos, odios ciegos incubados en la desgracia y combinaciones de aventuras sin pies ni cabeza, que caracterizaban los planes políticos y militares de su héroe, era un proyecto ab-

surdo y criminal, que, realizado en parte ó en el todo, habría producido por la segunda vez la pérdida de Chile, y que ni el delirio del patriotismo cohonestaba siquiera.

La primera partida de los conjurados, que era la vanguardia de la proyectada insurrección carrerina, atravesó la cordillera sin ser sentida (julio de 1817), y esperaron ocultos la llegada de los jefes que debían dar la señal. A ella siguió Luis Carrera (julio de 1817), disfrazado de peón, quien en su tránsito á Cuyo violó la valija del correo, y al llegar á Mendoza fué preso por el gobernador Luzuriaga y sometido á juicio. En pos de él siguió Juan José (agosto de 1817), bajo nombre supuesto, quien tuvo la fatalidad de que antes de llegar á San Luis, en medio de una violenta tempestad de agua y granizo, el postillón que lo acompañaba, niño de diez y seis años, muriese á su lado durante la noche, en la soledad de la pampa, sin más testigo que él, lo que dió origen á que se le imputase su muerte. Detenido en San Luis por el teniente gobernador Dupuy, prevenido por Luzuriaga, que tenía ya los hilos de la conspiración con la captura de don Luis, fué remitido á Mendoza, donde pasó á ocupar la cárcel en compañía de su hermano.

Mientras tanto, en los primeros días de julio había sido igualmente aprehendida la pequeña vanguardia de los conjurados en la hacienda de San Miguel, propiedad del padre de los Carrera, sin darse mayor importancia á este hecho. Pero un mes después (7 de agosto 1817), llegaron á Santiago los avisos de Luzuriaga, y en el acto se divulgó el rumor de haberse descubierto una conspiración carrerina. Fueron presos varios ciudadanos partidarios de Carrera, entre ellos el famoso Dr. Manuel Rodríguez, á los cuales se formó causa, que se vinculó con la que el gobernador de Cu-

yo instruía en Mendoza. Esta conspiración fué, como se ha dicho, el sueño de una mujer, que tuvo trágicas consecuencias, según se verá después.

En medio de estas alarmas, la posición del delegado Quintana llegó á hacerse imposible. Envuelto por el torbellino de las encontradas pasiones políticas internas, unos decían que la conspiración era fraguada por el gobierno, y otros que las prisiones eran un acto de despotismo de que culpaban á la influencia argentina que se acarreaba la odiosidad. La separación de Quintana, que era un anhelo suyo, se imponía como una conveniencia pública, y fué substituído por decisión de la Logia, por una junta de tres miembros, á la que muy luego reemplazó otro director delegado, hijo del país. De este modo se dió satisfacción á la susceptibilidad nacional, siguiendo los prudentes consejos de San Martín, de que los chilenos fueran gobernados por chilenos, y se removió una piedra de escándalo en que podía tropezar la alianza.

El enviado diplomático argentino, al dar cuenta de esta modificación al gobierno, lo hizo en términos juiciosos, que contrastan con las inculpaciones hechas por O'Higgins, y suministran datos interesantes para las relaciones de lo dos gobiernos y pueblos aliados en aquella época, con honor para la política argentina. «Incitados algunos díscolos, dice, por los emigrados «chilenos en esas provincias, para promover celos en»tre los naturales de uno y otro Estado, habían prin»cipiado, ha más de tres meses, á sembrar especies »que avivaban la desconfianza contra las armas ar»gentinas, y aparentando amor santo por la indepen»dencia del reino, se inspiraban temores que fácilmen»te siente la multitud de todo pueblo y de que se »aprovechan los malvados. Continuaba un rumor sor»do, fundada la substancia de las quejas en el origen

»del director delegado D. Hilarión de la Quintana, »encareciendo la degradación del país por la toleran»cia de un argentino á la cabeza de la magistratura »suprema. Creí político entonces avivar en el director »delegado los deseos de dejar el mando. El punto á »que habían subido los celos por una parte, y por »otra la odiosidad que había recaído en el gobierno »por las providencias fuertes que se vió precisado á to»mar contra los cómplices de la conspiración, y por »fin, el influjo que se suponía del general en jefe del »ejército en cada una de las medidas gubernativas, »exigían medios capaces de neutralizar las sugesiones »de los perversos, y restablecer en el pueblo la con»fianza que de otro modo podría perderse. Era nece»sario que el poder ejecutivo que le sucediese, apare»ciera todo del interés de los nacionales, sin aparien»cia de relaciones con las autoridades de esas provin»cias, y en aptitud de decidir con absoluta indepen»dencia de sus operaciones públicas. Me persuado de »que este acontecimiento contribuirá á consolidar la »opinión, y que, removido el principal instrumento de »los díscolos, la marcha de la revolución será menos »penosa en este reino, la tranquilidad pública queda»rá más segura y estables las relaciones de unidad de »ambos Estados.»

Otro era el lenguaje de O'Higgins con relación á la política interna y á los que hacían oposición á su gobierno. Su alma, nativamente generosa, la que, se ha dicho, estaba amasada con más cera que acero, iba endureciéndose en la lucha con el ejercicio de un mando absoluto, que no tenía más correctivo ni más contrapeso que la autoridad de San Martín y de los acuerdos tenebrosos de la Logia de Lautaro. Las pasiones políticas se habían enconado, y confundidas con las exigencias del orden de fuerza que representaba, lo

llevaban á ser tirante con las manifestaciones de la opinión é implacable con sus adversarios, especialmente con los Carrera. He aquí cómo se expresa respecto del descontento público: «Me es muy sensible »que los díscolos hayan podido exasperar al amigo »Quintana. Ese pueblo requiere «palo de ciego»: es »muy revolucionario; pero luego que siente el «chi»cote», no hay quien chiste.» Refiriéndose á la abortada conspiración, sus palabras son una sentencia de muerte: «Nada extraño lo de los Carrera; siempre han »sido lo mismo, y sólo variarán con la muerte: mien»tras no la reciban fiuctuará el país en incesantes con»vulsiones, porque es siempre mayor el número de los »malos, que el de los buenos. Si la suerte hasta aho»ra nos favorece con descubrir sus negros planes y »asegurar sus personas, puede ser que en otra ocasión »se canse la fortuna, y no quede á los alcances del »gobierno apagar el fuego ni menos prender á los mal»vados. Un ejemplar castigo, y pronto, es el único re»medio que puede cortar tan grave mal. Desaparezcan »de entre nosotros los tres inicuos Carrera, júzgueseles »y mueran, pues lo merecen más que los mayores ene»migos de la América. Arrójense sus secuaces á paí»ses que no sean como nosotros, tan dignos de ser »libres.»

VIII

La alianza argentina, ajustada dentro de las líneas de un plan de campaña continental, tenía á la par de sus exigencias en el orden político, más latas proyecciones internacionales. Chile para ella era un campamento y base de las operaciones que debían desenvolverse en el resto de la América del Sur. La unificación de su poder militar, formando una estrecha liga guerrera ofensiva y defensiva, á fin de consolidar su respec-

tiva situación interna y llevar adelante la empresa emancipadora que le daba un gran significado americano, era por lo tanto, su complemento necesario, y la organización de un ejército nacional una condición esencial de la alianza. Si Chile había necesitado del auxilio argentino para libertarse, sólo las armas de las dos naciones coaligadas podían libertar á la América. Esto era un punto previsto en los planes militares de San Martín y en las instrucciones políticas del gobierno argentino al tiempo de emprender la reconquista. (Véase cap. VI, párrafo V y cap. XIV, párrafo VII). La organización de los cuadros de Chile, ideada por San Martín en Mendoza año y medio antes (abril de 1818), llevaba en germen, según un plan preconcebido, como la semilla del roble araucano, el tipo del árbol indígena, la configuración de futuro ejército chileno, que debía crecer en la tierra nativa: bastaba para ello llenar los cuadros con los contingentes de los naturales y darles su bandera. Las instrucciones del gobierno, al autorizar la formación de cuerpos chilenos y prevenir que las bajas del ejército de los Andes se reemplazarían con reclutas del país, quedando á su cargo su subsistencia, proveía á la unidad de mando que debía retener el general argentino. De este modo los dos ejércitos formarían un solo ejército aliado.

«Chile, había dicho San Martín (cap. XI y VI), es »el centro de esta parte de América, y su restauración »va á fijar la base de nuestro ser político. El Perú »cederá á su influjo, y quedará libre el continente. La »base del ejército de Chile completará esta obra in»teresante.» Con arreglo á esta idea, una de las primeras medidas del director O'Higgins fué la organización del ejército nacional y el nombramiento de San Martín como su general en jefe, respondiendo así al

fin militar de la alianza. Desde entonces el general argentino asumió el carácter de generalísimo de los aliados. El ejército de Chile tomó el nombre de su nacionalidad y enarboló su bandera, y el de los Andes, con la suya, conservó su denominación histórica, formando ambos lo que se llamó «Ejército Unido de los Andes y de Chile,» cuyos destinos serían solidarios y sus glorias comunes. Fué esta una verdadera creación, que, aunque compuesta de elementos diversos, formó un todo compacto con su constitución propia, animado por el mismo espíritu y con los mismos ideales guerreros, producto de las inspiraciones que le dieron vida: fué un nuevo ejército libertador sudamericano, poseído de la pasión de la independencia. Máquina de guerra y organismo articulado á la vez, era una condensación de fuerzas complejas para producir resultados eficientes de antemano calculados. Al efecto, la mano del artífice que combinaba estos elementos, al mismo tiempo que remontaba el ejército de los Andes con voluntarios del país y el de Chile lo formaba con contingentes de naturales, interpolaba en sus filas los jefes y oficiales de ambas nacionalidades para substraer la masa á la atracción de las influencias locales, y de este modo el conjunto adquiría la homogeneidad y el espíritu patriótico que conservó hasta cumplir su misión redentora.

En poco tiempo se organizó un ejército chileno de las tres armas, uniformado en su táctica y disciplina con el de los Andes, cuya fuerza llegó á equilibrar, compitiendo con él en solidez por las aptitudes de los naturales para la guerra. Antes de cumplir seis meses, el Ejército Unido contaba bajo sus banderas con más de 8.000 soldados, y al terminar el año de 1817, alcanzaba su efectivo á más de 9.000 hombres de pelea, correspondiendo aproximadamente la mitad á ca-

da uno. El ejército de los Andes constaba de 4 fuertes batallones de veteranos, dos gruesos regimientos de caballería y una brigada de artillería: el de Chile de seis batallones de línea y guardia nacional y varios escuadrones con sus correspondientes cuerpos de artillería. Su maestranza y parque eran comunes, dividiéndose su administración económica en dos comisarías. Un numeroso tren volante y 14.000 fusiles en almacenes completaban su armamento. En cuanto á las armas constitutivas, su proporcionalidad era de 1.200 artilleros por 7.000 infantes y 1.400 de caballería. Así, la alianza argentinochilena había dado por resultado la formación de una potencia sudamericana, que al equilibrar el poder de España en sus colonias, iba á superarlo atacando por mar y por tierra. Y es de notarse la coincidencia, que al mismo tiempo se preparaba á su ejemplo otra liga de guerra al norte del Ecuador, que por efecto de la atracción debía converger al centro, dando al fin por resultado las dos coaliciones extremas la emancipación total del continente meridional.

El primer uso que el generalísimo del Ejército Unido hizo de su representación externa, fué dirigirse en nombre de los aliados al virrey del Perú, proponiéndole la regularización de la guerra y un canje de prisioneros, en términos honrosos para él y su adversario. «En Lima se hallan algunos confinados por la »disidencia de opiniones. Si V. E. tiene á bien regresen »al seno de sus afligidas familias, estoy pronto á remi»tir á V. E. los que se hallen en Chile y en las Pro»vincias Unidas en igual caso. Estoy seguro que la »filantropía de V. E. suavizará, en cuanto esté á su »alcance, los horrores de la actual guerra. Yo ofrezco »á V. E. hacerlo así, y ambos tendremos el placer de »hacer algún bien á nuestros semejantes. Nuestras

»afecciones particulares nada tienen que ver con nues»tra representación pública, y ya que el destino fatal »nos hace enemigos sin conocernos, lo seré sólo en la »batalla.» Como buen zurcidor diplomático que no daba puntada sin nudo, bajo este noble lenguaje—sin duda traducía sus no desmentidos sentimientos,—ocultábanse otros propósitos políticos y militares de mayor alcance. Utilizar la buena voluntad del comodoro Bowlers, á la sazón jefe de la estación británica en el Pacífico—admirador suyo y muy simpático á la revolución,—era el más ostensible, iniciando la negociación bajo los auspicios de la Inglaterra. Era el segundo presentarse ante la América como beligerante al frente de un ejército poderoso, publicando la guerra continental. El objeto más recóndito era enviar un agente sagaz que con el carácter de parlamentario iniciase una nueva guerra de zapa, preparando el terreno para su futura expedición al Perú, como ya lo había hecho antes de emprender la reconquista de Chile. A su tiempo se dirá el resultado de este nuevo trabajo con que el generalísimo del Ejército Unido inauguraba su política militar.

IX

Bajo los auspicios de la alianza político militar, íbase operando por la acción de factores intrínsecos y secundarios de uno y otro pueblo, una evolución espontánea, que á la manera de una corriente oculta hacía su trabajo. Era la elaboración lenta y gradual de la alianza social, determinante de otros fenómenos que el tiempo pondrá en evidencia. Estos dos pueblos, tan análogos por su temple viril y sus nativos instintos democráticos, como desemejantes por su índole y su genialidad, se confundían en los puntos de contacto por atracciones y gravitaciones naturales,

obedeciendo á sus tendencias nativas bajo la ley de sus futuros y comunes destinos. Y debe atribuirse á esta causa latente y lejana la consistencia de su movimiento revolucionario, así como el hecho de que, cuando las instituciones libres han naufragado en casi toda la América por los abusos y vicios de gobernantes y gobernados, estos dos pueblos gemelos antes y después, en medio de sus desvíos y vicisitudes, hayan salvado el crédito de la república en el hemisferio sur, y sean su grande esperanza como lo fueron en los tiempos heroicos en que la fundaron por sus armas coligadas.

Los dos pueblos se respetaban y se estimaban sin amarse, y se complementaban en el orden étnico y social, así como en el político y militar, sin perder su originalidad, supliendo la deficiencia de sus respectivos órganos de acción ó exaltando su energía por el estímulo en la tarea solidaria. El contacto de un grupo selecto de uno de los dos pueblos y la cooperación activa y pasiva de la masa del otro, determinaban una mayor suma de fuerzas que obraban como agentes superiores y se imponían á las voluntades á despecho de ellas mismas. La brillante oficialidad del ejército de los Andes, que llevaba en sí la rica savia de la juventud argentina, llena de petulancia y de gracia, se infiltraba en la sociedad chilena, y á la par de modificar un tanto la grave reserva de sus hermanos de ultracordillera, sostenía con honor el pendón de la galantería ante el bello sexo, con el prestigio de los frescos laureles que la coronaban. Muchos de ellos, vencidos esta vez por la belleza y el encanto de las mujeres chilenas, constituyeron su hogar en la tierra libertada, creando así un nuevo vínculo entre los dos pueblos. Entre ellos, el vencedor del Gavilán se unió á la histórica familia de los 800 (los Larrain), y hasta el mismo diplomático argentino ligó su nombre á otro

nombre histórico de Chile (Spano), estableciéndose una corriente de afectos domésticos internacionales que se ha prolongado. Esta no es sino una de las faces parciales de la evolución que hemos indicado, y á que las manifestaciones externas de la vida cooperativa concurrían en otro sentido, creando sentimientos y estableciendo contactos de confraternidad y solidaridad.

San Martín, eslabón de acero de la liga guerrera, era también el vínculo de esta alianza social que se operaba espontáneamente. Su salón era el centro donde se reunía lo más selecto de la sociedad chilena y argentina de Santiago. La tradición ha perpetuado en Chile á la par del de sus glorias, el recuerdo de las «tertulias de San Martín», con que él pagaba la hospitalidad que recibía. «Estas tertulias, dice un historia- »dor chileno, tenían un carácter culto, patriótico y »significativo. Era la fraternidad de dos pueblos en »los afectos del corazón, en la adoración de la belleza, »en los tiernos homenajes al heroísmo. Invariablemen- »te, antes de romper el primer baile, todos los asis- »tentes se agrupaban en un gran círculo, cogidos de »las manos los caballeros y las damas, y al son de la »música de los cuerpos militares, se cantaba en coro »la canción argentina como un homenaje á la patria »y á la bandera bajo la cual Chile había sido redimi- »do. En seguida, casi siempre presidido por San Mar- »tín, se rompía el primer minué de honor, y la tertu- »lia se prolongaba, grata y festiva, hasta las altas »horas de la noche.» Otro cronista, chileno también, completa el cuadro: «Franco, desenvuelto y elegante »en sus maneras, San Martín, en la flor de su vida »(39 años), reinaba en los salones y era la figura más »visible y presente en todas partes, como lo era en los »campamentos. En estas reuniones de San Martín se »leían y comentaban los partes del ejército del sur,

»las noticias de Buenos Aires y de Europa, y se man»tenía y alentaba el entusiasmo patriótico. El general, »enemigo del lujo, siguiendo su tendencia á discipli»narlo todo, suplicaba con frecuencia á las personas »que honraban sus salones, se presentasen con la ma»yor sencillez.» Refiérese que en cierta ocasión, habiendo asistido una dama con un traje más lujoso del que prescribía la ordenanza santuaria, San Martín, sin abandonar su cortesía y su tono familiar, trató de significárselo. La señora, sin dejarse correr por esta advertencia, replicó: «Usted se admira del lujo con »que me presento, porque ya se había acostumbrado á »la pobreza de las mendocinas.» ¡Y era la pobreza »de las mendocinas la que principalmente había con»tribuído á la libertad y riqueza de Chile! También »se jugaba á la malilla, y algunas noches la caja del »cuartel general costeaba las pérdidas de las señoras, »habiendo pasado las deudas de este género á la poste»ridad inscriptas en las cuentas del gran capitán. Y »como un tributo á la popularidad, á veces los valses »y las contradanzas se alternaban con bailes nacionales »con acompañamiento de guitarra tocada por un hom»bre del pueblo, y el capellán que llevaba la contabi»lidad del general, apuntaba: «Por «dos pesos» que »se gratificaron al que tocó la guitarra en una noche »que se bailó alegre.» ¡Felices tiempos en que las alegrías de los poderosos sólo costaban dos pesos!

En medio de esta alegría, la vida del general de los Andes era austera y dura como la de un lacedemonio, que también llevaba bajo su uniforme de soldado un zorro escondido que le desgarraba las carnes, sin hacer un gesto de dolor. Se ha dicho de él que era sibarita, glotón y borracho. La cuenta de gastos privados llevada por mano ajena, y el testimonio unánime de sus contemporáneos, prueban que «no amaba los placeres,

»ni el vino, ni el deleite de las pasiones misteriosas, »aunque gustaba de las alegrías ajenas, y comprendía »que el fausto, la cordialidad social de los banquetes »y saraos, son medios sencillos de gobernar á los hom»bres.» A las 4 de la mañana se levantaba de su catre-cofre de campaña y lustraba él mismo sus botas á la vez que preparaba su café militar. En seguida arreglaba sus apuntes, y á las 5 recibía á su secretario, obligado á presentarse puntualmente á esa hora. Hasta las 10 se ocupaba en los detalles de la administración militar, distribuyendo por sus manos hasta las costuras de uniformes como lo hacía en Mendoza. Después de media hora de reposo recibía al jefe del estado mayor. Luego daba audiencia pública, oyendo con paciencia á las mujeres, y con especial indulgencia á los simples soldados. Su desayuno era muy ligero. A la una del día hacía su única comida, en la cocina, en soldadesca conversación con su negro cocinero, eligiendo dos platos que rociaba con un par de copas de vino de su querida Mendoza. Su plato predilecto era el asado, preferido siempre por los hombres de trabajo, que no tienen tiempo que perder en la digestión, por contener en menor volumen mayor poder de nutrición. Era el momento de su cuarto de hora, que algunos aprovechaban para solicitar gracias. A las cuatro de la tarde se servía su mesa de estado á sus expensas—en la que se invertían «diez pesos» diarios,—la que era presidida por don Tomás Guido, su confidente y su compañero de habitación. El concurría á los postres á tomar café, en cuya ocasión se entregaba á expansiones de camarada, amenizando la conversación con chistes y anécdotas que sazonaba con la sal andaluza de sus recuerdos de Cádiz. Por la tarde recibía visitas ó hacía ejercicio, paseando por la alameda ó los tajamares de la ciudad. Al anochecer volvía á la labor del bufete, y se

imponía de la correspondencia del día. Á las 10 de la noche, á la hora del silencio militar, se echaba en su catre de campaña para dormir artificialmente, y volver á recomenzar la misma tarea al día siguiente. Como por los dolores neurálgicos y reumáticos que lo aquejaban, le era difícil conciliar el sueño, abusaba del opio en forma de morfina, droga que su médico, el doctor Zapata, le propinaba con exceso. Esto y el cigarro negro eran su grande y su pequeño vicio; pero, así como economizaba la pólvora y cuidaba de sus cartuchos, él mismo picaba su tabaco, y aun se conservan como un recuerdo de sus austeras costumbres la tabla y el cuchillo con que lo hacía.

El estado moral de San Martín en aquella época es una página digna de la historia psicológica de los grandes hombres. Antes de cumplir los cuarenta años y al ir á culminar el meridiano de su gloria, era presa del hastío de la vida, que, según la escuela pesimista á que por instinto se anticipaba, marca el más alto nivel del hombre moral, cuando se comprende, que después de cumplida la tarea, la vida no merece la pena de ser vivida dos veces. Por este tiempo (julio de 1817), se sintió próximo á morir, y así lo creyeron los amigos que lo rodeaban y los facultativos que lo asistían. Así lo comunicó Guido al Gobierno argentino, adjuntando el informe del cirujano Zapata. Los vómitos de sangre se habían repetido. «La complicación de negocios, dice Guido, que ha cargado sobre el »General redobla sus trabajos, y aniquiladas las fuer»zas corporales por ataques violentos, se agrava por »instantes el peligro de una vida tan apreciable.» En tales momentos trazó con mano firme una renuncia, en cierto modo póstuma, porque sólo después de sus días fué conocida: «El beneficio de mi patria será el »último deseo que me acompañe al sepulcro: por esta

»razón debo de prevenir que el estado de mi salud me »tiene expuesto á una próxima muerte, y que en este »caso podrían resultar males incalculables á la causa »si no se previene con anticipación, nombrando al que »debe substituirme.» Fué entonces cuando el general Antonio González Balcarce, el vencedor de Suipacha, fué á compartir con San Martín las tareas del mando en jefe, como segundo del Ejército Unido.

Las confidencias de esta época revelan una profunda tristeza mezclada á grandes esperanzas, que se explica por su aislamiento moral en el gran papel histórico que desempeñaba en el drama de la revolución. El gran hombre de guerra, admirado en el Plata y aceptado como una necesidad en Chile, nunca fué amado ni verdaderamente popular, en uno ni otro país: no existía entre él y ellos esa corriente de simpatías cuyas vibraciones ponen en comunicación las almas. Amaba á la República Argentina como su patria y á Chile como colectividad, pero sólo se sentía feliz en el punto medio que había sido el vínculo de su alianza—en Mendoza,—pero estaba divorciado de su política interna y de las pasiones tumultuosas de los partidos contemporáneos. Era americano ante todo, sin dejar de ser argentino. Lastimado por unos y otros, llevaba en su corazón una llaga secreta, ocultada estoicamente, que á veces le hacía exhalar quejas comprimidas, como alma solitaria, que no tenía afecciones íntimas, y estaba condenado á no tener ni hogar. No tenía, ni tuvo jamás en su patria más amigo que Pueyrredón, ni más amistad calurosa que la de Belgrano. En Chile no tuvo más amigo que O'Higgins. Don Tomás Guido, su confidente y colaborador, intervenía en su vida más bien como complemento de su acción que como elemento moral incorporado á su ser. Su único confidente íntimo era Godoy Cruz, en quien depositaba sus senti-

mientos. Este aislamiento moral en medio de su gloria, que constituía una poderosa influencia, pero que no era un poder público ejercido directamente, explica su alejamiento de las cosas del gobierno político, y su consagración exclusiva á la causa de la independencia americana, su gran pasión, que puede llamarse una misión en todo el rigor de la palabra, y que lo llevó á americanizar la revolución argentina.

Sin exagerar el carácter moral de San Martín, puede decirse de él, que como genio concreto, según lo hemos definido, la actividad de su mente se revelaba al exterior por sus acciones, mientras sus pensamientos y sus sentimientos íntimos circulaban silenciosamente en el interior como una corriente subterránea. Sin más vinculaciones con los dos pueblos que las de sus grandes designios, sus juicios de los hombres y las cosas que le rodeaban, en aquel momento psicológico en que se consideraba próximo á la muerte, reflejan este estado morboso-psicológico:—«Mi salud sigue en malísimo estado—escribía á su confidente íntimo:—conozco el remedio: es la tranquilidad; pero mi extraordinaria situación me hace víctima desgraciada de las circunstancias. No hay filosofía para verse caminar al sepulcro, y con el desconsuelo de conocerlo y no remediarlo. Me hago violencia en habitar este país: en medio de sus bellezas encantadoras, todo me repugna en él: los hombres en especial son de un carácter que no confrontan con mis principios y aquí tiene un disgusto continuado que corroe mi triste existencia. Dos meses de tranquilidad en el virtuoso pueblo de Mendoza me volverían la vida.»

CAPITULO XVII

Cancharrayada

1817-1818

Contraste de los años 1817 y 1818.—Prospecto histórico.—Situación política, económica y militar de Chile.—Don Luis de la Cruz, director.—Estado de la guerra continental.—Pezuela reemplaza á Abascal en el virreinato del Perú.—El general La Serna toma el mando del ejército del Alto Perú.—Planes militares del virrey del Perú antes de Chacabuco.—El virrey del Perú prepara una nueva expedición contra Chile.—San Martín tiene noticia anticipada de este plan.—Misión ostensible y secreta del mayor Torres al Perú.—Zarpa la expedición realista del Callao.—Plan de invasión de Pezuela.—Retirada del ejército del Sur.—Declaratoria de la independencia chilena.—Plan de campaña de San Martín.—Forma un nuevo ejército al Norte.—Reconcentración del Ejército Unido.—Maniobras preliminares de ambos ejércitos.—Crítica de ellas.—Se avistan los dos ejércitos en Talca.—Teatro de las operaciones.—Sorpresa de Cancharrayada.—Dispersión del Ejército Unido.—Famosa retirada de las Heras.—Efectos de la derrota de Cancharrayada en la capital.—Dictadura de 48 horas de Rodríguez y su papel histórico.—O'Higgins reasume el mando.—San Martín reacciona contra la derrota.—Recepción triunfal de la columna de Las Heras.—Reorganización del Ejército Unido.—Expectativa.

I

El año 1817 habíase inaugurado con una victoria, que dió la señal de guerra ofensiva sudamericana, terminando con una derrota de las armas que detenían sus progresos. El año 1818 debía, á la inversa, inaugurarse con una derrota y terminar con una victoria más grande aún, que decidiría de sus destinos. La revolución de Chile adquiría con ella su consistencia defini-

tiva, su independencia quedaría asegurada para siempre, la alianza argentinochilena afirmada y la base de operaciones de su campaña continental consolidada por mar y por tierra. Desde este momento todas las fuerzas de la insurrección sudamericana convergirán de los extremos hacia el centro, reaccionando contra el poder colonial de la España; lo estrecharán en su último baluarte, el Perú, donde, reunidos sus esfuerzos, combinarán sus operaciones para asestarle el golpe final, dándose allí la mano los dos grandes libertadores del sur y del norte: San Martín y Bolívar.

Para comprender mejor el enlace lógico y cronológico de estos acontecimientos, se hace necesario darse cuenta de la situación interna de Chile, por ser el eslabón que une la revolución argentina americanizada con la revolución de toda la América meridional insurreccionada en pro de su independencia, desde Méjico hasta Patagones y Arauco.

En la época á que hemos llegado, Chile era una colectividad orgánica, sin formas definidas todavía, pero que poseía en sí todos los elementos de una nacionalidad original y vigorosa: cohesión genial dentro de su constitución geográfica; patriotismo indígena, energía nativa de raza y tendencias pronunciadas de independencia, en medio de una democracia embrionaria, combinada con una aristocracia territorial y política. La masa que la constituía, impenetrable hasta entonces á la acción externa por razón de su aislamiento geográfico y su excéntrica organización social, habíase conmovido por el impulso de los acontecimientos, y disciplinada como fuerza activa, decidióse por la causa de la independencia obedeciendo á sus instintos, y por este solo hecho formaba una agrupación coherente, animada de una pasión é impulsada por su propio resorte. Convertido su territorio en teatro de la

guerra por su emancipación y en base de operaciones de una campaña continental, su organismo político asumía la forma más elemental, cual es la de un pueblo revolucionado, convertido en ejército, con una clase política dirigente, y una dictadura políticomilitar á que todos se subordinaban sin violencia y que no tenía más apoyo que las bayonetas nacionales y aliadas. Era una situación de fuerza, como lo hemos explicado antes, pero era á la vez un conjunto coherente de fuerzas activas que gravitaban naturalmente en el sentido de sus atracciones.

El roce revolucionario y la presión niveladora del despotismo extraño desgastaron los particularismos provinciales y las desigualdades que en un principio obstaron á la unificación nacional; las comunes desgracias y los esfuerzos solidarios persiguiendo un propósito general, crearon un nuevo espíritu público. La desaparición de los gobiernos personales de cuartel ó de familia, de ficciones municipales ó de localidad, y el establecimiento de una autoridad nacional moderada y fuerte daban al poder público consistencia y equilibrio. El orden administrativo, las reformas graduales tendientes á implantar un nuevo orden de cosas ó modificar el semblante de las antiguas, á la par del progreso de las ideas políticas, imprimían á esta situación un carácter, señalándole ideales que unos divisaban al través de sus instintos y otros alcanzaban con su razón. En tal estado de cosas, la independencia era un hecho y la república una consecuencia necesaria, á que sólo faltaba revestirse de formas legales; pero, como para declarar la primera y perfeccionar la otra, debía ser consultada la voluntad nacional, y lo provisional y lo discrecional imperaba como constitución de hecho con el asentimiento general, sin resistencia de parte de los que obedecían por su propia voluntad, ésta era

una cuestión de forma y de circunstancias. Los tristes recuerdos de los ensayos parlamentarios de 1810 á 1814, que tan funestos resultados habían dado, alejaban á todos de la convocatoria inmediata de un congreso. Por otra parte, era condición tácita de la alianza argentinochilena no hacer tal convocatoria hasta la terminación de la guerra en el territorio reconquistado, á fin de que la autoridad ejecutiva obrase con toda la amplitud de facultades para mantener la unidad revolucionaria y la eficacia de la acción militar. Así es que, uniformada la opinión de los que mandaban y subordinados buenamente los que obedecían, la situación política era compacta, y todo concurría á dar consistencia á la revolución y temple á las armas de combate.

No faltaban, empero, resistencias morales y materiales á este régimen de fuerza, impuesto por las circunstancias y mantenido por el instinto de conservación de la gran mayoría del país. Aun cuando la decisión por la causa de la independencia fuese cuasi unánime, la causa del rey contaba con partidarios en el sur, como lo demostraban la resistencia popular de Arauco y las montoneras entre el Bío-Bío y el Maule. Las aspiraciones á un orden de cosas más regular, satisfechas hasta cierto punto en las clases ilustradas, pugnaban sordamente contra el régimen imperante que sólo aceptaban como una necesidad y una transición, pero no como sistema de Gobierno permanente. No así muchos de los que mandaban, que bien avenidos con sus posiciones oficiales, pretendían perpetuarse, vinculando á ellos intereses sórdidos ó egoístas. El mismo director O'Higgins, no obstante su moderación y la elevación de su patriotismo, no estaba exento de esta debilidad, introduciendo así desde muy temprano en su gobierno anormal un principio de descomposición

prematura que debía acabar con él. Además, los dos partidos en que se dividió la revolución chilena desde los primeros días, no habían desaparecido, y aun cuando sólo estaban representados en las clases dirigentes, no faltaba al partido carrerino, caído y perseguido, cierta opinión nacional que le daba su razón de ser, ni tampoco carecía de caudillos audaces y prestigiosos que pudieran mover la masa popular en su favor, al menos para perturbar el orden público interno. Sin el apoyo de la alianza argentina, y sin la intervención eficaz del ejército de los Andes, que ocupaba militarmente el país, y con sus bayonetas sostenía la autoridad establecida sobre la base de un partido predominante, y sobre todo, sin la influencia decisiva y moderadora de San Martín, la lucha intestina se hubiera renovado. Esto mismo contribuía á crear otro género de resistencias á la situación, sublevando pasiones y sentimientos que son naturales en todos los pueblos libertados é intervenidos. La deuda de gratitud reconocida pesaba á unos, y lo que por otros se consideraba una imposición de la influencia extraña, levantaba protestas que, no por ser secretas, dejaban de influir en la opinión, y de este modo, los sacrificios de sangre y de dinero que la alianza argentina imponía al pueblo, se le atribuían á ella exclusivamente. En honor de la verdad histórica debe decirse, sin embargo, que, á pesar de todo esto, el país estaba apasionado por la gran idea de llevar la bandera de la revolución más allá de sus fronteras, reaccionando contra la tendencia de reconcentrarla en ellas, pero el espíritu de quietismo habría predominado al fin, sin la decisión de O'Higgins, que puso toda su alma y todo cuanto podía y valía para cooperar á los planes continentales de San Martín, como se verá después.

En medio de los males y trastornos que son consi-

guientes al estado de guerra, la condición del pueblo había mejorado, y si sufría pesadas cargas, las sobrellevaba en beneficio propio, brindando sus servicios personales ó concurriendo con donativos voluntarios al sostén de la causa revolucionaria. Las contribuciones, los empréstitos forzosos, los auxilios bélicos, no eran menores que en tiempo de la dominación española, pero se exigían en nombre del interés público, y como á la vez la fuente de la riqueza se acrecentaba por un sistema de hacienda mejor entendido, el sostenimiento cívico por una parte y la mayor prosperidad por otra, alimentaban esta corriente entre los ingresos privados y los ingresos públicos. Las rentas fiscales, que antes de la revolución no alcanzaban á medio millón de pesos, ascendían á más de dos millones de pesos en 1817.

Con estos recursos se atendía al presupuesto civil y militar, se sostenía un ejército de más de 8.000 hombres, se compraban buques para armar una escuadra que dominase el Pacífico, se mantenía el ejército de los Andes cuyos sueldos estaban á su cargo, se emprendían nuevas obras públicas, y después de todo esto, aún podía presentar en su balance anual un excedente que hacía honor al orden y la severa economía con que en todo tiempo, aun en los revolucionarios, han sido administradas las finanzas chilenas. En cuanto á su estado militar, ya lo hemos estudiado en el capítulo anterior (véase cap. XVI, párrafo VIII), quedando algo para agregar en su oportunidad. En presencia de estos datos estadísticos, preciso es reconocer que, sin el concurso eficaz de Chile, la empresa preparada por San Martín en Mendoza, jamás se habría llevado á cabo, como debe reconocerse que, sin el auxilio argentino, ni Chile se habría libertado, ni habría tenido la gloria de cooperar á la emancipación del

resto de la América. Aisladas ambas naciones, la una se habría consumido dentro de sus límites territoriales, trabajada por la anarquía interna, y la otra habría concurrido á robustecer el poder español, interponiendo una barrera insalvable entre la revolución del sur y del norte del continente. Unidas, se salvaron recíprocamente, dieron la libertad al Perú, é hicieron posible el triunfo final que coronó la independencia de las colonias hispano-americanas. Esa es la gran gloria de la alianza argentino-chilena, cuyos lineamientos han sido trazados ya. (Véase capítulo XVI).

Hemos apuntado antes que el director delegado Quintana había sido substituído por una junta gubernativa de chilenos, designada por la Logia de Lautaro, con acuerdo de O'Higgins y San Martín, dando así satisfacción al espíritu público nacional; pero esta forma de gobierno no llenaba las exigencias de la situación, y fué reemplazada (el 16 de diciembre de 1817) por otro director delegado «para que las deli»beraciones ejecutivas tuviesen la rapidez que las cir»cunstancias requerían.» Recayó la elección en el coronel chileno Luis de la Cruz, hombre de principios liberales, de carácter honorable, administrador laborioso y organizador bastante inteligente, que en su calidad de amigo de O'Higgins y admirador de San Martín, era la persona más adecuada para conservar fielmente el depósito del poder, manteniendo la armonía entre los aliados en el sentido de sus planes políticos y militares. En 1806 había ejecutado una atrevida y útil empresa al frente de un pequeño destacamento, practicando á su costa un reconocimiento de la cordillera de los Andes y el territorio de los indios pehuenches, con el objeto de abrir un camino carril entre la ciudad de Concepción y la de Buenos Aires, cuya relación, escrita por él, ha sido recogida

por la posteridad como un precioso contingente suministrado á la geografía, y la etnografía de la pampa central en la región de lo desconocido. Durante su permanencia en Buenos Aires, púsose en contacto con los hombres más distinguidos de aquella época que debían figurar más tarde en la revolución argentina, y de regreso á Chile contribuyó á uniformar los trabajos de los patriotas de ambos países. Al estallar la revolución chilena, se afilió en el partido de Martínez Rozas, sosteniendo con él la conveniencia de la alianza argentino-chilena. Miembro de sus primeras asambleas deliberantes y soldado en sus primeras campañas, fué hecho prisionero en 1813 y confinado á la isla de Juan Fernández, hasta que la victoria de Chacabuco puso término á su cautiverio.

Tal era la situación interna de Chile al terminar el año de 1817, en momentos en que el ejército del sur experimentaba el contraste de Talcahuano y se anunciaba una nueva expedición realista del Perú (diciembre de 1817).

II

A medida que el movimiento emancipador se condensaba por segunda vez al sur de la América bajo la dirección de San Martín, y que igual fenómeno se operaba al norte del continente bajo la influencia de Bolívar, á la manera de dos polos cargados de electricidad cuyas corrientes producirían el rayo revolucionario, el círculo de la reacción española se reducía. Todo indicaba que ésta iba á ser sofocada en el centro de su poder. La reacción española había alcanzado su apogeo con la expedición de Morillo—último esfuerzo de la metrópoli,—y con la reconquista de Venezuela y Nueva Granada (1815-1817). En el sur, Si-

pe-Sipe fué su culminación y Chacabuco marcó su descenso (1815-1817). En este intervalo, algunas modificaciones se produjeron en el mando político y militar del Alto y Bajo Perú, y desenvolviéronse operaciones bélicas en la frontera del norte argentino, las cuales tenían á Chile por objetivo más ó menos directo. Abascal, el domador de las revoluciones del Alto Perú, de Quito y de Chile, que salvara la causa realista en los comienzos de la insurrección irradiando el poder de su política y de sus armas desde el Bajo Perú, había sido reemplazado como virrey por el general Pezuela, el vencedor de Vilcapugio, Ayohuma y Sipe-Sipe (1815). El general José de la Serna de quien nos ocuparemos después, tomó el mando del ejército del Alto Perú (1816). Pezuela, aunque lureado personalmente por grandes victorias, no poseía las notables cualidades de su antecesor; pero siguiendo su impulsión, perseveraba en el plan de reacción que éste le había trazado. Al ver amenazado á Chile por el ejército de los Andes que San Martín formaba en Mendoza, ordenó al general La Serna la invasión del territorio argentino (1815), con prevención de adelantar hasta Tucumán, á fin de efectuar una poderosa diversión que paralizase la invasión, como antes Abascal la había intentado para salvar á Montevideo, cuya caída determinó la retirada de los realistas, según se relató en su lugar. Los gauchos de Salta y de Jujuy, bajo la dirección de Güemes, sostenidos por el ejército de Belgrano acantonado en Tucumán, bastaron, como en 1814, para contener esta invasión. La reconquista de Chile determinó como entonces su desastrosa retirada (1817), quedando por siempre inmunes las fronteras argentinas por sus dos únicos puntos vulnerables del norte y del oeste.

La pérdida de Chile, cuya influencia se hacía sen-

tir tan lejos no produjo en el ánimo del nuevo virrey la impresión que debiera. Pensó sin duda que los restos del ejército realista que habían quedado en el país, bastarían para continuar la guerra, y como no era hombre de ideas, como Abascal, ni tenía plan alguno, se puso á la defensiva por la parte del Alto Perú y á la expectativa por la de Chile. La llegada de los fugitivos de la derrota de Chacabuco no bastó para abrirle los ojos: limitóse á ordenar su regreso inmediato, sin permitirles desembarcar, con prevención de ponerse á las órdenes de Marcó, que suponía al frente de la resistencia, ó bien á las del jefe que lo reemplazase, separando del mando de ellas á Maroto y Barañao, que no volvieron á figurar en su antiguo escenario. Con este contingente de fugitivos había intentado Ordóñez su malograda empresa del Gavilán y sostenido el sitio de Talcahuano. Cuando se convenció de que con estas fuerzas apenas podrían mantenerse los realistas encerrados en un punto del territorio, se apresuró á auxiliarlos con víveres y municiones, alentándolos á la resistencia, pero con orden de no comprometer acción formal mientras con mayores elementos iba en su auxilio. Al fin comprendió que la pérdida de Chile podía importar la de América, y que su recuperación era cuestión de vida ó de muerte para el poder colonial. «Dejando á los insurgentes de »Buenos Aires (decía á su gobierno) en pacífica pose»sión de Chile, es muy fácil á su genio activo y em»prendedor, con los auxilios que sordamente le prodi»gan los extranjeros, como lo han hecho hasta aquí, y »con los que reciban de su capital, arreglar una ex»pedición é invadir en ocho días de navegación las »indefensas fronteras de Arica á Mollendo, y propa»gando la infidelidad en los dispuestos ánimos de la »mayor parte de los habitantes, conmover las provin-

»cias interiores del Bajo Perú, y las levantarían en »masa, con lo que obligarían á retroceder á nuestro »ejército, y de consiguiente, facilitarían al que ellos »tienen en Salta, Jujuy y el Tucumán, á que adelante »y se apodere de Potosí, Charcas y Cochabamba, po»niendo en el más crítico estado de perderse toda es»ta América.» El arribo de nuevos refuerzos de tropas llegados de la Península por vía del cabo de Hornos y de Panamá, lo habilitó para organizar por la cuarta vez—que debía ser la última,—una expedición sobre Chile. Al efecto, lo preparó sigilosamente todo, contando sorprender á San Martín, y recuperar en poco tiempo el reino perdido. Pero esta vez tenía que habérselas con un general más cauto, pues como lo observa un historiador español, los enemigos con quienes iba á combatir, eran muy distintos de los vencidos en Rancagua.

Como se dijo antes, el primer uso que San Martín hizo de su autoridad de generalísimo del Ejército Unido, fué dirigirse en nombre de los aliados al virrey del Perú, proponiéndole la regularización de la guerra y un canje de prisioneros. Este era el objeto ostensible; pero, como todos los actos del general de los Andes, tenía su lado misterioso. Además del alcance diplomático que le hemos señalado (véase capítulo XVI, párrafo VIII), el propósito principal era abrir relaciones secretas con los patriotas del Perú y penetrar los planes del enemigo. Fijóse para desempeñar la comisión de parlamentario en el mayor argentino Domingo Torres, oficial obscuro, que por lo mismo no despertaría sospechas, pero cuya sagacidad había calado con su habitual penetración de los hombres y de sus aptitudes especiales.

El comisionado de San Martín partió de Valparaíso el 1.° de noviembre en la fragata británica Amphion

que montaba el comodoro Bowles, y arribó al Callao en circunstancias en que Pezuela se ocupaba de hacer los últimos aprontos de su proyectada expedición contra Chile. Como lo había calculado el general, la negociación sobre la regularización de la guerra y canje de prisioneros no tuvo por el momento ulterioridad; pero llenáronse completamente los objetos de la misión secreta, según se explicará á su tiempo. El parlamentario patriota fué recibido por el virrey con aparente cortesía, y alojado en una fortaleza. Gradualmente relajóse esta vigilancia y pudo transmitir á los patriotas la palabra de orden que llevaba, hacerles llegar sus comunicaciones escritas ó verbales y reunir todos los conocimientos que necesitaba. Por este medio obtuvo de la misma secretaría del virrey noticias detalladas sobre la expedición que se preparaba, incluso su plan de invasión. En posesión de estos preciosos datos, regresó á Valparaíso en la misma fragata que lo condujera, en los primeros días de enero de 1818, casi al mismo tiempo que la expedición realista (4 á 15 enero 1818) avistaba las costas de Chile. El virrey que había pensado sorprender á su enemigo, lo encontraba, no sólo prevenido, sino al cabo de sus más secretos planes.

III

La nueva expedición preparada contra Chile era respetable, pero no suficiente para ejecutar la ardua empresa de reconquistarlo. Formábanla tres batallones, un regimiento de artillería con diez piezas de campaña, dos escuadrones de caballería y una compañía de zapadores, con armamento de repuesto, que sumaban un total de 3.400 veteranos bien equipados, los que, unidos á los 1.700 de Ordóñez en Talcahuano, com-

prendían un ejército de más de 5.000 hombres. Hacían parte de ella dos famosos batallones de infantería llegados de la Península, que se habían distinguido en la guerra contra los franceses—el «Burgos» y el «Infante Don Carlos»,—que constituían como los dos tercios de su personal. El resto lo formaban, un batallón de Arequipa, un escuadrón de «Lanceros del Rey», venido de España, y otro de Arequipa, ambos tan bisoños en el arte de cabalgar, que bien merecían la denominación de «maturrangos» que les daba San Martín, pues, según testimonic de un general español que presenció sus ejercicios, «los jinetes caían de los »caballos que montaban con notable facilidad.» Cuatro navíos y fragatas con 234 cañones y 300 hombres de tripulación formaban la flota expedicionaria, que debía cooperar al plan de invasión concertado en Lima.

El mando de esta expedición fué confiado al brigadier Osorio, el restaurador de Chile en 1814. El virrey Pezuela reincidía en la falta de su antecesor cuando pospuso á Sánchez por Pareja y Gaínza, posponiendo á la sazón á Ordóñez, que era el general indicado por sus méritos y por sus cualidades. No era tal vez una gran cabeza militar, y le faltaba sin duda la prudencia necesaria para el mando en jefe, como lo demostró en Curapaligüé y el Gavilán, pero era un gran carácter, tenía el fuego sagrado del guerrero, el ímpetu que lo arrastraba á ir siempre adelante y sostenerse á todo trance en las situaciones más difíciles, y, precisamente por esto mismo, era el único que podía haber desconcertado la estrategia y la táctica metódica de San Martín, como había paralizado el desarrollo de sus planes después del desastre de Chacabuco, reaccionando en el sur y haciendo pie firme en Talcahuano. Contaba por otra parte con la opinión realis-

ta del país, y prescindir de él, era privarse de una fuerza é introducir un fermento de división en el ejército expedicionario. Para neutralizar el efecto de tal injusticia, que era á la vez un error, el virrey le confirió el grado de brigadier y le prometió para después del triunfo la presidencia interina de Chile. Pero, lleno de desconfianzas, encargaba á Osorio, que vigilase la conducta sospechosa de los oficiales que habían servido á órdenes del defensor de Talcahuano, y que al abrir su campaña procurase dejarlo relegado al mando de esta plaza ó en Concepción.

El plan de Pezuela reposaba sobre la base del mantenimiento de la posición de Talcahuano, faltando la cual, la expedición debía desistir de la invasión y regresar al puerto de Arica. En el caso de que continuase ocupado por las armas del rey, contábase efectuar el desembarco por ese punto, y batir de sorpresa al ejército patriota que lo sitiaba, cuya fuerza estimaba en tres mil hombres, limitando su persecución hasta el río Maule. Ejecutada esta operación, y dominada la provincia de Concepción, que guarnecería convenientemente de manera de llamar la atención del enemigo hacia el sur, el ejército realista debía reembarcarse inmediatamente en los buques de la expedición, dirigirse á una de las caletas inmediatas á Valparaíso, y efectuar por ese punto la invasión, avanzando á marchas forzadas sobre la capital, que suponía defendida por muy débiles fuerzas para resistirle. Poniéndose en el caso de que conviniera llevar la invasión por tierra, y tomar por base de operaciones el sur, libraba las eventualidades al juicio de Osorio, recomendándole únicamente reservase puntos de apoyo para una retirada, celeridad en sus movimientos y «no aventurar sin señaladas desventajas las armas del rey á una pérdida irreparable.»

Este plan era teóricamente bien concebido, en la suposición de que se llenasen todas sus condiciones y que los patriotas, «sorprendidos y aturdidos,» según los cálculos de su autor, hiciesen precisamente lo que él se imaginaba. Dueño de la mar, podía elegir su punto de invasión á lo largo de las costas, especialmente entre Talcahuano y Valparaíso, y logrado el primer golpe, el dominio de la capital podía ser su consecuencia. Faltaba, empero en dos puntos capitales: primeramente en el hecho de la sorpresa, irrealizable ya contra un enemigo prevenido, y después, en la debilidad y dispersión de fuerzas que suponía al Ejército Unido, que, como se ha visto, constaba á la sazón de 9.000 hombres, y podía poner en campaña de 6.500 á 7.000 de buenas tropas, convenientemente situadas para recibir reunidas la invasión al centro ó al sur del territorio y dar cuenta de ella en una batalla. De todos modos, el plan de invasión estaba burlado.

La expedición zarpó del Callao en los primeros días del mes de diciembre (del 6 al 11). El 4 de enero (de 1818) avistaron las primeras naves las costas de Talcahuano, y á mediados del mismo desembarcaban las tropas en medio del estruendo de los cañones de las fortalezas que saludaban á su llegada. Esta salva fué oída por el ejército patriota á orillas del Itata en retirada hacia la capital. Este movimiento hizo comprender á Osorio que su plan de campaña estaba descubierto, y frustrado el proyecto de invasión á inmediaciones de Valparaíso, con la capital por objetivo. No le era ya posible dar alcance al ejército de O'Higgins que le había ganado la delantera, y el reembarco, lejos de proporcionarle las ventajas que se prometiera, no hacía sino dar á los patriotas más tiempo para operar su reconcentración. En ambos casos se encontraría con

todas las fuerzas enemigas reunidas en torno de la capital. El general español, irresoluto por naturaleza, sin inspiración ni decisión, carecía de las cualidades necesarias para dirigir con acierto la campaña, desde que tuviese que prescindir de la pauta que el virrey le trazara. Limitóse á mandar bloquear á Valparaíso con su flota, empleó como quince días en engrosar y organizar su ejército en Concepción, y al fin, obedeció como una masa inerte á la impulsión que le comunicaron los jefes que llevaban en su ejército la verdadera voz de mando.

Ordóñez, movido por su natural impetuosidad, era de opinión de abrir inmediatamente la campaña sin perder tiempo en inútiles aprestos, persuadido de que, cuanto más rápidos fueran los movimientos ofensivos, más débil sería la resistencia que opondrían los insurgentes, la que en su orgullo miraba muy en menos. Esta opinión encontró un decidido apoyo en el jefe de estado mayor de la expedición, el coronel José Primo de Rivera, joven fogoso, dotado de valor y algunos talentos, pero de poca experiencia militar. Osorio vacilaba en abrir la campaña, pero falto de ideas y de energía para sostener su opinión negativa de permanecer á la expectativa al sur del Maule, se decidió á dar la orden de marcha en los últimos días de enero, sin tener un plan ni una resolución fijos, ni siquiera conocimiento de las posiciones y fuerzas de su adversario.

El 12 de febrero las avanzadas del ejército realista se hallaban á inmediaciones de la margen izquierda del Maule, y oyeron cañonazos á las distancia. Era el ejército del sur en retirada conducido por O'Higgins, que celebraba en Talca el primer aniversario de Maipú y el advenimiento de la república chilena independiente.

IV

Los papeles estaban invertidos. Tocaba ahora al general de los Andes defender por mar el territorio que había invadido antes por tierra. El enemigo, dueño de las aguas, tenía á su disposición más de 2.000 kilómetros de costa, como él había tenido más de 2.000 kilómetros de cordillera.

Las primeras noticias que de la expedición se tuvieron en Chile (el 8 de diciembre de 1817) no habilitaban á San Martín para trazarse un preciso plan defensivo-ofensivo; pero, bien aconsejado por la prudencia, adoptó una actitud expectante que proveía á todas las eventualidades. Admitiendo la posibilidad de un desembarco por el norte (por Coquimbo), poca importancia le daba, y se inclinaba á creer que la invasión se efectuase por Valparaíso, con la capital por objetivo. En esta inteligencia escribía oficialmente á O'Higgins (el 12 y 18 de diciembre): «El proyecto del »enemigo es probablemente interponerse entre nues»tras fuerzas para batirnos en detalle y apoderarse de »Valparaíso. Asegure, pues, con tiempo su retirada al »norte del Maule, tomando por defensa este río. Haga »retirar con anticipación de Concepción cuanto pue»da ser útil al adversario. Vengan á este lado fami»lias, subsistencias de todo género y caballadas. He»cho esto, es imposible que ningún cuerpo enemigo »subsista allí sin perecer de necesidad.» Y confidencialmente le decía: «Pudiéndonos dar la mano ese »y este ejército, seremos siempre, no solamente supe»riores, sino que podremos caer sobre el enemigo y de»cidir en un solo día de la suerte de Lima.» Su proclama en tal ocasión, firmada por él y Balcarce, es característica: «¡Soldados! ¡Tenemos que daros una agra-

»dable noticia! Nuestros enemigos los maturrangos »preparaban una expedición con el objeto de visitar»nos. Mucho tiempo hace que estamos parados sin ha»cer nada de provecho. ¡ Amigos, vamos á tener otro »Chacabuco!»

Con arreglo á este plan, O'Higgins emprendió su retirada del frente de Talcahuano así que tuvo la certidumbre de que la invasión se efectuaba por este punto. El 1.° de enero inició su movimiento retrógrado en dirección al norte, rechazando con ventaja en diversos encuentros los ataques que los realistas trajeron sobre su retaguardia. El 20 atravesó el Maule y se situó en Talca, seguido por toda la población del sur. Fué un éxito á la vez que una retirada. Más de 50.000 personas, llevando consigo sus ganados, acompañaron al ejército, movidos unos por su patriotismo y otros por las órdenes perentorias de O'Higgins, de conformidad con las instrucciones de San Martín. El objeto era hacer el vacío al enemigo, privándolo de recursos de subsistencia y movilidad, y así decía O'Higgins al vecindario: «Nos preparamos á dar el último golpe »al poder expirante del virrey de Lima: es preciso que »la sensibilidad ceda á la política y que el sosiego de »los habitantes se sacrifique á la salud general. El »día de la restauración universal no está lejos de »nosotros: esta campaña fijará los destinos de Chile, »y acaso también los de la América.» Y en prueba de la fe que tenía en el triunfo, hizo proclamar la independencia de la república chilena.

La independencia de Chile era un hecho, y su declaratoria una mera forma; pero en aquellos momentos, á la vez que un reto á los enemigos, dueños de la mitad del país y de todas sus costas, importaba determinar el carácter de la lucha y enarbolar con decisión la verdadera bandera de la revolución. En la im-

posibilidad de reunir un congreso nacional que lo efectuara, ó más bien, para no debilitar la acción del poder ejecutivo según los convenios de la alianza argentino-chilena, dispúsose abrir registros cívicos en que los ciudadanos consignaran su voto en pro ó en contra (13 de noviembre 1817). La idea fué acogida con entusiasmo popular, sin un solo voto por la negativa. Al redactar el acta en que el hecho se declaraba, algunos políticos estacionarios, que no se daban cuenta de la importancia de la variación, se limitaron á consignar en ella los agravios inferidos á los chilenos por los españoles y á una protesta de fe católica. O'Higgins, con su buen sentido y bien inspirado por sus ideas liberales, negóse á aceptarla, manifestando que esto «importaría proclamar una religión excluyente y prohibir la inmigración de multitud de talentos y brazos útiles que abundaban en el otro continente,» y que por lo tanto el documento debía limitarse á «declarar solemnemente la independencia en nombre de los pueblos, y hacer saber á la gran confederación del género humano, que el territorio continental de Chile y sus islas adyacentes formaban de hecho y de derecho un estado libre, independiente y soberano, por siempre separado de la monarquía española.» Así se hizo, y el director supremo de Chile subscribió el acta el 1.° de enero de 1817 en su cuartel general de la Concepción, en vísperas de la invasión. Fijóse en consecuencia la solemne proclamación en el primer aniversario de la batalla de Chacabuco. El gobierno al anunciarla al pueblo le decía: «Se aproxima el memorable 12 de febrero: este día grande, que os recuerda el glorioso sacudimiento de vuestra opresión, es también preparado para fijar la época de nuestra emancipación política.»

En el día designado, al amanecer, formáronse las

tropas en la plaza principal, concurriendo el pueblo en masa. En uno de sus frentes se levantaba un tablado adornado con banderas chilenas y argentinas unidas y en su centro el retrato del general San Martín. Al rayar el sol sobre la cordillera nevada del oriente, visible desde la plaza, enarbolóse la bandera de la nueva nación, saludada por una triple salva de artillería y los himnos entonados por los niños de las escuelas á que la multitud hacía coro. A las nueve de la mañana subió al tablado la comitiva oficial, presidida por el director delegado D. Luis de la Cruz, llevando en sus manos la bandera chilena el enviado diplomático de las Provincias Unidas D. Tomás Guido, y el presidente de la municipalidad, la argentina. El fiscal de la cámara de apelaciones habló al pueblo: «Vais á proclamar la ley más augusta del código de la naturaleza. Os vais á declarar libres é independientes. Vais á franquear vuestros mares al comercio de todas las naciones, que atraerán la abundancia y la cultura. Vais á abrir á vuestros hijos la carrera del honor. Almas débiles, no creáis que este es un paso imprudente y arrojado. El invariable sistema de la España nos ha convencido en el espacio de ocho años, de que ya no hay más paz ni más tranquilidad para la América que la que ella se gane por su esfuerzo y resolución.» Leída el acta de la independencia, la juró el director sobre los santos evangelios, y en seguida el obispo, añadiendo á la cláusula del juramento que «la juraba, porque creía que esa era la voluntad del Eterno.» Interrogado San Martín, si juraba, contestó con voz profunda: «¡Sí! ¡mucho! ¡mucho!» A su vez juró el pueblo postrado de rodillas. En seguida se arrojaron medallas conmemorativas con los motes: «Chile Independiente»—«Unión y Fuerza».

En el mismo día el ejército del sur, en retirada de

Talcahuano, saludaba con sus cañones el aniversario de Chacabuco y el nacimiento de la república chilena, cuyas salvas fueron oídas en el campamento español al sur del Maule. Era la segunda república sudamericana que se fundaba bajo los auspicios de San Martín.

V

Mientras tanto, el ejército español, concentrado abría su campaña y avanzaba sobre la línea del Maule. San Martín persistía empero en creer que la verdadera invasión se efectuaría por San Antonio, á inmediaciones de Valparaíso, porque según él, «su objeto debía ser apoderarse de la capital y con ella de la »fuente de los recursos. Cuando el enemigo ha meditado una expedición tan importante, agregaba; cuando »ha apurado sus recursos en este esfuerzo, sus miras »son empeñar una acción decisiva sobre la capital, y »no hacer desde Talcahuano una guerra lenta; además que, un camino tan largo y retirados de él con »anticipación los auxilios, no se hace sin nuestra evidencia y sin que tengamos el tiempo necesario para »jugarle en sus marchas mil estratagemas que lo aniquilen antes de presentar acción. Sería nuestra felicidad, que desembarcando en Talcahuano nos buscase por tierra hasta Talca. En este caso le daremos »reunidos un golpe de que jamás convalezca. Nada nos »importa perder algunas leguas de terreno como luego tengamos la seguridad de ocuparlo de un modo »sólido: reconcentración de fuerzas, y somos invencibles.» Adoptando en consecuencia el prudente plan expectante que aconsejaban las circunstancias y proveía á todas las eventualidades, dispuso que el ejército del sur se situase en Camarico, á veintiséis kiló-

metros al norte de Talca, con su vanguardia en observación sobre la línea del Maule, mientras con el grueso de las fuerzas atendía á Valparaíso en actitud de operar su reconcentración según se efectuase la invasión por uno ú otro punto.

Fiel á su máxima de que los ejércitos se preparan á la pelea en los campos de instrucción, San Martín trasladó las fuerzas de Santiago, que alcanzaban á más de 4.000 hombres, á la hacienda llamada Las Tablas, situada al sur de Valparaíso y á inmediaciones de este puerto y el de San Antonio. De este modo cubría la capital y atendía los dos únicos puntos de desembarco por esa parte, en disposición de replegarse sobre el ejército del sur si la invasión venía por el Maule, moviéndose en una zona abundante en recursos, mientras entregaba al enemigo un territorio de que le habían sido retirados con anticipación todos los que pudiera utilizar éste, especialmente en subsistencias y cabalgaduras. El general Balcarce tomó el mando inmediato del campamento de Las Tablas, mientras San Martín se trasladó de Valparaíso, á fin de inspeccionar sus fortificaciones calculadas para impedir un desembarco. En esta actitud esperó el desarrollo de los sucesos, en la seguridad de que por cualquier punto que se presentase el enemigo, le opondría un ejército reconcentrado, superior en fuerza, cubriendo en todos los casos la capital, á la vez que con ella incitaba á Osorio á atravesar el Maule, que era lo que deseaba, para dar cuenta de él en una batalla decisiva. «La conservación »del estado, escribía á O'Higgins, pende de que no »aventuremos acción alguna cuyo éxito sea dudoso. »Por lo tanto nuestro plan de campaña debe ser una »reconcentración de todas nuestras fuerzas, para dar »un golpe decisivo y terminante.» Para dirigir con más oportunidad los diversos movimientos según los

casos ocurrentes, situóse en el punto intermedio de San Fernando (25 de enero de 1817), 300 kilómetros del campamento de Las Tablas y doscientos de la línea del Maule, de manera que, en cuatro marchas forzadas de cada uno de los dos cuerpos de ejército pudiera verificarse su reconcentración dentro de la zona de las operaciones calculadas, ganando tiempo para tomar con descanso la ofensiva con la ventaja del número y de las posiciones de antemano elegidas. Para asegurar las comunicaciones y los movimientos de avance y retroceso, el general mandó construir puentes provisionales sobre los ríos Cachapoal, Tinguiririca, Teno y Maypo, con lo cual el gran tablero en que debía jugarse la gran partida, quedó perfectamente preparado.

A fines de febrero no quedó ya duda de que la invasión venía por Talcahuano. En consecuencia, el cuerpo de ejército de O'Higgins se replegó á Curicó en la confluencia de los ríos Teno y Lontué, 100 kilómetros al norte de Talca y otros tantos de San Fernando, con objeto de atraer á Osorio que parecía dudar en su avance, y operaron ambos su reconcentración en los primeros días de marzo, sumando una fuerza de 4.500 infantes, 1.500 hombres de caballería y 500 artilleros con 33 piezas, perfectamente armada y bien montada y llena de entusiasmo. Los realistas, como se ha dicho, no pasaban de 5.200 hombres de las tres armas con 12 piezas de artillería. El 4 de marzo atravesó Osorio el Maule sin obstáculo alguno y en el mismo día acampó en Talca, reanimándose sus esperanzas de triunfo ante la retirada de los patriotas, que consideraba como una prueba de debilidad. La vanguardia de Morgado avanzó hasta Camarico, mientras que la de los patriotas al mando de Freyre, que había cubierto la línea del Maule, se replegaba á Quechereguas. San Martín lla-

mó á sí el cuerpo de ejército de O'Higgins y situóse en Chimbarongo, donde se operó la reconcentración final. Al mismo tiempo escribía el general: «El enemigo »marcha con aceleración; pero yo voy á ahorrarle la »mitad de la distancia, aproximándome al estero de »Chimbarongo. Antes de seis días creo decidida la con»tienda favorablemente.» Su objeto era alejar al enemigo de Talca, fatigarlo con marchas y contramarchas, mientras llegaba el momento de hacer sentir toda su superioridad obligándolo á la batalla con su retirada comprometida. El 14 de marzo, cuando se supo que Osorio continuaba avanzando, inició el Ejército Unido su movimiento ofensivo.

El general español, ignorante de la posición, fuerza y planes de su competidor, se movió de Talca el mismo 14 y acampó en Camarico, adelantando su vanguardia hasta Quechereguas, 25 kilómetros más al norte. El jefe del estado mayor realista, Primo de Rivera, á la cabeza de una fuerte columna de dos destamentos de infantería y de dos escuadrones de caballería con artillería, atravesó el Lontué con el objeto de reconocer las posiciones de los patriotas, y se aproximó hasta la margen izquierda del Teno. Coincidió esta operación con el movimiento de avance de los patriotas, lo que determinó el inmediato repaso del Lontué por los realistas en la misma noche del 14 y su repliegue hasta Quechereguas, mientras el Ejército Unido acampaba al sur de Curicó. El 15 ordenó San Martín que Freyre, al frente de doscientos cazadores montados, atravesara el Lontué y practicase un reconocimiento sobre las posiciones avanzadas del enemigo, protegido por el grueso de la caballería y dos baterías de artillería á órdenes del general Brayer. Freyre vadeó el río arrollando bajo fuego las guardias enemigas y avanzó resueltamente á galope sobre la vanguardia

realista situada en Quechereguas. El coronel Primo de Rivera, que la mandaba, al divisar la nube de polvo que levantaban los jinetes de Freyre, pensó que iba á ser atacado por todo el ejército patriota, y considerándose impotente para resistir en campo abierto, refugióse con su infantería y artillería en los callejones y casas de la hacienda y desprendió á retaguardia sus dos escuadrones á cargo del coronel Morgado con el objeto de salvarlos, pidiendo á Osorio que lo sostuviera con todo su ejército. El jefe patriota, en la esperanza de ser apoyado por Brayer, intimó rendición á Primo de Rivera; pero, descubierta su poca fuerza, Morgado reaccionó y lo cargó vigorosamente. No obstante que esta carga fué rechazada, la posición de Freyre era insostenible, y ordenó la retirada que sostuvo con orden y bravura, perseguido de cerca y combatiendo por espacio de 8 kilómetros con sólo la pérdida de 17 hombres. Al llegar á la margen del Lontué, fué protegido por un escuadrón de cazadores de Chile y obligó á los realistas á dar vuelta caras. Mientras tanto, Brayer que debía sostenerlo con sus 1.400 jinetes y ocho piezas de artillería, según las prevenciones del general en jefe, manteníase en inacción al norte del río. La vanguardia enemiga, á pesar de su triunfo, se reconcentró cautelosamente á inmediaciones de su reserva en Camarico, dejando despejado el terreno intermedio.

VI

En la mañana del 16 de marzo, aniversario del natalicio de San Martín, el Ejército Unido vadeó sin obstáculo el Lontué y acampó en Quechereguas. Osorio, comprendiendo que había cometido una imprudencia al alejarse de su base de operaciones, retrocedió en

masa. A esta noticia, San Martín, pensando que su intento era repasar el Maule, modificó su plan, y desde el 17 empezó á maniobrar en el sentido de envolverlo. Dividió en consecuencia su ejército en dos cuerpos, y abandonando el camino real ó de la costa que seguían los realistas, tomó el del naciente denominado de la Cordillera ó de los Tres Montes, más largo pero más abierto, con el triple objeto de poder desplegar sus masas, especialmente la caballería, caso de ser atacado, ocultar sus movimientos al enemigo, cerrarle el paso del Maule y obligarlo á batirse, cortándole su retirada al sur. En esta disposición atravesó el río Claro el 18. Los realistas, que suponían que San Martín permanecía á su frente, al saber que éste tomaba el camino del oriente, apresuraron su marcha para cubrir su flanco amagado y su retaguardia. Desde este momento, ambos ejércitos marcharon paralelamente por los dos caminos á distancia de poco más de diez kilómetros uno de otro. El 19 vadeaban casi simultáneamente el Lircay procurando ganarse la delantera, el uno para salvarse, el otro para pelear y vencer. En este orden continuaron su marcha hasta el sur teniendo por objetivo común á Talca, que dista ocho kilómetros del Lircay. Desde este punto desprendió toda su caballería al mando de Balcarce, que había reemplazado á Brayer, con orden de dificultar la marcha del enemigo picando su retaguardia y cargar sobre ella si la ocasión se presentaba, á fin de dar tiempo de poderlo atacar en ese mismo día por el flanco en la planicie descubierta que tenía que cruzar.

Los realistas, hostigados por la caballería patriota, volvieron caras al norte y apoyando su izquierda en el río Claro, más abajo de su conjunción con el Lircay, y su derecha en los arrabales de Talca, desplegaron al frente su caballería, que constaba de poco más

de 500 hombres, para cubrir la continuación de su retirada. La posición era bien elegida. El terreno intermedio entre ambas líneas, que lleva el nombre de Cancharrayada, es sumamente desigual, cortado por barrancos y pantanos, inadecuado para la maniobra de la caballería. Balcarce, sin tomar en cuenta estas dificultades, ó no conociéndolas, cometió el grave error de desplegar en una línea continua y sin reservas sus 1.500 jinetes, ocupando un largo espacio, y dió la señal de cargar de frente y al galope. El resultado fué que las alas, estrechándose sobre el centro, envolvieran á los escuadrones que lo ocupaban, y llegando todos casi desorganizados á un punto donde las quiebras del terreno impedían el avance, fueron allí recibidos por la artillería española, bajo cuyo amparo pudo cargar la caballería realista y rechazar el ataque, no obstante su inferioridad numérica. Eran como las cuatro de la tarde. En aquel momento llegaban al campo las cabezas de columna de la infantería patriota, una batería de artillería sostenida por guerrillas de cazadores pudo proteger la retirada de la caballería, que se efectuó desordenadamente, aunque con muy poca pérdida. El general O'Higgins adelantóse con 20 piezas y dos compañías de infantería y abrió un cañoneo sobre el flanco derecho del enemigo, obligándolo á guarecerse en los arrabales de la ciudad, donde tendió éste una línea con frente al norte. San Martín formó la suya en dos líneas paralelas, á 2.500 metros de distancia en actitud de amenazar el flanco derecho y la retaguardia realista. El sol iba á ocultarse en el horizonte y ya no era hora de empeñar la batalla; pero el principal objeto estaba conseguido, que era obligar á Osorio á librarla, y esto importaba su pérdida.

Con las últimas luces del crepúsculo los generales

españoles pudieron darse cuenta de su desesperada situación, dominando el escenario desde las torres de Talca. Tenían al frente un ejército superior en número en todas las armas, cuyas maniobras revelaban una acertada dirección y un excelente pie de guerra, y en tales condiciones su derrota era segura. Por otra parte, tenían á su espalda el caudaloso río Maule, que en caso de un contraste hacía imposible la retirada. No les quedaba más recurso que pelear y ser vencidos ó capitular.

Tales eran los resultados de los bien combinados movimientos estratégicos y tácticos del general de los Andes, desenvueltos en un doble trayecto en el espacio de novecientos kilómetros, conversando todos ellos al punto preciso en que debía darse el golpe final. La previsora retirada del ejército del sur, para atraer al adversario al terreno que él deseaba; el prudente plan expectante adoptado para atender á los dos puntos extremos y posibles de la invasión; la exactitud matemática de los movimientos de concentración ganando tiempo sobre el enemigo; el sistema seguro de sus comunicaciones de vanguardia; la oportunidad para tomar la ofensiva y la marcha de flanco, á fin de envolver al enemigo y amenazar su retirada, para obligarlo irremisiblemente á la batalla general que buscaba dentro de un campo cerrado por ríos como un palenque, revelan un capitán de la gran escuela de Federico, tan metódico como prudente. Empero, la crítica militar puede señalar algunas faltas que dan la explicación de su fracaso, demostrando que en la guerra es preciso acertar siempre para vencer, y que un solo error nulifica todos los aciertos. Desde el principio de la campaña no sacó todo el partido que debía de la superioridad de su excelente caballería, y la comprometió desventajosamente en dos lances que rebajaron su mo-

ral. Si bien en el reconocimiento del Lontué la culpa fué de Brayer por su poltrona inacción, suya es la responsabilidad por haberlo ordenado sin plan ni concierto. Su marcha paralela, tan bien concebida como fué, la emprendió tardíamente, y por esto no logró los objetos que se proponía, que eran atacar al enemigo en la marcha por el flanco ó interceptarle su retirada, ó envolverlo al menos parcialmente; así, al llegar á Talca, las posiciones de los dos ejércitos eran casi las mismas del punto de partida con diferencia de la distancia. Lanzar aisladamente su caballería destacada sobre un ejército de las tres armas que se replegaba en masa, como lo hizo en el paso del Lircay, cuando, á consecuencia del retardo de su marcha lateral, no podía sostenerla sin que surtiese tal operación todos sus efectos, y sobre todo, su carga en las condiciones en que se verificó en terreno desventajoso y en la peor forma posible, son errores más graves aún. Por último, la formación de su línea á la vista del enemigo, buena para el efecto moral del momento, era tácticamente viciosa y mala como posición, según se explicará después.

Esto no quita que San Martín desplegase en la concepción y ejecución de estas operaciones las cualidades de un consumado general, y con razón, no obstante su mal éxito, él la reputaba como su mejor campaña, y decía de ella, que la prefería á otras, en que —igualmente hábil,—fué más afortunado.

VII

El teatro en que se desenvolvían estas operaciones y las que van á seguirse, poco pintoresco en sus detalles pero grandioso en su conjunto, es conocido en la historia con el nombre genérico de Cancharrayada, y

estaba señalado ya en ella por una derrota de las armas independientes. (Véase cap. VIII, parrafo XI). Es una planicie accidentada por montículos con marcada inclinación hacia el oeste, cruzada por esteros y arroyuelos, matizada por una vegetación de arbustos y cortada por barrancos. En su centro se levantan tres cerrillos aislados que le imponen su carácter, y entre ellos y la ciudad de Talca se desenvuelve, en una extensión de tres mil metros, el campo vulgarmente llamado de Cancharrayada, teatro de la desgraciada carga de caballería ya relatada. Esta planicie está encerrada entre ríos caudalosos: el Maule al sur, que corre de este á oeste; el Claro, bordado por una faja verdinegra de bosque que corre al pie del macizo de montañas que la limitan al poniente y el Lircay que forma barra con el Claro, al norte. Hacia el oriente, divísanse los nevados picos de la cordillera de los Andes, que domina gallardamente el volcán «Descabezado», con sus medias tintas azuladas sobre un resplandeciente fondo blanco. El horizonte se dilata en medio de esta variedad de perspectivas combinadas, produciendo en el ánimo una impresión melancólica.

Al pie de los cerrillos de Baeza y con frente al sudoeste, había desplegado San Martín su batalla en dos líneas, como queda dicho. En primera línea, la primera división mandada por H. de la Quintana, compuesta de los batallones número 11 de los Andes, cazadores de Coquimbo y la artillería chilena, (10 piezas). En segunda línea, la división izquierda á órdenes de O'Higgins, compuesta de los batallones Cazadores de los Andes, número 7 y número 1 de Chile. A retaguardia del flanco izquierdo, la artillería argentina (11 piezas) y los granaderos á caballo. En reserva, sobre la izquierda, el batallón número 8 de los Andes y el resto de la artillería (12 piezas), y sobre

la derecha, los cazadores á caballo de Chile y de los Andes. Esta formación, bien calculada en los primeros momentos para amagar el flanco derecho del ejército realista en marcha y en retirada del Maule, adolecía del efecto de comprometer su izquierda avanzada hacia Talca, sobre un terreno descubierto que el enemigo podía cruzar en media hora de camino, penetrando fácilmente por la retaguardia. La derecha, más resguardada, no podía prestar eficaz auxilio al ala opuesta, por interponerse entre una y otra barrancos que dificultaban los movimientos tácticos. Las reservas, á uno y otro flanco, estaban interceptadas por los cerrillos, y el espacio estrecho para los despliegues no se prestaba absolutamente para los cambios de frente, y rota la primera línea, envolvía necesariamente á la segunda y á las reservas. Estos defectos, que eran la consecuencia de su marcha estratégica y respondían á un objetivo inmediato, cual era detener la marcha é interceptar la retirada del enemigo, á efecto de obligarlo á la batalla en el mismo día ó en el siguiente, sólo tenían gravedad por no corregirlos en tiempo. San Martín, como general experto, conocía perfectamente una de las reglas más elementales de la guerra, cual es, que á la vista del enemigo no debe conservarse la posición en que se anochece, á menos de que ésta no sea muy ventajosa para todas las eventualidades. Cuando quiso corregir estos defectos, ya era tarde, como lo era cuando inició su marcha envolvente de flanco, y estos dos errores ó retardos decidieron del éxito de la campaña.

El sol, que en aquellas latitudes en esta época del año se pone antes de las 6 de la tarde, al desaparecer en el horizonte tras la cordillera de la costa, dejó el campo envuelto en una obscuridad profunda; espesos nubarrones entoldaban el cielo interceptando hasta la

luz de las estrellas. Eran como las 8 de la noche, cuando San Martín, prevenido por un espía de que el enemigo intentaba una salida, resolvió cambiar de posición para burlar su intento y adoptar una formación más conveniente para recibirlo. En consecuencia, dió orden al ingeniero Arcos de que se encargase de ejecutar la operación situando al ejército en tres líneas con frente al sudoeste, retirada el ala á la izquierda comprometida, y apoyada la derecha sobre el camino de Talca á Santiago. La primera división ocupó rápidamente su posición en el orden en que estaba formada, quedando su frente cubierto por un zanjón que se prolongaba á su espalda y protegía su flanco derecho sobre el camino indicado, y de este modo formaba un ángulo obtuso con la segunda división que se mantenía en su puesto. Como esta maniobra tenía que practicarse alternativamente por el frente de la línea á causa de la estrechez y la naturaleza del terreno, la segunda línea tardó en efectuarlo y eran ya como las 9 de la noche, cuando llegó desolado un vecino de Talca y avisó que el ejército español estaba formado en la plaza de la ciudad y se disponía á atacar á los independientes. Pocos momentos después, una partida de caballería en observación sobre el frente, daba la señal de alarma, anunciando con una descarga que el ejército realista avanzaba en son de ataque. Era una verdadera sorpresa que se efectuaba en el momento crítico en que los patriotas cambiaban de posición y todas sus divisiones, aisladas unas de otras, no podían ni aun concertar la defensa. Además, el cansancio de las marchas y el descalabro de la caballería en la tarde, predisponían los ánimos al pánico, y faltaba en tal situación hasta la fuerza moral para resistir.

VIII

Los jefes realistas habían aprovechado activamente las dos horas perdidas por San Martín. Convencidos de que las luces del nuevo día alumbrarían su derrota y que sólo un milagro ó un golpe de fortuna podía salvarlos, invocaron á la divinidad protectora de sus ejércitos y fiaron su suerte á las sombras de la noche. Al bajar de las torres, desde las cuales habían observado las maniobras de los patriotas y convencídose de su gran superioridad, celebraron al obscurecer una junta de guerra en la sala capitular del convento de los dominicos. Todos fueron de opinión de que una batalla campal les sería adversa; pero unánimemente se pronunciaron por la resistencia. Osorio, que desde que emprendió su retirada de Camarico se inclinaba á retroceder hasta Talcahuano, propuso continuarla hasta este punto, reembarcarse en él con el grueso del ejército según el plan trazado con el virrey, para efectuar la invasión por Valparaíso, cubriendo la línea del Maule con un cuerpo de observación que ocultase este movimiento. Ordóñez combatió enérgicamente este plan, y demostró que, aun siendo bueno, era imposible, por cuanto antes de atravesar el Maule serían irremisiblemente destruídos y activamente perseguidos por una caballería superior en número y calidad; opinó que sólo un golpe de audacia podía salvarlos, haciendo una salida durante la noche, para caer de sorpresa sobre el campo enemigo, y ofrecióse á ejecutar personalmente la empresa. La mayoría de los jefes apoyó este parecer. Osorio, irresoluto, defirió á su voto, manifestando que su esperanza estaba en el favor del cielo y en la intercesión de la Virgen del

Rosario, patrona jurada de las armas españolas, y se retiró á orar en la iglesia del convento.

A las 7'30 de la noche revistaba Ordóñez la columna expedicionaria, y la proclamaba infundiéndole su heroico espíritu. A las 8, desplegaba la línea de masas en el llano de Cancharrayada en tres divisiones centrales de dos batallones cada una y dos escuadrones de caballería en ambas alas. Tomó el inmediato mando de la columna central con el Burgos y el Arequipa; dió el de la derecha, compuesta de las compañías y granaderos, á Primo de Rivera, y el de la izquierda, con el Concepción y el Infante don Carlos, al coronel Bernardo Latorre. En este orden, hizo la señal de marcha y avanzó silenciosamente en medio de la obscuridad, guiándose por los fuegos del campo patriota, que el general O'Higgins había hecho encender á vanguardia de las líneas para alumbrar el terreno. La columna de la derecha, que era la más avanzada en razón de la menor distancia que recorría por la oblicuidad de la línea en su punto de partida recibió los fuegos de la partida de caballería patriota, que dió la señal de alarma. El resto aceleró su marcha y siguió en perfecto orden con resolución y confianza. Al aproximarse á la altura en que al anochecer habían visto formada la primera línea patriota encontraron desocupado el terreno y á poco andar, fueron recibidos por sucesivas descargas cerradas que les derribaron más de cien soldados muertos y varios oficiales, y entre ellos el coronel del Concepción, Juan José Campillo. Era O'Higgins que resistía con la segunda línea. Casi al mismo tiempo, otra descarga recibía el extremo izquierdo de la línea atacante, que venía más retrasada. Era una compañía destacada por Las Heras, al mando del capitán Dehesa, que con arreglo á sus instrucciones, apagaba sus fuegos y se replegaba á la nueva posición de

la división derecha. Hubo un momento de vacilación en las filas españolas, y sin la presencia de espíritu de Ordóñez que se puso á la cabeza y alentó á todos con su ejemplo cargando intrépidamente á la bayoneta, tal vez hubieran desistido de su empresa.

El general O'Higgins, á la cabeza de los batallones número 1.° de Cazadores y 7.° de los Andes y el número 2.° de Chile, que formaban la segunda línea, sostuvo con denuedo el desigual combate, cayendo muerto de un balazo el caballo que montaba y recibió una herida en el codo á tiempo que subía sobre otro que le presentaba uno de sus ayudantes. Desde este momento todo fué confusión en el campo patriota. La artillería de la izquierda quedó abandonada, los granaderos á caballo despertados al ruido de las descargas, se dispersaron poseídos de pánico. La caballería de la derecha se replegó en desorden al cuartel general situado más á retaguardia en la falda occidental de los cerrillos. El batallón número 1.° de Chile, que ocupaba el centro, se desorganizó, y replegóse sobre el número 8 que formaba la reserva, siendo recibido á balazos en los primeros momentos por considerarlo enemigo. El comandante Alvarado, que con el número 1.° de cazadores de los Andes cubría la izquierda, considerando inútil toda resistencia en la posición que ocupaba, tuvo la inspiración del momento: mandó avanzar de frente inclinándose sobre la derecha, dió un rodeo, y pasando atrevidamente por el flanco derecho del enemigo, se corrió por su retaguardia en busca del ala derecha cuya nueva posición conocía, y al aproximarse sufrió una descarga que le derribó 21 hombres; pero reconocido luego como amigo, se incorporó á ella. El número 2 de Chile, mandado por el mayor José Rondizzoni, distinguido oficial italiano del ejército de Napoleón, que ocupaba el extremo opuesto, tuvo la misma inspi-

ración, y describiendo una curva á retaguardia, fué á reunirse con Alvarado sobre el flanco izquierdo del enemigo.

Ordóñez, prosiguiendo su victoria, trepó por su extremidad sur los cerrillos de Baeza y mandó romper el fuego en todas direcciones, esparciendo el espanto en las informes masas contrarias. Las balas del cerro llegaban hasta el cuartel general situado al pie, y una de ellas mató, al lado de San Martín, á su ayudante Juan José Larrain, miembro de la patriota familia chilena del mismo nombre, que lo acompañaba como voluntario. El general, despechado, se negaba á alejarse del fuego, y parecía haber perdido su habitual sangre fría; pero pronto reaccionó sobre sí mismo y comenzó á dictar con precisión las órdenes convenientes para salvar al menos las reliquias de su disuelto ejército, mandando retirar la reserva y concentrarse en el cerrillo del norte, y al efecto empeñó un corto y desordenado combate; pero vióse muy luego obligado á ponerse en retirada con los dispersos, perseguido muy de cerca. O'Higgins le siguió con el resto de su división y la artillería de reserva, y ambos atravesaron sucesivamente el Lircay en la noche. Todo parecía perdido.

IX

Eran las 11 de la noche. La luna de Otoño aparecía en aquel momento en el cielo sombrío, esparciendo una pálida claridad sobre el campo antes ocupado por el ejército argentinochileno, que yacía en profundo silencio. A la distancia se oían algunos tiros, y las carreras de la caballería realista que perseguía á los fugitivos. Mientras tanto, la división de la derecha, que había cambiado de posición á las 8 de la noche,

reforzada con los batallones 1.° de cazadores de los Andes y número 2 de Chile, permanecía formada sobre la izquierda de los vencedores en la sorpresa, abrigada al frente y al flanco por el barranco antes señalado. A su frente se divisaba una masa negra, que permanecía inmóvil: era un escuadrón que estaba en observación, y que por varias veces dió el ¿quién vive? á la línea confusa que percibía á su costado, sin acertar á distinguirla. La división, que no había podido tomar parte en la acción, permanecía en inacción y silencio. No tenía quien la mandase. Su jefe, el coronel H. de la Quintana había acudido en los primeros momentos á tomar órdenes del cuartel general, y no parecía. En tal situación, los jefes en junta de guerra, resolvieron ponerse bajo las órdenes del coronel Las Heras, como el más caracterizado y el más capaz de salvarlos. Las Heras asumió el mando con serenidad, penetrado de su gran responsabilidad. Pidió una noticia verbal de la fuerza y resultó que podía contar con 3.500 hombres. Mandó preguntar al comandante Blanco Encalada, jefe de la artillería, cuál era su estado y le fué contestado que no tenía ni un cartucho por pieza, por haber agotado sus municiones en el cañoneo de la tarde. No contaba, pues, con artillería, ni tampoco con un soldado de caballería. La situación era apurada; pero tenía cinco batallones de infantería intactos, con cincuenta tiros en la cartuchera, y esto bastaba para pelear en caso necesario. Dispuso entonces que la artillería, que ocupaba el flanco derecho, pasase á vanguardia, para ponerla en salvo. Con los batallones 11.° y 7.° de los Andes, Cazadores de Coquimbo y número 1.° de Chile formó una columna en masa, pregonando á la sordina un bando de pena de la vida al que se separase á diez pasos de los flanqueadores. A retaguardia colocó el batallón número 1.°

de cazadores de los Andes para cubrir la retirada. En esta disposición, rompió la marcha, á las 12'45 de la noche, siguiendo el camino de Talca á Santiago recorrido en la tarde por el ejército español, y atravesó el Lircay, perseguido por el escuadrón realista, al que contuvo con su actitud en el vado.

Al amanecer el día 20 la columna de Las Heras se hallaba á 26 kilómetros del campo de batalla. Dió una hora de descanso á su tropa, y pasó una revista, resultando de ella que en la noche se habían dispersado como 500 hombres. A las 10 de la mañana continuó su marcha y á poco andar se encontró con algunas municiones de artillería extraviadas, con las cuales dotó sus piezas, disponiéndolas convenientemente á los flancos y la retaguardia de un cuadro de columnas, que circundó por cortinas de tiradores, formadas al efecto. Hacía dos días que no comían. Dos soldados, acosados por el hambre, separáronse de la columna y robaron una gallina. En cumplimiento del terrible bando, fueron fusilados en el acto, y la columna pasó á tambor batiendo sobre sus cadáveres. A las 5 de la tarde llegó á Quechereguas, en cuya hacienda se fortificó en disposición de resistir todo ataque. A las 12 de la noche, atravesó el Lontué, y el 21 al amanecer acampaba sobre la margen derecha de este río y continuó su fatigosa retirada. A mediodía llegó al estero de Chimbarongo, y allí tuvo noticias de que el general San Martín, unido con O'Higgins, se hallaba en San Fernando, reorganizando el batallón número 8 y reuniendo la caballería que había cruzado en desbande el Lontué.

El general salió al encuentro de Las Heras, para darle las gracias por su valerosa comportación, dirigiéndole palabras de aliento, que fueron contestadas con aclamaciones, y ordenó al coronel que continuase su marcha hacia Santiago. De regreso á San Fernando,

encontró allí á O'Higgins, presa de la fiebre, á consecuencia de la herida, que se disponía á pasar á la capital para reasumir el mando. El cirujano Paroissien, que lo curaba, decíale que, mientras estuviesen en pie las Provincias Unidas, no había por qué perder la esperanza. O'Higgins le contestaba con entereza que mientras tuviera un soldado, pelearía en Chile. En cuanto á San Martín, escribió desde allí su conciso parte de la derrota en términos francos y varoniles: «Campado el ejército de mi mando en las inmediacio»nes de Talca, fué batido por el enemigo, y sufrió una »dispersión casi general, que me obligó á retirarme. »Me hallo reuniendo la tropa con feliz resultado, pues »cuento ya con 4.000 hombres desde Curicó á Pele»quén. Espero muy luego juntar toda la fuerza y seguir »mi retirada hasta Rancagua. Perdimos la artillería »de los Andes, pero conservamos la de Chile.» Los caracteres se ponían á prueba y reaccionaban contra la derrota. El director Pueyrredón, al recibir la noticia, escribía desde las márgenes del Plata: «Nada de lo su»cedido en la poca afortunada noche del 19 vale un »bledo, si apretamos los puños para reparar los que»brantos. Nunca es el hombre público más digno de »admiración y respeto, que cuando sabe hacerse su»perior á la desgracia, conservar su serenidad y sacar »todo el partido que quede al arbitrio de la diligencia. »Una dispersión es un suceso muy común, y la que »hemos padecido cerca de Talca, será reparada en muy »poco tiempo.»

La jornada de Cancharrayada costó poca sangre. Los patriotas habían perdido como 120 muertos, además de los dispersos y prisioneros, 22 piezas de artillería, 4 banderas y todo su parque; pero el núcleo del ejército argentinochileno estaba salvado, y con él la causa de la independencia americana, que habría sucumbido

á haberse posesionado entonces los españoles de Chile. La pérdida del ejército realista fué mayor en muertos y heridos, pues pasó de 200 hombres, y su dispersión fué igualmente considerable, de manera que se halló en la imposibilidad de aprovechar inmediatamente su victoria, quedando lleno de cuidados por la retirada de la columna de Las Heras.

X

La noticia del desastre de Cancharrayada llegó á Santiago en la tarde del 21 de marzo, propagada por los principales jefes de cuerpo del ejército, y entre ellos el mariscal Brayer, jefe de estado mayor. Todo lo daban por perdido. Se daba á San Martín por muerto; y algunos aseguraban haber visto su cadáver. O'Higgins mortalmente herido. Todo estaba perdido, según ellos. El pavor se difundió en la población. Grupos de mujeres levantando los brazos al cielo y mesándose los cabellos y hombres de todas las clases se reunían en la plaza pública y se dispersaban llenos de consternación. En los barrios apartados se oían gritos aislados de ¡viva el rey! y se anunciaba en voz baja la próxima llegada á la capital de su ejército triunfante. Los más cobardes se disponían á emigrar á Mendoza ó huían á refugiarse en los buques de Valparaíso. La aparición de cincuenta hombres del enemigo habría bastado para rendir la plaza. Los realistas, llenos de júbilo, y algunos notables de la aristocracia chilena para congraciarse, se apresuraban á abrir comunicaciones con el vencedor, y uno de ellos mandó preparar un caballo de gala con herraduras de plata para ser presentado al general Osorio en su entrada triunfal. Aquella noche nadie durmió en Santiago.

El Gobierno, conturbado, no acertaba á dictar me-

didas, y mandaba construir una fortaleza en la estrechura de Payne, según el tradicional plan militar de 1812 y 1814, para contener la marcha del enemigo, á la vez que hacía retirar al norte los caudales públicos para ponerlos en salvo. El director delegado, Cruz, hombre más de administración rutinaria que de gobierno en circunstancias extraordinarias, se afanaba empero en hacer frente á la situación, allegando elementos militares. Al efecto, mandó reconcentrar el batallón chileno de «Infantes de la Patria» y la artillería que guarnecía á Valparaíso, y reunir la guardia nacional de infantería y caballería de la capital, Quillota, Melipilla, Aconcagua y Petorca, mientras recibía noticias oficiales para darles dirección. No encontrando inspiraciones dentro de sí mismo para levantar el espíritu público abatido, convocó un cabildo abierto, á que fueron citadas las corporaciones civiles y los notables de la ciudad. La reunión tuvo lugar el 22 por la mañana, en momentos que se recibía la noticia de hallarse San Martín en San Fernando reuniendo sus dispersos. El director delegado, que la presidía, manifestó los peligros de la situación y su resolución de poner en juego todos los elementos para hacer frente á aquéllos.

Interpelado por él, Brayer, que se hallaba presente, para que, como actor en la sorpresa de Cancharrayada, expusiese su opinión, el general, después de titubear un momento, contestó que «no había esperanza de reaccionar contra la derrota sufrida.» Todos quedaron mudos y consternados ante esta declaración del famoso mariscal de Napoleón. Entonces se levantó la voz de don Tomás Guido, que en su calidad de representante del Gobierno argentino había sido invitado á tomar parte en la deliberación. «No puede juzgar, »dijo, del estado del ejército en retirada el que ha de-

»jado el campo bajo la impresión de un desastre. Yo »puedo asegurar que el general San Martín, aunque »obligado á replegarse, dicta las más premiosas órde»nes para la reconcentración de sus tropas. No hay, »pues, razón para temer que no veamos pronto á nues»tro ejército en estado de combatir y de conquistar la »victoria con el apoyo y energía del país, decidido á »todo sacrificio para sostener su independencia.» A pesar de estas confortantes palabras, la reunión se disolvió perpleja, sin tomar resolución alguna, poseída de un desaliento que deprimió más el estado de la opinión.

El 23 llegó el parte de San Martín anunciando la salvación de la columna de Las Heras y hallarse al frente de 4.000 hombres. Pocos dieron crédito á estas palabras, y la población, poseída de pánico, se disponía á tomar en masa el camino de Mendoza. En tal momento se presentó un hombre, llamado á ser el héroe pasajero de las circunstancias como el corifeo de la tragedia antigua, y levantar un tanto el espíritu público de su postración. Fué éste el doctor Manuel Rodríguez, aquel famoso guerrillero del sur, uno de los principales precursores de la reconquista de Chile en 1816, cuyo retrato hemos trazado antes. (Véase cap. x, párrafos IV y V). Nombrado auditor de guerra del ejército, su carácter díscolo, que se avenía mal con toda regla, dió motivos para separarlo de su puesto, y se ocupaba en conspirar en favor de los Carrera, ó lo que es lo mismo, en romper la alianza argentinochilena, cuando San Martín, que le profesaba cariño, hizo que se le nombrara enviado cerca del Gobierno argentino, á fin de alejarle y salvarlo. Hallábase próximo á emprender su viaje diplomático, cuando ocurrió el contraste de Cancharrayada. Pidió ocupar su puesto de combate en el peligro y se presentó á caballo en las

calles de Santiago, arengando al pueblo como caudillo y tribuno, infundiéndole su espíritu anárquico y patriótico; se hizo seguir por la multitud entusiasmada y pidió á gritos otro cabildo abierto para salvar la patria. En la mañana del 23 reuniéronse de nuevo las corporaciones, y Rodríguez fué el primero en tomar la palabra: «El orgulloso ejército patriota que existía »hace una semana, y en el cual fundábamos nuestras »esperanzas, no existe ya. Se anuncia que el general »O'Higgins ha muerto, y que el general San Martín, »abatido y desesperado, no piensa más que en atra»vesar los Andes. Es preciso, chilenos, resignarnos á »perecer en nuestra propia patria defendiendo nuestra »independencia con el heroísmo con que hemos afron»tado tantos peligros.»

Esta peroración, tan vacía como incoherente, que parecía calculada para disipar las últimas esperanzas, y proclamaba la deposición de los dos únicos hombres necesarios, produjo sin embargo el efecto contrario, y fué saludada con estrepitosos aplausos. Como sucede cuando todos dudan y temen y no saben qué hacer, y se presenta un hombre que cree en sí, todos creyeron que era aquél el llamado por la providencia á salvarlos, y á los gritos de ¡viva Rodríguez! fué nombrado unánimemente coadjutor en el Gobierno, en consorcio con el director delegado Cruz. El tribuno se convirtió en dictador, levantado por una verdadera revolución disolvente.

Rodríguez, con su carácter enérgico, se hizo el árbitro de la situación, doblegándose ante su voluntad la de su colega en el Gobierno. Impetuoso y atolondrado, todas las medidas que dictó llevaban el sello de su temperamento fogoso y de sus cualidades desequilibradas. Regreso de los caudales á la capital, proclamas ofreciendo pasaportes á los cobardes que quisieran

abandonar el país, prisiones de sospechosos, alistamientos populacheros sin plan ni método, distribución de vestuarios y de armas sin cuenta ni razón á los que las pedían, y por último, la organización de un cuerpo fantástico denominado «Húsares de la Muerte», vestidos de negro con sus fúnebres emblemas, cuyo mando se reservó él como guardia pretoriana, tales fueron los principales actos que señalaron la efímera y bulliciosa dictadura de Rodríguez. Empero, su actitud decidida contribuyó á dar temple á la opinión, reaccionando contra el miedo y la derrota, y aun cuando su papel en esta ocasión haya sido exagerado, fué como tribuno políticomilitar el hombre de las circunstancias, que llenó dramáticamente el intermedio histórico. Los grandes actores iban á reaparecer en la escena.

O'Higgins, al tener noticias de las novedades de la capital, apresuró su marcha, caminando día y noche á caballo, para tomar posesión del Gobierno. Pasada la media noche del mismo día, se apeaba en Santiago con el brazo en banda. En la mañana del 24 una salva de 21 cañonazos y un repique general de campanas anunciaban su arribo. Inmediatamente asumía el mando y convocaba una reunión, á la que concurrieron todas las corporaciones. El director estaba taciturno, pero entero. «He visto todo, dijo, y abrigo la profunda »convicción de que hemos de salir vencedores en la »primera batalla.» Desde este momento todo entró en quicio. Se impartieron órdenes metódicas para allegar los elementos de guerra, empezaron á acuartelarse las milicias para remontar el ejército, se reunió parte del armamento imprudentemente dispersado por Rodríguez, se compraron fusiles á los comerciantes ingleses á cuenta de la próxima victoria, se encendieron las fraguas de la maestranza y el parque empezó á funcionar activamente elaborando municiones. Ante la reapari-

ción del orden administrativo y de la figura severa de O'Higgins, se eclipsó el dictador de 48 horas, para volver á reaparecer más tarde en una misteriosa tragedia, según se relatará á su tiempo.

XI

En la tarde del 25 de marzo llegó San Martín á Santiago, seguido de una escolta de caballería. Vestía el uniforme de granaderos á caballo, con su sobretodo de campaña cubierto por el polvo de la derrota y su típico falucho forrado en hule. En su rostro se dibujaban las fatigas del insomnio. Estaba triste y reconcentrado. Al llegar á los suburbios de la ciudad, salió á su encuentro su amigo y confidente Guido, y echándole los brazos desde á caballo, le dijo con voz conmovida: «Mis amigos me han abandonado, pero re»cobraremos lo perdido y arrojaremos del país á los »chapetones.» Al anuncio de su llegada, se echaron á vuelo las campanas, el pueblo lo recibió con aclamaciones, y al cruzar la plaza, después de conferenciar dos horas con el director O'Higgins, la muchedumbre le pidió una palabra que la confortase. El general no era orador ni hombre de movimientos espontáneos; pero sea que la conciencia lo inspirase ó hubiese preparado de antemano el efecto de su golpe dramático, detuvo su caballo á la puerta del palacio episcopal que le servía de alojamiento, y con acento sonoro pronunció el primer y último discurso de su vida: «¡Chilenos! Uno »de aquellos acasos que no es dado al hombre evitar, »hizo sufrir á nuestro ejército un contraste. Era na»tural que este golpe inesperado y la incertidumbre »os hiciera vacilar; pero ya es tiempo de volver sobre »vosotros mismos, y observar que el ejército de la pa»tria se sostiene con gloria al frente del enemigo; que

»vuestros compañeros de armas se reunen apresuradamente y que son inagotables los recursos del patriotismo. Los tiranos no han avanzado un punto de sus atrincheramientos. Yo dejo en marcha una fuerza de »más de 4.000 hombres sin contar las milicias. La patria existe y triunfará, y yo empeño mi palabra de »honor de dar en breve un día de gloria á la América »del Sur.» El tono resuelto con que fueron pronunciadas estas palabras, el ademán varonil que las acompañaba y la expresión grave del rostro inspirado del orador, impresionaron hondamente al pueblo que prorrumpió en estruendosos vivas. Un hombre del pueblo, un «roto», se le acerca, y exclama: «¡Mi general, un abrazo!» Su edecán O'Brien hizo el ademán de apartarlo, pero él, que como se ha dicho, necesitaba hacer brotar nuevas legiones de la tierra, y esperaba que aquel abrazo le daría muchos soldados, echó pie á tierra y lo abrazó en medio de grandes aplausos de la multitud. Confirmando oficialmente las seguridades dadas por San Martín, el Gobierno expidió una circular á los departamentos, pidiendo un auxilio de 4.000 mulas y víveres: «El general ofrece con su cabeza no »dejar una de las del enemigo, si los ciudadanos del »estado creen en su palabra; pero pide por condición »precisa que lo ayuden en la esfera de sus alcances. »El Gobierno lo pagará todo religiosamente.»

En el mismo día reuníase una junta de guerra en el alojamiento del general, á la que concurrieron el director O'Higgins y todos los jefes militares presentes en Santiago. Las opiniones estaban divididas. Unos proponían replegarse á Aconcagua y reorganizar allí el ejército. Otros estaban por sostenerse en la misma capital. San Martín guardaba silencio. Uno de los jefes indicó que antes de tomar una determinación, era necesario oir el informe del jefe del parque, á fin

de conocer los elementos de guerra con que se contaba para seguir uno ú otro plan. El general mandó llamar á Beltrán, y limitando el alcance de la pregunta, le interrogó: «¿Cómo estamos de municiones?» El capitán-fraile, levantando la mano en alto, contestó lacónicamente: «¡Hasta los techos!» La verdad era que no había diez mil cartuchos de fusil en los depósitos; pero San Martín que lo sabía, y tenía su idea, se dió por satisfecho, y declaró en tono perentorio, que el ejército se pondría en campaña cubriendo la capital, para esperar en esta actitud al enemigo y librar una batalla. Así quedó acordado. Mientras tanto, Beltrán pedía al Gobierno hiciera una leva de trabajadores, sin distinción de hombres, mujeres y niños. Pasaba la noche en vela trabajando, y al día siguiente daba parte que tenía cincuenta mil cartuchos prontos. Los trabajos militares se activaron, los cuerpos se remontaron, establecióse un campo de instrucción á diez kilómetros al sur de la ciudad en el llano de Maipo, donde se reunieron los regimientos de granaderos y cazadores, dos batallones de infantería y la artillería de nueva creación, con las piezas de repuesto montadas en el parque, la escuela disciplinaria de Mendoza y de las Tablas volvía á abrirse. El 28 de marzo llegó al nuevo campamento la columna salvadora de Las Heras, saludada por una salva de 21 cañonazos y las dianas precursoras de la victoria, recibiendo nuevamente las congratulaciones del general en jefe en medio de las aclamaciones populares. Las Heras, el tipo de la disciplina valerosa, vestía un uniforme azul-mezclilla hecho jirones, llevaba la espada en la mano, y recibía las ovaciones modestamente en la actitud del soldado que espera nuevas órdenes para cumplirlas.

La confianza pública volvió á renacer; pero San Martín, prudente siempre, no fiaba nada á la fortuna.

Para mostrar que no cedía el campo, estableció una vanguardia de caballería en Rancagua, á veinticuatro kilómetros de su campamento; pero al mismo tiempo, en previsión de un contraste, impartía órdenes secretas señalando la provincia de Coquimbo como punto de reunión, y se establecían depósitos desde Santiago á la Serena marcando con ellos el itinerario de una retirada posible hacia el norte. El intendente del ejército, al cumplir estas instrucciones, decía: «Las precaucio»nes tomadas para un caso funesto, son siempre pru»dentes en un general, aun cuando tenga la superiori»dad de las armas.» El coronel Luis de la Cruz fué encargado de organizar en este sentido las provincias del norte. Previendo hasta el caso de que no fuera posible la retirada á Coquimbo, y hubiese que transmontar la cordillera, establecíase un parque en Santa Rosa de los Andes y otro en la Guardia Vieja, cubriendo con una reserva de milicias todos los boquetes y portezuelos de las montañas. A los diez días de la derrota de Cancharrayada, el Ejército Unido estaba reorganizado y pronto á renovar la batalla. Constaba de nueve batallones, cinco chilenos y cuatro argentinos con cerca de 4.000 plazas; tres regimientos de caballería, dos argentinos y uno chileno con más de 1.000 jinetes y 22 piezas de artillería, sumando un total de más de 5.000 hombres de línea. El general de los Andes, seguro esta vez de vencer, le había infundido su espíritu y esperaba con confianza al enemigo triunfante.



ÍNDICE DEL SEGUNDO TOMO

INDICE DEL TOMO SEGUNDO

CAPITULO IX

Cuyo

1814-1815

CAPITULO X

La guerra de zapa de San Martín

1815-1816

CAPITULO XI

La idea del paso de los Andes

1815-1816

CAPITULO XII

El ejército de los Andes

1816-1817

CAPITULO XIII

El paso de los Andes

1817

CAPITULO XIV

Chacabuco

1817

CAPITULO XV

Primera campaña del Sur de Chile.—Batalla del Gavilán.—Asalto de Talcahuano

1817

CAPITULO XVI

La alianza argentinochilena

1817

CAPITULO XVII

Cancharrayada

1817-1818